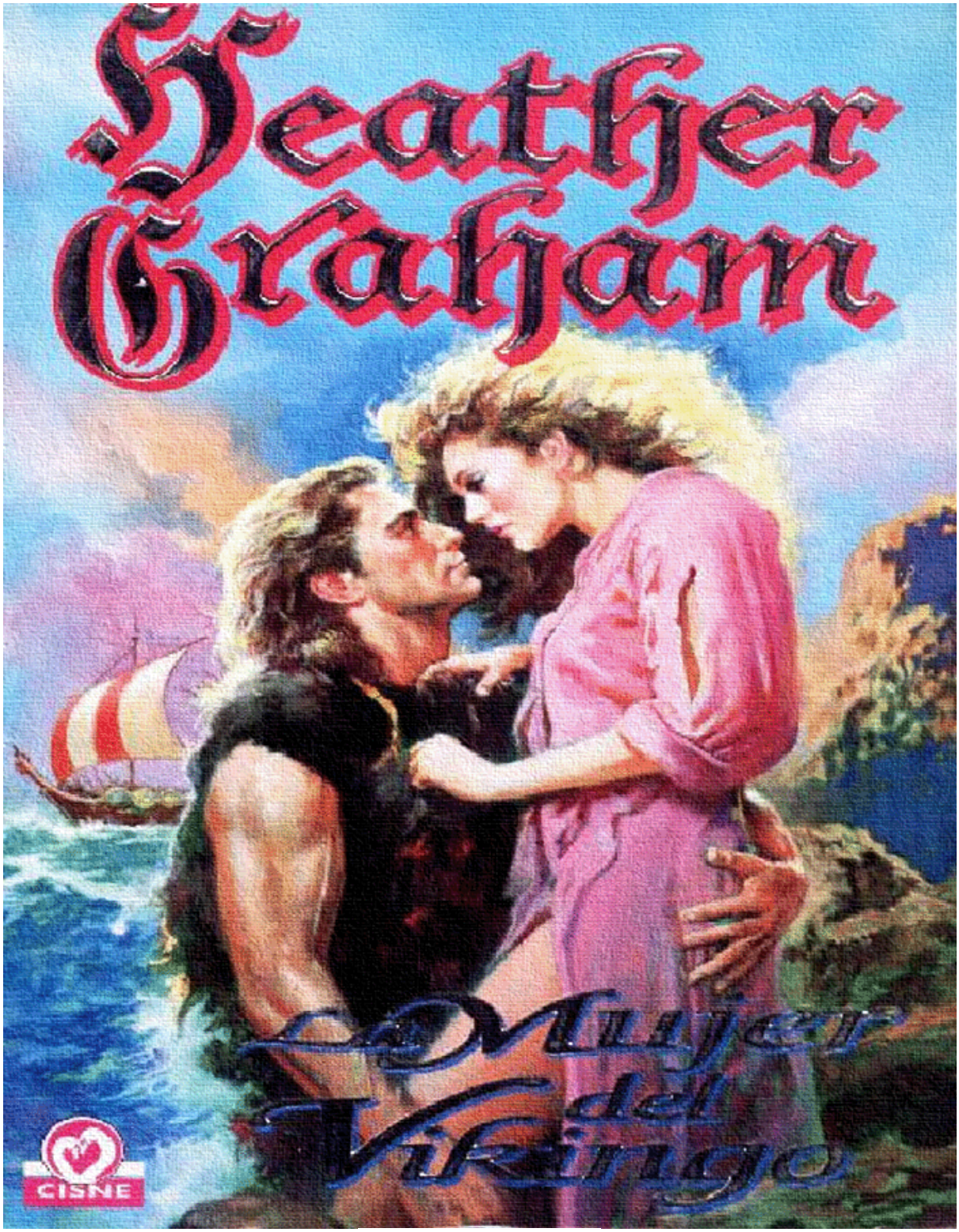
LA MUJER DEL VIKINGO
HEATHER GRAHAM



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRÓLOGO

Fue concebido durante una tempestad, en una noche dominada por la ira y la pasión.
Y nació en el preciso instante en que caía un rayo; al parecer las tormentas estaban destinadas a regir su vida. El terrible azote de un rayo rasgó el cielo, y Erin, reina de Dubhlain, jadeante y convulsionada por las contracciones rápidas e implacables, lanzó una ahogada exclamación de dolor. Se mordió el labio porque estaba segura de que el parto iría bien y no deseaba asustar a los que la rodeaban ni a su señor y marido, el rey. El dolor se intensificó, llegó a la cima y comenzó a disminuir lentamente. Hizo una profunda inspiración, cerró los ojos y logró sonreír, recordando la noche en que con toda seguridad había sido concebido ese hijo.
Se habían alejado mucho a caballo y la tormenta los sorprendió lejos de los muros de la ciudad, en las cuevas. Ese día se había enojado con Olaf, aunque no recordaba ya por qué. Pero la furia jamás había sido un impedimento para ellos, tampoco esa noche. Las coléricas y entrecortadas palabras simplemente aumentaron el ardor que inflamaba su pasión.

Lo recordaba todo muy bien. Él le había gritado y ella le había contestado con igual rabia; pero con el dulce y feroz ataque de su beso Erin olvidó la pelea.
En medio del furor de la tormenta, él la echó al suelo al borde del acantilado bajo el cual rugía el salvaje y peligroso mar. Juntos habían creado entonces la vida que en esos momentos se agitaba en su interior. Amada vida, porque amaba mucho a su señor. Recordaba con toda claridad el aspecto de su marido aquel día. Sus ojos color cobalto, siempre tiernos aunque encendidos de deseo. Sí, conservaba el dulce y nítido recuerdo: la fuerza de sus brazos, el ardor de sus besos, las caricias de sus manos. Había sentido el fuego de su cuerpo, como el rayo, profundo, profundo en su interior.
Lo amaba muchísimo. Ambos eran prontos de genio y más prontos aún para la pasión, pero siempre estaba allí el amor.
-¡Ay, Dios mío! -volvió a exclamar al sentirse traspasada por otra punzada de dolor.
Sintió miedo. Recordando el difícil parto de Leith, había rogado a Dios que este segundo hijo saliera al mundo con más facilidad. Pero en esos momentos el dolor era igualmente lacerante, daba la impresión de que la iba a partir en dos. Sintió la suave caricia de su madre en la frente.
-Por qué, madre? -susurró-. ¿Por qué tiene que ser tan difícil?
Maeve le sonrió tiernamente, tratando de aparentar tranquilidad.
-Cariño, no es fácil dar a luz a los cachorros del Lobo.
Maeve levantó la vista. El estaba en la puerta, el Lobo de Noruega, el rey de Dubhlain. El majestuoso y gigantesco rey rubio miró a las dos mujeres y después se acercó a la cama de su esposa.

-Estoy aquí, princesa. Lucha por mí, lucha por mí otra vez. Dame mi segundo hijo.
Ella sonrió. Él pensó en su frágil belleza y en la fuerza que se escondía tras ella. Erin tenía los ojos de un color esmeralda intenso, tan insondablemente vivo como su fuerza interior, esa fuerza que se había apoderado de su corazón. Esa fuerza pertenecería a todos sus hijos. Era la pasión que pertenecía a todos los habitantes de la isla Esmeralda, y era el poder de los invasores del mar del Norte.
Ella le apretó la mano con fuerza, feliz de que estuviera a su lado.
-¡Esta vez es una niña! -dijo ella consiguiendo reír.

-No. -El rey meneó enérgicamente la cabeza-. Es un hijo.
-¿Un hijo?
-Sí. Mergwin me lo ha dicho.
-¡Ah! -exclamó ella, pero no volvió a gritar, porque él estaba allí.
Entrelazó los dedos con los de él para extraer su fuerza. Otra dolorosa contracción la desgarró como un hierro candente, y entonces suspiró aliviada, porque el bebé se había abierto camino y avanzaba hacia el nacimiento.
-¡Ya viene! -anunció.
Olaf había estado junto a ella en su primer parto y sabía cómo sostenerla. Y después ella rió y lloró, y él la besó, porque había expulsado al bebé. Maeve le aseguró que, en efecto, se trataba de un varón.
-¿Es hermoso? preguntó Erin. -Increíblemente hermoso -aseguró Olaf.
La doncella de Erin limpió rápidamente al bebé y se lo entregó a su madre, quien abrió mucho los ojos al ver el tamaño del pequeño.
-¡Otro rubio! -murmuró.
Olaf echó a reír y le besó los húmedos mechones de cabello negro como el ébano.
-Me parece que deberás tener una hija, cariño. Tal vez ella tenga el pelo negro como la noche -bromeó. -¿Y me hablas de tener más hijos en este momento? -protestó ella con fingida indignación.
-En cuanto sea físicamente posible -susurró él sonriendo, y ambos sintieron el calor del amor que se profesaban. Él pensó que su amor era maravilloso, como todo en la vida.
-¿Y sus ojos...?
-Azules también, como los de su padre -respondió Maeve con un suspiro. Hizo un guiño a Olaf y continuaron mirando al bebé. -Pueden cambiar -dijo Erin.
-Leith tiene ojos irlandeses -le recordó él. -Seguro que los ojos pueden cambiar de color -afirmó Maeve.
-Ah, pero éstos no cambiarán -replicó Olaf muy seguro.
El bebé estaba en la cama entre su madre y su padre, y su abuela lo contemplaba. Golpeaba las sábanas con los puños, con los ojos alertas, la boca abierta y haciendo oír su voz sonora y dominante.
-Ah, éste es exigente -comentó Olaf.
-Como su padre -dijo Erin.
Ya estaba enamorada del recién nacido. Se reclinó y guió la boquita de su hijo hacia su pecho. El bebé lo cogió y al instante comenzó a chupar con tal seguridad y fuerza que ella ahogó una exclamación y se echó a reír. Olaf, a su lado, le acarició el cabello. Ese era un momento de dulce y suprema paz. Se lo habían ganado, pensó. Habían tenido que afrontar tantas dificultades... Advirtió que a Erin se le entrecerraban los ojos; sus tupidas pestañas formaban una media luna negra sobre sus mejillas. Maeve lo miró y él asintió. Se dispuso a coger el bebé, pero Erin despertó rápidamente, abriendo los ojos sobresaltada. Sujetó con fuerza a su hijo. -¡No, no me lo quitéis! -susurró.
El advirtió que estaba asustada. No mucho tiempo atrás su primer hijo, Leith, había sido raptado por el enemigo de Olaf, Friggid el Danés. Friggid ya había muerto a manos de Olaf, pero Erin no había superado el miedo de que pudieran volver a arrebatarle a Leith, y ahora a su nuevo hijo.
-Soy yo, cariño -la tranquilizó él-. Soy yo. Déjame que lo coja para que las criadas cambien las sábanas y tu madre pueda bañarte. Soy yo, Erin.

Ella volvió a cerrar sus deslumbrantes ojos esmeralda y dedicó a Olaf una sonrisa hermosa y apacible. -Eric -murmuró-. Se llamará Eric. Leith por mi hermano, Eric por el tuyo.
-Eric -susurró Olaf, complacido.
Olaf llevó al recién nacido hasta la ventana y allí lo contempló. Tenía el cabello fuerte y casi blanco, y sus ojos, bien abiertos, eran de un azul nórdico. El niño era grande.
-Vas a ser exigente -murmuró Olaf.
-Un buen vikingo -dijo una voz a sus espaldas. Olaf se sobresaltó y se volvió para mirar fijamente al anciano que acababa de entrar en la habitación. Era Mergwin, hombre anciano y eternamente joven a la vez, vikingo y druida, hijo de un maestro de runas nórdico y una legendaria sacerdotisa irlandesa de un antiguo culto druida. Había servido al Ard-Ri, el rey supremo de Irlanda, padre de Erin, y aunque todavía lo servía, solía pasar la mayor parte del tiempo con Erin de Dubhlain, su favorita de entre los hijos de Aed Finnlaith, el Ard-Ri. Mergwin era el hombre más leal de Erin y por lo tanto también de Olaf.
Ciertamente era leal a Olaf, aunque de vez en cuando surgían diferencias entre ellos.

Por lo visto, Mergwin sabía moverse como el humo por el tiempo y el espacio. Había acudido desde su casa del bosque sin que nadie lo hubiera mandado llamar ni le hubiera avisado. Había sabido que el niño nacería ese día.
Otro rayo rasgó nuevamente los cielos, arrojando una curiosa luz sobre el rostro del Mergwin y su barba, que le caía hasta el suelo. La luz iluminó también al bebé, que pareció resplandecer en los brazos de su padre. -¿Vikingo? -preguntó sonriente Olaf, e hizo un gesto con la cabeza hacia su esposa, que dormía en la cama. Las criadas se movían con cuidado y sigilo, cambiando las sábanas y lavándole la cara-. No lo digas en voz muy alta -advirtió al anciano-. A su madre no le gustaría.
Mergwin tocó la cara del niño. El bebé cogió el dedo del druida y lo apretó con fuerza.
-Leith es irlandés, como su madre. Por los cuatro costados. Algún día será Señor de los Lobos, seguirá el ejemplo de su padre y será un buen rey de Dubhlain. Pero éste, este Eric... le habéis puesto un nombre vikingo, mi señor.
Olaf frunció el entrecejo al percibir cierto tono de advertencia y estrechó con más fuerza a su hijo contra su ancho cuerpo, como si pretendiera protegerlo del futuro. -¡Habla, viejo embustero!
-El Lobo sabe muy bien que no debe gruñirme -dijo Mergwin con calma. Guardó silencio un momento e inspiró hondamente-. Este niño, señor Lobo, es tuyo. Es un vikingo. Como su padre, surcará los mares del mundo, participará con frecuencia en batallas y aprenderá a detener cualquier ataque con la espada. Con la habilidad de su mente y su destreza con la espada, gobernará a muchos. Va a...
-¿Va a qué? -La voz de Olaf sonó tensa, porque aunque ya amaba al pequeño que acunaba en sus brazos, Eric era su segundo hijo. Que él fuera a reinar en Dubhlain significaba peligro para su hermano Leith. Advirtiendo ansiedad en la voz de Olaf, Mergwin negó con la cabeza.
-Su destino está en otras tierras. Se enfrentará a muy graves peligros.
-¡Pero vencerá esos peligros! -replicó Olaf. Mergwin lo miró fijamente. No había mentiras entre ellos.

-Este niño está regido por Odín. Surcará los mares en medio de grandes tormentas, y de ese modo la tempestad entrará en su corazón y en el mundo donde él busque su destino. Cuando sea mayor habrá oscuridad... pero...
-¡Habla!
-También habrá luz.
El rostro de Mergwin estaba serio, y Olaf, el Señor de los Lobos, no sabía si rezar al Dios cristiano, que había adoptado para complacer a su esposa, o a Loki, Odín y Tor, los dioses de su pasado. Oraría a todos, decidió. Apretó las mandíbulas.
Mergwin, temiendo que el gran guerrero triturara al niño, lo rescató de sus brazos, y sintió el calor del cuerpecito del bebé. Cerró los ojos.
-Sí, será muy parecido a su padre. El peligro lo acompañará siempre debido a su naturaleza apasionada, pero...
-Pero ¿qué? -rugió Olaf.
Mergwin sonrió por fin, aunque sus ojos mantenían una expresión solemne.
Fórmalo bien, señor Lobo. Entrénalo para la batalla, enséñalo a ser astuto. Haz fuerte su brazo con la espada y buena su audición. Será un vikingo y deberá enfrentarse a terribles y traicioneros enemigos. Mergwin se quedó en silencio. El bebé lo miraba con los ojos de hielo y fuego de su padre. Al contemplarlo, al ver esos ojos que lo observaban como si el pequeño entendiera la suerte que le vaticinaba el druida, la sonrisa de Mergwin se ensanchó.
-Ha nacido valiente, orgulloso, con el indómito espíritu de su madre y el poder y la voluntad de su padre. Transmítele tu sabiduría, Olaf, y después déjalo libre, porque debe, como su padre, encontrar su propio corazón.
-Nada de enigmas, druida -dijo Olaf con el entrecejo fruncido.
-No hablo en enigmas, te digo lo que sé. Déjalo libre y luchará contra sus dragones, sus demonios. Y después...
-¿Después?
-Bueno, después, mi señor, tal vez se imponga y triunfe porque, al igual que su padre, él también conocerá a una mujer con el poder de Odín, con la fuerza de la tormenta, el rayo y el trueno. Ella desafiará su poder en todo momento, le acarreará peligros, pero también le brindará la salvación. Será una arpía, una zorra tempestuosa de belleza inolvidable, y su odio será más profundo que el océano que separa sus países de origen. Sí, señor Olaf, el triunfo será de ellos, si el lobo consigue domar a la zorra. -Mergwin se quedó un instante pensativo-. O si la zorra consigue domar al lobo -añadió con una sutil sonrisa que ocultó a su señor vikingo.

1

La primera proa dragón apareció en el horizonte en el mismo instante en que el primer relámpago surcaba el cielo y el primer terrible trueno retumbaba en el firmamento.
Después surgieron numerosas proas dragones, sembrando el pánico en los corazones ya recelosos. Con las altas proas erguidas y salvajes sobre las aguas, como bestias míticas, los vikingos entraban en los puertos llevando destrucción y muerte.
La ferocidad de los nórdicos era bien conocida a lo largo de las costas sajonas de Inglaterra. Los daneses llevaban años haciendo estragos en la tierra, y toda la cris tiandad había aprendido a temblar a la vista de las rápidas naves dragones, azote de tierras y mares.

Los navíos procedían del oeste ese día, pero ningún hombre ni mujer se detuvo a pensar en ese detalle al ver el enjambre de barcos vikingos que navegaban con las velas tan henchidas que parecían a punto de romperse. Vieron la interminable hilera de escudos que cubrían de proa a popa las embarcaciones y observaron que era el viento, no los remeros, lo que las hacían avanzar como la ira de Dios.
Los rayos y relámpagos iluminaban y hacían crepitar el cielo gris. El viento silbaba, rugía y después ululaba, como si presagiara la violencia que se avecinaba. Rojas y blancas, las velas vikingas azotaban el cielo oscuro y gris como el acero de las armas, desafiando al implacable viento.
Rhiannon se hallaba en la capilla cuando se dio la primera voz de alarma. Oraba por los hombres que batallarían contra los daneses en Rochester. Rezaba por Alfredo, su primo y su rey, y por Rowan, el hombre a quien amaba.
No había sospechado que el peligro se cernería sobre su costa. La mayoría de los hombres habían partido para prestar sus servicios al rey, ya que los daneses estaban congregándose en el sur. Estaba sin ejército.
Egmund, su más fiel guerrero, ya anciano, que había servido muchos años a su familia, la encontró arrodillada en la capilla.
-¡Señora! ¡Navíos dragones, milady!
Por un momento ella pensó que el hombre se había vuelto loco.
-¿Navíos dragones? -repitió.
-En el horizonte. ¡Vienen hacia aquí! -¿Del oeste?
-Sí, ¡del oeste!
Rhiannon se puso en pie de un salto, salió corriendo de la capilla y subió por las escaleras hacia la empalizada que rodeaba la casa señorial. Corrió por los parapetos, mirando hacia el mar.
Los vikingos se aproximaban, tal como había dicho Egmund. Se le revolvió el estómago y a punto estuvo de gritar de miedo. Toda su vida había sido una continua lucha. Los daneses habían llegado a Inglaterra como una plaga de langostas, sembrando el terror y la muerte. Habían matado a su padre. Jamás olvidaría aquellos momentos en que lo tuvo en sus brazos, tratando de reanimarlo.

Alfredo luchaba contra los daneses y los derrotaba con frecuencia. Y de pronto amenazaban su tierra, y ella no tenía a nadie que la defendiera porque su gente había ido a ayudar a su rey.
-¡Dios mío! -exclamó.
-Huye, señora, huye -aconsejó Egmund-. Coge un caballo y ve rápido hasta el rey. Llegarás a donde él se encuentra mañana si cabalgas deprisa. Lleva tus flechas y una escolta, y yo rendiré esta fortaleza. Ella lo miró fijamente y después sonrió. -Egmund, no puedo huir, lo sabes.
-¡No debes permanecer aquí!
-No nos rendiremos. La rendición nada significa para ellos; cometen las mismas atrocidades tanto si se les presenta combate como si no. Me quedaré aquí y lucharé.
-Milady...
-Puedo herir o matar a muchos, Egmund, ya lo sabes.
Sí, lo sabía. Era una extraordinaria tiradora. Rhiannon suponía que el anciano, al mirarla; veía a la niña pequeña a quien había protegido durante años. Sin embargo, el viejo Egmund no la veía como a una niña, sino como a una mujer, y temía por ella. Rhiannon era hermosísima, preciosa, con unos ojos azules de sirena y unos cabellos dorados como una puesta de sol. Era prima y ahijada de Alfredo, y por

orden de él había recibido una buena educación. Sabía hablar con voz dulce y suave como una gatita y gastar bromas y reír con los hombres; administraba con encantadora facilidad las vastas propiedades que había heredado. Sería un valioso botín para cualquier vikingo, y Egmund no podía soportar la idea de que cayera presa de un hombre así.
-Rhiannon, te lo suplico. Serví a tu padre...
La mujer se acercó a él y le dirigió una hermosa y cariñosa sonrisa, cogiendo entre las suyas las nudosas manos del anciano.
-¡Querido Egmund!, por el amor de Dios, no logro comprender este ataque desde el oeste. En cualquier caso no me rendiré y no te dejaré aquí para que mueras por mí. Huiré cuando ya no quede nada más por hacer. Como hija de mi padre, no me marcharé sin antes haber enviado al infierno a algunos de esos paganos. Llama a Thomas y convoca a todos los guardias que nos quedan, Egmund. Avisa a los siervos y los campesinos. ¡Date prisa!
-Rhiannon, tienes que ponerte a salvo.
-Que me traigan mi arco y una aljaba de flechas. No saldré del parapeto, te lo juro -aseguró.
Sabiendo que de nada serviría discutir, Egmund bajó a toda prisa por los peldaños de madera, vociferando órdenes. Mandó que cerraran las enormes puertas, que los pocos guerreros que quedaban montaran sus caballos y que los labriegos se apresuraran a buscar bieldos y palos. Todos estaban aterrorizados, pues la brutalidad de los vikingos era bien conocida.
Un chico entregó a Rhiannon su aljaba con flechas. Ella oteó el mar. El cielo estaba más gris, y el viento soplaba con fuerza, como si los elementos presagiaran el horror que se avecinaba. AL divisar las naves se estremeció. Cerró los ojos y trató de alejar de su mente el recuerdo de pasadas incursiones vikingas. Había perdido mucho a manos de los daneses, al igual que Inglaterra. Ella también estaba aterrorizada, pero tenía que luchar. Ser capturada o asesinada sin luchar le resultaba inconcebible.
El ataque carecía de toda lógica. Alfredo debería estar enterado de los movimientos de los daneses. Debería haberla avisado.
Los barcos se aproximaban cada vez más. Ni el cielo ni el mar parecían tener poder para detenerlos.

Tembló de miedo al ver que los barcos ya casi estaban en la orilla. Sólo las proas, talladas en forma de horribles fauces de dragones, bastaban para amedrentar a cualquiera. Sin embargo, los marineros todavía no habían apuntado con sus flechas. Rhiannon rezó para que sus soldados lanzaran una primera andanada de flechas; tal vez podrían acabar con algunos de los invasores antes de que éstos los mataran a ellos. Cerró los ojos y rogó: «Amado Dios, estoy asustada; asísteme.»
Abrió los ojos. Distinguió una figura sobre la nave capitana. Se trataba de un hombre alto y rubio que se mantenía firme en medio de la tempestad sin perder el equilibrio, con los brazos cruzados sobre el pecho. Ciertamente era uno de los jefes, muy alto, ancho de hombros, de caderas estrechas, un guerrero fuerte y musculoso del Valhalla. Rhiannon volvió a estremecerse y sacó una flecha. Tensó el arco con resolución.
Le temblaron los dedos. Jamás había intentado matar a un hombre. Ahora debía hacerlo. Sabía qué trato dispensaban los vikingos a los hombres y las mujeres cuando entraban a saco.

Se le secó la boca y un terrible calor le inundó el cuerpo. Cerró los ojos, inspiró profundamente y cuando volvió a abrirlos no comprendió qué le había ocurrido. El viento parecía susurrarle que el vikingo de cabellos dorados formaría parte de su destino. Impaciente, apartó esa sensación y juró que no volvería a temblar. Si le resultaba difícil apuntar a un hombre para matarlo, sólo tenía que recordar la muerte de su padre.

Lo intentó de nuevo, esta vez con los dedos notablemente firmes. «Mata al jefe -le habían aconsejado con frecuencia su padre y Alfredo-, y los hombres
bajo su mando huirán en desbandada.» El gigante rubio era uno de los jefes vikingos. Tenía que acabar con él. Eso le había susurrado el viento, decidió. Tenía que matarlo, aunque aquel hombre pareciera desafiar al viento, el mar y los dioses nórdicos y cristianos.

En ese momento Eric de Dubhlain ignoraba que su vida estaba amenazada. No se había presentado allí con la intención de atacar, sino invitado por Alfredo de Wessex.

El mar estaba embravecido, pero conocía el mar y no le temía. El cielo se oscureció aún más y después destelló otro rayo, una sobrecogedora línea dorada, como si el propio Dios lo hubiera lanzado para iluminar la catástrofe que se avecinaba. Dios u Odín, el señor de las hordas vikingas, del pueblo de su padre, estaba trabajando. Odín arrojaba sus rayos cuando cabalgaba por los cielos en su caballo negro, Sefir, y su carro. Odín, dios de los paganos, desataba la tormenta, oscureciendo el cielo e iluminándolo con rayos de puro fuego.

Eric estaba de pie, erguido e imponente como un dios contra el viento, con una bota apoyada firmemente contra la proa. El viento le alborotaba el cabello, dorado como el sol; sus rasgos, nítidamente cincelados, eran de áspera belleza, con unos ojos de un ardiente azul cobalto, pómulos pronunciados, cejas bien perfiladas y mandíbula firme. Su boca, ancha y sensual, formaba una línea recta mientras contemplaba la costa. Llevaba bien recortados la barba y el bigote, de tono más rojizo que su cabello, y tenía la piel hermosamente bronceada. Lucía una capa carmesí que un broche de zafiro cerraba en la parte delantera. No necesitaba usar ropa fina para ostentar su nobleza, ya que su estatura y la confianza que emanaba de él hacían temblar a los hombres. Su figura, sobrecogedora e impresionante para las mujeres de cualquier raza o credo, revelaba su vitalidad. Estaba dotado de un extraordinario poder en los músculos de los hombros y el pecho. Sus piernas, firmes sobre el barco balanceado por la tempestad, eran fuertes como el acero tras años de surcar los mares, cabalgar, correr, luchar y cometer las tropelías propias de un vikingo.

Sin embargo, Eric no era un vikingo típico, porque por sus venas corría sangre irlandesa y nórdica. Su padre, Olaf, el Señor de los Lobos, rey de la ciudad irlandesa de Dubhlain, también había cometido tropelías de vikingo en su juventud. Pero se había enamorado de la tierra y de su esposa irlandesa y había firmado una curiosa paz con Aed Finnlaith, el gran Ard-Ri, o rey supremo de toda Irlanda, abuelo materno de Eric. Aed Finnlaith aún gobernaba sobre todos los reyes irlandeses desde Tara, y muy lejos, en las tierras heladas de Noruega, su abuelo paterno, el padre de Olaf, reinaba en calidad de gran jefe de los nórdicos. Eric había recibido una educación muy completa. Había estudiado con monjes irlandeses en grandes monasterios, donde había aprendido la religión del Dios cristiano, escritura y literatura. En la corte de su padre había conocido a muchos extranjeros, maestros y profesores. Mergwin, el druida, le había enseñado a escuchar a los árboles, el bosque y el viento. Había aprendido a sembrar y cosechar.

Era hijo segundón. Había acompañado en las batallas a su padre y su hermano mayor y amaba a su familia irlandesa tanto como honraba a sus hermanos nórdicos. Sus tíos paternos lo habían llevado consigo en sus correrías por el mar para proporcionarle otra clase de educación; para que aprendiera a ser un vikingo.
Había sido criado para la civilización, porque los hombres ya proclamaban esa época como la «edad de oro» de Irlanda.
También había sido adiestrado para participar en las incursiones que habían hecho famosas las salvajes expediciones de los vikingos por toda Europa, Asia e incluso las Rusias. No había mejores navegantes que los nórdicos, ni luchadores más encarnizados, y tampoco hombres más brutales que ellos.
Pero ese día no se había hecho a la mar para combatir. Aunque cuando era más joven había acompañado a los mejores guerreros vikingos en sus correrías, también había descubierto una empresa mejor: la búsqueda de tierra.
Eric había sido enviado al mar por primera vez cuando era sólo un muchacho bajo la tutela de su tío, cuyo nombre le habían puesto. Con los mejores hombres de su abuelo paterno había recorrido interminables mares y ríos y explorado extensos territorios. Había navegado por el Dniéper, llegado a las puertas de Constantinopla y aprendido las costumbres de los príncipes musulmanes. Había conocido diferentes culturas y pueblos, e incontables mujeres, ya por conquista, ya por trueque. Ser vikingo era un modo de vida. Y él era vikingo.
Mientras los relámpagos iluminaban el cielo y el mar se agitaba a medida que se acercaban a la costa inglesa, se preguntó qué lo había hecho cambiar. El cambio no se había producido con rapidez ni facilidad. Había sido como el lento derretimiento de las nieves en primavera, entrando en su corazón y su ser.
Se había iniciado muy lejos de las tierras heladas del norte que eran el hogar del espíritu vikingo. Se había originado en las costas de África, cuando batallaban contra el califa de Alejandría y el pueblo había tenido que pagar con oro su vida y su libertad.
Ella había sido un regalo para él. Se llamaba Emenia, e ignoraba el significado del rencor y el odio. Ella le había enseñado todo acerca de la paz y la ternura cuando él sólo conocía la violencia. Le había enseñado las artes más exóticas de hacer el amor en el mejor harén del país, pero habían sido la dulce belleza de su corazón y su incondicional amor por él los que le habían cautivado. Tenía unos inmensos ojos almendrados y el cabello negro como la noche. Su piel era del color de la miel, y sabía a miel y dulces especias, y olía a jazmín.
Emenia había muerto por él. El califa estaba determinado a traicionarlo. Ella se enteró y trató de avisarlo. Eric averiguaría más tarde que los hombres del califa la habían sorprendido, cuando corría por los salones del palacio. La mataron para silenciarla, cortándole el cuello. Eric jamás había sido lo que los vikingos llamaban Kuna fiera rabiosa, un luchador que, perdida la razón, pelea impulsado por una resolución salvaje. Eric era partidario de mantener la cabeza fría en la batalla y jamás le había gustado la muerte innecesaria. Pero aquella noche se convirtió en una fiera rabiosa.
Había perseguido a los asesinos, solo, enfurecido, y ya había dado muerte a la mitad de los guardias del califa cuando éste se hincó de rodillas jurándole que él no había ordenado la ejecución de Emenia, sino la suya. De alguna manera, al recordar el amor de Emenia por la vida y la paz, consiguió dominarse y no cortar el cuello al califa. Esa noche saqueó todo el palacio y estuvo sentado velando a su amada; después abandonó aquel cálido y duro país.

Hacía muchos años de aquello. Habían transcurrido muchos inviernos y veranos desde entonces, y a lo largo de las estaciones la violencia lo había guiado de nuevo. En ese tiempo descubrió que Emenia le había transmitido algo de su deseo de paz y que también le había enseñado algo sobre las mujeres.
Era irlandés y vikingo al mismo tiempo. Y así como su padre se había labrado su lugar en la tierra, Eric estaba decidido a hacer lo mismo. Su hermano Leith gobernaba en Dubhlain. Eric había sido siempre la mano derecha de Leith, así como de su padre. Le darían tierras, lo sabía.
Pero su orgullo y su determinación eran tan salvajes como su corazón. Se labraría su propio camino, como había hecho el Lobo. Todos ellos eran luchadores. Incluso su amable y hermosa madre irlandesa poseía un orgullo inextinguible. Se había atrevido a amenazar con un arma blanca al Lobo. Ahora ella se reía de aquello, pero Mergwin jamás se cansaba de contar la historia ni de narrar cómo los daneses habían amenazado al Lobo nórdico y su esposa irlandesa.
Olaf de Noruega había partido hacia Irlanda con ánimo de conquista. En todo caso, había sido un invasor insólito para los irlandeses y su Ard-Ri, apoderándose de la tierra pero evitando la pérdida de vidas y reconstruyendo la ciudad tan pronto se hubo asegurado la tierra conquistada. La lucha entre el invasor noruego y el supremo rey de Irlanda terminó en tablas: su padre había reclamado a Erin y Dubhlain a cambio de la paz. El trato horrorizó e indignó a Erin, que una vez trató de apresar a Olaf cuando éste estaba herido. Escapó del Lobo cuando se volvieron las tornas, pero no logró escapar a la voluntad de su padre, el rey.
Eric sonrió al pensar en su padre. Olaf había dado muchísimo más a Irlanda que lo que había recibido. Había servido a Aed Finnlaith uniéndose a él en la batalla contra el feroz invasor danés Friggid y en la lucha se había convertido en un irlandés. Combatiendo juntos para proteger su tierra y su familia, Olaf y su esposa irlandesa habían descubierto un amor que ardía con tanta intensidad como su pasión. Mergwin había sido testigo de todo aquello y, por motivos que Eric nunca había comprendido, se enorgullecía de que todo hubiera resultado tan bien.
Eric se entristeció al sentir la ráfaga de viento contra su cuerpo y el agua salobre del mar que le salpicaba el rostro. Los daneses que continuaban asolando las costas irlandesas le habían apodado «Engendro del Lobo», o a veces el Señor del Trueno, porque donde quiera que batallaba la tierra temblaba ante la fuerza de su espada.
Y ese suelo temblaría, se juró en silencio. Su odio hacia los daneses era innato, de eso estaba seguro. Y le habían pedido que luchara contra ellos.
Se lo había pedido Alfredo, el rey sajón de los ingleses, quien después de mucho tiempo había logrado por fin unir a los nobles contra la devastadora oleada de daneses que combatían con tenacidad para conquistar los reinos de Wessex, Sussex y el sur de Britania.
De pronto, Rollo, su compañero y mano derecha, dijo a sus espaldas:
-Eric, ésta es una extraña bienvenida.
Enorme como un viejo roble, Rollo señalaba hacia la tierra. Eric frunció el entrecejo. Realmente se trataba de una bienvenida muy rara. Las puertas de madera estaban cerrándose alrededor de la ciudad, y encima de las palizadas se divisaban hombres armados que tomaban posiciones.
-¡Es una trampa! -murmuró fríamente con un destello de furia en los ojos.
En efecto, eso parecía, porque cuando sus naves arribaron al puerto, percibió el olor del aceite que estaban calentando para arrojarlo sobre ellos.
-¡Por la sangre de Odín! -bramó al comprender la traición.

La furia casi lo cegó. Alfredo había enviado mensajeros a la casa de su padre para suplicar que le ayudaran. Y de pronto se encontraba con ese recibimiento.
-Me ha traicionado. El rey de Wessex me ha traicionado.
Los arqueros corrían por los parapetos, y sus flechas apuntaban a los marineros. Eric masculló una maldición y entornó los ojos. Algo brillante reflejaba la luz del relámpago, un manto dorado largo y radiante. Vio que era una mujer quien estaba de pie ante el parapeto y que el manto de oro era su cabellera, ni rubia ni roja cobriza, sino de un matiz de fuego que combinaba lo tres. La mujer, rodeada de arqueros, daba órdenes.
-¡Por Odín! ¡Y por Cristo y todos los santos! -exclamó Eric.
Del parapeto salió una andanada de flechas. Eric se agachó y logró esquivar la que la mujer había lanzado contra él, que se estrelló contra la proa, inofensiva. Se oyeron los gritos de los hombres heridos. Eric apretó la mandíbula, furioso y dolido por la traición.
-Nos acercamos rápidamente a la orilla -advirtió' Rollo.
-Bien, que así sea.
Se volvió hacia sus hombres; la ira destellaba en sus ojos azules como el hielo. Había aprendido a guerrear con control y ganar así, y jamás manifestaba sus emociones, que en ese momento se revelaban en la aterradora frialdad de sus ojos y la tensión de las mandíbulas. -¡Nos pidieron que viniéramos aquí a luchar junto a ellos! ¡Nos suplicaron que ayudáramos a un rey legítimo! -arengó a sus hombres. Ignoraba si sus palabras llegarían a los otros navíos, pero sabía que su cólera sí-. ¡Hemos sido traicionados! -Alzó la espada-. ¡Por los dientes de Odín, por la sangre de Cristo! ¡Por la casa de mi padre, no aceptamos la traición! -Guardó silencio un instante-. ¡Adelante, vikingos!
El grito subió por los aires y silbó llevado por el viento.
Las naves arribaron a la playa. Rollo sacó su hacha de doble pala, el arma vikinga más atroz. Eric prefería su espada. La llamaba Venganza, y eso se proponía obtener.
Llegaron a los bancos de arena, y los barcos vikingos tocaron el fondo. Con sus botas forradas en piel, Eric y sus hombres vadearon las aguas. Sonó un cuerno, y el grito de batalla comenzó como un suave cántico y fue elevándose hasta convertirse en un escalofriante aullido. Habían llegado los vikingos.
Súbitamente se abrieron las puertas de la fortaleza y aparecieron hombres a caballo armados como la tripulación irlandesa y nórdica de Eric con hachas de guerra de dos hojas, el beso de la muerte, picas, espadas y mazos. Sin embargo, no estaban a la altura de la ferocidad de los vikingos ni de la cólera de Eric.
Éste jamás luchaba como una fiera rabiosa. Su padre le había enseñado que la rabia puede controlarse y transformarse en hielo. Jamás permitía que su furia do minara su brazo armado, que lo impulsara a actuar con demasiada temeridad. Combatió frío e implacable, matando al primero que lo enfrentó. Los defensores combatían valientemente, y en medio de la matanza Eric pensó que aquello era una lamentable pérdida de vidas y fuerzas. Había pocos guerreros profesionales allí, seguramente hombres del rey, vasallos que dedicaban la vida a su defensa. Pero la mayoría eran simples granjeros, labriegos, ciudadanos libres y siervos que luchaban con picas, azadas y cualquier cosa que pudieron encontrar.
Morían rápidamente, y su sangre alimentaba la tierra. Cada vez eran más los vikingos montados a caballo y más los hombres de Wessex que yacían en el suelo.
Se oyeron más alaridos. A lomos de un caballo castaño arrebatado a un hombre caído, Eric levantó su espada Venganza, echó la cabeza hacia atrás y lanzó el

escalofriante grito de guerra de la Casa Real de Vestfald. Un rayo rasgó el cielo y comenzó a llover.
Aunque los hombres resbalaban en el lodo, la batalla no cesó. Eric espoleó el caballo y se dirigió hacia las puertas. Sabía que lo seguían Rollo y un grupo de sus hombres. Los arqueros continuaban arriba. Impasible, ordenó que fueran al barco a buscar un ariete. A pesar de las flechas que volaban y el aceite caliente que les arrojaban, no tardaron en romper las barreras. Los vikingos entraron en tropel en la ciudad fortaleza. A con tinuación se libró un combate cuerpo a cuerpo, y cada momento que pasaba aportaba una victoria a los hombres de Eric. Ordenó en inglés a sus hombres que bajaran las armas. Se iniciaba el pillaje; tras una travesía por el mar y una batalla los hombres exigían su recompensa. Sin embargo, la furia y la sed de sangre de Eric se habían aplacado. No lograba comprender por qué Alfredo, famoso por ser un guerrero feroz y un sabio rey, lo había traicionado. Escapaba a toda lógica.
Más y más hombres comenzaron a deponer las armas. Muchas de las casas estaban en llamas, los parapetos caían, y la ciudad fortaleza se había convertido en una ruina de terraplenes. En medio de los escombros corrían cerdos y vacas, espantados, chillando y mugiendo. Los hombres que habían quedado con vida se agrupaban en una esquina de la estacada junto a las puertas que daban a los campos. Eric ordenó a Rollo que se ocupara de ellos. Esos hombres se convertirían en sus siervos.
Giró su caballo al oír gritos y comprendió que sus hombres atacaban a las mujeres de la ciudad. Se apresuró a llegar al centro de los terraplenes. Un grupo de sus hombres rodeaba a una chica de cabellos negros que no tendría más de dieciséis años. La muchacha, con la túnica desgarrada, lloraba y gritaba aterrada.
-¡Basta! -exclamó con voz severa.
Desde lo alto del inmenso caballo bayo contempló la escena. Cuando sus hombres se detuvieron y se hizo el silencio, sólo roto por los sollozos de la joven, reco rrió a sus guerreros con su fría mirada y después volvió a hablar:
-Hemos sido traicionados, pero aún no comprendo por qué. No maltratéis ni abuséis de esta gente, sean hombres o mujeres, porque los reclamo como míos; a ellos y este lugar. Nos apoderaremos de las riquezas de la ciudad para repartírnoslas. Pero el ganado vivirá y mantendremos fértiles los campos, porque ésta será nuestra tierra en la costa de Wessex.
La chica no entendió sus palabras en nórdico, pero sí pareció comprender que se le concedía un indulto. Con los ojos llenos de lágrimas y resbalando por el lodo, corrió hacia él, que continuaba montado, y le besó la bota.
-No, muchacha...
Le cogió las manos con impaciencia y le habló en inglés. Ella lo miró con sus ojos oscuros, y él negó de nuevo con la cabeza. Encargó a Hadraic, uno de sus capitanes, que se ocupara de ella.
En el momento en que el señor vikingo obedecía su orden, se oyó un silbido. El caballo bayo relinchó y cayó. Eric comprendió que una flecha destinada a él ha bía herido a su montura, que se revolcaba en el suelo. Eric saltó rápidamente y miró hacia las casas, las que ardían y las que continuaban en pie. Un grito de furia se elevó entre sus hombres. Rehiló una segunda flecha. Eric sintió un dolor ardiente como el fuego en el muslo, donde se había clavado la flecha. Echó la cabeza hacia atrás y, apretando los dientes, tendió la mano para coger la flecha. Sus hombres se precipitaron hacia él, pero él se escudó detrás del caballo muerto y levantó la mano para indicarles que se detuvieran. Sudoroso y convulsionado, agarró la flecha y tiró

de ella. De sus labios salió un grito de dolor cuando consiguió extraerla. La sangre cubrió sus manos y una sombra le nubló los ojos. Permaneció sentado en el lodo, empapado por la lluvia, temiendo desvanecerse.
La furia lo reanimó. Arrancó un trozo de su capa, se cubrió la herida con él y logró ponerse en pie con dificultad. Con las mandíbulas tensas, sus ojos de hielo escudriñaron los alrededores. Detrás de él se alzaba una casa de dos plantas; no estaba en llamas y había ventana en el piso superior. Desde allí podía haber apuntado un asesino.
-Detente, Eric -exclamó Rollo. Él alzó una mano y movió la cabeza.
-No; debo encontrar a ese asesino y vérmelas él. -Se interrumpió un segundo para señalar el caballo caído-. Ten piedad de esta bestia y líbralo de su dolor.
Se encaminó hacia la casa sin preocuparse de otra flecha podía alcanzarlo. La cólera le cegaba, sabía que no había nadie al acecho en la ventana. Quien quiera que lo hubiera atacado tenía la intención de huir pero él no le daría tiempo a escapar.
Entró en el edificio. Se trataba de una hermosa señorial con una enorme sala de una de cuyas pare colgaba una hilera de escudos. En el centro ardía buen fuego bajo un tubo de caña abierto hacia el cielo. Por el tubo penetraban gotas de lluvia que chisporroteaban al caer sobre las piedras que rodeaban el hogar.
Eric desvió la vista hacia la escalera. Sin duda agresor, suponiendo que él subiría, habría bajado ; estaría aguardando para atacarlo por la espalda pronto se volviera. Por esa razón no se dirigió hacia escalera, sino que paseó la vista por la sala. Vio una hermosa mesa sobre la cual estaban dispuestos platos, copas y búcaros con cerveza y aguamiel. Arrastrando la pierna herida se acercó y se sirvió un buen trago de aguamiel.
Esperó, observando atentamente la sala, y se vio recompensado. En el otro extremo, en una especie de despensa, apreció un ligerísimo movimiento bajo una mesa cubierta por un mantel largo. Con aire distraído se inlinó para desenfundar la daga que llevaba en la pantorrilla. Se aproximó despacio a la despensa. Repenti mente alzó el mantel y se preparó para atacar al hombre escondido debajo.
Lanzó una maldición cuando una nube de harina le dio en la cara, cegándolo. Un suave ruido le indicó que el hombre intentaba escabullirse. Ignorando el escozor que sentía en los ojos y el dolor de la pierna, Eric se abalanzó sobre su adversario, que escapaba. Sus manos se cerraron sobre un brazo, y no le costó nada derribar a su agresor. Cayó sobre él y se apresuró a levantar la daga, dispuesto a matar.
Entonces oyó un gemido y vio que acababa de atrapar a la mujer que había visto en el parapeto, la dueña de aquellos cabellos de color fuego que disparaba flechas mortales. Se detuvo.
Ella se estremeció debajo de él furiosa por haber gemido. Tenía los ojos empañados por las lágrimas que no permitía derramar. Eran azules, casi plateados y, aunque sus cabellos poseían aquella curiosa tonalidad sol fuego, estaban enmarcados por unas pestañas negras momo la noche; los ojos y las pestañas eran llannativos y rirermosos. Tenía la piel blanca, ebúrnea, tan suave como los de una rosa. Tendida bajo él, trataba de recuperar el Viento; sus pechos se alzaban y descendían, firmes montículos marcados por la suave tela de lana de su túpica orlada con piel.
Él observaba sus hermosas curvas cuando de pronto ella apretó los labios y le escupió.
Eric se echó hacia atrás y quedó sentado sobre ella, estrechándole las caderas con los muslos. Con un ligerísimo movimiento le colocó la hoja de la daga sobre la garganta. Notó cómo se le aceleraba el pulso allí y desués tragaba saliva. La joven

tenía enredada la larga y brillante cabellera, que le llegaba hasta las nalgas. Él sabía que con las rodillas le tiraba el pelo. No cabía piedad para ella. Un hombre no podía escupirle y seguir con vida. Pero una mujer...
Se limpió el escupitajo de la cara y después la mano en el pecho de la mujer. Notó cómo se encogía y sintió la sugerente suavidad y blandura bajo la ropa.

-Me has herido gravemente, señora -dijo en idioma.
Al parecer ella advirtió el veneno en su voz, pero se arredró.
-Quería matarte, vikingo -replicó con vehemencia -Lástima que hayas errado -dijo él.
Le pasó la hoja de la daga por la mejilla y luego volvió a colocársela, fría como el hielo, sobre la garganta. Al sentir cómo se estremecía la mujer, retiró el arma y se puso de pie. De un tirón la obligó a levantar A causa del esfuerzo, le brotó más sangre de la herída del muslo y la vista se le nubló. Tenía que haber pedído a su médico que limpiara y vendara la herida antes lanzarse contra el enemigo, cualquier enemigo, ya fueran diez hombres armados de espadas y mazos o esa joven arpía de cabellos de fuego. La muchacha sabia disparar flechas, y sus ojos plateados le indicaron que estaba esperando el momento de verlo débil. Se estremecía, pero sus ojos destilaban odio.
Súbitamente ella levantó la rodilla y le asestó fuerte y cruel golpe en la ingle. Él se quedó sin aliento con el nuevo dolor, se dobló, aturdido. No la soltó embargo. Con los dedos firmemente aferrados a su muñeca, caminó tambaleándose en busca de una silla, arrastrando a su agresora consigo. Tras sentarse, la forzo a hincarse de rodillas ante él. Deseó matarla en ese mismo instante, golpearla con toda la fuerza de su poder con la mano hasta romperle el cuello. Trató de recuperar aliento y se obligó a abrir los ojos. Por un instante fugaz que creyó haberlo imaginado, percibió un terror puro y salvaje en la mirada de la joven, como la de faisán atrapado en una trampa. La expresión desaparecio rápidamente. Aunque Eric había conseguido dominar su furia, estaba seguro de que ella conocía la magnitud de su rabia, porque, arrodillada como estaba, convenzo luchar frenéticamente para liberarse. Él casi se olvidó de la pelea mientras la contemplaba y analizaba. Era una beldad poco común; un cuello largo y delicado, unos rasgos hermosamente cincelados enmarcados por el glorioso manto de su resplandeciente cabellera. Evidentemente era de noble cuna: los finos manteles de hilo y la piel de su vestimenta evidenciaban una elevada posición.
La observó demasiado rato. Al notar que él aflojaba la presión con que la sujetaba, la muchacha le mordió la mano. Eric le soltó la muñeca para agarrarla con fuerza del cabello y sonrió implacable al oírla gritar de dolor. Podía ser una belleza, pero era también rápida y astuta, y decididamente su enemiga. La atrajo hacia sí y su mirada se clavó en los ojos de ella como una cruel daga: -¿Qué ha ocurrido aquí? -preguntó.
-Qué ha ocurrido? -repitió ella-. Que una plaga de cuervos sanguinarios han llegado por el mar. Él la estrechó aún más.
-Repito, señora, ¿qué ha ocurrido aquí?
Con lágrimas en los ojos, ella le arañó los dedos. Sin querer descubrió su punto débil. Le golpeó el muslo. Eric vio las estrellas. Aflojó la presión. Iba a desmayarse, lo sabía. Se obligó a caer hacia adelante, arrastrándola a ella. Ambos rodaron, él esforzándose por no perder el conocimiento. El lodo que cubría sus ropas manchó las de la muchacha. Sus piernas se entrelazaron, y en el forcejeo la falda de la túnica de la joven se subió. Ella gritó de miedo y furia. Asaltado por un inesperado deseo, deslizó sus manos de guerrero por la carne desnuda y la encontró suave y

sedosa. Ella sollozó, debatiéndose frenéticamente. Eric sintió arder la fiebre en su interior al tocar aquellos muslos cálidos y firmes. No había pensado en los placeres carnales, ni siquiera cuando reparó en la belleza de sus ojos ni cuando la maraña de sus cabellos le rodeó de forma sensual. Pero en ese momento, al notar esos senos aplastados bajo la malla que le cubría el pecho mientras sus manos palpaban la suave piel de su pierna, una oleada de deseo le recorrió el cuerpo.
Apretó los dientes y observó que ella tenía los ojos muy abiertos, asustada. La joven intentó en vano lib rarse. Lanzando maldiciones, la chica le arañó fiel mente. Él le cogió las muñecas y se las colocó tras la cabeza para mirarla fríamente.
Había ordenado a Rollo que se mantuviera tras pero adónde diablos se encontraba en ese momento? Le necesitaba. Le flaqueaban las fuerzas, pues había perdido muchísima sangre. Había batallado contra incontables hombres sin recibir un arañazo; en cambio esa arpía ojos plateados había estado a punto de derribarlo.
Ella dejó escapar un suave gemido y desvió la vista para no mirarlo. Eric vio que se mordía el labio inferior -¡Morirás por esto! -exclamó ella de pronto con vehemencia.
-¿Por esto? ¿Por qué exactamente, milady? ¿Por llegar a tu costa o por negarme a morir a pesar de tu excelente puntería? Ah, ¿o por tocarte... así? -Se incorporó un poco, tratando de vencer la oscuridad que amenazaba, y recorrió suavemente con los dedos el interior del muslo desnudo.
Ella enrojeció de ira, y posiblemente de otra emoción, y él echó a reír. Pero el dolor volvió a atenazarle. Ella le había disparado una maldita flecha, lo había golpeado, mordido y arañado; era un estúpido si no comprendía que una enemiga hermosa también podía ser una enemiga mortal. Se endureció contra su belleza, como contra el deseo que habían encendido la pelea y contacto con su piel suave y desnuda.
-No temas, bruja inglesa -se burló, y deslizó mano a lo largo del muslo, acercándose peligrosamente al extremo-. No eres ni dulce ni tierna ni atractiva, Milady. Mis opciones son o bien matarte o hacerte mi esclava; eso es todo. Sólo me interesan las mujeres sugerentes y atractivas. No me provoques, porque si fuera a tocarte lo haría con implacable brutalidad.
Qué otra cosa puede esperarse de un vikingo que brutalida y muerte? -replicó ella.
Él apretó los dientes, reprimiendo la tentación de golpearla y se obligó a sonreír. Dios santo, ¿dónde esta Rollo? Veía todo a través de una niebla roja, pero incluso a través de esa niebla roja ella era hermosa... y Ambos estaban enredados en madejas de fieros cabellos dorados, tan fragantes como las flores de pri-mavera,suaves como hilos de la más fina seda. Sus ojos, color grisáceo, grandes y bellos, traslucían un odio . Sus pechos subían y bajaban, casi saliéndose de los límites de su túnica.
-Tal vez debería poseerte -susurró.
Le acarició la mejilla con los nudillos y ella volvió la cabeza violentamente. El paseó los dedos por el cuello para descender hasta sus pechos. Ahuecó la mano sobre un seno, acariciándolo, moviendo rítmicamente el pulgar alrededor del pezón, que se endureció. Ella inspiró profundamente y sacudió la cabeza; sus ojos brillaban de rabia.
-¡No! ¡Vikingo! -maldijo.
Eric frunció el entrecejo, preguntándose por qué ella insistía en ofender su linaje vikingo cuando él procedía de Irlanda. Por supuesto, Eric nunca toleraría ningún insulto contra su padre o la raza de éste.
Dejó de atormentarla, dominado de nuevo por la ira. No disponía de mucho tiempo.
-Quiero saber qué ha ocurrido -exigió.

Ella lo miró fijamente un instante en absoluto silencio. Él le soltó las muñecas y se estiró para recoger la daga. Se disponía a envainarla cuando se sintió abatido por la debilidad; la herida volvía a sangrar.
Se esforzó por permanecer consciente, por despejar la cabeza.

-Milady, quiero que me digas quién es el señor de este lugar y por qué...
Se le quebró la voz. Comenzaba a desvanecerse. Se inclinó, luchando contra la oscuridad que se cernía sobre él.
Iba a morir. El gran guerrero estaba a punto de morir porque esa muchachita lo asesinaría en cuanto cerrara los ojos.
-¡Ay!
Notó que ella se revolvía debajo. Lo empujó hacia un lado, y un horrible sopor se apoderó de él. La joven se había arrodillado y contemplaba sus ojos azules. Ella tendió la mano para arrebatarle la daga, y Eric cerró la mano sobre el arma, a punto de desmayarse. Desesperada, la muchacha se afanaba por quitarle la daga. El la oyó sollozar. Quería matarlo, necesitaba el arma.
-¡Mi señor! ¿Dónde estás?
Por fin apareció Rollo. Se oyó el trapalear de cascos de caballo y después el ruido cesó. Eric aferró con fuerza la daga.
La chica se puso en pie, y el vikingo vio cómo le palpitaba el pulso en el cuello. Cuando ella se volvió para echar a correr, Eric se incorporó, empuñando el arma. Al llegar a la sala, la joven se dio la vuelta, y por un momento él la vio como en una nebulosa, atrapada en la luz del día, alta, esbelta y majestuosa, envuelta en su cabellera, que flameaba como una gloriosa aureola dorada.
Al ver la daga y la glacial mirada del hombre, la mujer contuvo el aliento, apoyada contra la pared; él tenía su vida en sus manos. Podría haberla matado allí mismo en ese instante, ambos lo sabían. En cambio él apuntó cuidadosamente y lanzó la daga, que se clavó en la manga de la muchacha, a la izquierda de su corazón. Él le dirigió una sonrisa letal y escalofriante.
-Soy vikingo, como has dicho, y estás viva. Ruega, ruega a tu Dios con todo tu corazón que nunca volvamos a encontrarnos.
Los hermosos ojos enmarcados por tupidas pestañas revelaron terror y odio cuando lo miró. Lanzando grito, se giró, rompiendo la túnica atrapada por la daga, y echó a correr de nuevo. En un instante había desaparecido.
-¡Eric! -llamó en ese momento Rollo, precipitadamente por la puerta.
-¡Aquí!
Rollo se acercó a él y se inclinó para ayudarlo a ponerse en pie.
-Llévame a una cama -pidió casi sin aliento Eric-. Trae al médico y una buena provisión de cerveza o aguamiel.
-¡Cuánta sangre! -gimió Rollo-. Deprisa, tenemos que vendarte la herida. Príncipe mío, no debes morir.
Eric sonrió con implacable determinación.
-No moriré, te lo juro, no moriré. Viviré para vengarme por lo ocurrido hoy. Sabré qué ha sucedido aquí, o Alfredo de Wessex se encontrará muy pronto batallando, no sólo contra los daneses, sino también contra los noruegos y los irlandeses.
En lo alto de un acantilado blanco desde el cual se divisaba la destrucción de la ciudad de Wessex, un joven delgado sentado en la tierra se puso en pie, retrocedió hasta el follaje de los árboles y echó a correr. Sus jóvenes y ágiles piernas lo llevaban velozmente por el bosque, por un antiguo camino romano. Aunque el corazón le latía de forma acelerada y le dolían las piernas, continuó corriendo hasta

adentrarse en un claro donde encontró a dos nobles ingleses de Wessex montados a caballo. Eran elegantes señores del reino, el mayor ataviado con una capa de lana azul guarnecida con armiño, y el más jov con una capa orlada con piel de zorro blanco.
-Y bien, chico, cuéntanos --dijo el noble mas viejo.
El muchacho apenas podía hablar de cansancio, pero le apremiaron de modo no muy amable.
-Todo fue como deseabais. Lord Wilton de Susses dirigió la batalla y cayeron inmediatamente bajo las espadas vikingas. Nadie estaba enterado de la invitación del rey ni de que en los barcos vikingos había irlandeses también. Wilton y Egmund han muerto, y podrían ser acusados de la traición. Se recibió a los vikingos como invasores. La ciudad está ardiendo. Los hombres que no murieron fueron apresados. Serán esclavos, y las mujeres concubinas.
El hombre mayor esbozó una cruel sonrisa, y el más joven habló con ansiedad:
-¿Qué les ocurrió a las damas, Adela y Rhiannon: -Adela escapó, tal como se suponía. -El chico se interrumpió, temiendo la ira de los dos nobles. Rhiannon se negó a abandonar a los hombres que se han mantenido fieles a ella desde que nació; se quedó para participar en la batalla.
El noble joven comenzó a proferir maldiciones. El siervo se apresuró a añadir:
-Uno de los vikingos la sorprendió en la casa señorial, pero yo la vi huir por la puerta trasera en dirección al bosque.
-¿Dices que la atrapó un vikingo? -Sí, pero escapó -respondió el chico.
-Sí, pero... ¿a tiempo? -se preguntó el noble mirando a su compañero más joven, que tenía una expresión de tristeza-. ¿Por qué te preocupas? Ojalá el vikingo la haya violado, y sin piedad. Eso aceleraría mi petición de mano, porque entonces no estaría en posición de rehusar mi proposición. Usada y desechada por un enemigo de esa calaña. Va a agradecer las migajas que le ofrezco.
-Quizá te equivoques -replicó el otro sin mirar al viejo-. Está enamorada de Rowan, y Rowan de ella. Nunca aceptará a otro hombre.
-Hará lo que se le ordene. -Sólo el rey puede darle órdenes.
Esas palabras fueron recibidas con una carcajada, dura y estridente.
-Después de hoy estoy seguro de que el rey le dará órdenes. Y no permitirá que contraiga matrimonio con un novio muerto de hambre, de eso no cabe duda. Vamos, la misión está cumplida y hemos triunfado. Debemos comunicar al rey la terrible noticia de lo ocurrido.
-¡Señores! -exclamó el muchacho, el espía. El viejo lo miró entornando sus astutos ojos. -¿Qué sucede?
-¡Mi recompensa! Me prometiste pagarme en plata.
-Sí, lo prometí -dijo el hombre. Acercó el caballo al chico-. ¿Estás seguro de que todos los hombres que puedo nombrar han fallecido?
-Seguro. He cumplido. Me prometiste una recompensa.
-Sí. -El viejo sonrió.
El chico abrió los ojos sorprendido cuando el noble desenfundó su espada. No tuvo tiempo de gritar; su vida fue segada rápidamente, y cayó al suelo en un charco de sangre.
El lord más joven protestó con una exclamación ahogada.
-¿Era nece..., Dios mío, era necesaria esa brutalidad?
-Sí. -El anciano limpió con toda tranquilidad la sangre de la espada-. Sí, completamente necesario.

Hazme caso, amigo, si cometes traición, no dejes pistas -Cruelmente guió su caballo para que saltara por encima del cadáver del muchacho-. Vamos, debemos visitar al rey.

2

El corazón le martilleaba en el pecho, le dolían las le ardían los pulmones, pero Rhiannon comió corriendo, adentrándose más y más en el bosque, alejándose de la ciudad que había sido su hogar, su propiedad por derecho. Había tenido que luchar toda su vida, pero jamás se había encontrado tan cerca del terror y la desesperación como en esos momentos.

Finalmente aflojó el paso, ya en el corazón del bosque era un mar de oscuridad verde. Conocía bien zona y se alegró de que comenzara a anochecer. Se tuvo ante una roca cubierta de liquen para recuperar aliento, aguzando el oído para comprobar si las horde vikingos la perseguían. Su respiración se apació poco a poco. Al parecer no la habían seguido. Tal vez no sabían quién era, o quizá no les importaba.

Se echó a temblar al pensar que aquel hombre podía haberla matado. Y si no hubiera estado tan gravemente herido, no habría permitido que escapara.

Se estremeció y cerró los ojos para dominarse. Pero no podía cerrar los ojos al recuerdo; veía al vikingo en su mente, rubio, poderoso, y le parecía que aún percibía su sutil aroma masculino, aún sentía sus manos tocándola...

Inspiró profundamente. Podría haberla matado, haber apuntado la daga hacia su corazón, pero no lo hizo. Sin duda sabía que ella huiría, que se apresuraría a avisar al rey, y sin embargo la dejó con vida.

No lo hizo por piedad, pensó, pues se había comportado con bastante crueldad. ¿Y por qué le preguntó qué había ocurrido? Se rodeó con los brazos, deseando poder gritar de miedo, furia y frustración. ¿Qué había ocurrido? Que una horda de vikingos se presentó de repente y destruyó su casa.

Debía continuar avanzando. Tenía que ver al rey. Rhiannon se levantó para reanudar su camino y no tardó en llegar al arroyuelo que atravesaba el bosque. Se preguntaba si los vikingos habrían asolado la ciudad. Muchos habián muerto: nobles, ciudadanos libres y siervos habían fallecido tras luchar orgullosa y valientemente. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Egmund había muerto. El querido y leal Egmund, con sus bigotes largos y sus melancólicos ojos castaños. Rhiannon no podía soportarlo. Egmund había acompañado a Garth, su padre, el príncipe de Gales, cuando fue a rescatar a su madre, Allyce, de los daneses que habían saqueado la costa de Cornualles. El padre de Alfredo había honrado a Garth por la hazaña, ofreciéndole a Allyce por esposa, además de muchos condados y tierras fértiles. Rhiannon recordaba que Egmund solía cogerla en brazos cuando era pequeña y balancearla en la rodilla. Y al igual que ella, Egmund había pasado su vida luchando, contra los vikingos, la horrible horda de la muerte.

Se arrodilló y sumergió la cabeza en el agua fresca y rumorosa. Se echó agua por todo el cuerpo para limpiarse del lodo y el contacto del vikingo. Comenzó a temblar de nuevo y se obligó a ponerse en pie para alejarse del arroyo. Había escampado por fin, y los relámpagos ya no iluminaban el cielo. Debía proseguir caminando hasta llegar a Alfredo.

Volvió a estremecerse, tanto deseaba ver al rey. Ansiaba entregar su cansado ser a sus cuidados y contarle la historia. No quería preocuparlo más, pero Alfredo era el único que podía vengarla.

Alfredo parecía predestinado a guerrear contra los vikingos, quienes, antes de que él naciera, ya habían invadido Britania, sembrando la muerte, venciendo a los hombres de Dorset, Lincolnshire, East Anglia, Kent, Londres, Rochester y Southampton. Les habían presentado batalla y ganado algunas, pero al parecer los escandinavos tenían el pie más firmemente asentado en la tierra. Alfredo, el menor de los hijos de Atelwulf, había perdido a tres hermanos, reyes guerreros, antes de proclamarse él rey. Alguna vez había pagado a los vikingos el precio de la paz, pero éstos eran traicioneros y no respetaban las treguas, de modo que Alfredo se veía obligado a pelear. Cuando los daneses abandonaron Wessex, se dirigieron hacia Mercia y acamparon en Londres. Burhred, el rey de Mercia, casado con la hermana de Alfredo, renunció tras una larga lucha y se marchó. En esos momentos ocupaba su lugar un inglés, uno de los nobles fieles a Alfredo. En cambio el rey Edmundo había muerto en East Anglia a manos de los daneses, el pueblo más poderoso del norte, donde Alfredo carecía de los hombres necesarios para combatir contra ellos en el norte. Por ese motivo estaba decidido a conservar Wessex para desde allí emprender algún día la lucha hacia el norte.

Alfredo, buen guerrero y persona audaz, prudente y apasionada, había logrado reunir bajo su bandera a más hombres que cualquier otro rey. Rhiannon lo amaba profundamente. En esos momentos un ejército danés tenía sitiado Rochester. Alfredo estaba preparándose para atacarlos y ofrecer ayuda a los hombres que durante el largo invierno habían defendido valiente• mente la ciudad desde dentro de las murallas. «Apenas resistimos la ofensiva, pensó Rhiannon. Habían caído en un día. No habían contado con defensa alguna, pues todos los hombres entrenados para la batalla se hallaban con Alfredo porque no había habido ningún aviso del ataque.

Se echó a temblar de nuevo. Rowan se encontraba con el rey. Gracias a Dios no había estado con ella, porque jamás se habría rendido a los invasores y habría muerto. Ella ya había perdido demasiados seres queridos. Su padre había perecido cuando participaba con Alfredo en una batalla contra Guthrum; su madre no había tardado en seguirlo a la tumba. Habían sucumbido tantas personas bajo el acero vikingo que no soportaba la idea de que también muriera Rowan.

Comenzó a caminar más deprisa. Tardaría unos días en llegar hasta el rey. Su intención había sido huir a caballo, pero el señor vikingo había trastocado sus planes, y no le había quedado más alternativa que escapar a pie. No tenía caballo, estaba cansada y triste, pero debía continuar adelante. No se atrevía a permanecer cerca de los vikingós.

Se rodeó de nuevo con los brazos porque volvía a temblar. No deseaba que el gigantesco invasor rubio la capturara. Su rostro había quedado impreso en su memoria; esa cara angulosa con aquellos ojos azules, feroces y fríos como el hielo. En su mente resonaron las palabras de advertencia que el hombre le había dirigido, y eso la impulsó a apresurar el paso. Oró fervorosamente, rogando no volver a verlo nunca más en su vida.

Recordó el momento en que lo vio por primera vez desde el parapeto, cuando la plaga mortal se había cernido sobre ellos. Lo había visto de pie en la nave, como si ni siquiera el más fiero rayo de la naturaleza pudiera abatirlo. Insolente y arrogante, aquel hombre provocó la destrucción de todos sus seres queridos. Había deseado con desesperación la muerte del vikingo y suque tras ella sus hombres se retirarían.

Estaba quieto cuando ella lo apuntó con la flecha, en el último instante se apartó hacia un lado. Rhiannon despreciaba su orgullo, su suprema seguridad en sí mismo y la mortandad que había causado. Tendría haber escapado antes, pero al verlo en

el patio el horror de la muerte se apoderó de ella, y deseó desesperadamente acabar con él.
¡Y cuán cerca había estado ella de la muerte!
Un ardiente estremecimiento recorrió su cuerpo. "acordó la envergadura y la furia del nórdico, la presión de su mano, como grillos de acero, sus músculos, que le habían quemado y penetrado la piel. Jamás había sentido un terror y un odio tan intensos. Nunca olvidarla sus ojos, de hielo y fuego, que la perforaban, la abrasaban y parecían violar su alma. Por su culpa la ciudad estaba en ruinas, y sus habitantes se habían convertido en esclavos. Egmund yacía en un charco de sangre, junto con el querido lord Wilton, su paladín, igual que Egmund, durante tantos años. El valiente Thomas también había perecido, como tantos otros.
Volvió a detenerse, apretándose el estómago para vencer el dolor que la traspasaba. Levantó la vista al cielo y rogó que Adela hubiera escapado hacia los bos ques. Su prima Adela, viuda de un noble militar de Wessex, estaba siempre a su lado como su doncella y amiga. Rhiannon estaba segura de que Adela no habría sobrevivido a la crueldad del nórdico. De eso estaba segura. -Padre del cielo --oró--, haz que esté a salvo.
De pronto quedó paralizada al percibir un movimiento de ramas a la izquierda. El corazón se le aceleró e hincó una rodilla en el suelo, buscando refugio detrás de un roble. Atenazada por el miedo, no lograba apartar de su mente el rostro del vikingo, cubierto de lodo y harina, severo, escalofriante y sorprendentemente inmóvil. Sintió el poder de su contacto, el vigor de su figura bárbaramente musculosa. «Ruega -le había dicho ruega que jamás volvamos a encontrarnos.»
Se le escapó un gemido. El infierno había cobrado vida entre aquellos arbustos. Se le cortó el aliento.
En ese instante salió de la espesura un caballo roano con un aspecto lamentable.
Rhiannon prorrumpió en después rompió a llorar.
¡Tantos muertos! Los vikingos le habían arrebatado todo; ni siquiera podía regresar, no podía ofrecer un entierro cristiano a sus buenos amigos, compañeros y de fensores. Los buitres y los lobos se darían un festín con ellos.
Le pareció que el caballo roano la miraba como si se hubiera vuelto loca, y entonces ella pensó que realmente había enloquecido. Consiguió ponerse en pie con dificultad. Necesitaba el caballo, pues cabalgando tal vez llegaría a donde se encontraba el rey por la mañana. Llamó al animal, que no hizo ademán de huir. Venía de la batalla y las riendas le arrastraban por el suelo. Rhiannon se preguntó quién habría montado el caballo y caído muerto. La silla estaba acuchillada y rota. Apretando los dientes para reprimir el llanto, quitó la cincha y arrojó la silla entre los arbustos. Después se recogió la túnica y saltó al lomo del caballo. Estaba ano-checiendo. Rezaría para que la luna la guiara, porque no podía detenerse.
Mientras el caballo avanzaba, Rhiannon pensaba en los años pasados. Una vez, cuando aún vivían sus padres, tuvo que escapar a Londres, alejarse de la casa señorial de Alfredo y Waringham, porque los daneses se hallaban muy cerca. En otra ocasión se vio obligada a huir de la costa; por fortuna esa vez los invasores for-maban un grupo pequeño, con sólo tres navíos. Su padre, Egmund y Wilton lograron acabar con todos y devolvieron sus barcos al mar, en llamas. Sí, había conocido el miedo antes. Siempre había habido peligra, el suficiente para que su padre decidiera adiestrarla en el manejo del arco y en el arte de la esgrima. Siempre lo había acompañado al bosque a cazar jabalíes y ciervos con halcones. Rhiannon destacaba sobre todo en el uso del arco. Su padre solía jactarse de que ella era capaz de enhebrar una aguja con una flecha desde una distancia de cien pasos;

todos reían, pero sabían que eso no estaba muy lejos de la verdad. De hecho era capaz de acertar casi cualquier blanco. Excepto ese día, cuando era tan, tan importante.
Se preguntó con amargura por qué había errado el tiro, por qué el vikingo había lanzado la daga procurando no matarla. Intuía que si hubiera querido acabar con ella, lo habría hecho.
Inspiró profundamente y exhaló un fuerte suspiro. No deseaba pensar en el gigante rubio. No quería temblar ni recordar su calor, su fuerza y la amenaza de sus ojos azules y fríos como el hielo.
«Ruega, señora, ruega que nunca volvamos a encontrarnos.»
Un búho chilló, y Rhiannon a punto estuvo de caer de la montura. Reafirmó su posición. Despuntaba la luna, que iluminaría el camino. Había decidido no detenerse.
Estaba agotada, y de pronto se sintió terriblemente sola. No pudo evitar recordar el momento en que llevaron a su madre el cadáver de su padre. Ella había visto su rostro, hermoso y orgulloso, reducido a la cenicienta palidez de la muerte. Había visto la enorme herida abierta por el hacha de guerra danesa que le partió en dos el cráneo. Sosteniendo la cabeza ensangrentada, lloró y gritó, acunándolo como si así pudiera hacerlo revivir. Finalmente su madre la obligó a salir. Entonces casi dejó de creer que existiera un Dios en el cielo.

Y ahora habían fallecido Egmund, Wilton y Th mas. Y tantos otros.
Rhiannon echó atrás la cabeza y lanzó un grito, un alarido desgarrador y terrible. No volverían a arrebatarle nada más. Lo juró. No volverían a arrebatarle nada... nunca más. Primero moriría.
Alfredo, rey de Wessex, había salido de la capilla y dirigía a la casa. Se detuvo y levantó la vista al cielo matutino. Había dejado de llover, y tuvo la impresión de que las manchas carmesíes que teñían el cielo presagiaban un nuevo derramamiento de sangre. Hombre piadoso, creía en la única Iglesia Católica de Cristo. Sin embargo, esa mañana el cielo le pareció una advertencia pagana.
Suspiró. No estaba preparado para regresar a casa, ver el rostro de su esposa y escuchar a sus hijos que dejarían de reír y se pondrían tensos ante su presencia.
Apretó los puños con fuerza.
«Dios que estás en los cielos, en tu infinita misericordia, haz que esta batalla sea la que aplaque definitivamente a la bestia que nos acosa.»
No recordaba ni un solo momento en que su vida no hubiera estado dominada por los daneses. Su primer recuerdo de la infancia era un peregrinaje a Roma, viaje realizado por un niño de cuatro años porque su padre sus hermanos no podían abandonar la batalla. Su padre y sus tres hermanos mayores habían muerto sin tener oportunidad de envejecer.
Una roca situada entre la capilla de madera y la larga casa señorial formaba un asiento natural en que Alfredo se acomodó. De pronto advirtió que tenía los puños cerrados con fuerza.
Primero había luchado contra los daneses junto a su hermano; cuando éste murió, él contaba veintiún años, y su joven esposa esperaba un bebé. Esa hija estaba a punto de cumplir quince años; le alegraba que la primogenitura hubiera correspondido a una hembra, y que la mayoría de edad no la obligara a participar en esa interminable guerra. El segundo hijo, en cambio, sí fue varón, y no faltaba mucho para su mayoría de edad.

Miró al cielo y se preguntó qué presagiaban aquellas manchas de color sangre. ¿Qué habría ocurrido o qué se avecinaba? Aunque carecía del don de la clarividencia de los celtas, sabía que Inglaterra no había desterrado por completo el paganismo y que el primer ataque de los vikingos había sido vaticinado en oráculos de mal agüero. Todavía merodeaban druidas por los bosques, y pese haber abrazado el cristianismo, la mayoría de su gente era tan supersticiosa como los daneses paganos. Algún peligro se cernía sobre ellos.
Volvió a rezar. Rogó que la señal significara una victoria por fin. Dios le había concedido ya muchos triunfos. Alfredo sabía que su pueblo lo había proclamado el soberano más grande después del legendario Arturo. Había derrotado muchas veces a los enemigos en escaramuzas. Era rey, y los hombres se inclinaban ante él y luchaban por su honor, pero él deseaba más; deseaba la paz. Anhelaba que Inglaterra se convirtiera en un lugar donde se protegiera la cultura, que sus hijos aprendieran a leer y escribir, y estudiaran con eruditos de todo el mundo. Él no había aprendido a leer hasta los doce años; aunque era pequeño cuando murió su madre, jamas había olvidado cómo le leía, cómo su voz le parecía una melodía alegre y ligera cuando recitaba un poema. La falta de tiempo le impedía recibir instrucción, pero había aprendido a leer antes que sus hermanos. Le gustaba estudiar y deseaba eso para Wessex. La paz era imprescindible para conseguir ese objetivo. Tenía treinta y seis años. Ya no era joven, pero tampoco viejo. Le quedaban muchos años por delante. Todavía tenía tiempo de hacer muchas cosas. Los artesanos ingleses eran farros en todo el mundo por sus obras en metal y piedra; hermosas joyas se fabricaban allí. En otro tiempo los monjes ingleses habían trabajado en los monasterios creando obras de gran belleza. Ahora los monasterios eran saqueados, y los metales y las piedras preciosas robadas, junto con todo lo de valor. Era afortunado el inglés que lograba conservar su trozo de tierra.
Se arrodilló ante la roca, cogió un puñado de tierra y lo observó.
-Dios de mis padres, permíteme destrozar a los daneses esta vez. Ayúdame a expulsarles de mi tierra y obligarlos a ver el verdadero camino de Tu luz.
Mientras hablaba sintió temblar el suelo. Alíen de Kent, uno de sus hombres de confianza, se acercaba al galope. Alfredo se apresuró a ponerse en pie. Alíen desmontó y se arrodilló ante el rey guerrero, quien de inmediato comprendió que portaba malas noticias. -Levántate, Alíen, y explícame qué ocurre. ¿Acaso, el príncipe irlandés cambió de opinión y se niega a venir? -El cielo se lo había advertido. Esperó la respuesta. -No, mi rey. Acudió y ha provocado un desastre. No llegó ningún mensaje a la costa. La gente creyó que se trataba de un asedio y se dispuso a atacar. Lady Rhiannon dio la orden. El príncipe irlandés no recibió una bienvenida, sino una andanada de flechas.
Con el corazón lacerado, Alfredo cogió a Alíen por los hombros.
-Cómo te has enterado?
-Cuando me dirigía a ver a lady Rhiannon, me encontré en el camino con un superviviente que venía hacia ti para informarte.
Alíen no sostuvo la mirada del rey, quien se preguntó qué le ocultaba; después pensó que Alíen bajaba la vista por tristeza y temor por Rhiannon.

-¿Y es verdad? ¿Estás seguro?
-Sí, lo estoy. La ciudad está casi destruida.
-Lo supongo -dijo el rey.
Había cogido a una bestia por la cola, una bestia civilizada, había creído. Pero conocía la reputación del hombre, y rogaba que las repercusiones se limitaran a lo

que ya había sucedido. Eric de Dubhlain podría estar marchando sobre Wessex en esos momentos, con su grito de guerra, buscando venganza. El príncipe irlandés habría supuesto que el rey de Wessex lo había traicionado. ¿Lo habría traicionado Rhiannon? ¡Imposible! Alfredo pensó en su prima, inquieto, pero habló como rey. No tenía alternativa. Era rey antes que nada. Sólo había una manera de conservar una parte de Britania para los sajones.
-¿Dónde se encuentra Eric ahora? -Ocupando la ciudad.
-¿No se dirige hacia aquí? Cómo puedes saberlo? -En la ciudad reina un silencio de muerte. Lo sé, señor, porque llegué hasta la costa para comprobar lo sucedido antes de comunicártelo.
Alfredo agradeció en silencio a Dios que el vikingo irlandés no se hubiera lanzando de inmediato a la venganza. Después preguntó por Rhiannon.
-¿Y mi prima?
-No la han visto -contestó Allen, apesadumbrado, moviendo la cabeza-. Pero el hombre que encontré en el camino estaba convencido de que había escapado.
Alfredo se echó hacia atrás la capa y contempló de nuevo el cielo de primavera.
-Allen, busca a Rowan y dile que salga con sus hombres en busca de lady Rhiannon. Si está viva, si es posible hallarla, su amor lo guiará.
-¿Y tú, mi señor?
Alfredo miró a su hombre y vaciló. Allen tenía casi su misma edad. Ambos estaban en forma gracias a la eterna práctica de la guerra. Allen era moreno, de vivos ojos grises, y su boca podía inclinarse hacia la crueldad. Todos se habían endurecido como el granito, pensó el rey.
-Yo iré a ver a Eric de Dubhlain. Trataré de enmendar el error. -Se dio media vuelta y se encaminó hacia la casa, arrastrando la capa detrás. Se detuvo y se volvió hacia Allen-. ¿Cómo ha podido ocurrir esto? ¿Se envió el mensaje?
-Señor, sé que se envió al mensajero. Sin embargo, el hombre con quien hablé no sabía nada. Dijo que tal vez el viejo Egmund, debido al odio que sentía hacia los nórdicos, se había negado a comunicárselo a su señora. Egmund murió en el campo de batalla, de modo que jamás lo sabremos.
-Ah, sí lo sabremos, Allen. -El rey sonrió con tristeza-. Lo descubriremos tan pronto ¿ sea posible. -¡Señor!
Era una voz aguda y femenina. Alfredo se giró para escudriñar la espesura. Se sintió aliviado porque conocía aquella voz.
Vio a Rhiannon, que, despeinada, sucia y con la túnica desgarrada, pero hermosa, como siempre, cabalgaba hacía él por la pradera.
-Dio mío -susurró Alfredo.
Echó a correr hacia ella. Los cascos del caballo roano hacían saltar el lodo. La joven se detuvo, se apeó y, bañada en lágrimas, se arrojó a sus brazos.
El rey la abrazó, le apartó el cabello del rostro y la levantó en sus brazos. Agradeció en silencio a su dios que se la hubiera devuelto.
No sabía por qué la quería tanto, como a uno de sus hijos. Tal vez porque en otro tiempo había admirado y amado a su madre, quizá porque era su padrino. Ignoraba los motivos de su corazón, pero la amaba como a una hija. La estrechó y la mimó. Ella era bastante alta para ser mujer, pero esbelta y bien formada como un hada, fácil de ser alzada en brazos. Olvidándose de Allen, Alfredo se encaminó presuroso hacia la casa, llamando a su esposa.
Rhiannon iba aferrada a él, confiada como una niña. Sus ojos, tan increíblemente azules, se encontraron con los del rey.

-Atacaron los daneses, mi señor. Desembarcaron y cayeron sobre nosotros; fue una carnicería.
Cerró los ojos. Tenía frío; estaba empapada y agotada tras haber cabalgado toda la noche bajo la lluvia. De pronto la furia por la brutalidad y la pérdida inútil de vidas penetró en Alfredo como un cuchillo. Movió la cabeza sin dejar de sostenerla.
-No eran daneses.
-¡Mi señor! ¡Primo! Yo estaba allí. Irrumpieron como lobos hambrientos...
-Te enviamos un mensaje, Rhiannon. Pedí ayuda a un príncipe irlandés de Dubhlain, un hombre que odia a los daneses con tanta ferocidad como nosotros.
Ella negó con la cabeza. Alfredo no la entendía. -¡No vi a ningún irlandés! -aseguró. Apretó con fuerza los dientes. No podía olvidar al vikingo a quien había estado a punto de matar; rubio y glacial como el viento de su tierra-. Llegaron en barcos dragones -susurró.
No se atrevía a contar a Alfredo su encuentro con el hombre, pues su primo se enfurecería porque no había huido inmediatamente.
-La embarcación sería vikinga, Rhiannon, como también algunos de sus hombres.
Ella volvió a negar con la cabeza. Estaba rendida y no lograba que el rey comprendiera la situación.
-Mi señor, tal vez no me expreso con claridad, tal vez estoy confusa...

-No -dijo con firmeza Alfredo, que comenzaba a enojarse. Se sentía enfermo por toda la gente que había sufrido tan inútilmente y temía mucho que una traición le costara la ayuda del príncipe irlandés cuando, más la necesitaba. Estrechó con demasiada fuerza Rhiannon. No la culpaba. Se estremeció de emoción y rabia-. No, te has expresado bien, pero tú no entiendes lo que te digo. Me han traicionado. Ordenaste atacar a un hombre a quien yo había invitado. Has levantado tu mano contra mí.
Ella ahogó un grito, horrorizada.
-Yo jamás te traicionaría, Alfredo. ¿Cómo puedes acusarme así? Luché contra el enemigo. Siempre hemos luchado contra el enemigo.
-No te acuso, pero te digo que debías haber dado la bienvenida a ese hombre en lugar de atacarlo. -¡Te juro que no lo sabía!
La quería. De pronto ya no pudo mirarla a los ojos. No podía perder las fuerzas que necesitaba en esos momentos, cuando la victoria estaba demasiado cerca; ya casi la saboreaba. No podría soportar que se la quitaran de las manos. Necesitaba al príncipe de Eire, y si éste exigía algún castigo, él se vería obligado a pagar el precio.
Entraron en la casa señorial. Condujo a Rhiannon hasta el hogar y la acomodó allí.
-¡Alswitha! -Llamó a su esposa.
Allí estaba ella, su novia de Mercia, con Althrife, su hija menor, en brazos. Alswitha se aproximó a dejar a la niña en el suelo y corrió a abrazar a Rhiannon, dirigiendo a su marido una mirada de reproche.
-¿Qué le ha ocurrido? -preguntó consternada al ver el deplorable aspecto de Rhiannon.
Alfredo no logró aplacar la rabia que se había apoderado de él.
-Alguien de su casa decidió no acatar la orden del rey; eso ha sucedido.

-No; no puede ser cierto -protestó Rhiannon. Alfredo estaba temblando. Su prima era incapaz de comprender la intensidad de su emoción y estaba asombrada al verlo tal furioso con ella, que había acudido a él en busca de auxilio.

-No te acuso de nada, Rhiannon, pero alguien nos ha traicionado; a mí y a ti. Y lo ocurrido podría acarrear terribles consecuencias, mucho más desastrosas para nuestra causa que lo que ya ha sucedido.
Rhiannon se apartó de los brazos de la reina y enfrentó, trémula, a su primo.
-¿Más terribles que el mar de sangre que baña mi ciudad? ¿Lo has olvidado, Alfredo? Hombres, hombres buenos, mis queridos amigos, yacen muertos:..
-¿Y tú has olvidado, señora, que soy el rey? -replicó él con voz de trueno-. Además, Rhiannon, tus queridos y leales amigos podrían ser los traidores, por que se envió un mensaje para anunciar la llegada del príncipe de Eire, que debía ser recibido con toda cortesía y escoltado hasta aquí.
-¡No llegó ningún mensaje, mi señor! -exclamó ella-. Y, créeme, señor, no vi a ningún príncipe irlandés; sólo vi una horda de piratas vikingos.
Él se dio media vuelta sin hacerle caso.
-¡Por todos los santos, Alfredo! -exclamó Alswitha-. ¿Cómo puedes ser tan cruel para dudar de la chica?
Él se volvió hacia las dos con rostro inexpresivo. -Porque todo Wessex podría depender de esto; porque la paz podría depender del capricho y la cólera de un príncipe extranjero. -Se envolvió en la capa y se la abotonó-. Yo, mi señora, partiré hacia la costa. Rhiannon ha sobrevivido y se encuentra, confío, a salvo contigo.
Dicho esto se marchó. Alswitha parecía más dolida que Rhiannon.

-Te qúiere -dijo a la joven-. Y mucho. Rhiannon se volvió hacia ella y trató en vano de sonreír.
-Sí, me quiere, pero no tanto como a Wessex. -Ni siquiera me quiere a mí tanto como a Wessex -dijo secamente Alswitha. AL ver que la muchacha estaba temblando, llamó a su criada, que entró silenciosamente en la sala-. Rápido, hay que calentar agua y bañar a lady Rhiannon junto al hogar. Y abrigarla, no sea que enferme.
Procedentes del exterior se oían los cascos de los caballos y el ruido de los hombres al ensillarlos para emprender la cabalgada. Alswitha pasó un brazo por los hombros a Rhiannon y la condujo hacia la parte este de la sala, el solar de las mujeres. Allí le prepararon el baño. Alswitha no la dejó sola. Ella misma le lavó el pelo y trató de mantener una conversación, hablando del folclor, la gente, la casa.
Cuando estuvo lista, Rhiannon se envolvió en una toalla de lienzo y se acomodó ante el hogar del centro. Comenzó a tiritar de nuevo. Alswitha, hermosa con sus ojos de color miel y sus delicados rasgos, se sentó junto a ella para tranquilizarla.
-Celebraremos misas por tu gente. Rezaremos por ellos esta misma tarde.
Rhiannon asintió y tragó saliva.
-Alswitha, debes creerme. No eran irlandeses; yo los vi. Eran vikingos.
-Rhiannon, sé que me cuentas lo que viste. Lo que ocurre es que ignoras que el padre de ese príncipe irlandés es noruego. Por ese motivo tal vez se parezca mucho a un vikingo. Los constructores de barcos vikingos son los mejores, de modo que las embarcaciones pueden tener en la proa una figura de dragón. Y posiblemente muchos de sus hombres luchan como fieras furiosas. Alfredo necesita guerreros así para detener a los locos daneses. El príncipe irlandés a quien Alfredo quiere complacer pertenece a la casa de Dubhlain, pero es nórdico por herencia paterna.
Envuelta en la toalla, Rhiannon se estremeció. -Me temo que Alfredo ha pactado con los demonios. Yo los vi, y no eran cristianos irlandeses, sino paganos.
Paganos de cabello dorado como el sol del norte y ojos azules de frialdad cristalina. Y Alfredo había pactado con ellos. Era posible que volviera a ver al capitán vikingo.

-¡Dios mío! -susurró.
Se sintió enferma. Sin duda el vikingo rubio habría explicado al príncipe irlandés que una mujer sajona le había disparado flechas. Alfredo, que ya estaba furioso con ella, se enojaría aún más cuando llegara a la costa. -¿Cómo puedo importarle tan poco? ¿Cómo puede importarle tan poco mi gente, lo que ha ocurrido? -dijo, sollozando-. Soy de su misma sangre, y él es mi protector. ¿Y se enfada conmigo porque defiendo mis posesiones?
Alswitha permaneció largo rato en silencio. Después habló con dulzura:
-Te olvidas del rey, Rhiannon; Wessex le pertenece.
-Es cruel.
-Es severo y puede mostrarse implacable. El destino lo ha hecho así, porque debe ser fuerte. Recuerda que es tu protector, tu rey y que te quiere. -Le acarició el cabello, todavía húmedo, y sonrió-. Se preocupa por tu bienestar. No pretendía ofenderte, y nunca lo hará. Rhiannon deseaba creerla. Amaba al rey. Alfredo, Alswitha y sus hijos eran su familia, la única que le quedaba. Flexionó las rodillas y se rodeó las piernas con los brazos. Mientras contemplaba el fuego, lágrimas silenciosas rodaban por sus mejillas.

-¡Fue espantoso! -murmuró-. Tantos muerto tanta sangre. Yo quería mucho a Egmund y Wilto. Piensa en las viudas, que nunca volverán a amar, píensa en sus hijos. -De pronto alzó la cabeza-. ¡Y Adela! No la vi cuando escapé. Debe de estar perdida, Alswitha. No sé si la capturaron o si todavía vaga por los bosques.
-Alfredo la encontrará witha.
-¡Ay! Y yo, tan egoísta, no dije nada de ella a Alfredo.
-Estará a salvo, te lo aseguro. Los hombres de Alfredo la hallarán.
-¿Y si la encuentran los vikingos?
-Si huyó hacia el bosque, ¿por qué van a perseguir a una mujer cuya existencia ignoran?
Rhiannon guardó silencio. No perseguirían a Adela, pero el nórdico a quien había herido tan gravemente podría enviar a alguien tras ella y en su lugar en contrar a Adela. Prefirió no manifestar sus temores. No se atrevía a contar a Alswitha lo ocurrido con el vikingo, pues ella podría considerar que debía explicárselo a su esposo.
-Vamos, Rhiannon -animó Alswitha-. Tienes que comer y después tratar de dormir. -Vaciló un momento, observándola-. ¿Por qué tienes tanto miedo todavía?
-¿Qué? -Rhiannon la miró con ojos asustados. -¿Qué te sucede? ¿Por qué tienes tanto miedo todavía? -repitió.
-No tengo miedo -dijo ella, negando con la cabeza-; ya no. Estoy aquí, contigo, a salvo.
Pero no sabía si se encontraba a salvo o no, ni si volvería a estarlo alguna vez en su vida. No conseguía olvidar al vikingo. No podía olvidar el fuego de su cuerpo, ni aquellos ojos de hielo, ni el ronco timbre de su voz cuando le había advertido: «Ruega, señora, ruega que nunca volvamos a encontrarnos.»
Y no volvería a verlo nunca, jamás. Se quedaría con Alswitha y los niños mientras Alfredo combatía con su ejército mercenario contra los daneses en Rochester. Jamás, jamás volvería a verlo.
Comenzaron a castañetearle los dientes. Estaba rogando, tal como él le había aconsejado. También rogaba que Alfredo no supiera de qué modo había participado en la batalla.
Preocupada, Alswitha le dio unas palmaditas en la espalda.

-Vamos, debes dormir. Hay otra persona aquí que te quiere; ya sabes a quién me refiero.
-Rowan -exclamó Rhiannon, dando un salto. Casi había olvidado a su amor querido.
-Sí, Rowan. Sin duda acompañó al rey y probablemente no regresará hasta mañana. Así pues, tienes que comer ahora y después recuperar toda una noche de sueño. No querrás que te vea en este estado, ¿verdad?
-No, no, por supuesto que no -se apresuró a responder.
No podía permitir que Rowan se enterara de lo sucedido. Él no estaba enamorado de Wessex, sino de ella, y ciertamente podría desear vengarse del nórdico que tan mal la había tratado.
Cuando por fin se acostó, ataviada con un largo camisón de lino, entre sábanas limpias y arropada por una gruesa manta de lana, no soñó con Rowan, como había supuesto. No; en sus sueños no apareció el joven a quien amaba, el sajón de alegres ojos verdes y cabello castaño oscuro, sino el gigantesco vikingo de barba y pelo dorados, anchos hombros, fuertes como el acero, y cuyos ojos, duros y fríos como un témpano de hielo, le habían penetrado hasta el corazón.

Oyó su risa, recordó sus caricias, sintió el repentino ardor que le habían provocado sus manos al deslizarse con tanta libertad e intimidad por sus muslos, de forma tan burlonamente suave en comparación con la furia de sus ojos, la violencia de la pelea. Oyó sus palabras susurradas, que la acosaban una y otra vez. «Ruega, señora, ruega que nunca volvamos a encontrarnos.»
Se despertó. Los recuerdos se negaban a abandonarla, y no lograba conciliar el sueño. Temblaba. Le había recorrido ese mismo estremecimiento de aprensión la primera vez que lo vio. Y después sintió su mirada fija en ella, sintió su contacto. Había creído que él moriría en la batalla.
Pero se había equivocado. El vikingo vivía, estaba segura. Y volverían a encontrarse.
No...
Sí, estaba segura. Él se había presentado acompañado por la tormenta y las salvajes olas del mar. Estaba destinado a sacudir su vida con tempestades.

3

Su sueño había sido intranquilo. Imágenes inconexas, retazos de su pasado, desfilaban por su mente. Vio las curiosas mezquitas árabes y los magníficos palacios de los moros de piel negra. Vio el mar un día en que Odín tronó, maldijo y empujó a los hombres a la muerte con letal tranquilidad. Evocó el viaje a París por el Sena e incluso, anterior en el tiempo, la sala de estudio del hermoso castillo de piedra de su padre en Dublín. Leith, el heredero, estudioso y siempre conciliador, sabía la historia de Irlanda como un senescal, y Eric, siempre celoso, se encaramaba a la mesa y, blandiendo una espada imaginaria, juraba que conquistaría el mundo.
Entonces oía la melódica voz de su madre, que lo reprendía con dulzura y firmeza. Sus fantasías de conquistas se desvanecían cuando ella los reunía a todos en torno a sí: Leith, Eric, Bryan, Bryce, Conan y Conar, y las niñas, Elizabeth, Megan y Daria. Les hablaba de Tuath De Danaan, las tribus antiguas, el honor de la hospitalidad irlandesa y el orgullo de su raza. Podían recorrer el mundo entero, aseguraba su madre, pero jamás debían olvidar que eran irlandeses. Llevaban la raza en la sangre, formaba parte de ellos y siempre les acompañaría. El sonido de las gaitas

les conmovía, y eran capaces de oír al hada agorera, fantasma de la muerte, en el viento. Y sabían que gente diminuta hacía juegos y trucos en los bosques y que la tierra era sagrada. Mientras Erin contaba cuentos y leyendas, sus traviesos hijos escuchaban en silencio sentados a sus pies. Entonces aparecía Olaf por la puerta y trataba de atraer su atención explicándoles las sagas de Odín, Tor, Loki y el resto de dioses. Siempre había calor y cariño en el castillo de Dubhlain. Calor y amor.
Esas escenas permanecieron en su mente mientras se revolvía inquieto en su sueño. El gran hogar, los perros, la tierra. Los días en que viajaban a Tara para sentarse con los reyes de todo el país, los días en que su abuelo Aed Finnlaith gobernaba con justicia y sabiduría a los irlandeses. También los días en que lo enviaban al bosque para que el colosalmente viejo druida Mergwin lo instruyera. Los días en que el viento soplaba y silbaba, y rugían los truenos, y el anciano tonto se quedaba fuera, bajo la lluvia, con los brazos levantados hacia el cielo. «Siéntelo, hijo; siente el viento, siente el halcón cuando vuela y la tierra que pisas. Y recuerda siempre que las respuestas no se encuentran en los demás hombres, sino dentro de tu alma; tú y la tierra sois uno. »
Mergwin lo había obligado a leer y estudiar manuscritos en latín, franco, nórdico, irlandés e inglés. Lo había llevado por las ciénagas y le había enseñado qué hierbas servían para anular el efecto de los venenos, con qué mohos podía prepararse una compresa para cortar una hemorragia. El druida le había exigido mucho, mucho mas que a sus hermanos y hermanas. Una vez él protestó:
-Basta, viejo; soy un príncipe. Soy hijo del Lobo, nieto del gran Ard-Ri.

Mergwin lo miró de arriba abajo, le arrojó un hacha y replicó:
-Sí, Eric, eres todo lo que dices. Por lo tanto, procura que la fuerza de tu cuerpo esté a la altura de tu soberbia. Corta leña de estos árboles y no pares hasta que el montón sea muy alto, porque éste promete ser un frío invierno.
Jamás comprendió por qué obedecía al viejo. Quizá porque su madre amaba a Mergwin, y hasta su padre buscaba su consejo.
El druida jamás se equivocaba. Había sabido cuándo moriría Emenia.
Acostado en la casa señorial conquistada, Eric gimió y dio otra vuelta en la cama. El druida había tratado de impedir que partiera de viaje con su tío, aunque Eric ya había dejado atrás la juventud. Mergwin había ido a la playa. La barba, el cabello y la ropa se agitaban alrededor del anciano, que parecía un cuervo gigante. Resistió el viento y esperó hasta poder hablar con él a solas.
-No vayas -le advirtió.
-Mergwin, debo ir se lo prometí a mi tío. -Corres un grave peligro. No sé decirte de dónde procede ni qué te amenaza. Tu corazón, tu alma y tu vida están en grave peligro.
Recordaba que aquel día había sentido un enorme cariño por su viejo tutor. Rodeó los flacos hombros del druida con los brazos:
-Soy príncipe de Eire, Mergwin. No falto a mi palabra y, como mi padre antes que yo, debo vivir en peligro. Mergwin no discutió más.
Y partió de viaje, conoció a Emenia, y su corazón y su alma estuvieron realmente en peligro. En sus sueños veía la belleza desnuda y flexible de su cuerpo, su sonrisa cuando lo montaba. Sentía de nuevo el suave y sedoso roce de sus cabellos, negros como la noche, brillantes. Ella sabía dónde acariciar a un hombre, como si estuviera dentro de él, como si supiera qué necesitaba, cuándo dónde y cómo. Veía su cuerpo, resplandeciente por el sudor tras la tempestad que se desencadenaba entre ellos; la forma de sus pechos, sus pezones oscuros. Olía su aroma.

Había matado a muchos hombres aquella noche Los envió a descansar con Alá, al cielo, al Valhalla o a infierno, no sabía bien adónde. Pero con tal derramamiento de sangre no logró aplacar el dolor que lo asaltaba y que pasó a formar parte de él; nunca cesaría, jamás dejaría de traspasarlo y acosar sus sueños.
Volvió a gemir. Le dolía la pierna. Mergwin, el viejo druida, con su rostro enjuto, ojeroso y eternamente arrogado, volvía a aparecer en sus sueños. Eric sonrio con tristeza.
-Vete, druida. Deja en paz mis sueños. -No estás soñando -oyó decir Eric.
Parpadeó y movió la cabeza, pero la cara continuaba allí. Eric se incorporó y se sintió mareado. Se esforzó por vencer el aturdimiento y poco a poco la habitación dejó de girar.
En efecto, el druida se hallaba ante él. Eric lo miro furioso, con el entrecejo fruncido.
-Viejo murciélago del infierno. Por Odín, ¿que haces aquí?
Mergwin se sentó a su lado en la cama. Eric hizo una mueca de dolor, apretó los dientes y se dio cuents de que el druida estaba curándole la herida del muslo -¡Por la sangre de Cristo! ¡Eso duele! -exclamó El druida movió la cabeza apesadumbrado. -Eric, has hablado de Cristo, Odín y el infierno, todo en cuestión de segundos. Decídete acerca de tus dioses, joven Lobo, y rézales correctamente si puedes -¿Cómo has llegado aquí?
Mergwin ató la compresa con una venda de lienzo Eric se sorprendió al comprobar que el dolor disminuía casi instantáneamente, como si el toque del viejo tuviera verdadera magia. El druida lo observó con expresión reflexiva, sin responder.
-Te he hablado -le recordó Eric.
«Éste tiene el genio de su padre -pensó Mergwin-; no, más.» De todos los hijos del Lobo y su princesa, ése era el que más se parecía a su padre. Poseía su propio código de honor, y nadie podía transgredirlo. Era exigente con todos cuantos se cruzaban en su vida y se mostraba implacable en la batalla, en cualquier batalla. Era tan alto como su padre, tan rubio como él, más ancho de hombros, muy musculoso y sin embargo esbelto, flexible y ágil. Sabía caminar silenciosamente sobre las hojas de los árboles, él mismo se había encargado de enseñárselo, y sin embargo caminaba con firmeza. No pedía a sus hombres más de lo que él daba. Los trataba con franqueza, y los hombres no dudaban en seguirlo. Aunque su espada podía ser cruel, su juicio era siempre justo y sabio. Su defecto, pensó Mergwin, era esa vena de tozudez que lo dominaba.
-Te eché las runas -dijo por fin el druida. -¿Me echaste las runas? -repitió Eric.
Mergwin era hijo de madre irlandesa, una bruja, según decían muchos, y un maestro nórdico de runas. Las runas eran piedras simbólicas que podían predecir el futuro, si un hombre creía en su poder. Muchos no salían a navegar si las runas no les profetizaban un buen viaje. -Quería descubrir adónde te dirigías -dijo Mergwin. Le arregló la venda de la pierna que con tanto cuidado había atendido-. Los barcos ya habían partido, pero yo los seguí lo más rápido que pude.
-¿Por qué?
El druida se incorporó y alzó los brazos para señalar la casa señorial y la tierra que la rodeaba.
-¡Esto! ¡Ésta es una traición!
Eric lo miró ceñudo y echó las sábanas a un lado, decidido a levantarse.

-Deberías estarte quieto. De lo contrario la herida volverá a sangrar -avisó Mergwin.
-No puedo estarme quieto.

Se encaminó hacia una mesa en que descansaba una palangana y un jarro con agua. Le dolió la pierna pero no permitió que el druida lo advirtiera. Metió cabeza en el agua, y el frío de ésta lo despabiló.
-La herida habría sanado con más facilidad -dijo el druida, mordaz-, si te hubieran extraído la flecha bien. Pero no, el príncipe de los tontos tuvo que romperse el músculo y la piel al sacársela él mismo.
Eric lo miró enojado y se secó el rostro con una toalla de lino.
-Me has curado la pierna, y tu advertencia de traición llega demasiado tarde. Tal vez, druida, deberías regresar al lugar de donde viniste para fastidiar a mi hermano, que seguramente necesita ayuda para alguno de sus proyectos.
Ignorándolo, Mergwin arrastró una silla de madera hasta el hogar que ardía con fuego suave. Las llamas iluminaron su barba increíblemente larga, barba que jamas se enredaba y parecía formar parte de la cabellera que le cubría la espalda. Eric se dirigió hacia la puerta la abrió. Se hallaba en la planta superior de la casa señorial, y probablemente la habitación que había elegir era la del señor porque la hermosa cama en que habia dormido se elevaba sobre un pedestal, y el colchón de de plumas. El hogar estaba hermosamente labrado, y repisa de la chimenea, adornada majestuosamente con santos y gárgolas. Las paredes estaban decoradas con tapices, y el jarro, en cuya asa había joyas incrustadas, y palangana de la mesita eran obras de artesanía.
Sí, la habitación había pertenecido al amo del lugar quien quizá la compartía con su lady. O posiblemen había pertenecido a la perversa lagarta que lo había dejado en el lamentable estado en que se encontraba.

-¡Rollo! -llamó.
En ese instante vio a la chica de cabello oscuro a quien había rescatado de los entusiastas avances de sus hombres la tarde anterior. Estaba limpia y pulcramente vestida con una túnica larga y recatada; llevaba el pelo recogido en un moño, y su rostro, con sus grandes y adorables ojos, aparecía lozano.
La muchacha se apresuró a inclinarse en una reverencia.
-Mi señor, he estado esperando para servirte.
Le ofreció una bandeja con ave asada, pan fresco y una jarra de cerveza. Él la miró y asintió.
-Dime cómo te llamas. Judith, mi señor. Judith, ¿has vivido siempre aquí? -Siempre, mi señor.
-Dime, ¿dónde está tu amo? ¿Lo mataron ayer en la refriega? ¿Por qué me atacó? ¿Lo sabes?
La chica negó con la cabeza, sorprendida.
-No ha habido amo aquí desde que murió el príncipe Garth, hace ya muchos años.
-Ningún amo? preguntó Eric.
De espaldas a Eric y contemplando el fuego, Mergwin dijo:
-Pregúntale por su ama, mi príncipe. -Lady Rhiannon-dijo la joven.
-Ah, Lady Rhiannon -repitió Eric-. ¿Una ninfa esbelta de cabello rojo dorado que le cae hasta más abajo de las caderas? -«Y que posee una perversa habilidad para lanzar flechase, añadió en silencio.
-Sí, ésa es mi señora.
Cuánto deseaba volver a ponerle las manos encima. Sonrió con aire despreocupado.
-Bien, entonces ¿qué me dices de Lady Rhiannon? ¿Por qué me atacó? Yo vine aquí invitado por el rey. -Viniste en una proa dragón, milord.

-Sí, construimos proas dragón; son buenas naves -dijo él-. En cualquier caso yo debía haber sido bien recibido, a menos que se haya cometido traición contra mí o contra el rey.
-No sé nada de eso -dijo la muchacha.
Él la miró detenidamente. Era guapa, pero una simple criada muy joven. No podría ayudarlo.
-Gracias, Judith-dijo, despidiéndola.
Ella se ruborizó, hizo otra reverencia y entornó los ojos.
-¿Puedo servirte en algo más?
-Sí. Busca a Rollo, el hombre grande pelirrojo. Dile que venga aquí.
Ella volvió a inclinarse.
-Ha estado esperando que tú... -se interrumpió. -Vamos, chica, ve a buscarlo -ordenó él con el entrecejo fruncido.
Ella se inclinó, le besó rápidamente la mano, se irguió y se marchó precipitadamente. Eric la siguió con la vista, movió la cabeza y entró en la habitación. Al sentarse a la mesa descubrió que tenía un hambre canina. Entusiasmado, dio un mordisco al pollo y lo encontró sabroso. Miró a Mergwin, que contemplaba las llamas.
-Di, pues, Mergwin, tú que sabías de este peligro, ¿cuál fue la causa de este innecesario derramamiento de sangre?
Mergwin se encogió de hombros sin apartar la vista del fuego.
-Lo ignoro. No soy vidente.
-Ah, claro, no eres vidente -replicó secamente Eric.
Se llevó la cerveza a los labios. Tenía mucha sed y vació la jarra. Alguien golpeó la puerta, y de inmediato Rollo entró en la habitación, nervioso, empujando a un sacerdote enjuto. Eric arqueó una ceja de forma interrogativa.

-¿Qué ocurre? -preguntó en nórdico.
-Habla, padre, y rápido -apremió Rollo al monje.
El hombrecillo se humedeció los labios, y los ojos se le agrandaron aún más al ver al gigante rubio sentado a la mesa, vestido tan sólo con una túnica corta de cuero, con los hombros desnudos, dejando al descubierto los músculos de sus brazos, macizos y duros. Eric se levantó y el monje pareció encogerse. Tras santiguarse y avanzar un paso vacilante, balbuceó unas palabras. Eric se cruzó de brazos, molesto y divertido a la vez.
-Vamos, padre, habla. No somos bárbaros.
El monje pareció dudar sinceramente de esas palabras.
-Soy el padre Paul -dijo por fin-, de la antigua orden de san Beda. Vengo de parte del rey Alfredo de Wessex.
-¿Ah, sí? -dijo Eric con severidad. Se tensó. El recuerdo de la traición le golpeó.
-Por favor, querido príncipe. El rey está disgustado y no sabe más que tú sobre esta traición. Jura que averiguará qué ha sucedido. Te envía aguamiel, lanas, pieles y joyas creadas por sus mejores orfebres y plateros.
-El rey me ofrece lo que teme que yo robe -replicó Eric.
El monje se irguió con impresionante dignidad. -Alfredo es un gran rey y un hombre de palabra que no se arredra.
-Bien dicho -murmuró Eric.
-Y cierto -añadió en voz baja Mergwin.

El monje se volvió para mirar la espalda del druida con cierta fascinación. Eric se acercó al hogar y se apoyó en la repisa. La compresa que Mergwin había aplicado en su pierna estaba surtiendo efecto, y se sentía como si un nuevo vigor y una nueva fuerza le recorrieran las extremidades. Se frotó la barbilla con los dedos, observando al monje, que continuaba maravillado por la espalda del dnrida.
-¿Qué desea el rey?
-Desea, eh..., es decir..., el rey desea encontrarse contigo ayuí. Espera tu respuesta en el bosque y quiere un rehén, porque supone que estás enfadado.
-No enviaré ningún rehén. -Eric se interrumpió cuando Mergwin se incorporó; una flaca figura siempre parecida a un cuervo.
-Sí, mi príncipe. Yo inglés.
Eric frunció el entrecejo. El druida solía ser una espina en su costado, pero lo amaba tanto como a cualquier familiar y no quería ponerlo en peligro.
-No, no debes ir. -¿Y por qué no? -Eres demasiado viejo para este juego. -Cuando sea demasiado viejo, moriré.
Mergwin se inclinó en una profunda ,v respetuosa reverencia ante Eric y después se volvió hacia el monje, que lo miraba con la boca abierta, y le sonrió. -¿Vamos?
El monje miró a Eric. Rollo echó a reír.
-No practica la magia negra, padre. Es simplemente el ermitaño de mi señor. No te convertirá en cuervo. -Se volvió hacia Mergwin-. ¿Verdad que no, druida?
El anciano se encogió de hombros. _-N o, hoy no.
--No sé si un loco... -comenzó el monje. I?rie lo interrumpió:
-Di a tu rey que retiene a una persona muy querida para rní, rni mentor, un hombre que suele tener rni fuerza en sus manos. Dile que retiene un tesoro, y si comete traición toda Inglaterra lo pagará. Y que venga cuando guste; hablaremos en esa hermosa sala. Salieron los hombres; el monje más nervioso que cuando llegara, Mergwin estoico, y tras ellos Rollo, que sonreía divertido. Cuando se hubieron marchado, Eric acabó su comida y después se dispuso a vestirse. En algún momento de la noche Rollo había llevado su baúl a la habitación. Como debía recibir a un rey, decidió vestirse como hijo de un soberano y nieto de dos. Eligió ropa irlandesa: calzas de lana, una suave túnica azul orlada con piel y un cinturón que se abrochaba con una cruz celta bellamente labrada. Prendió en la capa real carmesí la insignia de la casa de su padre, el lobo y la corona.
Una vez acicalado, paseó la vista por la estancia. Rollo lo habría instalado en la mejor habitación de la casa, de modo que si no era la del señor, debía ser la de la señora. Lleno de curiosidad, se acercó al baúl que descansaba al pie de la cama y lo abrió. Contenía ropa de mujer, largas túnicas de telas finas guarnecidas con pieles y joyas.
De modo que lady Rhiannon gobernaba allí. Él la había expulsado de su hogar, o al menos eso parecía. Tenso, apretó las mandíbulas y contrajo los músculos. Se había cometido una traición, y seguro que esa tal Rhiannon era la culpable. Aquéllas eran sus tierras, había asegurado la criada. Sin duda había sido ella quien había ordenado presentar batalla y continuarla hasta su sangriento final. Ella le había enviado aquella lluvia de flechas, lo había herido, y había deseado matarlo.
-¡Bruja! -masculló.
Sí, era una bruja, con sus ojos de color azul plata, su cabello de fuego puro y su profundo odio. Cogió una daga con joyas incrustadas, pensando en todo lo suce dido. Tal vez debería haberle lanzado la daga al corazón. Aquella traición había costado muchas vidas. Y si volvía a tener la oportunidad, pensó, la joven lo mataría sin dudarlo. Había estado más cerca que ningún hombre de acabar con su vida. No

era una muchacha dulce y recatada; había luchado como una arpía y lo había herido. Sabía dónde apuntar contra un hombre.
-Bien, señora orgullosa -dijo en voz alta, haciendo girar la daga en sus manos-, ya has pagado en parte por tu acción, porque renunciarás a esta tierra, estas ropas y todo cuanto retengo. Juro que jamás las recuperarás. Tal vez así aprenderás a mostrarte humilde, y si alguna vez se me presenta la oportunidad, me encargaré de que lo aprendas bien.
No podía olvidar la rabia que había instilado en él. Y tampoco podía olvidarla a ella. Incluso hirviendo de odio, sus ojos eran hermosos, con aquel tono azul grisáceo y el tupido marco de pestañas oscuras. No le inspiraba ternura, pero había despertado un acuciante deseo en su interior. Sonrió. «Lástima que haya nacido dama. Seguro que para ella ser entregada de concubina a un hombre que considera vikingo sería una cruz difícil de soportar.»
Arrojó la daga dentro del baúl y lo cerró. Ninguna mujer, por hermosa que fuera, valía tanto para él como la tierra. Y aunque el sabor de la venganza era dulce a su paladar, deseaba con pasión ese trozo de tierra y las ensenadas circundantes. Si el rey no había participado en la conspiración, él reclamaría la tierra. Como príncipe cristiano, nó podía exigirle que le diera una dama para convertirla en concubina.
Bajó a la planta inferior, donde se hallaban algunos de sus hombres, sentados alrededor del gran hogar. Perros mastines rondaban por la sala, y al parecer los siervos habían reanudado sus tareas. «¡La bendición de ser esclavo!», pensó con ironía Eric. Porque si el amo era decente, el siervo no cambiaba mucho de posición en su vida, triunfara quien triunfara, gobernara quien gobernara.
Hadraic, Rollo y Michael de Armagh bebían cerveza. Hadraic era hijo de uno de los hombres de su pae y una criada irlandesa; Rollo era nórdico por los cuatro costados, y Michael era tan irlandés como la reina Erin. AL observarlos, Eric pensó que la alianza de su padre con su abuelo había sido buena. Habían aprendido a ser amigos y habían prosperado. Eric apreciaba a esos tres hombres; luchaban juntos, se querían mucho y eran ferozmente leales.
Y al igual que él, buscaban algo; tal vez conquistas propias.
Rollo levantó la vista hacia Eric, que descendía por las escaleras.
-Hemos ordenado que se prepare un festín para el rey de Wessex. Nos envió a un joven noble de East Anglia como rehén, y hemos mandado una escolta para que se reúna con su grupo. Creo que ahora deberíamos salir a recibir al rey de Wessex a las puertas.
-De acuerdo -dijo Eric, acercándose al hogar para calentarse las manos. Después miró fijamente a Hadraic. -¿Hemos hecho prisioneros durante la noche? -No, Eric. Capturamos a los hombres que quedaron al final de la batalla, y a las mujeres, pero ninguno era de la casa. Hay granjeros, siervos y artesanos. Todos han prestado juramento de lealtad a ti.
-Bien.
Negociaría con el rey, pero en ningún caso renunciaría al lugar. De todos modos, deseaba tener a la chica para coger su arco y sus flechas y rompérselos en el es pinazo. O quizá a la muchacha le convenía pasar unas noches en soledad a pan y agua... Se retiró del fuego y miró a los tres hombres.
-¿Vamos?
Michael, Hadraic y Rollo asintieron. Eric encabezó la marcha hacia el patio. Ya era otro día, advirtió. Por el patio paseaban cerdos y pollos. Más allá vio a un chico que azuzaba a un buey para que avanzara. Sus hombres estaban por todas partes. Reclinados contra el granero, algunos afilaban sus cuchillos a la manera

escandinava, mientras que otros, recelosos, se mantenían alerta, con las manos en las armas.
Con una amplia sonrisa Denis de Cork se acercó a él llevando un imponente semental blanco.
-Es una belleza, milord Eric. De excelente crianza, rápido y fuerte. Me agradó verlo aquí, e inmediatamente supe que no aceptaría a nadie salvo a ti.
-Sí, es un hermoso caballo -acordó Eric. Acarició el hocico del animal, que lanzó un bufido e hizo una cabriola. Eric notó su poderosa fuerza y sonrió-. Sí, Denis, me será muy útil.
Montó rápidamente y alzó una mano hacia sus hombres, que profirieron un grito. Levantando las riendas del semental, Eric emprendió la marcha hacia las puertas seguido por sus capitanes.
En la cima del monte que dominaba la ciudad, Alfredo observaba cómo se aproximaba el peligroso príncipe a quien había invitado. La figura de Eric de Dubhlain era inconfundible; su estatura sobrepasaba todo cuanto le habían dicho. Cabalgaba la enorme montura con la comodidad de un guerrero, erguido en la silla, imponente con su gigantesco cuerpo y su resplandeciente melena. Los cascos del caballo golpeaban la tierra fresca y fragante después de la tormenta.
El rey estudió atentamente al príncipe irlandés en busca de algún defecto, pero no encontró ninguno. Los ojos azules que lo escrutaron a su vez, sin pestañear, eran severos, implacables quizá. Sostuvieron su mirada con expresión de exigencia, cierto recelo e indiscutible franqueza.
-¿Alfredo de Wessex? -preguntó el guerrero.

El rey asintió.
-¿Eric de Dubhlain? Eric asintió también.
Acompañaban a Alfredo varios jinetes, al parecer nobles por su vestimenta. Sin embargo, en esos momentos iniciales cargados de tensión y suspicacia ninguno los dos se fijó en las personas que los rodeaban. La importancia del encuentro radicaba en la fe y la confianza que podían ofrecerse mutuamente.
Alfredo se acercó con su cabalgadura y tendió su mano enguantada hacia Eric, quien se la estrechó tras ligera vacilación. El hombre era valiente al aproximarse así, o bien creía en su fama de honradez, u odiaba tanto a los daneses que estaba dispuesto a correr cualquier riesgo con tal de abatirlos. AL contemplar al rey, a Eric le gustó lo que vio. Alfredo era un hombre de estatura mediana, ojos castaños y cabello y barba castaños oscuros. «Poco se le escapa a este hombre», pensó Eric. Parecía sabio y cansado. En la profundidad de sus ojos había inteligencia. Además, Mergwin creía en él, recordó cuando sintió la firmeza de su mano.
-Volveremos a la ciudad -anunció Eric-. Las mujeres están atareadas preparando un festín de bienvenida al gran rey de Wessex.
El rey asintió sin apartar la vista de Eric, que comprendió que Alfredo sabía que él reclamaría la ciudad y que estaba decidido a no disputársela. Observó que el rey era un excelente jinete y pensó que ambos habían luchado contra los enemigos daneses desde su nacimiento, aunque al parecer el rey era unos cinco años mayor que él.
Llegaron a las puertas y Eric, el rey Alfredo y sus respectivas comitivas entraron en la ciudad. Por lo visto ninguno de los dos grupos estaba dispuesto a abando nar a sus líderes; la confianza tardaba algo más en llegar a los seguidores. Ya en la gran sala, el rey ordenó a sus hombres que esperaran fuera. Eric hizo un gesto a Rollo y los demás. Quedaron solos en la enorme sala de la casa señorial. Eric ordenó que

les sirvieran aguamiel, y los dos se sentaron en sendas sillas enfrentadas ante la mesa y se observaron mutuamente sin reservas.
Eric esperó que el rey hablara primero, ya que era él quien tenía que dar explicaciones. Observó a Alfredo con semblante serio. El rey se inclinó sobre la mesa.
-Supongo que no necesito contarte cómo ha sido nuestra vida, porque los daneses también han asolado las costas irlandesas eternamente.
-Mi padre y mi abuelo lucharon contra los daneses, y yo también lucho contra ellos. -Como yo.
Eric bebió un trago y se reclinó en su asiento, mirando al rey por encima de la copa.
-Entonces, di, Alfredo de Wessex, ¿por qué fueron atacados mis barcos cuando llegué aquí en respuesta a tu petición de ayuda?
Alfredo movió la cabeza y se hundió en la silla. Eric no dudó de su sinceridad.
-Se ha cometido una traición, aunque ignoro quién. Te juro que no descansaré hasta descubrirlo. Muchos sospechan que uno de los hombres muertos fue el traidor, que prefirió combatir a darte la bienvenida.
-¿Y qué me dices de la chica? -¿La chica? -preguntó el rey. -Lady Rhiannon. Ésta era su tierra. nó ella?
-No, no -se apresuró a negar Alfredo. -¿Cómo puedes estar tan seguro? -Es mi ahijada, y pariente mía.
Eric no creía que la chica pudiera ser declarada inocente con tanta facilidad, pero decidió no añadir nada más sobre el asunto por el momento.
-Quiero esta casa y esta tierra -dijo.
-Ya las has tomado -repuso Alfredo secamente, tal vez con algo de amargura.
-Se ha creado mucha mala voluntad -dijo Eric. -Sí -reconoció Alfredo, que de nuevo se inclinó hacia Eric. El ardor de su deseo brilló en sus ojos-. Viniste a luchar contra los daneses. No es tu tierra natal la que vas a defender, y por ello me encargaré de que tu recompensa sea grande.
Eric se levantó, apuró su bebida y se dirigió hacia el gran hogar para apoyarse en la repisa de la chimenea. Volvió la cabeza hacia al rey.
-¿Qué recompensa?
Alfredo se sobresaltó. Poniéndose en pie, se acercó al hogar. El fuego ardía entre ellos igual que el profundo odio que ambos sentían por el enemigo.
-Qué quieres? -preguntó.
-Más tierras -respondió Eric-. Quiero las ensenadas que rodean esta propiedad y una parte de la costa del norte. Hay una bahía resguardada, flanqueada por elevados acantilados. Nadie podría conquistar esa tierra. El suelo es fértil allí, la vegetación, exuberante. Es un puerto natural; lo divisé desde el mar.
Alfredo vaciló. Eric arqueó fríamente una ceja y el rey pensó que sus ojos podían convertirse fácilmente en hielo.
-¿Lo consideras demasiado por la sangre que me pides derramar?
-No, no se trata de eso. Yo te entregaría esa tierra sin dudar, pero no me pertenece.
-Entonces di a tu señor, a tu noble, que tome otras tierras. Conquistaremos algunas a los daneses:
-No es un señor quien posee esa tierra -murmuró Alfredo. Vio que Eric fruncía el entrecejo-. La propietaria es mi ahijada, lady Rhiannon.
Eric asintió, comprendiendo la situación.

-Entonces ella debería ofrecerla de muy buena gana por tu causa.

-De hecho ya ha entregado algo -dijo el rey con cierto humor-. Ésta era su ciudad, ganada por su padre.
La imagen de la mujer de cabellos de color fuego sedienta de sangre apareció en la mente de Eric, que sonrió con cierta malicia.
-¿De modo que también quitaría esa posesión a lady Rhiannon?
-Sí -susurró el rey, regresando a la mesa-. Rhiannon es la señora de toda esta costa. Su padre, Garth, un excelente guerrero, luchó siempre con gran lealtad. La gente todavía recuerda su nombre. Si ofendo a su hija, tendré que combatir contra mi propio pueblo. -No renunciaré a esta tierra -afirmó Eric.
Y no lo haría. Estaba bañada por la sangre de sus hombres. Y tampoco devolvería jamás ni un puñado de tierra a lady Rhiannon.
Alfredo frunció el entrecejo furioso con el implacable príncipe y más furioso aún con Rhiannon. Por sus ojos glaciales y la inexorable expresión de su rostro, dedujo que Eric de Dubhlain jamás cambiaría de opinión. Vio cómo se desvanecía ante él su sueño de paz en Wessex. Podía luchar y lo haría, y por todo lo más sagrado vencería; era un gran rey.
Sin embargo, no podía batallar sin más hombres. Los ingleses se habían apresurado a unirse a él. Hombres sin la suficiente formación habían muerto por su causa. Necesitaba a los vikingos irlandeses, esos guerreros intrépidos, valientes, orgullosos y bien preparados para el combate. Los necesitaba para ganar.
-Tus tropas y las mías podrían librar fieras batallas aquí si yo despojara a Rhiannon de cuanto posee -dijo Alfredo.
-Ah, bien, entonces tal vez podamos llegar a un acuerdo, porque creo que debo solucionar ciertos asuntos con la lady -afirmó Eric.
-¿Con Rhiannon?
-Ella ordenó que atacaran mis barcos.
Eric se preguntó por qué no deseaba contar al rey lo sucedido en su encuentro más íntimo con la joven. Alfredo se humedeció los labios.
-De acuerdo. Te entregué a lady Rhiannon por esposa, y de ese modo tendrás todas sus tierras, más de lo que has pedido.
-¿Qué? -exclamó landés.
-Te daré por esposa a lady Rhiannon, y así serás el señor de todas sus tierras. El pueblo aceptará un matrimonio cristiano y verá que estamos unidos por esos lazos. Y cuando te ofrezca a mi propia ahijada, tus hombres comprenderán que yo no te traicioné.
Alfredo se sorprendió al ver la expresión divertida que apareció en el hermoso rostro del príncipe irlandés.
-Señor -protestó Eric-, yo no deseo una esposa. El rey retrocedió ofendido. Todos los nobles de su corte y muchos de tierras lejanas se disputaban a Rhiannon. Dios no había creado un ángel más hermoso que ella, ni había concedido a otra mujer tal gracia; como tampoco le había dado esas tierras para que sirvieran de botín.
-Eric de Dubhlain -dijo bruscamente, tamborileando los dedos sobre la mesa-. Hablamos de una mujer de mi propia sangre, hija de la casa real de Wessex
y descendiente de dos de las casas reales de Gales. Y te ofrecemos una propiedad que supera cualquier sueño se conquista, porque es excepcionalmente fértil; una tierra que ambicionas.
Eric apretó los dientes. Él deseaba venganza, no una esposa. Una vez había aprendido qué era el amor y lo había perdido. Jamás pudo llamar esposa a Emenia, y no deseaba otra. Su corazón se había endurecido. Una cosa era encontrar placer

en compañía de una puta con talento y otra muy distinta contraer matrimonio. La mera idea le resultaba repulsiva.
Además, Alfredo no hablaba de una esposa cualquiera. Quería casarlo con la muchacha que tenía fuego en el cabello y furia en el corazón. Casi echó a reír. Ciertamente esa unión sería un infierno.
-Alfredo, no pretendo ofenderte. En primer lugar te recuerdo que soy hijo de un rey, nieto del Ard-Ri de toda Irlanda, y un rey noruego muy poderoso. No me ofrezco con ligereza en cualquier negociación.
-No te considero con ligereza, señor. Te ofrezco mi propia sangre.
-Dudo de que la joven apruebe una boda así. -Hará lo que se le ordene. Soy su protector y su rey.
Eric se encogió de hombros. Casi sonrió por la ironía de la situación. Había recomendado a la muchacha que rogara a Dios que no volvieran a encontrarse. Cier tamente sus oraciones no habían sido escuchadas. El rey estaba resuelto a seguir adelante.
De pronto Eric notó una ráfaga fría. Miró hacia la puerta y vio que se había abierto. Los hombres del rey y los suyos miraban hacia el interior de la sala expectan
tes. Todos deseaban, esperanzados, que olvidaran la traición, la batalla y la sangre que se había derramado. ¡Pero él no quería desposarse con aquella joven! La detestaba y despreciaba porque, en su ignorancia, odiaba todas las cosas nórdicas, sin entenderlas. Ansiaba vengarse de aquella chica malcriada, caprichosa y arrogante. Se negaba a honrarla como a su esposa.
-¡Maldita sea! -exclamó el rey-. No hay mujer más hermosa en el mundo. Me desgarra el corazón ofrecértela.

Eric arqueó una ceja, observando al rey.
-Alfredo, la dama no estará de acuerdo con este matrimonio.
-Lo estará -aseguró Alfredo. Él era el monarca, y su palabra ley. Apretó las mandíbulas. Había precisado de toda su fuerza de voluntad para ofrecérsela a otro hombre sabiendo que estaba enamorada de Rowan y que éste y su amada confiaban en que su matrimonio recibiría la bendición del rey. Pero en esos momentos no podía permitirse recordar que Rhiannon y Rowan se amaban. La batalla contra los daneses era más importante que su prima, Rowan y el amor-. ¡Es la única manera! -dijo con dureza.
La única manera, pensó Eric. Alfredo lo necesitaba y estaba dispuesto a compensarlo generosamente. Pero nunca cedería la tierra sin combatir, a menos que él se desposara con la joven.
¿Y qué importaba? La frialdad se aposentó en él. El matrimonio era un contrato que él se limitaría a aceptar; nada más. La muchacha estaría sometida a él hasta que la muerte los separara, y tal vez ése sería el peor castigo para ella.
Por fin se le brindaba la oportunidad de poseer su propia tierra, fértil, exuberante, verde, con un hermoso puerto; no heredada ni concedida, sino ganada.
Debía conseguir aquella tierra. Ya la saboreaba, la sentía. Comenzó a entusiasmarse con la idea; deseaba ser el amo y señor de esa costa. De un modo u otro la conquistaría. Y si la mujer no se resignaba a su suerte, la enviaría a Irlanda y así se libraría de ella.
El matrimonio era un asunto de conveniencia, la base de pactos y alianzas.
Por un fugaz y demoledor instante recordó la sensación de tenerla bajo su cuerpo. Evocó la tersura de su piel, la rabia y pasión de sus ojos, el violento deseo que lo

dominó. Y recordó que en aquellos momentos la ha bría poseído como un vikingo, como el bárbaro que ella creía era.
Y ésas habían sido sus tierras. Había lanzado flechas contra él. Si había sido ella quien había traicionado tanto a él como al rey de Wessex, si por su culpa se ha bía derramado innecesariamente la sangre de irlandeses, noruegos e ingleses, lo pagaría muy caro todos los días de su vida. Si el rey no se ocupaba de ello, se encargaría él mismo. Y tendría la libertad para hacerlo. Se casaría con ella, como exigía el rey.
Su rostro, impasible, no revelaba ni sus emociones ni sus. pensamientos. Alfredo sabía que el príncipe reflexionaba, pero sus pensamientos eran un misterio, oculto en la niebla ártica de sus ojos.
Eric se acercó a la mesa y vertió más aguamiel en los dos cálices.
-Por una larga y duradera amistad -brindó, tendiendo una copa al rey.
-Por la muerte de los daneses -dijo el rey. -Por su destrucción.
El rey bebió sin apartar la vista del príncipe irlandés. K¡Cualquier mujer desearía a este hombre!, pensó, tratando de tranquilizarse. En cuanto su prima lo viera, no se sentiría tan molesta. Por sus venas corría sangre real, las fuerzas de dos naciones guerreras. Era de porte noble, tan bien formado, musculoso y esbelto como el mejor caballo de raza; sus rasgos eran impresionantes, duros, hermosos, y sus ojos, cautivadores... a veces escalofriantes como el hielo.
Sí, cualquier mujer lo desearía. Era culto y justo. Hablaba muchos idiomas y conocía bien el arte de la guerra.
Cualquier mujer... Excepto Rhiannon.
Conjuró esos pensamientos de su mente. Él también era cinto y buen conocedor del arte de la guerra, como el guerrero rubio. Y al igual que él había aprendo a administrar cierta dosis necesaria de crueldad. Alfredo volvió a levantar el cáliz.
-Por tu matrimonio, Eric de Dubhlain. Vamos, llamaremos a nuestros escribas y sellaremos este pacto tal y como lo hemos establecido.

4

Aunque el rey se hallaba ausente de Wareham, sus hombres se preparaban en la pradera para la guerra. Durante todo el día se oían los ruidos del entrenamiento, los gritos, las órdenes y el continuo entrechocar de los aceros.
Rhiannon creía que jamás sería capaz de oír esos ruidos sin revivir el horror de lo que había sucedido en la costa, sin recordar la sangre y la muerte. Con cada golpe de las armas, con cada clamor, volvía a sobrecogerse, viendo en su mente los mazos, las hachas y las espadas. En la casa del rey pasaba el tiempo con los niños. Alfredo demostraba un verdadero interés por el mundo de la cultura. Ella sabía cuánto lamentaba la interrupción de su aprendizaje, que anhelaba reanudar, y que estaba decidido a que sus hijos e hijas recibieran una buena educación. Muchas veces Alfredo comentaba con tristeza la penosa situación a que habían llegado, porque el siglo anterior Inglaterra había vivido una edad de oro. En aquel tiempo los monjes habían creado los más hermosos manuscritos, y las palabras de los poetas eran regalos para los hombres menos elocuentes. Alfredo había contratado maestros para que enseñaran a sus hijos latín, ciencias y matemáticas. Rhiannon hablaba galés, idioma que Alfredo consideraba importante para sus hijos, dado que él y los reyes galeses o bien se aliaban para luchar contra los daneses, su enemigo común, o peleaban entre sí.

Tres días después de la batalla, Rhiannon estaba sentada en una sala con los niños más pequeños, hablándoles en su idioma, pero su mente vagaba, porque el interminable entrechocar de aceros le impedía concentrarse en la lección. Decidió llevar a los niños a la pradera situada en la parte posterior de la casa, dentro de los muros de la fortaleza.
La tarea que se había encomendado a los niños era alimentar a los gansos, porque en la casa del rey todo el mundo trabajaba. Edmund, el mayor de los niños a su cargo, echó a correr con su puñado de cebada, y los demás lo imitaron, alegres. Rhiannon los dejó jugar y se sentó en el suelo, entre los narcisos, masticando ociosamente una hoja de hierba.
Le costaba creer que Alfredo hubiera solicitado ayuda a unos extranjeros para luchar contra los daneses. ¡Vikingos contra vikingos! Inconcebible. Además, en esos momentos, cuando se hallaba a salvo en la casa del rey, le resultaba imposible aceptar que aquellos bárbaros hubieran invadido su hogar, el lugar donde había nacido y sus padres habían vivido.
Se tranquilizó pensando que Alfredo los expulsaría de inmediato. Pero un presentimiento se instaló en su corazón, y se estremeció a su pesar. Jamás nada había en furecido tanto al rey como aquella batalla. Seguro que creía que ella nada sabía de la invitación. Dios santo, su gente había muerto allí, había entregado su vida y yacía en charcos de sangre. Ni siquiera habían tenido la posibilidad de ganar, porque la mayoría de los hombres entrenados para la lucha estaban a disposición del rey.

Él no permitiría que los vikingos se instalaran en su hogar; no podía consentirlo. Era su primo y protector. Sin duda se encargaría de que se hiciera justicia.
No le resultó difícil convencerse de ello en ese momento. Alfredo decía que había reclamado la ayuda de un príncipe irlandés, pero ella sólo había visto una banda de nórdicos sanguinarios y brutales. Comenzó a orar, rogando que el rey no tuviera que lamentar esa impía alianza. Lus ojos se le llenaron de lágrimas. ¡Alfredo no necesitaba a aquellos hombres! Toda Inglaterra lo amaba y respetaba. Había vencido a los enemigos una y otra vez, y los guerreros no dudaban en apoyarlo. Se dirigiría hacia Rochester y liberaría la ciudad sitiada, de eso estaba segura.
Pero de nuevo la invadió el desánimo; había creído que su padre era inmortal. Sí, había sido hermoso, valiente y amable, pero de carne y sangre, y había muerto como cualquier otro hombre.
Los niños reían. Ya había llegado la primavera, y los pequeños se alegraban al sentir la renovación de la vida. Los observó correr por entre las hierbas, dejó que se disi para la tempestad de su alma y consiguió sonreír. Amaba al pequeño Edmund. Tenía los ojos como su padre y el cabello oscuro como él, pero también había heredado algunos rasgos de su madre; era un niño hermoso.
Empezó a pensar a quién se parecerían sus hijos, si a Rowan o a ella. Su amado tenía el cabello castaño, muy semejante al del rey, el bigote y la barba de un tono más oscuro y los ojos, muy expresivos, de color castaño claro. Era más alto que el monarca, delgado pero fuerte. Para ella Rowan era maravilloso.
Se recostó un momento sobre la hierba y cerró los ojos. Rowan se encontraba con Alfredo en esos momentos; rogó que regresara pronto. Cuando él la abrazara, Rhiannon se sentiría mejor, lograría olvidar sus pesadillas y dejaría de temer al desconocido de ojos glaciales.

Y cuando el rey hubiera expulsado a los daneses de Rochester, ella se casaría con Rowan. Alfredo había estado demasiado ocupado en la guerra para autorizar su unión. En cuanto volviera le suplicaría que hiciera leer las amonestaciones en la iglesia. Sabía que su primo apreciaba a Rowan, que no pondría objeciones. Siempre había sonreído benévolamente al verlos tan enamorados.
Era un sueño éncantador. El rey la entregaría a su novio, y Alswitha reiría con ella y le daría consejos para la noche de bodas. En cualquier caso, estaba enamorada y no le intimidaba el lecho nupcial. Le habían gustado los besos lentos y apasionados que había intercambiado con Rowan, y estaba dulcemente entusiasmada por saber más. Entregarse a su amado le parecía un hecho natural y hermoso. Le encantaba imaginar que pasaba con él la noche.
Se sobresaltó cuando un temblor en el suelo la sacó de su sueño. Edmund gritaba, exaltado, y guiaba a sus hermanas por entre las altas hierbas. Rhiannon se levantó y vio que las puertas se abrían; el rey había regresado. Mirando hacia la casa vio que Alswitha salía y, en lugar de correr a recibir a su marido, se detenía para esperarlo en la entrada. Alfredo anunció a sus hombres que tenían el día libre antes de conducir su cabalgadura hacia la casa. Desmontó y, mientras un mozo de cuadra cogía su caballo, saludó a su esposa. Rhiannon los observó un instante, contenta por el amor que se profesaban, y después recorrió con la mirada la multitud de hombres que habían regresado hasta que vio a Rowan. Su corazón dio un vuelco, porque lo vio cansado y muy triste. La rabia se apoderó de ella, y se preguntó qué habría ocurrido en la costa para que se mostrara tan apenado. AI igual que Alfredo y sus nobles importantes, Allen, Edward de Sussex, William de Northumbria y Jon de Wincester, Rowan se dirigía hacia la casa, detrás el rey. Iba a celebrarse una especie de reunión de conjo, pensó Rhiannon. Pero tal vez Alfredo le concedetía un momento con Rowan antes de que se iniciara. -¡Chicos, venid! -llamó a los niños-. Ha lledo vuestro padre.
En realidad no necesitaba avisarlos, porque los pequeños ya corrían hacia la casa señorial. Ella los siguió, primero corriendo y después caminando con más discreción, más de acuerdo a su edad. Pero cuando alcanzó la casa se precipitó por la puerta con la misma rapidez que los niños.
Los siervos se habían apresurado a servir cerveza al rey y sus hombres. Alswitha los saludaba con cordialidad. Los niños se acercaron a toda prisa a su padre, re clamando su atención. La mirada de Alfredo se posó en Rhiannon para desviarse al instante. Esto sorprendió a la joven, porque el rey siempre miraba a los ojos a todas las personas, hombres y mujeres. Edmund ya estaba a su lado. Él abrazó a su hijo y volvió la espalda a Rhiannon, que de inmediato se puso rígida. De modo que todavía estaba enfadado con ella, aunque lo sucedido no había sido culpa suya.
No le importaba, pensó. Pero sí le importaba en realidad. No lo quería porque fuera el rey, sino porque lo valoraba como hombre. Apreciaba su ingenio rápido y su intuición, y disfrutaba cuando él se explayaba hablando de sus sueños sobre una Inglaterra donde de nuevo floreciera la cultura.
Rhiannon saludó a Alíen, Edward, William y Jon con una inclinación de cabeza. Estimaba a Jon y Edward; ambos eran de aproximadamente su edad, risue ños, ingeniosos y siempre sus defensores. Alíen se le antojaba demasiado ceñudo, pero se lo perdonaba porque era fácil comprender su naturaleza siempre grave. William la asustaba a veces, cuando la observaba y estudiaba retorciéndose el delgado bigote negro; entonces ella se preguntaba qué astucias estaba tramando. La actitud de aquel hombre la incomodaba, pero lo saludó de todas maneras. Entonces se dio cuenta de que todos ellos la miraban con expresión seria, grave y triste. No lo

comprendió. Todos habían regresado, de modo que el príncipe irlandés debía haber negociado. No era posible que se hubiera librado otra batalla.
El rey continuaba abrazando al pequeño Edmund, de manera que ella se sintió libre para sonreír a los demás, pasó a toda prisa entre ellos para acercarse a Rowan y se arrojó a sus brazos.
-¡Rhiannon! -susurró él con voz apagada. Supo al instante que algo iba mal. Miró a Rowan a los ojos y observó que los tenía empañados de lagrimas. Además, él no la abrazó, sino que, cogiéndole los brazos, la mantuvo apartada. Rhiannon apenas podía soportar la decepción que sintió.
-Rowan, ¿qué ocurre?
-Ya no tengo derecho a abrazarte -murmuró él. Sólo en ese instante la joven se percató de que todos los presentes la miraban: el rey con dureza y frialdad, Alswitha confusa, y los demás hombres con pena y mucha incomodidad. Todos sabían algo que ella ignoraba. -¿Qué ha sucedido? -preguntó.
Fuera lo que fuese, debía ser terrible. Volvió a mirar a Rowan, quien, con las facciones tensas por el dolor, la sujetó con firmeza, lejos de él. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Rhiannon.
-Rowan...
-El rey te lo explicará -dijo él. La apartó de él y se dirigió rápidamente a Alfredo con voz apagada-: Yo prefiero retirarme, señor.
El monarca asintió. Rhiannon lo miró, exigiéndole una respuesta con los ojos.
-¿Qué pasa? -preguntó finalmente.
Entonces lo comprendió. No habían logrado expulsar a los vikingos de su tierra. ¿Los vikingos?, pensó amargamente. No, los irlandeses. El rey insistía en que los invasores eran irlandeses.
-He perdido mi casa -dijo ella. -Dejadnos solos -ordenó Alfredo. -Alfredo... -comenzó a decir Alswitha. -¡Dejadnos solos! -repitió el rey.
Rhiannon oyó cómo los hombres salían de la sala. No los vio, pues tenía la mirada clavada en los ojos del rey. Alswitha llamó a los niños, y Alfredo y su prima quedaron solos. Un espantoso terror se apoderó de la joven.
-¡Alfredo, dímelo! -exclamó con voz ronca.
Por un instante pensó que él no abordaría la cuestión directamente, que hablaría con dulzura para suavizar lo que se disponía a contarle. Sin embargo, Alfredo habló sin ambages, con un tono de voz que jamás antes había empleado con ella.
-Vas a casarte.
Casarse. Precisamente había estado soñando con eso. Pero si fuera con Rowan con. quien debía desposarse, no se respiraría aquella horrible tensión en la sala.
-¿Casarme? -preguntó con voz tan glacial como la de él.
-De inmediato. -¿Con quién, si ble rey?
La inflexión de su voz contenía que no pasó inadvertido a Alfredo.
-Lamento herirte de esta forma, Rhiannon, pero cumplo con mi deber. He concedido tu mano a Eric de Dubhlain. La boda se celebrará aquí dentro de dos semanas.
Rhiannon no podía creerlo. Las palabras parecieron resbalar por encima de ella y después caer a sus pies como frías gotas de lluvia.

-No. Esto es una broma -dijo, moviendo la cabeza.
-No, Rhiannon, no se trata de una broma.
Se quedó helada. Si pretendía entregarla a un príncipe desconocido, un irlandés, un extranjero con sangre nórdica. La había utilizado como una pieza en un tablero de

juego, una pieza para enmendar lo ocurrido. -Alfredo, no hablas en serio. No puedes hacerme esto. Rowan y yo estamos enamorados.
-Rhiannon, el amor es un lujo que no puedo permitirte en estos momentos. Rowan ha comprendido que no tengo otra alternativa. Tú debes hacer lo mismo.
Transcurrieron unos segundos. Ella lo miró dolida. Por primera vez en su vida no sabía cómo hablar al rey. Súplicas, pensó rápidamente. Ella siempre había sido una de sus favoritas. Lograría disuadirlo.
-¡No, por favor! -susurró, hincándose de rodillas a sus pies-. Alfredo, sea como sea que te haya ofendido, te ruego que me perdones. Te pido misericordia. Por favor...
-¡Basta! ¡Basta! -rugió él-. Levántate. No me has ofendido. Esto no es un castigo. Obedecerás porque yo lo ordeno. Note he hecho ningún daño. Te entrego al hijo de un rey y nieto del gran rey de toda Irlanda. No vas a avergonzarme oponiéndote a este acuerdo. -Hizo un gesto con la mano y se volvió-. Levántate.
Ella lo miró sorprendida, atónita. No podía creer que él le diera la espalda con tanta crueldad. Se puso en pie lentamente y con voz trémula dijo:
-No lo haré; no puedo. Tal vez tu príncipe irlandés no desembarcó, pero sus secuaces nórdicos destruyeron mi ciudad y asesinaron a mi gente. No me casaré con ese hombre.
-¡Te casarás! -replicó él volviéndose, furioso. -No -insistió ella con voz suave.
Se sentía muy fría, casi insensible. El rey no estaba enojado, no buscaba venganza, y ella no podía defenderse ante él. Era un hombre obsesionado que había adoptado una decisión y dado la orden. Era el rey.
-No tienes elección -dijo él-. Si continúas discutiendo conmigo, te tendré prisionera hasta el día de la boda.
-¡Haz lo que quieras! ¡Repito que no me casaré con ese hombre! -juró.
-No me obligues a tomar ciertas medidas, Rhiamion. Ella guardó silencio.
-¡Alíen! -exclamó él. -¿Qué piensas hacer? perada.
No quería perder el dominio, su dignidad. Sin embargo, al ver que llamaba a uno de los hombres que a ella menos le agradaban, perdió el control. Él era su primo, su protector. Las lágrimas asomaron a sus ojos. Abandonada ya su dignidad, Rhiannon corrió hacia él y le golpeó el pecho con furia. Cogiéndola por los brazos, Alfredo la detuvo. Ella lo miró a los ojos y creyó percibir en ellos cierta satisfacción por su ira, como si el rey se alegrara de aquel arrebato de cólera, que en cierto modo lo absolvía.
-Alfredo, a quien los ingleses aclaman como al grande -susurró mordazmente-,jamás te perdonaré esto. Ni contraeré matrimonio con ese hombre.
Por un instante él pareció ablandarse. Abrió los labios como si quisiera hablar, hizo ademán de acariciarle el cabello. Sin embargo, la empujó, apartándola de sí. -¡Alíen! -repitió.
Alíen acudió por fin y tocó el brazo de la joven, quien se acercó acaloradamente al rey.
-¡Me niego! ¡No puedes obligarme! Recurriré a las hermanas santas, buscaré refugio en París. ¡Acudiré a los daneses!
Eso último sorprendió al rey.
-¡No, señora, no lo harás! Permanecerás encerrada con llave hasta el día de la boda. Y si persistes en esta infamia, oraré para que tu prometido sea más vi kingo que irlandés y adopte todas las medidas necesarias para silenciarte. ¡Alíen! -bramó-. ¡Llévatela! Alíen le agarró el brazo con firmeza. Ella se volvió hacia él y percibió en sus ojos un destello malicioso, como si disfrutara con su sufrimiento.
-Suéltame, Alíen -ordenó-.Iré a donde quieras, pero quítame las manos de encima.

Él esbozó una sonrisa, casi oculta por su bigote, y su mirada se oscureció.
-Señora, vigila tu noble lengua -le advirtió. -¡No vigilaré nada! -exclamó ella. Se liberó, pasó como una exhalación junto a él y salió de la sala. En pocos segundos Alíen caminaba ya tras ella. Volvió a cogerla por el brazo en el momento en que Edward los alcanzaba.
-Por favor, permite que la acompañe yo -rogó Edward.
Ella no miró a Alíen, pues estaba a punto de echarse a llorar. De pronto se encontró con Edward a su lado. Tropezó, sorprendida de que el sol continuara brillando
a pesar de su desgracia y de oír todavía el entrechocar de las espadas de los hombres que, en la pradera, se ejercitaban en el arte de la guerra. Ya no quedaba nadie cerca de la casa del rey.
-Lo siento, Rhiannon -dijo Edward-. Lo siento muchísimo.
-¿Adónde me llevas?
-AI depósito de provisiones.
Se trataba de un recinto pequeño y desamueblado situado en la ladera del valle, donde se almacenaban alimentos que se conservaban frescos gracias al agua del arroyo. En esos momentos estaba vacío. Sólo había una ventana alta.

-No me encierres. Déjame escapar -suplicó. -Sabes que no puedo -dijo Edward con tristeza. Ella consiguió erguir los hombros y entró en el pe
queño edificio. Cerró de un portazo y se dejó caer en el suelo de tierra.
Por fin rompió a llorar, procurando ahogar los sollozos para evitar que el guardián que hubieran apostado la oyera. Lloró en silencio hasta que anocheció. Nadie la visitó. Nadie le llevó siquiera una gota de agua. Permaneció sentada en la oscura y silenciosa estancia sintiéndose absolutamente desgraciada. Reafirmó su resolución.
Durmió, y sus sueños estuvieron plagados de terror. El príncipe irlandés la cedía a su rubio secuaz nórdico. Con el muslo atravesado por la flecha que ella le había lanzado y la pierna ensangrentada, exclamaba: «Ruega, señora, ruega que nunca volvamos a encontrarnos.»
A la mañana siguiente la visitó la reina. Rhiannon, pálida, agotada y abatida, dijo a Alswitha que deseaba ver al rey.
Alfredo la había traicionado, la había entregado al enemigo, pero ella no acataría sus órdenes. De alguna manera burlaría a todos, y ellos jamás sospecharían.
Alswitha la llevó a la casa del rey. Rhiannon se arrodilló ante Alfredo y le susurró que se sometía a su voluntad. No se atrevió a mirarlo a la cara mientras decía la mentira, que era el único camino hacia la libertad. Él la abrazó estrechamente y dijo que estaba contento y agradecido; que la quería y siempre la protegería.
«¡Te odio!», exclamó ella para sus adentros.'
En realidad no lo odiaba. Recordó a su padre y comprendió que Alfredo podía morir en cualquier momento. Lo abrazó también. Lo amaba.

Sencillamente no podía perdonarle lo que había hecho. No podía aceptarlo. Él se mostraba inflexible, y ella también podía serlo. Pero si no fingía aceptar su vo luntad, tendría muy pocas posibilidades de cambiar su destino.
AL menos ya había conseguido ser liberada del depósito de provisiones.
A la mañana siguiente se encaminó hacia los establos. Ansiaba montar el caballo roano que la había llevado hasta allí y huir, volar con el viento hacia el norte, el sur, el olvido. Sin embargo, debía tener paciencia, actuar con astucia. Lamentaba haber discutido tan acaloradamente con el rey cuando le comunicó la noticia, porque ahora se veía obligada a ganarse de nuevo su confianza. Se quedaría un rato en el

establo para observar a los animales. Les hablaría y elegiría la mejor montura. Necesitaba el caballo más fuerte y rápido. No resultaba fácil juzgarlo allí, pero estaba familiarizada con los caballos y sus razas y sabría escoger una buena cabalgadura cuando se le presentara la oportunidad de escapar.
Sonrió al acercarse al caballo roano. No era el más fino de los animales, pero la había salvado una vez de peligro inminente. Se detuvo para acariciarle el hocico y en ese momento oyó su nombre susurrado con voz rota y apenada:
-¡Rhiannon!
Se volvió; reconocía esa voz. Allí estaba Rowan, alto y guapo con la camisa de hilo, la túnica de cuero corta, las calzas de tela resistente y la espada envainada
en un costado. Sus ojos traslucían sufrimiento, y su rostro estaba pálido. Ella pensó que había necesitado mucho valor para ir hasta allí después de que el rey hablara sobre su destino.
Musitó su nombre y corrió hacia él. Rowan la abrazó, la levantó del suelo y la llevó hasta un montón de heno, donde cayeron juntos. Él la estrechó como si fuera un preciado tesoro. Ella jugueteó con los rizos que le cubrían la nuca y le acarició el barbudo mentón. -¡Rowan! -murmuró y comenzó a sollozar.
El joven deslizó la yema de los dedos por los labios de Rhiannon. De pronto ella recordó por qué lo amaba. $l había formado parte del grupo que había escoltado el cadáver de Garth hasta la costa; cuando ella se precipitó sobre su padre muerto llorando, con una pena insoportable, Rowan la levantó en sus brazos. Y durante los días siguientes le habló de la valentía y determinación de su padre. Sólo por eso podría haberlo adorado.
Él la apartó y le acarició las mejillas, contemplando su rostro como si pretendiera grabarlo para siempre en su memoria. Ella sintió miedo de nuevo, porque en ese momento comprendió en toda su magnitud el hecho de que él había aceptado totalmente la voluntad del rey. -Deberíamos habernos casado antes -dijo él-. Si estuviéramos casados, el rey no podría hacernos esto. -Aún no está hecho -murmuró ella.
-Rhiannon...
La tendió sobre el heno y se colocó encima de ella. Repentinamente ella fue consciente de cuanto la rodeaba; percibía el aroma del heno, oía el piafar de los ca ballos, sentía la textura de la piel de las palmas de Rowan. El día era absurdamente hermoso al otro lado de las paredes del establo, pensó. Era primavera en Wessex; la hierba estaba verde, y los arroyos y los riachuelos burbujeaban y reían. Y ella amaba al hombre que se hallaba a su lado.
Si los sorprendían juntos ambos serían condenados por desafiar la voluntad del rey. No, era mucho más grave, porque no sólo estaba en juego la voluntad del rey, sino también su honor; el honor de Alfredo, y tal vez la vida de Rowan.

-¡Rowan! -exclamó, incorporándose-. Si al guíen te hubiera visto venir... Tengo miedo.
-Chist. Nadie me ha visto. Nunca pondría en pe ligro tu futuro.
-¡Mi futuro!
De nuevo tendió la mano; necesitaba acariciarlo. Él la había besado y abrazado alguna vez antes. Conocía sus caricias y las amaba. Tal vez no experimentaba un, emoción portentosa, pero sí se sentía amada y segura er sus brazos.
De pronto, lamentó con amargura no haberse en tregado a él antes. Después de haber sido vendida a ur pagano, el honor poco importaba. Podría haber seguido

adelante si al menos hubiera tenido el dulce recuerdo de haber sido amada. Le sonrió tiernamente.
-No pienses en mi honor, amor mío, porque ya no es una cuestión que me ataña. Temo por ti, querido Rowan. El rey ha hablado.
-Sí, el rey ha hablado --dijo él con voz inexpresiva-. Y yo quedo como un tonto, despojado. -No me casaré con él -juró ella.
Se arrodilló y él apretó el rostro de su amada contra su pecho.
-Dios mío, pensar que podría haber sido tu esposo -suspiró.
-No me casaré con él. Conseguiré escapar. Mi querido Rowan... -murmuró.
No sentía su pasión, pero sí su dolor y su emoción y no le hubiese importado yacer con él sobre el heno desafiando al mundo. De pronto oyó risas, y comprendió que los hombres se acercaban al establo en busca de sus monturas.
-¡Rowan! -exclamó.
-No voy a dejarte como si nos avergonzáramos de este amor...
-Debes hacerlo. -Lo apartó de un empujón

¡Por el amor de Dios, Rowan! No permitas que tu vida sea el precio de nuestro amor.
Él se negaba a marcharse. Rhiannon se puso en pie de un salto, resuelta a salir del establo. Al ver la desesperada mirada que Rowan le dirigía, corrió hacia él.
-Estaremos juntos -murmuró-. Nunca me casaré con el invasor que destruyó mi ciudad.
Después echó a correr, saliendo rápidamente del establo hacia la pradera.
El sol estaba alto. Corderillos recién nacidos balaban en los campos. Todo Wessex olía a primavera. Escaparía de allí, se prometió. Cuando se hallara cerca el grupo irlandés y el rey, su familia y la servidumbre estuviera más ocupados, huiría.

Los días transcurrieron en una guerra fría y silenciosa entre Alfredo y Rhiannon. Ella permanecía quieta mientras le probaban las espléndidas galas que luciría en la boda: una túnica larga de hilo, blanca por la pureza, orlada con armiño oscuro, sobre un vestido confeccionado con una seda excepcionalmente fina, exquisita y cara, porque había sido adquirida en Persia. El corpiño estaría guarnecido con joyas, y el rey le había regalado una diadema de amatistas. Ella no le agradeció el obsequio. Tampoco dejó de soñar con su partida.
Cuando sólo faltaban tres días para la boda, Alfredo apareció en la puerta del solar de las mujeres, donde las damas trabajaban diligentemente cosiendo
las joyas al vestido y terminando las calzas de suave lana que la novia usaría. El rey posó la mirada en ella, que la sostuvo con frialdad. A Rhiannon le martilleó el corazón, y odió el muro que se había interpuesto entre ellos.
AL entrar Alfredo en la habitación, las mujeres retrocedieron. Él levantó una mano para indicar que de
seaba estar a solas con Rhíannon. Las damas se inclir ron en una reverencia y se retiraron. La joven permar ció de pie allí, erguida y orgullosa, aunque frágil bajo vestido blanco.
-¿Lo has aceptado realmente? -preguntó él. Tampoco en esta ocasión pudo mirarlo a la cara. Paseó la vista por la sala y luego la bajó. Alzó la mano ¿un gesto vago?.
-Tú lo has ordenado. -Me obedecerás. -Siempre te he obedecido.
-Eso no es del todo cierto. Además, no me has perdonado.
Ella le dirigió una mirada vehemente. -¡No! ¡No puedo perdonarte!
Él cerró las manos y emitió un gruñido de ira e in paciencia.

-Rhiannon, esto no resulta fácil para mí.
-Ah, señor, amas más a la tierra que a las persona -¡Sí! -replicó él furioso-. Sí, amo esta tierra, amo Inglaterra. -Cogiéndole las manos, la condujo hasta la ventana que daba al este, donde se extendían las colinas cubiertas de narcisos amarillos y suaves violetas púrpuras-. Sí, señora, amo esta tierra, tanto como tu. Tu padre luchó y murió por ella, y lo admitas o no, tu también la amas. Has compartido conmigo el sueño de un tiempo en que reine la paz, la música flote por los bosques, los hombres sepan leer y el arte florezca. Pero para hacer realidad ese sueño debo expulsar a los daneses de esta tierra. ¡Por nuestro amado Señor, Rhiannon! -exclamó, impaciente-. Has sido criada en una casa noble y sabes muy bien que los matrimonios suelen ser contratos; rara vez son asuntos de amor. Fuiste educada para cumplir tu deber y honrar a tu rey. Debes comprender que de este enlace depende una alianza, que está en juego el futuro de Inglaterra.

Ella permaneció inmóvil y lo observó con semblante sombrío antes de hablar:
-Y tú debes comprender que en la tierra habitan personas. He compartido tus sueños, sí, y he tenido los míos. Ahora, tú, mi rey, has truncado mis esperanzas, mis ilusiones y mi felicidad con toda despreocupación y crueldad.
-No te he ofrecido a un hombre viejo, sino a un príncipe viril perteneciente a una casa noble.
-Un vikingo.
El rey se quedó callado y muy quieto durante un rato. Ella vio que apretaba los puños y después los aflojaba. -Te repito que es irlandés. Pero te habría entregado al mismo Satán, Rhiannon, si hubiera sido preciso. Lo siento por ti y Rowan. Desgraciadamente una mujer forma parte de su tierra, y tú, señora, eres parte de la tuya. Se me ha considerado un traidor porque tu gente atacó a los huéspedes invitados...
-¡Alfredo! Ya te dije que... -Se interrumpió cuando el rey alzó la mano.
-Y yo te he creído. Sin embargo, yo en tu lugar actuaría con mucha cautela, porque el hombre con quien vas a casarte sabe que tú instigaste el ataque.
-¡Creí que se disponían a invadirnos! Las proas dragones...
-No volvamos a hablar de eso. No empeores la situación ni arrojes más oprobio sobre nosotros. He concedido tu mano a ese hombre, y tú cumplirás mi pro mesa. No me fío de ti, Rhiannon. Temo que te niegues cuando estés en el altar. Te he querido y te quiero como a mis hijos, pero si me avergüenzas ahora, si me des-honras y provocas un nuevo derramamiento de sangre en tu pueblo, te volveré la espalda y te maldeciré. -Guardó silencio un momento para observar el efecto de sus palabras-. Buenos días, Rhiannon. -Y dicho esto inclinó la cabeza y salió de la habitación.

A Rhiannon se le llenaron los ojos de lágrimas y a punto estuvo de correr tras él. No podía soportar la frialdad que existía entre ellos; había perdido todo, y de pronto también lo perdía a él.
Esa noche apenas durmió. Estuvo despierta reflexionando sobre las palabras del rey. Después la asaltaron horribles visiones de proas dragones que surcaban el mar y reptaban por la tierra. Los dragones se acercaban a ella, arrojando fuego por las fauces y, como serpientes, se enroscaban a su cuerpo y la ahogaban. Despertó temblando y juró que no se casaría con el vikingo.
Pero tampoco deseaba provocar que murieran más hombres. Ya no era capaz ni de pensar ni de sentir.

Por la mañana Alswitha la acompañó a la capilla para que se confesara. Trató de susurrar que no podía obedecer al rey. El padre Geoffrey la animó a hablar, pero ella no se atrevió y salió corriendo sin esperar la absolución.
Necesitaba ver a Rowan a solas; sólo una vez más. Deseaba saborear el amor de que podría haber disfrutado toda su vida. Aunque no había perdonado al rey, se preguntaba si debía escapar. Si lo hacía, los hombres se verían obligados a combatir; el irlandés para vengar su honor, y el rey porque no le quedaría otra alternativa.
Pensaba con frecuencia en su padre, que había amado a su madre más allá de la vida y la razón, había luchado por conseguirla y la había exigido para sí. Rowan no podía rebelarse contra Alfredo. Y su sufrimiento aumentaba a medida que el día de la boda se acercaba. Todas las noches Rowan y Rhiannon se veían durante la cena. Sus miradas se encontraban a través de la mesa de banquete de la sala, y ella intuía que el rey los observaba. Rowan bajaba la cabeza apesadumbrado.
«Ráptame -deseaba decir ella-. Sácame de aquí en el caballo más rápido del rey y viviremos para siempre en las montañas de Gales.»

No escuchaba a los músicos que tocaban el laúd y la gaita durante la velada, ni oía las historias de valor y grandeza que relataban los senescales. Miraba a Rowan y soñaba con un caballo alado.
Rowan no acudió a rescatarla.
Sin embargo, aunque normalmente la evitaba, una noche se acercó a ella, cuando sólo faltaban dos días para la boda. Se agachó, simulando coger el delicado cuchillo para cortar la carne que se le había caído, y le susurró:
-¡Necesito verte! -El corazón de Rhiannon dio un vuelco-. Nos encontraremos al amanecer en el roble partido, junto al arroyo -añadió Rowan.
Ella asintió. Se retiró a su habitación temblando, alterada. Le costó conciliar el sueño, y permaneció tendida en la cama, atormentada. Podía salvar su corazón y deshonrar al rey; o bien ceder ante el honor y la obligación y torturar su alma.
Cuando por fin se durmió, volvieron a cobrar vida las proas dragones. Cayó en un profundo pozo plagado de dragones y gritó tratando de ahuyentarlos. Alrededor la rodeaban el rey y sus señores feudales: Alíen, William, Jon... incluso Rowan. Observaban sus esfuerzos por escapar de los dragones y oían sus gritos. De pronto una mano fuerte y poderosa tomó la suya. Rhiannon vio sus dedos entrelazados con otros más largos, ásperos, encallecidos.
Una fulminante mirada azul se clavó en sus ojos. Ella abrió la boca y volvió a chillar. Oyó risas alrededor, y envuelta en una neblina fue alzada por los brazos del vikingo de cabellos dorados, musculoso pecho broncíneo y gigantesca estatura. «Ruega, señora...», susurró.
Ella comenzó a gritar; y entonces despertó.
Estuvo temblando hasta que amaneció y se levantó todavía agitada.

Quienquiera que fuese ese príncipe irlandés debía de ser medio pagano. Alfredo le pedía demasiado. Ella no lograba distinguir entre la amenaza noruega y el terror danés; todos eran vikingos.
Además, el bárbaro de ojos de hielo y fuego tenía que ser uno de los capitanes más cercanos al príncipe. Casi lo había matado. Y estaba a punto de ser arrojada a la merced de un príncipe bárbaro. No, tenía demasiado orgullo para poder soportarlo.
Miró la habitación donde había estado con tanta frecuencia, donde había reído con Alswitha y los niños, y donde su amor y su cariño la habían abrigado.

El calor y el cariño habían desaparecido. Hasta el calor de la vida se le negaba.

5

A lomos del hermoso semental blanco, Eric contemplaba la costa hacia el sur, evaluando cuanto divisaba con sus pasmosos ojos azules. Su capa se alzaba y mecía tras él con curiosa majestad; al caer delineaba el ancho de sus hombros y el erguido aplomo con que estaba sentado sobre su montura.
A sus espaldas, las murallas de la ciudad estaban siendo reconstruidas. La brisa marina le acariciaba el rostro y refrescaba sus mejillas. Era una sensación agradable.
La tierra es como una amante -le había dicho una vez su padre- terriblemente exigente, que cautiva los sentidos con una seducción de que resulta imposible sustraerse.» Esa tierra lo había cautivado.
Una ligera sonrisa se dibujó en sus labios.
En cierta ocasión, cuando era un niño, mientras jugaba en lo alto de los acantilados de Eire blandiendo una espada de madera, Leith se acercó a él, y ambos se en zarzaron en una batalla simulada. Su hermano soltó la espada, y él avanzó un paso, proclamándose vencedor. -¡No, patán! -protestó Leith, sonriendo pícaramente.
-¿Qué? No soy un patán. Yo diría que soy el mejor, porque te he ganado.
-¡Patán, no me has ganado! Porque yo seré el rey, y tú, mi hermano, serás mi vasallo. Lucharás por mí y me obedecerás.
-¡No obedeceré a ningún hombre! ¡Yo regiré mi destino!
Erin, que se hallaba sentada sobre una manta con su hija pequeña, se levantó de un salto y se interpuso entre ellos. Eric apretó las mandíbulas con terquedad.
-¿Va a ser él el rey, madre?
-Sí, pero los dos honraréis a vuestro padre primero, durante muchos años.
-Siempre honraré a mi padre -refunfuñó Eric. -Y a tu hermano -dijo con dulzura Erin.
Él reflexionó y después hincó una rodilla ante su hermano.
-Leith, te honraré, como he honrado a mi padre. Sí, siempre alzaré mi espada en tu defensa. Es decir, hasta que tenga mi propio reino. -Posó la vista en su madre-. ¿Tendré mi propia tierra?
-Tu padre es rey. -Ella sonrió-. Tu abuelo fue un gran rey. Sin duda poseerás tus propias tierras.
El se aproximó a ella y se apoyó las manos en las caderas.
-No debes sentir lástima por mí, porque yo conquistaré mi propia tierra. Como mi padre, participaré en correrías vikingas y encontraré la tierra que me pertenecerá.
Erin cogió a su obstinado hijo en brazos y lo estrechó contra su pecho.
-Eres irlandés, cariño mío: Nos encargaremos de que tengas tierras aquí...
-No, madre. Yo debo conquistar mi tierra. -Faltan años todavía...
-Mi padre lo comprenderá.

Y en efecto, su padre lo comprendió. Todos crecieron, todos marcharon a la guerra. Eric se hizo a la mar en muchos navíos vikingos y con el tiempo se crearía su propio ejército y adquiriría grandes riquezas. Pero aún no había conseguido poseer la tierra de sus sueños.
En esos momentos aquélla se extendía ante él como un grandioso y vasto tesoro. Combatiría para defender esa tierra y entonces le pertenecería. Tenía que luchar y aceptar por esposa a una amenaza de cabellos de fuego que tal vez había

traicionado a su rey. Eso formaba parte del contrato, y le parecía un precio muy bajo comparado con la aceleración de su corazón y el triunfo de su alma.
Al ver el puerto, las praderas y el acantilado que se ofrecían ante él con toda la dulce majestad de la primavera, pensó que podía mostrarse generoso. Brin daría paz a aquella mujer. Se preguntó si sería posible la paz entre ellos, y recordó la manera en que ella lo había mirado, con dagas plateadas en los ojos, y la vehemencia con que le había hablado. No, ciertamente no habría paz.
Encogió los hombros para apartar tal pensamiento. Rara vez necesitaría verla. Si podía tratarla con amabilidad, lo haría. No la molestaría. La dejaría entregada a su odio. Pero su unión sería bendecida por Dios, pensó, y lo invadió de nuevo el amor por la tierra. Los hombres partían en busca de propiedades para crear grandes dinastías, y él no era distinto. Ya había vagado a lo ancho y largo del mundo durante el tiempo suficiente. En esos momentos deseaba tener herederos. Ciertamente ella comprendería sus deberes al respecto.
Extrañamente se le aceleró el pulso y una creciente excitación se apoderó de él. Ella no le inspiraba ternura, pero se había instalado en los salvajes recovecos de su corazón y había despertado un deseo voluptuoso en él. Sin embargo, no le gustaba la profundidad de ese deseo que sentía en su interior. No era un bárbaro. Se enorgu Mecía de la raza de su padre tanto como de la de su ma dre, porque cor;ocía el lado civilizado de los vikingos Lo había aprendido de su padre y había comprobado e. enorme potencial de aquella raza que surcaba los mares Cuando no combatían, los nórdicos eran excelentes constructores. Cultivaban la tierra en verano y tallaban hermosas obras cuando azotaban los fríos vientos del norte. Contaban sagas de peligros salvados y osadías, Poseían sus leyes y se regían por ellas. Edificaban ciudades y comerciaban con muchos pueblos.
Apretó las mandíbulas. No eran salvajes ni bárbaros.
-¿Eric?
Rollo se acercaba. Eric giró el magnífico caballo blanco. Detrás de Rollo se extendía una larga columna de hombres que lo aguardaban.
-¡Nos dirigimos a Wareham! -anunció. Levantó su escudo, un escudo de lobos, y profirió el grito de batalla. El viento elevó los gritos de respuesta, que chocaron contra el mar y volvieron como eco a la tierra. El caballo blanco se puso de manos y relinchó. Después tronó la tierra bajo el grupo que se ponía en marcha hacia Wareham.
Eric, meditabundo, cabalgaba a la cabeza, observando atentamente su ruta por las colinas y los valles, por caminos romanos que señalaban el trayecto a través de los frondosos bosques. Y a lo largo del recorrido sintió la tierra; corrió por entre las flores primaverales y navegó a través de la frescura del aire. Ante él brincaban los cervatos y los faisanes, abriendo sus poderosas alas, alzaban el vuelo desde las altas hierbas.
Cuando comenzó a oscurecer, ya se encontraban cerca de Wareham. Eric ordenó a sus hombres detenerse y montar las tiendas para pernoctar allí. Divisaba las murallas de la casa real, pero no se sentía preparado para entrar por ellas todavía. Le embargaba una extraña tristeza y deseaba estar solo.
Encendieron hogueras y prepararon la cena. Eric se mantuvo alejado, apoyado contra un árbol, bebiendo aguamiel inglesa y contemplando la luz nocturna que recortaba la casa señorial del rey y sus alrededores amurallados. Eric admiraba enormemente a Alfredo, un hombre de acción que anhelaba mejores cosas; un rey que derramaba sangre, pero lo lamentaba.

Tomó un trago de aguamiel y se preguntó qué resultaría de la boda. Temía que se librara una batalla si la joven decidía deshonrar a su prometido. Ya se habían leído las amonestaciones cristianas, y estaban en juego su honor y el de sus hombres. Se encogió de hombros. Confiaba en el rey, que no correría el riesgo de volver a ofenderlo.
-Ten cuidado, mi joven señor.
Se volvió, consciente de que Mergwin lo había seguido. El druida estaba erguido. La luz de la luna iluminaba su larga barba y su cabello de tal modo que parecía un mago loco. Su viejo rostro estaba curtido, lleno de arrugas.
-Siempre tengo cuidado, Mergwin. Si me has seguido a través del mar para advertirme que vigile mi espalda, has de saber que esa lección la aprendí muy bien. Mergwin no sonrió ni hizo ademán de marcharse. -He vuelto a echarte las runas hoy.
-¿Y? preguntó Eric, alzando levemente la copa. -Hegalez, y después la runa negra.
-Hegalez avisa de las tormentas, las tempestades y el gran poder de los truenos sobre la tierra. Y sabemos que eso ocurrirá sin duda porque debemos luchar contra los daneses en Rochester.
-Una vez te leí las mismas runas -murmuró Mergwin.
Eric pensó que el viejo divagaba, que finalmente la edad comenzaba a hacer mella en él. Daba la impresión de que había vivido eternamente, porque Mergwin había servido a su abuelo Aed Finnlaith, el Ard-Ri de todo Eire, desde que era niño.
Le habló con amabilidad porque ciertamente amaba mucho a su anciano mentor.
-Mergwin, no te preocupes por mí. Yo encaro la verdad de la batalla y no temo a la muerte. No, más bien temo la vida en que un hombre olvide que la muerte será su guardiana un día, tanto si ha sido un valiente o un miserable cobarde. Vigilaré mi espalda cuando luchemos contra los daneses. Combatiré junto a Rollo y formaremos un muro inexpugnable.
Mergwin se aproximó y, apoyando la espalda contra el árbol, suspiró.
-Hay una oscuridad más cerca. Se ciernen nubes que no sé leer.
-Las nubes forman parte de la vida.
El druida se apartó del árbol. Miró fijamente a Eric y después movió un dedo delante de él.
-Ten cuidado, porque la traición parece cerca. Y no procede del enemigo que ves, sino del enemigo que «no» ves.
-Mergwin -dijo Eric, cansado-. Seguiré tus consejos y tendré mucho cuidado. Pero esta noche me siento muy fatigado. -Y tras dar una palmada al anciano en la espalda, se alejó.
No deseaba la compañía de sus hombres. Quería sentir la tierra bajo sus pies y la luna sobre su cabeza, disfrutar de la oscuridad y la soledad de la noche.
Sin embargo, llevó a Venganza con él, porque las palabras del druida le habían inquietado. Además, él se mostraba siempre receloso. Caminó hasta un rumoroso arroyo y se sentó allí. El barboteo era como una melodía tranquila y apacible para su alma atormentada. Extendió la capa y se tendió para dormir.

Llegó la aurora.
Rhiannon salió sigilosamente de la casa, envuelta en su capa, cuyo dobladillo había cosido con esmero para ocultar las joyas que sabía no necesitaría.
Iba a encontrarse con Rowan. Debía hacerlo porque lo había amado, habían soñado juntos y habían estado enamorados de verdad. Además tenía que despe dirse de él. Ya no albergaba la esperanza de escapar. No se fugaría con él.

No había sido el temor a Alfredo lo que la había decidido a acatar su voluntad, sino el miedo a la mortandad que provocaría su resolución de no respetar el pacto con el príncipe irlandés. Alfredo se vería obligado a guerrear contra el mismo hombre cuya ayuda había solicitado. El propio rey lucharía, e innumerables hombres podrían morir. Ya había presenciado el derramamiento de sangre en la costa.
Y si los irlandeses y los hombres de Wessex se aniquilaban unos a otros, los daneses obtendrían la victoria final. No deseaba ser la responsable de un horror semejante.
Ya en los establos se apresuró a elegir una yegua con manchas grises, la ensilló, montó y salió. Si los mozos de cuadra estaban despiertos, no la oyeron. Cuando el centinela apostado en la puerta la vio, se limitó a saludarla con la mano y la dejó pasar.
Llegó al roble y esperó. La luz del alba despuntaba por el este, y Rowan no aparecía. Le dolió el corazón y lamentó el tiempo de que podrían haber disfrutado jun tos. Rowan era otra razón para no huir. Si lo sorprendían con ella, lo matarían. Si estallaba la guerra entre las tropas irlandeses e inglesas, la sangre vertida la ator-tnentaría. Había ansiado liberarse y pugnado contra los demonios de su corazón, pero no podía escapar.
Oyó un ruido suave entre los arbustos y se volvió, temiendo que los hombres del rey hubieran acudido para arrastrarla hasta Wareham y rogando que se tratara de su amado, que por fin se presentaba.
-¡Corazón mío!
El apremiante susurro la llenó de alegría. Se apartó del árbol y corrió hacia él. Se arrojó a sus brazos, olvidando que pronto se convertiría en la esposa de otro
hombre, que había ido hasta allí para despedirse. Él la abrazó, buscó sus labios y fundió su boca con la de ella. Le acarició el cabello y la miró a los ojos. Volvió a be-sarla, introduciendo delicadamente la lengua en su boca.
Era sólo un beso, pensó ella; un dulce recuerdo que la sostendría durante los dolorosos y vacíos años que la aguardaban. Dios la comprendería y perdonaría.
Estaba a punto de contraer matrimonio en una ceremonia cristiana. Pero tenía el corazón partido en dos y no lograba apartarse del calor del tierno beso de Rowan.
Fue él quien retiró la boca. La estrechó contra su pecho.
-¡Te quiero! -sollozó ella-. Te quiero tanto... -¡Yo también te amo! Estaremos juntos.
-¡Ay, Rowan! No podremos estar juntos nunca más.
Él pareció no escucharla. La estrechó con más fuerza aún, susurrando. Ambos cayeron juntos sobre la hierba. Apenas comenzaba a clarear y se encontraban solos. Rhiannon olvidó el temor de que pudieran sorprenderlos. Olvidó que iba a convertirse en la esposa del vikingo. Se abandonó a la belleza de la aurora. ¿A quién hacían daño compartiendo esos últimos minutos de palabras y susurros y, sí, un par de besos?
Rowan, su querido Rowan, la miró acariciándole la mejilla.
-Se hace tarde -suspiró-. Debemos apresurarnos.
Él no había comprendido todavía; creía que ella se proponía huir con él. Rhiannon negó con la cabeza, compungida, y él frunció el entrecejo.
-Tenemos que darnos prisa, cariño, porque advertirán nuestra ausencia. Yo daría mi vida por ti, pero prefiero estar a tu lado.
-¡Maldito sea el rey! -masculló ella.
-No pronuncies esas palabras, amor mío; son traición.
Le besó los dedos, y ella miró amorosamente sus ojos, sus rasgos viriles.

-Maldito sea, Rowan -repitió-. Que hayamos venido aquí, aunque sólo sea para despedirnos, ya es traición. ¿ Qué daño puedo causarle con palabras? -Vamos a huir...
-No, Rowan, escucha; no debemos.
Él tardó un rato en comprender aquellas desgarradas palabras.
-Nos atraparían -susurró ella con tristeza-. Podrían matarte.
-Cariño mío, no puedo ver cómo te casas con ese hombre.
-Debes. ¡Dios mío, Rowan! He reflexionado muchísimo sobre este asunto. No tengo elección, a menos que provoque numerosas muertes. Ojalá fuera de otra manera. Rowan, Rowan, me parte el corazón tener que ocasionarte tanto dolor.
El joven la miró con expresión tan angustiada que ella no pudo soportarlo.
-Oh, Rowan, te juro que siempre te amaré. Te quiero tanto, tanto...
-¡Dios mío! Yo también te quiero.
La pasión y el dolor que revelaban sus palabras fueron tan intensos que de pronto ella se encontró de nuevo entre sus brazos. Los ardientes labios de Rowan se posaron sobre los suyos en un beso dulce, embriagador.
Y entonces... hubo más.
Ella no supo quién sedujo a quién ni cómo se precipitaron los hechos. Fue el momento, la amarga pena de la separación, el dolor del amor. El estaba acariciándole los hombros desnudos. Las manos del hombre se paseaban por la piel desnuda porque la capa había sido echada hacia un lado. Y ella murmuraba:
-Te quiero, te quiero. Estoy prometida a un roedor viperino, a un vil vikingo bastardo, pero te amo a ti. El susurro de Rowan la acariciaba, ardiente, tierno. Entonces ella se dio cuenta de hasta dónde habían llegado, de lo que estaba a punto de hacer. Debía estar bien, porque lo amaba. Y él pronunciaba apasionadas palabras llenas de amor.
Lo que hacían no estaba bien, y ella lo sabía. Estaba prometida a otro hombre, se casaría con él ante Dios. -¡Rowan!
Su violento grito lo detuvo. La miró a los ojos, que traslucían tristeza, amargura.
Y la pasión que había brotado entre ellos se desvaneció. El joven continuó abrazándola, más suavemente ya. Nunca se arrepentiría de esos momentos, pensó Rhiannon. Estrechó a su amado y oyó los trinos de un pájaro, pensando que toda su vida recordaría esos minutos que había pasado a solas con él.
Ignoraba que no se encontraban solos en absoluto.

Eric, príncipe de Dubhlain, se hallaba de pie, duro y frío, a menos de veinte pasos de ellos.
Durante la noche había soñado con serpientes. Las viles y repugnantes alimañas habían levantado sus cabezas, y él había alzado su espada Venganza para defen derse. Luchó con todas sus fuerzas, pero las serpientes continuaban reptando por el suelo. Emenia se encontraba junto a él, tendida allí. Recibió sus suaves caricias,
se sintió envuelto en sus cabellos, notó sus piernas entrelazadas con las suyas. Luchó contra las serpientes, las mató una y otra vez, pero cuando se acercó a ella, de su garganta brotó un grito de agonía que se elevó hasta los cielos. La mujer estaba cubierta de sangre, que no cesaba de manar. La cogió en brazos y trató de insuflarle vida, pero la sangre se interpuso entre ellos como una tempestad. De pronto se dio cuenta de que no era Emenia, sino otra mujer, quien estaba tumbada junto a él, otra mujer cuyos cabellos lo envolvían. Intentó quitarse de la cara los mechones ensangrentados, pero ella comenzó a hundirse en el charco de sangre

que crecía cada vez más, arrastrada por serpientes, que tiraban de ella hacia abajo. Eric tendió las manos hacia la mujer y volvió a chillar...
Se despertó temblando y jadeando en medio de la noche. Se puso en pie de un salto, empuñando, Venganza.
Poco a poco su respiración se apaciguó. Se burló de sí mismo por asustarse de un sueño cuando no dudaba en enfrentarse a todo el ejército danés.
Volvió a tenderse. Contempló la luna, y los recuerdos empezaron a acosarle, impidiéndole conciliar el sueño. Por fin se durmió.
Sintió la llegada del amanecer, el beso de la aurora, la tenue caricia del sol. Oyó el suave barboteo del arroyo en un agradable estado entre la vigilia y el sueño. Percibió vagamente un ruido furtivo en el bosque. Pensó que no representaba un peligro para él, de modo que no se levantó. Se acercaba una mujer, al parecer en busca de silencio y soledad. Eric decidió no molestarla. No deseaba importunarla alertándola de su presencia.
Poco después apareció un hombre. El príncipe irlandés oyó fragmentos de su conversación susurrada. Deseó dejar solos a los amantes, pero no podía hacerlo sin ser visto.

De pronto atisbó la exquisita belleza de la espalda de la chica, desnuda incluso de sus cabellos, recogido en una trenza enrollada alrededor de la cabeza. Era in creíblemente hermosa; apenas vislumbraba los mon tículos de sus senos, sus hermosas nalgas, que se ensan chaban a partir de una estrechísima cintura. Su cuello era largo y elegante, y sus hombros aparecían redondeados y lozanos. Contuvo el aliento al observarla y después deseó de nueva estar lejos, porque no quería interrumpir a un par de desventurados amantes.
Entonces oyó con claridad sus palabras, y en un instante identificó a la mujer. Se trataba de Rhiannon, st prometida.
La furia estalló en su interior. No podía consentirlo. No había sido su intención introducirse en la vida de aquella joven, pero se la habían entregado, y Eric guardaba celosamente lo que le pertenecía.
¡Iba a ser su esposa!
Se esforzó por controlar la ira que se había apoderado de él. Tal vez los amantes se habían citado y yacido allí muchas veces antes.
No estaba dispuesto a que lo traicionaran de nuevo Se levantó rápidamente y cogió la espada por si al tonto galán se le ocurría desafiarlo.
No tuvo tiempo de llegar hasta los amantes por que el silencio del claro del bosque junto al arroyo, el vuelo fue roto súbitamente por el ruido de cascos de caballo.
-¡Encontradlos! -exclamó alguien-. ¡Por el honor del rey, encontradlos!
Rhiannon lanzó un chillido y se puso en pie de un salto. No tenía tiempo de vestirse, pero su amante se incorporó y la cubrió con la capa.
-¡Corre! -dijo él-. Llega hasta el claro.
-No, el rey no me matará. Podría matarte a ti. Ay Rowan, si te hacen algún daño...
-Ve -ordenó el joven enamorado, empujándola hacia el lugar donde se hallaba Eric.
-No me marcharé. Si no nos encuentran juntos, no podrán acusarte de mi desaparición, ni de... -se interrumpió, de pronto muda por la pena.
-¡Huiré! -prometió él empujándola de nuevo. Ella caminó tambaleándose por entre el follaje. Eric permaneció inmóvil, tratando de controlarse. A lo lejos los jinetes avanzaban por entre la hierba, y el príncipe observó que ella estaba desesperada por evitarlos. La joven cruzó el arroyuelo, tropezó y cayó ante él. Vio el borde de la capa de Eric y se aferró a él.

-Señor, amable señor, te suplico que me ayudes. Mi protector me ha prometido con un bastardo vikingo, y necesito desesperadamente impedir que me encuentren en este momento. ¡Por favor! Pasaré mi vida con un roedor viperino, pero...
Por fin alzó la vista hacia él; sus ojos se llenaron de sorpresa. Lo reconoció, pero Eric comprendió que no sabía exactamente quién era él. Un espantoso terror reemplazó al asombro inicial, y su rostro palideció, tornándose blanco como la nieve.
Rhiannon comprendió con paralizante horror que se hallaba ante el vikingo. No podía esperar ayuda allí. Dios, estaba ante el desastre.
-¡Oh, no! -exclamó-. ¡`Tú!
Debía huir de ese hombre. Se incorporó con la celeridad del rayo y dio media vuelta. Pero antes de poder escapar, él la alcanzó. La bota del hombre pisó la capa, que cayó de sus hombros. Eric la hizo girar, y Rhiannon se encontró, desnuda, aferrada brutalmente por sus brazos. Quizá la había olvidado.
No; imposible. Era evidente que la recordaba. Recordaba sus flechas y su rodilla, sin duda. Jamás en su vida había visto una furia tan tenebrosa en el rostro de un hombre. Se sintió débil. Ciertamente se trataba del maldito secuaz del príncipe irlandés. La entregaría a Alfredo o a su propio señor. O tal vez la mataría allí mismo, y el rey ni siquiera podría protestar.
-¡Ten piedad! -susurró, echando hacia atrás la cabeza.
La trenza se desprendió, y los cabellos se soltaron para caer en cascada sobre su espalda. Deseó envolverse en ellos para cubrir su desnudez.
Sin embargo, él no contemplaba su cuerpo; la miraba fijamente a los ojos, y los suyos destilaban odio. -¿Piedad? -preguntó con voz suave, pero mortalmente amenazadora-. ¿Piedad?
Ella lanzó un grito cuando él la atrajo hacia su cálido y poderoso pecho. Le agarró las manos con tanta fuerza que ella creyó que le rompería las muñecas, y se vio obligada a sentir la ira brutal que irradiaban sus ojos glaciales y la traspasaban.
-Combatí contra vosotros porque creí que os disponíais a atacar -se apresuró a explicar-. No te habría herido si hubiera sabido que acudíais invitados por el rey. Por favor, déjame marchar ahora. Ten piedad... -No, señora, no. -Pero...
-Esto nada tiene que ver con la flecha mortal que me lanzaste dirigida al corazón, ni con la que me hirió el muslo y me hace cojear. Nada tiene que ver con el golpe que me asestaste en la ingle con tu delicada rodilla, ni con los puñetazos que me propinaste en el pecho. No, señora, tal vez podría perdonar todo eso. -Entonces...
-No me apiadaré de ti porque, verás, yo soy ese roedor viperino, el vikingo bastardo y bárbaro con quien estás prometida.
Rhiannon abrió la boca, horrorizada. A continuación echó hacia atrás la cabeza y lanzó un alarido de puro pánico, moviendo frenéticamente las manos para zafarse. Gritó una y otra vez, mientras el terror la invadía, frío, glacial. Estaba en su poder, desnuda y vulnerable. Sintió la tremenda fuerza de su pecho, sus muslos y sus brazos.
-¡Tú!
-Sí, señora, yo.
Ése no podía ser el príncipe irlandés. -¡Dios mío, no! -murmuró.
Se debatió una y otra vez, salvaje como una tigresa. Debía librarse de él y escapar. AL no conseguirlo, le mordió y, como eso fallara, levantó la rodilla como una perversa amenaza contra él.
-¡Quieta! -ordenó él furioso, cogiéndola y arrojándola al suelo.

Sin aliento, con el pelo enmarañado como un fuego celestial, Rhiannon lo miró. Tenía los pechos desnudos bajo el manto de sus cabellos. Un gemido escapó de su boca al intentar incorporarse.
Él pasó el pie por encima de su cuerpo para flanquear las caderas de la joven con sus botas, pisándole los cabellos para inmovilizarla. Después se agachó len tamente, colocándose sobre ella a horcajadas. Ella levantó los puños para golpearle el pecho, pero las manos masculinas apresaron sus muñecas y las apretaron con fuerza contra el suelo a la altura de la cabeza. La muchacha sentía el cuerpo de él, duro e implacable, poderoso y vibrante, como acero candente.
Resultaba imposible liberarse.
Mientras él la observaba, manteniendo la férrea presión, con los labios reducidos a una línea de furia, ella comprendió con lacerante terror que su sueño había sido profético: su adversario vikingo era el príncipe de Dubhlain.
-Volvemos a encontrarnos, señora -murmuró él. El fuego de sus ojos azules le perforó el alma, desgarrándola. Se preguntó qué habría visto, qué habría oído.
Todo...-. Y en circunstancias... muy interesantes -prosiguió él-. Yo casi había decidido que tal vez existía una pequeñísima posibilidad de paz entre nosotros; y sin embargo, al llegar a Wareham para mi boda, ¿qué descubro? A mi novia, completamente desnuda, esperándome.
Finalmente se apartó un poco de ella, manteniéndose a horcajadas sobre sus caderas, equilibrando el peso con las piernas. Rhiannon notó el frío aire de la mañana, y los pezones se le endurecieron bajo la mirada del hombre: Él, que apenas había reparado hasta entonces en su desnudez, la observaba de pronto con descarado desdén, abrasándole la carne.
Rhiannon recuperó las fuerzas. Se revolvió bajo él tratando de zafarse de la presión de sus muslos. -Déjame incorporarme. Suéltame.
-No, señora, no -dijo él con suavidad. Su mirada la clavó allí, golpeándole el corazón como un arma de frío acero. Volvió a inclinarse sobre ella, y su aliento le rozó los labios-. No te soltaré hasta el día de tu muerte, preciosa mía.
Presa del pánico, forcejeó, decidida a que él no advirtiera su miedo.
-¡Di al rey que no me deseas! -susurró ella con fervor-. Dile que...
-¿Quieres que estalle una guerra tan terrible que corran ríos de sangre por tu país? -preguntó él con dureza.
-Seguro que no me deseas... -Se interrumpió al oír de nuevo el ruido de los cascos de los caballos; los hombres del rey se acercaban.
El vikingo se puso en pie y la levantó agarrándola por las muñecas. Por un momento la estrechó contra sí. -No, señora, no deseo casarme contigo -aseguró. La soltó. Tras mirarlo un instante a los ojos, Rhiannon se volvió e instintivamente echó a correr. Él cerró de forma brutal los dedos alrededor de sus cabellos; ella chilló al quedar de nuevo atrapada entre sus brazos.
-Vamos, no debes ser cobarde ahora -le susurró Eric con voz severa al oído-. AL menos admiraba tu valor.
Ella lo observó, y el odio que sentía por él soltó su lengua.
-No, no te temo. Jamás te temeré. No tienes poder para herirme, ¡nunca!
El príncipe irlandés esbozó una sonrisa implacable. -Te recomiendo que aprendas a temerme, señora. Sí, te lo aconsejo. Tienes mucho que temer.
Ella deseó mantener la cabeza alzada, pero estaba desnuda, y aquella gélida mirada azul la recorría de arriba abajo desapasionadamente, con desprecio.
Los cascos de los caballos se oían cada vez más cerca. Eric desvió la vista y se arrodilló, cogió la capa y la echó sobre los hombros de la mujer, que deseó girarse

y echar a correr, pero apenas podía respirar. Le sorprendió que él cubriera su cuerpo desnudo. Las lágrimas pugnaban por brotar; Rhiannon no tardó en descubrir que no había actuado así por amabilidad.
-Creo que por hoy ya has exhibido bastante lo que se supone me pertenece, ¿verdad, milady? -dijo él, arqueando una ceja. Por supuesto, no esperaba respuesta.
Cuando él se volvió para llamar a su caballo con un silbido, ella recuperó la voz:
-¡Jamás seré tuya!
El animal se aproximó, y ella ahogó una exclamación de sorpresa. Era Alexander, su caballo favorito. -¡Ése es mi caballo! -exclamó.
-Mi caballo -corrigió él.
Había olvidado que él se había apoderado de todas sus posesiones.

Su sonrisa escalofriante no se había borrado de su rostro cuando se volvió hacia ella.
-Mi caballo -repitió-. Y al igual que este caballo, señora, tú también serás mía. Y aprenderás a acudir cuando te llame; si todavía lo deseo. Una cosa es un caballo usado, y otra muy distinta una esposa usada.
-Vil bastardo... -Se interrumpió para protestar cuando sintió de nuevo la mordiente tenaza de sus dedos al cerrarse alrededor de su brazo-. ¡No! -exclamó aterrada.
Sin inmutarse, el hombre la levantó en brazos. Presa del pánico, Rhiannon lo golpeó y arañó para intentar zafarse. Enseguida él le agarró las muñecas y la inmovilizó con una sola mirada.
-No me provoques más, milady.
Ella apretó los dientes y trató de dominar el miedo que comenzaba a consumirla. Él casi la arrojó sobre los lomos del caballo blanco y a continuación montó tras la muchacha.
-Note resistas -le advirtió-. Ni se te ocurra siquiera, porque te prometo que, si te atreves a pegarme de nuevo, no dudaré en golpearte.
Ella se tragó la rabia que le provocaron sus palabras. -¡Bárbaro!
-¿Quieres que te lo demuestre? -preguntó él con los ojos entornados.
Rhiannon no respondió. Cuando él azuzó al caballo y emprendió la marcha, la muchacha se estremeció entre los poderosos brazos que la rodeaban.
Los hombres del rey se hallaban muy cerca, y de pronto ella no pudo soportarlo. Había deshonrado a Alfredo. Dios santo, cuando por fin había decidido obedecerle, lo había deshonrado. De verdad había resuelto someterse y contraer matrimonio para así sellar la alianza que el rey deseaba.
Todo había salido mal. Y había sido sorprendida precisamente por el hombre con quien estaba prometida, el bárbaro que ya había jurado vengarse de ella. Y ya no podía esperar la ayuda del rey.
« ¡Rowan! », pensó desesperada. El odioso vikingo los había visto juntos; buscaría a Rowan para exigirle una compensación, y correría la sangre por culpa de ella.
De pronto todo se oscureció y la piedad que había suplicado llegó por fin. Se desmayó e, incluso en el momento en que perdía el conocimiento, Rhiannon tuvo conciencia de estar entre los fuertes brazos del hombre de quien deseaba con tanta desesperación escapar.
Su amo vikingo.

6

La piadosa inconsciencia no duró mucho. Una fuerte palmada en la mejilla la despertó. Estaba apoyada en el hombro del vikingo. Se habría apartado brusca mente, si él no se hubiera apresurado a levantarla para depositarla sin ninguna delicadeza en el suelo. Rhiannon perdió el equilibrio y cayó. Alzó la vista ante la imponente estatura del hombre y encontró aquellos ojos implacables y glaciales.
-Tu ropa, señora -dijo secamente.
La había llevado hasta donde había dejado su ropa sobre la hierba. Ella deseó mirarlo con desdén, orgullo y odio, pero bajó la vista y la posó en sus pertenencias: la suave y fina camisa, la larga túnica, las calzas y los zapatos de cuero.
Se le encendieron las mejillas. No podía esperar mucha cortesía por parte de aquel bárbaro después del modo en que la había hallado, pero de ninguna manera se despojaría de la capa y vestiría ante él. Además, era inocente, y también lo era Rowan, aunque el príncipe irlandés jamás la creería. Levantó la barbilla, pero no la vista. -Si me haces el favor de...
-No me da la gana. -¡Concédeme esa cortesía!
-Primero pediste piedad, ahora cortesía. Bastante me cuesta perdonarte la vida. Vístete, y rápido.
«¡Al demonio con este bastardo!», pensó ella, furibunda. Se armó de valor, un valor de tonta, tal vez. Se incorporó lenta, majestuosamente, mirándolo con franco desafío. Se cubrió bien con la capa, arqueó una ceja, y en sus labios se dibujó una sonrisa despreciativa.
-Mátame si quieres, señor vikingo. Tal vez ése sea un destino mejor que ser tu esposa.
Él apretó los dientes, y ella, a su pesar, sintió un escalofrío ante el frío control que demostraba su enemigo.
-¿Sí? -musitó él amablemente-. Me aflige mucho que pienses así, señora. -Y, cambiando bruscamente de tono, añadió-: Vístete -ordenó con voz ronca como el sonido de un trueno-. Ahora mismo. Rhiannon movió la cabeza con resolución. -Hazlo -dijo.
-¿ Qué?
Ella se obligó a no temblar mientras miraba al hombre montado en el enorme caballo, muy erguido, majestuoso y magnífico con su vestimenta, porque ese día se había ataviado con sus ropajes de príncipe. Las joyas de los jaeces del caballo y el broche con que el irlandés se sujetaba la capa al hombro lanzaban refulgurantes destellos. Ella se había levantado, pero aún parecía estar muy por debajo de él, envuelta en los pliegues de su capa, con el cabello enmarañado que la cubría como una cascada de fuego y los ojos plateados vivos y centelleante¿ de orgullo y desafío.
-¡Hazlo! -repitió-. Saca tu espada pagana y atraviésame con ella.
Entonces gritó asombrada al ver que él desenfundaba la espada. El caballo se encabritó y rascó el suelo con los cascos, y el implacable vikingo se inclinó con frialdad hacia ella y le colocó la punta de la espada en la garganta. Ella no pudo moverse entonces.
-Vístete. No tengo ninguna intención de matarte, milady, ahora que nos aguarda un dichoso futuro. Como sigas negándote, me apearé y te vestiré yo mismo.
-¿Cómo te atreves? -soltó ella, temblando. -¿Que cómo me atrevo? -repitió él con rabia contenida. Desmontó rápidamente y allí, de pie ante ella, continuó con la espada puesta contra su cuello. Después la envainó. Aunque la joven no era baja, él

parecía gigantesco ante ella-. ¿Que cómo me atrevo, milady? -dijo con voz engañosamente dulce. Cogió la capa por los bordes que se cerraban sobre el pecho y tiró de ellos para atraer a la muchacha, totalmente ruborizada, hacia sí. Su aliento le rozó la mejilla cuando dijo-: ¿Y osas hablarme así cuando te he sorprendido aquí, de la manera que estabas? Será mejor que tengas cuidado, mi pequeña sajona, mucho cuidado. No olvides que soy, según tus propias palabras, un bárbaro. Y los bárbaros nos atrevemos a cualquier cosa.
Dicho esto le arrancó la capa con engañosa suavidad. Ella quedó tan sorprendida que permaneció inmóvil unos instantes, mirándolo. Cuando se dio cuenta de que estaba desnuda, casi echó a correr, aterrada. Pero se mantuvo firme y alzó el mentón.
-Un bárbaro, sin duda -dijo con tono burlón. Se volvió, tratando de dominar el pánico. ¿Qué haría él?
Rhiannon se agachó junto al roble para recoger la camisa, sintiendo en todo momento sobre ella el abrasador frío de su mirada. Con cierta torpeza a causa del miedo que la atenazaba, se pasó la suave camisa por la cabeza, se puso la túnica y se abrochó el cinturón. Él no se movió. La aprensión que la joven sentía aumentaba a medida que se prolongaba el. silencio entre ellos. Con dificultad consiguió ponerse las calzas y los zapatos, vuelta de espaldas a él. Cuando por fin terminó, cogió la capa y se la echó sobre los hombros con toda la dignidad que fue capaz de reunir. Entonces oyó gritos y comprendió que los hombres del rey proseguían la búsqueda. Desesperada, se preguntó si Rowan habría logrado escapar.
Percibió un movimiento y pensó que el vikingo había montado de nuevo a Alexander. Enseguida se giró para mirarlo, recelosa. Él la observó, y ella advirtió que le leía los pensamientos, tranquilo e imponente a lomos del semental. Su espada continuaba envainada. Impasible, él le tendió una mano. La muchacha notó la furia que emanaba de él.
-¿Qué te propones? -susurró pese a que había pretendido que su voz sonara imperativa.
Aguijoneó a Alexander con las rodillas para que avanzara. Ella comenzó a retroceder, pero él la alcanzó con rapidez y la levantó casi sin esfuerzo, agachándose para rodearle la cintura con el brazo. De nuevo estaba sentada ante él. Sintió la robusta dureza de sus muslos y la banda acerada de su brazo. Él espoleó la montura y emprendieron la marcha. El príncipe irlandés tenía la vista fija al frente. Ella volvió la cabeza para ver hacia dónde miraba y notó el suave roce de su barba contra su frente.
William y Allen cabalgaban hacia ellos, pero aún se hallaban a cierta distancia.
-Si éste fuera el país de mi madre -dijo él-, te repudiaría y te devolvería a la familia de tu padre deshonrada.
No tenía padre, pensó ella; la devolvería al rey, quien sin duda alguna la desterraría. Sería despreciada para siempre, pero sería libre; libre de ese hombre. De todos modos, le asustaba que él pudiera hacer lo que decía. Por mucho que odiara a aquel bárbaro, quería a Alfredo y Wessex, a pesar de lo que el rey le había hecho.
-No me importaría -aseguró ella.
Él continuó como si ella no hubiera hablado.
-Si éste fuera el país de mi padre -añadió con tono de advertencia-, la puta sería vendida como esclava. Creo que yo la ofrecería directamente a la tripu lación de daneses más repugnante que encontrara. En tu caso, buscaría a una fiera rabiosa.
Ella se puso rígida y sofocó un grito colérico, pero no pudo hacer más que maldecirlo, porque de pronto los brazos del príncipe la apretaron con tanta fuerza

que le resultó imposible moverse. Las lágrimas asomaron a sus ojos, pero no permitió que resbalaran.
-Ya me han entregado a un vikingo. ¿ Qué importa si invade desde Noruega o Dinamarca?
-O Irlanda. -¡O Irlanda!
-Tal vez exista una enorme diferencia, milady. Quizá llegues a descubrir cuánta.
De nuevo se estremeció a su pesar. Alfredo se enfurecería más con ella que con el vikingo. Había desobedecido a su rey, lo había deshonrado, y tal vez Rowan había muerto por su culpa. Además su propia vida se había convertido en una pesadilla.
-¡Te desprecio! -masculló con vehemencia. -¡Basta! -ordenó él bruscamente cuando se acercaban los jinetes. La estrechó aún más con los brazos-. ¿De verdad eres tan egoísta como para desear ver más sangre noruega, irlandesa e inglesa derramada en este suelo?
Ella guardó silencio, preguntándose si habría alguna manera de evitar la tragedia. Sin duda el vikingo no la aceptaría por esposa después de lo ocurrido. Y si él la rechazaba, podría estallar una guerra entre los ingleses y los hombres del príncipe irlandés.
-Ésta será nuestra batalla-añadió él en voz baja, rozándole la mejilla con su susurro y desencadenando una espiral de calor por su interior-. Con suerte, señora, no morirán más tontos por tu traición.
-¡No soy culpable de ninguna traición! -protestó ella indignada, volviendo la cabeza hacia él.
La mirada que el hombre le dirigió era escalofriante. Él jamás la creería. Entonces él levanto la vista.
-Por fin -dijo suavemente-, nos encontramos. -iEric de Dubhlain! -saludó William, lanzando una rápida mirada lúgubre y censuradora a Rhiannon-. El rey te pide de nuevo perdón por el recibimiento que se te dispensa...
-Iré a ver al rey -anunció Eric. -La chica será...
-Yo llevaré a la chica-dijo Eric fríamente.
El semental avanzó entre las cabalgaduras de los dos hombres y después inició un suave galope. Rhiannon notó el fresco viento primaveral. De pronto el aire le pareció insoportablemente gélido. El movimiento del caballo la impulsó hacia los brazos del vikingo, y se estremeció al notar su fuerza, producto de su destreza en las batallas.
Ya lo había tildado de bárbaro, y él había oído el insulto. Probablemente era el guerrero más hábil que había conocido en su vida. La había sorprendido con Rowan y podría matar a éste con toda facilidad.
No, debía apartar de su mente tales pensamientos, pues él notaba cómo se estremecía cada vez que le asaltaban esos temores.
No tardaron en llegar a las puertas. De todas partes del bosque aparecían hombres del rey y del contingente irlandés y noruego. Rhiannon no vio a Rowan entre
ellos ,v rogó a Dios que hubiera conseguido ocultarse entre los árboles.
Las puertas se abrieron y el inmenso semental pasó entre ellas en dirección a la casa señorial. El rey los esperaba en el patio delantero. Observó a Eric hasta que éste detuvo la montura a unos pasos de él. El irlandés levantó a Rhiannon y la bajó del caballo.
La joven se encontró delante del rey. Apenas podía tenerse en pie ante él, pues le flaqueaban las rodillas a causa del miedo. La desaparición y el desprecio del vi kingo no la afectaban tanto como la furia y el odio que percibió en la fría mirada del rey. Éste se aproximó a Rhiannon, quien enseguida adivinó que él sabía que se había citado con Rowan. Lo que sin duda ignoraba era que ella había decidido

acatar su orden y que sólo se había reunido con Rowan para despedirse de él. Alfredo suponía que lo había traicionado voluntaria y premeditadamente.
El monarca la miró y a continuación la golpeó con tal fuerza que ella gritó y cayó de rodillas. El vikingo se apeó del caballo. El suelo tembló porque regresaban los jinetes; las imponentes tropas inglesas y las del príncipe irlandés entraban en formación dentro del patio amurallado. -Eric de Dubhlain -dijo el rey-, te libero de tu promesa de alianza y de tu compromiso matrimonial. El vikingo se inclinó hacia Rhiannon y la puso en pie sujetándola por el codo. Ella sintió que se desencadenaba una tempestad en su interior y deseó librarse de ese contacto, pero no se atrevió. Se mordió el labio para reprimir el llanto.
-Alfredo, rey de Wessex -dijo Eric-, propongo que entremos en tu casa para hablar a solas e intentar reparar el daño causado.
El rey asintió.
-Entonces, bienvenido, Eric de Dubhlain; bienvenido a mi casa.

Rhiannon no pudo moverse, pues los dedos de Eric se clavaron en su brazo hasta que ella chilló de dolor. Contempló aquellos ojos nórdicos con el mentón alzado y sintió su poder.
-¿Milady? -dijo él con un tono nada educado. Ella consiguió mantenerse erguida y siguió a Alfredo. El vikingo no la soltó.
Cuando entraron en la casa, los criados retrocedieron, a la espera de las órdenes del rey. Alswitha, sonriendo nerviosamente, se apresuró a situarse al lado de su esposo. Hizo una graciosa reverencia ante el invitado, mirando rápidamente la palidez cenicienta de Rhiannon y la fría cólera aposentada en el entrecejo de su marido. Tartamudeando ofreció a Eric cerveza, pan y arenques. Los criados se acercaron. El irlandés aceptó una copa de cuero que contenía cerveza, pero declinó la comida. Levantando la mano, el rey dijo a Alswitha:
-Llévate a Rhiannon.
El vikingo tenía apoyada la mano en el hombro de la muchacha, quien sintió aterrada cómo era empujada hacia una de las sillas que había junto al hogar.
-La chica se queda -anunció Eric, obligándola a sentarse.
La inquietud de Rhiannon aumentó al comprobar que él se quedaba detrás. Tragó saliva. Desesperada, miró a Alswitha, quien sin embargo no podía brindarle ayuda alguna. La reina retrocedió y se colocó discretamente detrás de Alfredo.
-No deseo que los hombres combatan de nuevo por esta chica-dijo Eric.
Rhiannon se levantó de un salto, dispuesta a explicar que ella no era la responsable de la matanza anterior. Sin embargo, al sentir cómo se clavaban en sus hombros los dedos del vikingo, comprendió la orden de permanecer callada y quieta.

-Tienes todo el derecho a romper tu promesa -afirmó Alfredo.
-EL derecho, rey de Wessex, pero no el deseo. Tomaré a la dama y la tierra, pero con estas condiciones: partiremos hacia Rochester para luchar contra los daneses antes de la boda; Rhiannon será confinada en una casa santa hasta que pueda determinarse que no lleva la semilla de otro hombre. Si muero en batalla, las tierras que he reclamado pasarán a mi padre, el rey de Dubhlain, para que la distribuya entre mis hermanos según juzgue conveniente. Y la chica será entregada a mi familia, que decidirá su destino.
-Por tanto, ¿se mantiene la alianza para luchar contra los daneses?
-Sí -respondió el vikingo alzando la copa. -Se hará como dices -prometió Alfredo.

Los dos hombres se estrecharon firmemente las manos. Rhiannon se aferró a los brazos tallados de la silla; la sangre pareció congelársele.
-Lo que ha ocurrido no quedará sin castigo -añadió el rey, dirigiendo una fugaz mirada a Rhiannon. Jamás lo había visto tan frío ni tan cruelmente indiferente. Había oído que podía mostrarse despiadado y que trataba brutalmente a los traidores, pero nunca lo había sido con ella. La había amado. Había sido severo, pero la había amado.
Ya no.
El rey volvió a hablar con rabia salvaje:
-Te prometo que se le enseñará a tu esposa a ser humilde y que el hombre que, conociendo mi voluntad y mi promesa, no las respetó, pagará por ello como corresponde.
-No, Alfredo -dijo el vikingo-. Yo tomaré mi venganza.
A Rhiannon las manos del irlandés le parecieron fuego y acero sobre los hombros, y la determinación de sus palabras sacudió cada fibra de su ser. No se trataba de una amenaza acalorada, sino de una severa declaración de intenciones. Seguro que la golpearía hasta dejarla al borde de la muerte, pensó con amargura. De pronto la invadió un miedo espantoso; no por ella, sino por Rowan.
Stíbitamente se abrieron las puertas de la casa sin el permiso del rey. Alfredo se volvió furioso. Entraron sus vasallos William y Allen y entre ellos, cogido por ambos brazos, Rowan, ensangrentado y vencido.
Para salvar lo poco que le quedaba de su honor tendría que haber permanecido sentada, pero no pudo soportar ver a Rowan herido. Rhiannon se olvidó de todo, excepto del dulce amor que habían compartido. Se zafó de la odiosa sujeción del vikingo y se puso en pie de un salto, profiriendo un grito desgarrador. Se disponía a echar a correr cuando unos fuertes brazos la rodearon por la cintura y fue aplastada contra el pecho del vikingo, que la apretó contra sí.
Por eso no se había apartado de ella, pensó amargamente Rhiannon. No permitiría que los deshonrara aún más a él y Alfredo.
Rowan, medio aturdido, la miró a los ojos y esbozó una triste sonrisa; después se desplomó entre los dos hombres. Éstos lo empujaron para que cayera a los pies del rey.
-Señor -dijo William, recorriendo con su tenebrosa mirada la sala-,ignoramos si estuvieron juntos, pero lo encontramos fuera de las puertas, no muy lejos de donde había huido el caballo de lady Rhiannon. -Vete -ordenó el rey.
-Pero, señor... -protestó William.
-Está limpia, mi señor-murmuró Rowan. Brotó sangre de su boca, y Rhiannon volvió a chillar, odiando los brazos que la sujetaban. Rowan escupió un diente. Alzó la vista, aturdido, y la clavó en Alfredo y el vikingo-. Está intacta, lo juro -añadió.

El rey se acercó, se agachó y cogió a Rowan por el cuello de la camisa. Rowan cayó hacia adelante, y Rhiannon gritó de nuevo, arañando sin piedad las manos que la inmovilizaban, porque creyó que su amado había muerto.
-¡Por el amor de Dios, suéltame! -suplicó. -¡Basta! -rugió el rey-. ¿Acaso no nos has avergonzado ya lo suficiente? -Tomó el pulso a Rowan-. Vive... por ahora.
A Rhiannon le resbalaron lágrimas por las mejillas. El vikingo la soltó de repente. Ella tropezó, cayó junto a Rowan y comprobó que realmente estaba vivo. Le rodeó los hombros con los brazos, y lágrimas silenciosas se deslizaron por sus mejillas.
El rey ordenó a unos criados que se llevaran a Rowan. Rhiannon sintió que le tocaban la espalda; un roce en absoluto cruel. El vikingo volvió a alzarla y sujetarla.

Se llevaron a Rowan. El rey y Eric continuaron hablando, pero ella ya no escuchaba sus palabras, porque rogaba fervorosamente no ser la causante de la muerte de Rowan. No podía imaginar cómo se vengaría el vikingo. Se preguntó si podría suplicar por la vida de Rowan, si sería capaz de humillarse para encontrar algo de piedad. El ya le había negado la piedad antes.
-Se hará ahora mismo -dijo el rey-. Ahora, en este mismo momento. -Ordenó a un criado que fuera a buscar a su médico y a una partera. Después dijo a Alswitha--: Llévala a su habitación.
El vikingo retiró las manos de sus hombros, y Alswitha le tendió la mano. Rhiannon retrocedió de manera instintiva, observando a los presentes, preguntán dose qué nuevo horror habían planeado para destruirla. -Vamos, Rhiannon -urgió Alswitha.
Rhiannon miró al rey, que estaba ceñudo y pensativo. Miró al gigantesco vikingo, quien la observaba con indiferencia.

Eric se encogió de hombros, como si ella le importara muy poco.
-Sigo pensando que la boda debe posponerse -dijo al rey.
-Te prometí a esta mujer, y estaba a mi cargo. Es como mi hija. Me complacerá averiguar la verdad de este asunto.
-Rey de Wessex, yo puedo descubrir la verdad por mí mismo y dictar los ultimátums de mi propia casa. -Ella está todavía bajo la tutela de la casa de Wessex, y quiero cumplir mis juramentos.
¿La puerta se abrió de nuevo, y entraron el médico de confianza del rey y su robusta criada. Ésta miró a Rhiannon con sus ojillos astutos y sonrió subrepticia mente, como si disfrutara al imaginar alguna crueldad. En ese momento la joven comprendió qué se proponían y abrió desmesuradamente los ojos, avergonzada y horrorizada.
-¡No! -exclamó con ferocidad.
Deseó echar a correr como una loca hacia la libertad, pero sabía que nunca conseguiría escapar. Dominando la furia y el pánico se obligó a caminar len tamente, no hacia el rey, sino hacia el señor noruego irlandés. Alfredo la había repudiado, tal como había jurado hacer. Quizá sufría en su interior, pero no lo reve-laba. El vikingo, por su parte, ya la había tachado de puta, ya había reclamado su venganza. La propuesta no había partido de él.
-Las cosas no son siempre lo que aparentan, mi señor. Yo no cometí traición contra ti antes, y aunque ahora tal vez parezca que... -Se interrumpió, tratando de reunir la dignidad y la resolución suficiente para convencerlo-. Yo no he roto la promesa del rey. Y aunque él jura que me quiere, no confía en mí. ¡No permitas que me haga esto! -pidió con vehemencia.
Se estremeció, sabiendo que los métodos del irlandés podrían ser mucho peores. Después pensó que nada podría ser tan humillante como lo que habían planeado. De todos modos, le hicieran lo que le hicieran, eso no la salvaría cuando la arrojaran a las garras del vikingo. De pronto creyó distinguir en sus ojos un curioso destello de admiración, incluso mientras rechazaba su petición.
-Milady, yo no he solicitado que te hagan esto -dijo.
-Esto me hará odiarte hasta el último día de mi vida -afirmó ella apretando los puños a los costados. No lograba aceptar el hecho de que no podía escapar a la voluntad del rey. En cualquier caso, se negaba a volver a rogar al vikingo.
Éste lanzó un suspiro.
-Milady, reconozco que tengo muy pocos motivos para apreciarte, pero te aseguro que esto no es obra mía. Alfredo es el rey y tu guardián. No he sido yo quien ha

tomado la decisión. Tengo mis propios medios para descubrir las verdades que busco. Tu rey ha hablado, y en esta casa él es la ley En mi casa, señora, me obedecerás a mí.
Sus palabras no eran en absoluto tranquilizadoras, sino que escondían una amenaza categórica. Sin embargo, era el rey quien había decretado su ignominia, y a él se dirigió:
-¡Deberías creer en mi palabra!
-No puedo confiar en tu palabra, Rhiannon. Nos has arrastrado al borde del desastre.
Alswitha tomó a Rhiannon por el brazo y la miró con los ojos empañados de lágrimas.
-¡Por el bien de Rowan, sométete! -rogó en un susurro.
-¡Que se la lleven! -tronó el rey.
En esta ocasión no se encomendó la tarea a Alswitha. De la cocina acudieron dos mujeres fuertes que cogieron a Rhiannon por los brazos. Ella chilló y se resistió en vano. La sacaron a rastras de la sala y la condujeron al anexo de la casa, donde se hallaba su pequeña habitación. Forcejeó y se debatió con denuedo, lo que no impidió que la tendieran en la cama y le desgarraran la ropa. Después, ya profundamente humillada, dejó de pugnar. Alswitha, a su lado, le acariciaba el cabello. Todavía inmóvil y conmocionada, Rhiannon se refugió en lo más profundo de su mente para no sentir las frías manos que la tocaban. Se le saltaron las lágrimas cuando la abrieron de piernas y la hurgaron. Vagamente oyó al médico decir a Alswitha que todavía era virgen, que el himen estaba intacto.
Jamás en su vida se había sentido tan ultrajada. Permaneció allí tumbada, envuelta en un manto de sufrimiento y vergüenza tales que ni siquiera tuvo fuerzas para rogar que por lo menos su oprobio pesara algo en favor de la vida de Rowan.
Juró que jamás perdonaría a la plaga vikinga que había llegado con el viento para destrozar su existencia. No le importaba que Dios no la perdonara. Oraría cada día para que Eric de Dubhlain fuera borrado de la faz de la tierra. Rogaría para que, cuando le llegara la hora, muriera con tal sufrimiento y angustia que maldijera el día en que nació.
Eric cabalgaba por la pradera, observando a los hombres que realizaban prácticas de combate, haciendo un comentario aquí, aplaudiendo una acción allí y reprendiendo a un joven inglés que dejaba expuesto al ataque un flanco al sostener con descuido el escudo. Al llegar al final de las filas, se volvió para contemplar la escena. El rey también presenciaba los ejercicios desde su montura. A la mañana siguiente partirían hacia Rochester. La ciudad sitiada ya no podía resistir mucho más tiempo a los daneses acampados fuera de sus murallas. Eric observó a los hombres que entrenaban con las lanzas, el pilar de la guerra. Otros se ejercitaban con espadas y mazos, mientras en un campo distante los arqueros practicaban tiro. Delante de él Svein de Trondheim blandía su poderosa hacha de doble pala, arma típicamente vikinga, dado que en la mayor parte de Europa consideraban incivilizada esa mortífera hacha.
El sabía que su astuto abuelo irlandés había tomado de los vikingos lo que juzgaba oportuno y conveniente para obtener la victoria. Había sido capaz de detener la amenaza noruega y danesa que se cernía sobre su isla porque siempre había estado dispuesto a aprender del enemigo. Antes de que él gobernara, la mayoría de los irlandeses luchaban con armadura de cuero, si es que la usaban. Aed Finnlaith había visto la malla metálica en los cuerpos de sus adversarios y descubierto que ésta salvaba vidas; por tanto había ordenado a sus hombres que la utilizaran. Eric

había comprobado que el hacha de doble pala era un arma mortífera y formidable, y había animado a sus hombres, irlandeses y noruegos por igual, a que aprendieran a emplearla.
Al día siguiente partirían para combatir contra los daneses, unos adversarios terribles. No sería una lucha civilizada, sino bárbara. Eric no temía a la muerte. Ha bía recibido educación cristiana, pero su madre jamás le había negado el estudio de la religión nórdica. Estaba dispuesto a creer en el amable Cristo y en un supremo Dios Padre, pero se adhería a la creencia vikinga de que ningún hombre podía burlar a la muerte, y que siempre era mejor adelantarse; si caía, encararía a los grandes dioses del Valhalla o incluso al Señor cristiano del Universo.
Miró al rey a quien había decidido apoyar y que se encontraba en el otro extremo del campo. Alfredo era buen jinete. No era un hombre corpulento, pero irra
diaba la autoridad que se requería para gobernar. La noche anterior había permanecido largo rato sentado con el monarca junto al hogar central; aunque sabía que el rey sajón era normalmente muy moderado con la bebida, ambos habían apurado muchos cuernos del vino francés que Eric almacenaba en sus barcos. Dubhlain se había enriquecido gracias al comercio; los barcos zarpaban y arribaban continuamente a sus puertos. Dado que los musulmanes habían conquistado gran parte del Mediterráneo, los astutos mercaderes sirios y judíos habían perdido parte de su poder comercial en Oriente. Sin embargo, en Dubhlain podían obtenerse especias, perfumes, sedas finas y multitud de vinos porque los vikingos que surcaban los mares estaban dispuestos a arriesgar mucho en su búsqueda de riquezas.
Al conversar con el rey sajón, Eric quedó fascinado. Estaba seguro de que Alfredo también había quedado fascinado con él y que le había envidiado muchas cosas que él consideraba normales. A los diez años Eric ya sabía leer latín y griego, así como el idioma irlandés de su madre y el nórdico de su padre. Había leído sobre las proezas de Alejandro y las costumbres de los califas que regían el mundo árabe desde su sede en Bagdad. Le habían explicado las hazañas de Carlomagno. Había estudiado matemáticas, ciencia y música, además dé las leyes Brehon de Irlanda, tan importantes para cualquier hombre que quisiera gobernar allí. Había asistido a los consejos celebrados en Tara, bajo la autoridad de su abuelo. Había oído las leyendas de los grandes hombres de Eire, desde san Patricio, Cuchulain y la poderosa tribu Tuath De Danaan. Había participado en las batallas contra los piratas que habían asolado las costas irlandesas. Y había vivido en una hermosa casa construida par su padre, una fortaleza con elevados muros y muchas habitaciones.
Alfredo se había visto obligado a huir con frecuencia durante la noche, y muchas veces había compartido alojamiento con vacas y cerdos. Su padre Atelwulf había obtenido muchas victorias, al igual que sus hijos mayores. Alfredo contaba sólo veintiún años cuando fue proclamado rey al morir el último de sus hermanos mayores, Atelred I. Desde entonces se había dedicado casi por completo a guerrear. En mayo de 878 Alfredo partió de las marismas hacia Egbert's Stone, donde Inglaterra se le unió. Se enfrentó con el danés Guthrum en una gran batalla de la que salió victorioso. Guthrum llegó al extremo de consentir ser bautizado, y Alfredo actuó de padrino. Y Guthrum mantuvo su paz cristiana... por un tiempo.
En esos momentos Guthrum se proponía conquistar Rochester, y Alfredo necesitaba expulsarlo.
El rey de Wessex era un hombre curioso. No era de apariencia imponente, pero tenía el poder de inspirar grandeza en los hombres. Era apasionado en su apoyo a su iglesia y hombre de profundas convicciones. Y siempre mantenía sus promesas.

Había estado preocupado por los acontecimientos ocurridos en la costa, en las tierras de Rhiannon. -¿Aún no has descubierto qué sucedió? -había preguntado Eric.
Y el rey había negado seriamente con la cabeza. -Envié a un muchacho de mi confianza con el mensaje de que debíais ser recibidos como mis respetados invitados. No he vuelto a ver al chico. Alguien decidió que el mensaje no debía llegar a lady Rhiannon. Sospecho que alguno de los hombres muertos impidió que se lo entregaran. -Miró a Eric-. Ella no desafiaría mi palabra, y menos contra vuestra superioridad. Al menos no lo habría hecho entonces. Niega haber tenido conocimiento de ello, y yo la creo. Todavía puedes liberarte de tu promesa -añadió gravemente el rey-. Si la consideras culpable...

-No tengo la menor intención de liberarme de mis promesas -aseguró Eric.
No estaba dispuesto a romper esa alianza ni ver truncados sus sueños de poseer su propia tierra por culpa de una joven caprichosa. La había visto con Ro wan junto al arroyo. Tal vez habían sido interrumpidos antes de consumar el acto, pero él no podría considerarla inocente jamás. Era una seductora consciente de su belleza y poder. Compadecía al pobre muchacho que se había enamorado de ella.
Ya se había calmado un tanto su furia. Era un hombre posesivo, lo sabía. Cuando se casaran, ella se enteraría de que él era la ley de su vida y jamás se atrevería a rebelarse. Prefería no pensar en el día que la vio por primera vez, porque el recuerdo lo enfurecía. Por supuesto, no la amaba, y recelaba mucho de ella; sin embargo lo hechizaba. Era extraordinariamente bella, apasionada y rebosante de vida. Y podía ser tan seductora como un sueño de gloria. Sabía que la deseaba fieramente. Había despertado en él un ardor que no conseguía apagar, y no obstante había decidido mantenerse alejado de ella. Confiaba en Alfredo; ni él ni el médico le mentirían sobre un asunto tan delicado como la virginidad de su futura esposa. En realidad, pensó, se había alegrado de que Alfredo insistiera en verificar la inocencia de Rhiannon. Por otro lado, ella debía aprender que él podía mostrarse tan brusco, severo y exigente como fuera necesario. No estaba dispuesto a permitir que llorara su amor perdido durante todo su matrimonio.
Lo cierto era que en algunos momentos la había compadecido. No podía olvidar la escalofriante dignidad de sus ojos empañados por las lágrimas cuando le suplicó en la casa del rey. En cualquier caso, ella misma se lo había buscado. De todos modos, él recordaba qué era amar, y por esa razón ella contaba con su comprensión. Él habría arriesgado todo por Emenia. Sin embargo, no podía pensar en Rhiannon sin que lo invadiera una cólera encendida, porque no podía disculpar su comportamiento. Además, era su prometida.
Sin embargo, se preguntaba si no eran su fuego y su belleza los motivos que lo habían impulsado a mantener su alianza con el rey. Tal vez no volvería a amar, pero sí deseaba a lady Rhiannon.
Atravesó el campo y se acercó al rey.
-Todavía estoy contento de nuestra alianza -dijo a modo de saludo-. Y me complace que la mañana haya transcurrido sin derramamiento de sangre.
-Sí -contestó el rey, casi sin verlo, mirando a lo lejos.
Eric siguió la mirada del rey a través del campo y observó que Rollo cabalgaba hacia ellos. Presintió que la grave expresión de su capitán estába relacionada de algún modo con la chica.
-Qué ocurre? -preguntó cuando Rollo se acercó a ellos en su sudorosa montura. El caballo bufó. -Hay problema entre los hombres -contestó Rollo.

Eric arqueó una ceja, expectante. -Quieren sangre, exigen justicia. -¿Contra quién? -preguntó Eric fríamente. -Contra Rowan.
-¿Por qué?
Nadie había presenciado la escena entre el joven y la muchacha, de modo que nadie sabía la gravedad de lo ocurrido.
-Los rumores corren. Ya conoces a los hombres. Piden que luches por tu honor.
Eric lanzó un suspiro de impaciencia. -¿Quieren que mate al muchacho?
-Sí -respondió Rollo con tristeza, consciente que no les convenía ningún desacuerdo entre sus propias tropas-. El chico deberá presentarte ante ti y retarte.

Tendrás que matarlo, a menos que decidas entregarle la chica.
De pronto reinó un súbito silencio en el campo de prácticas. Todos los hombres observaban a Rollo y Eric.
Otro jinete se aproximaba al príncipe irlandés. Era Rowan. Los guerreros se apartaron a un lado para dejarlo pasar.
Eric observó que el muchacho estaba todavía pálido como la ceniza, pero cabalgaba erguido, con la dignidad intacta. Se detuvo ante Eric, y antes de que pudiera hablar, Alfredo de Wessex se interpuso entre ellos.
-Rowan, ¿cómo te atreves a venir así? Te he concedido la gracia de tu vida y vuelves a desobedecer mi autoridad.
Rowan bajó la cabeza.
-Ante Dios te pido perdón, mi señor. -Alzó la vista hacia Eric-. Pero la amo. Eric de Dubhlain, no pretendo faltarte al respeto porque eres invitado de mi señor, pero te desafío a una prueba de armas, como es mi derecho según la antigua ley.
-¿Quieres batirte conmigo, y con Venganza? -preguntó amablemente Eric, levantando su espada. El rostro de Rowan palideció aún más y asintió con seriedad.
-La chica no lo vale -dijo el irlandés después de un momento de silencio-. Ninguna mujer lo vale. -Sí, ésta sí -aseguró Rowan.
Eric pensó que era un tonto enamorado, pero era un hombre y merecía la prueba de las armas.
-Al alba, entonces -dijo-. Aquí, en este mismo campo.
Rowan alzó una mano a modo de saludo. -Aquí entonces, príncipe Eric, en este campo. -¡Y que Dios se apiade de tu alma! -murmuró el rey gravemente.

Rowan asintió de nuevo, afligido. Eric decidió que le agradaba el joven; tenía el valor de ir al encuentro de una muerte segura. El muchacho hizo girar su cabalga dura y galopó hacia las dependencias anexás a la casa señorial.
Entre los hombres de Eric se elevó un clamor, un grito de guerra, que sonó como un eco de la muerte. Eric levantó la mano con furia. La bajó, y el grito cesó. El semental blanco se encabritó al notar su ira. Eric se situó con su montura frente a sus guerreros.
-¿Tanto deseáis la muerte de nuestros aliados? No. Vamos a luchar contra los daneses, y si hemos de regocijarnos con la muerte de alguien, que sea la de ellos.
Con creciente malhumor, volvió su caballo y se alejó de la muchedumbre de guerreros. Cabalgó hacia la muralla, pero no se molestó en buscar la puerta. El se mental blanco saltó la barrera y continuó galopando por las praderas, campos y bosques que se extendían más allá de la casa señorial fortaleza. Y Eric sintió de nuevo un amor por la tierra que lo subyugó.
Finalmente se detuvo sobre un elevado montículo desde el cual se divisaba el valle donde el rey había construido su hogar. Entornó los ojos y, a pesar de la

congregación de hombres y armas, logró imaginar una escena de paz. Contempló las ovejas que pacían y los patos que desfilaban. Una yegua pasó corriendo con un potrillo, y el aire llevaba el sabor de nacimiento, de primavera.
Ella también amaba la tierra, pensó de pronto. Había luchado con fiereza por ella. Pero él se impondría, decidido. Él se impondría.
Esa noche Eric se sorprendió al ver que Rhiannon había decidido asistir a la cena.

Rowan no estaba. Eric pensó que tal vez Rhiannon se había enterado del reto, pero después cambió de opinión; nadie se lo había contado, porque sus ojos, de color plata brillante, al encontrarse con los suyos, destilaban tal aborrecimiento que adivinó que la joven no sentía ningún miedo, que no sabía nada del combate cuerpo a cuerpo que el honor exigía que se librara por ella.
Rhiannon no se sentó cerca de él y tampoco se presentó ante el rey. En realidad ignoró a ambos.
Estaba hermosa y parecía envuelta en un raro esplendor porque caminaba con un orgullo y desprecio que negaban cualquier pecado por su parte. Eric había supuesto que los evitaría a él y el rey. Sin embargo, ella había decidido no hacerlo. Era la mujer más maravillosa de la sala, probablemente de toda Inglaterra, pensó Eric. Lucía un atuendo de color azul suave, que armonizaba con sus ojos, aunque no con el destello de odio y furia que aparecía en ellos cuando posaba la vista en él. Llevaba el cabello recogido, enrollado alrededor de la cabeza, destacando de ese modo los contornos puros de su cuello y rostro. Caminaba como una sílfide, bella, esbelta y ágil. Cuando llegó el momento de sentarse al banquete, no se acomodó cerca de él ni del rey, ni siquiera de Alswitha, sino que eligió un lugar al final de la mesa.
Él, por su parte, la saludó con una fría inclinación de la cabeza y la observó con una mezcla de diversión y curiosidad. Al día siguiente la entregarían a las mujeres
de una congregación religiosa para asegurar que conservara la virginidad hasta la boda. Muchas mujeres en su situación habrían rehuido asistir a esa reunión; ella no. Allí estaba, sola, condenada por muchos, pero majestuosa ante todos.
Eric olvidó su presencia y conversó con el rey sobre el plan de ataque. Rollo hablaba con energía, como muchos de los hombres del rey. Se sirvió una interminable cantidad de platos: codorniz rellena, todavía con las plumas, arenques, jabalí, venado asado al palo. La cerveza y el aguamiel corrían a discreción por la mesa. Cuando al parecer la comida ya no resultaba atractiva, Alswitha se levantó e hizo un gesto a los criados, los cuales se apresuraron a retirar los platos.
-En honor de nuestros huéspedes -anunció-, Padraic, senescal del gran Eric de Dubhlain.
Éste se sintió un tanto sorprendido cuando su narrador irlandés se levantó y se dirigió a la parte posterior de la sala, donde todos podían verlo. El fuego que ardía tras él creaba el ambiente adecuado. Con claridad grandiosa y dramática, Padraic describió a la familia del abuelo de Eric. Habló con un lenguaje poético, bello y seductor, de los reyes irlandeses y las batallas que libraron entre sí. Honró a la familia Finnlaith, llegando por fin a Aed, quien había unido a los reyes de Irlanda y casado a su hija Erin con el nórdico Olaf el Lobo para que Irlanda pudiera encontrar la paz y fortalecerse. Después habló del propio Eric, de sus viajes por el mundo, su defensa del reino de su padre y las grandes batallas en que había vencido.
Cuando finalmente se quedó en silencio, los hombres alzaron sus voces en una estridente aclamación. A Alswitha se le encendieron las mejillas de placer, por que Alfredo estaba contento, Eric asombrado y todos -habían disfrutado-muchísimo-con

el-excelente-narrador. De pronto el alboroto cesó y se hizo el silencio. Eric levantó la vista, curioso, y observó que Rhiannon había tomado el lugar de Padraic ante el fuego. Se había soltado los cabellos, y los reflejos de las llamas danzaban en su vestido. Parecía una visión de fluida seda y sensual belleza.
-Hemos escuchado las narraciones de nuestro gran invitado nórdico y nos hemos deleitado muchísimo. Damos las gracias a nuestro emprendedor aliado, y ojalá podamos nosotros entretenerlo con nuestro relato sajón de sufrimientos, batallas... y triunfos.
El fascinante tañido de un laúd resonó en la sala. Rhiannon comenzó a mecerse, y daba la impresión de que la música penetraba en sus extremidades, moviéndolas con exquisita gracia. Giraba y giraba. Echó hacia atrás la cabeza y levantó los brazos mientras todos los hombres la contemplaban en silencio. Reinaba un silencio absoluto en la sala, sólo roto por la melodía del laúd, el suave crepitar del fuego y el delicado sonido de los pies de la doncella al posarse sobre el suelo. Tejió un he-chizo; los mantuvo a todos extasiados. Pareció que las llamas disminuían su intensidad y la estancia se oscurecía y todo se desvanecía, a excepción de la seductora y bella mujer.
Después comenzó a hablar a medida que se movía. En realidad, cantaba más que hablaba, y su melodía era cautivadora. Ella también contó una historia; la historia de Inglaterra.
Su mirada se clavó en Eric con una osadía retadora y sarcástica.
-Mi relato está tomado de Lindesfarne. Lindesfarne -repitió dulcemente.
No apartaba la vista de Eric, en silencioso desafío. Entonces él comprendió por qué se había presentado esa noche. Había ido para vengarse, para combatir contra él.
-Narro la historia de un lugar hermoso, despojado de la gracia de Dios, la belleza y la paz. Lindesfarne... Y narro la historia de los salvajes que lo invadieron, fieros bárbaros.
Sonrió y comenzó a evolucionar de nuevo, girando, balanceándose graciosa y seductoramente.
Y ningún hombre de la sala pareció capaz de hablar ni de moverse cuando ella inició su maldito relato.

Eric mismo no sabía si era capaz de moverse. Escucharía su historia. Y si ella quería batalla, batalla tendría. Lindesfarne. Si no se equivocaba, había peligro en la historia que se disponía a contar. Alfredo la miraba con recelo, apretados los dedos en la silla. Pero no se movió. Ningún hombre lo hizo.
Y en efecto el cuento era peligroso. Ella era peligrosa. Tenía el poder de hechizar.

7

Ciertamente se respiraba cierta magia en la sala, un profundo encantamiento. Ella arrojó unos polvos al fuego central, y éste pareció brillar con colores especia les. La música continuaba sonando, etérea e hipnótica. Rhiannon estaba bañada por el extraño resplandor del fuego, y sus cabellos eran una llama sedosa alrededor de su cuerpo. Y se contoneaba como Salomé para obtener la cabeza del Bautista.
-¡Lindesfarne!
Tras pronunciar el nombre, procedió a describir a los monjes que moraban en ese antiquísimo y venerado monasterio. Habló de aquel tiempo, y su baile fluía para ofre cer la imagen de la paz del lugar. Después su voz se elevó, el sonido de la música

se tornó discordante y se produjo un ruido atronador en el suelo, como el de una tormenta.
-Y llegaron los rayos, la lluvia y los crueles vientos para avisarles. La gente, asustada, se preguntaba de qué manera habían ofendido a Dios, porque ese monasterio, inde fenso en una isla de la costa de Northumbria, era el lugar de peregrinaje mas sagrado de toda Inglaterra. San Cutberto había vivido, trabajado y sido abad allí el siglo anterior.

»Corría el año 793 de Nuestro Señor, y de nuevo se oyeron los truenos.
Rhiannon giraba y giraba; una exótica beldad envuelta en el fiero torbellino de sus cabellos, en las gemas plateadas de sus ojos, en el movimiento sensual y leve de su elegante y joven figura. Después permaneció en silencio un momento y cayó al suelo, y el sonido de trueno aumentó y aumentó. De pronto cesó.
De nuevo alzó la voz para contar que las hordas habían asaltado Lindesfarne. Describió cómo se habían cometido asesinatos con la hoja del hacha, cómo se ha bían cubierto de sangre los campos, cómo las páginas de enseñanzas habían sido arrojadas al eterno infierno de los paganos que habían aparecido. Se interrumpió.
-Vikingos, mis señores. No daneses. Noruegos. Extendió los brazos, blancos y hermosos. Se levantó lentamente. No se oía ni un solo murmullo en la sala. Eric no se movió, aunque sabía que ella estaba poniendo en juego sus últimas artimañas para desacreditarlo ante su anfitrión inglés. Rhiannon lo miró a los ojos a través de la nebulosa de la oscuridad, y él adivinó que ella jamás le perdonaría por haber irrumpido en su vida y transformado su destino.
Deseó levantarse y golpearla con furia. No creía que deseara un derramamiento de sangre. Aquella joven deseaba que él sufriera por ser lo que era: un vikingo. Al parecer no le reconocía ni una gota de su sangre irlandesa. Pero no importaba. Él era vikingo, sin duda, y ella lo había ofendido profundamente. Tal vez suponía que él nada podía hacer. Si se levantaba furioso, la sangre correría, porque sus hombres no dudarían en seguirlo. Ella relataba aquella historia de penalidades para que todos los ingleses recordaran los saqueos que habían sufrido y se unieran en la venganza y el odio.
Se había atrevido a mucho. Eric advirtió que el rey estaba colérico.

Sin embargo, ella tenía poco que temer por el momento. La sala continuaba en silencio; todas las miradas estaban fijas en ella. Sus cabellos formaban una cascada de fuego dorado y rojo que la enmarcaba, y cuando se detuvo ante ellos, aprovechando el dramático silencio, estaba increíblemente hermosa y magnífica, una mujer por la cual a un hombre no le importaría morir.
Bien, ella deseaba que él muriera, pensó Eric. Sin embargo, él no tenía la intención de darle ese gusto. Rhiannon comenzó otra vez a moverse y hablar en voz baja. Eric, al contemplarla con los ojos entornados y meditabundo desde su asiento junto al rey, se preguntó cómo osaba desafiar de nuevo a Alfredo, cuando ya había sufrido por ofenderlo. De pronto ella cambió tranquilamente el tema del relato.
A pesar de su enojo, Alfredo esperaría; no incitaría a sus hombres en la sala. La joven era lista, peligrosamente lista, porque mientras los hombres la observa ban, hipnotizados por su increíble belleza y la rara inocencia que rodeaba su narración, desvió la historia hacia el abuelo de Alfredo, su padre y hermanos. Con palabras grandilocuentes relató el mayor desafío de la carrera del rey: el enfrentamiento con el danés Guthrum. Era el año 878; los daneses habían conquistado Northumbria, habían asesinado a Edmundo de East Anglia y marcharon hacia el sur para atacar a

Alfredo de Wessex. A pesar del poder del invasor, los sajones se negaron a aceptar la derrota, y las fuerzas combatientes resistieron en las espesuras de las marismas. Los galeses de Cornualles se habían aliado con los daneses, y la situación era desesperada. Pero los nobles y ciudadanos de Devon acudieron a la llamada de Alfredo, dispuestos a confiar su destino al rey de Wessex, el hombre que había decidido conservar la independencia de una parte de Inglaterra. Se libró la batalla de Ethandune, y no fueron los sajones quienes se vieron obligados a pedir un acuerdo, sino los invasores daneses. Guthrum juró abandonar Wessex por la tierra de Danelaw en el norte. Fue bautizado a la fe cristiana, pero, en fin, la promesa vikinga se rompía fácilmente, y Guthrum amenazaba de nuevo a los sajones.

Rhiannon se quedó en silencio. Levantó lentamente los brazos, elevándolos hacia el cielo, alzándose como un cervatillo hasta formar una graciosa línea. Después cayó teatralmente al suelo y bajó la cabeza poco a poco hasta permanecer inmóvil. Por último levantó el mentón y la vista hacia los presentes y exclamó:

-¡Salve, Alfredo, rey de Wessex!

Refulgió el fuego y volvió a iluminar la sala. Tras un instante de silencio resonó un atronador aplauso, y una veintena de hombres alzó sus picheles de cuero hacia el rey. Se hizo el silencio.

La actuación había sido tan provocativa y seductora que todos habían olvidado cómo se inició, así como el insulto que se había lanzado contra los nórdicos. Todos los guerreros de Eric, irlandeses, nórdicos y de diversas nacionalidades, como él, la ovacionaron encantados. Pero poco a poco recuperaron la memoria, y los aplausos se apagaron. Eric, reclinado en su silla al lado del rey, supo que todos lo observaban, expectantes. Por honor estaba obligado a desafiarla, a castigarla de alguna manera. Pero si golpeaba a la joven que acababa de alabar con tanta elocuencia al rey de Wessex, los mismos hombres que la habían condenado por desobedecer a su protector se precipitarían violentamente a defenderla. La muchacha lo había colocado en una situación muy precaria y peligrosa; en silencio juró que algún día la haría pagar su astucia.

Ella permanecía en el suelo, elegantemente envuelta en sus ropas, todavía hermosa en su postura. Su mirada estaba posada en Eric, quien percibió en sus ojos el bri llo plateado, el destello felino. Rhiannon conocía exactameme las consecuencias de lo que había hecho y saboreaba su triunfo sobre él.

El príncipe irlandés se puso en pie, imponente, descollando sobre la asamblea, majestuoso con su capa carmesí guarnecida con el blasón del lobo. Se apartó de la mesa y caminó hacia la doncella. No se oía ni el más leve susurro en la sala. Cuando ella lo vio acercarse, una sombra de recelo sustituyó al centelleo triunfal en sus ojos. Se levantó rápida y ágilmente, y Eric se percató de que no estaba tan tranquila como simulaba, porque vio el palpitar de su pulso en su suave y blanca garganta y sus pechos alzarse y bajar agitadamente con cada respiración.

Se detuvo ante ella, dibujó una sonrisa en sus labios y después hizo una profunda inclinación. No era eso lo que ella esperaba. Había estado segura de que él perde ría los estribos y exigiría que rectificara, y el rey no podría obligarla a hacerlo porque no había dicho nada que no fuera cierto. La primera incursión importante se había producido en Lindesfarne, y fueron los noruegos quienes saquearon y asolaron la santa casa de san Cutberto. Nadie podía negarlo, y aquellos que lo recordaban ciertamente considerarían que el nuevo tratado era una alianza impía.

La sonrisa se ensanchó, y ella vio los músculos tensos en su mandíbula. Se miraron fijamente, y Rhiannon, que poco antes había conseguido hipnotizar a los pre sentes, quedó presa en la mirada de él. Ningún polvo químico tocó el fuego, pero pareció

que la sala se oscurecía y que ellos, los dos solos, estaban atrapados en una extraña y refulgente llamarada. El aire pareció crepitar, como con el portento de una tormenta, como si relampaguearan rayos sobre ellos. Transcurrieron segundos, igual podrían haber sido eones, porque ella no podía apartar la vista del letal poder de los ojos de él. Echó la cabeza hacia atrás y deseó desafiarlo, prometiéndose
que no se arredraría ante el vikingo. Reinaba un silencio cargado de tensión entre ellos. El fuego crepitó, subió y danzó en las paredes y en el interior de Rhiannon; no era cl fuego, comprendió ella, sino el poder que él irradiaba. La piel de los brázos de Eric, bronceados, desnudos bajo los pliegues de la capa, se rizaba con el ondular de los músculos a cada pequeñísimo movimiento. Ella percibió su majestad guerrera, la ardiente determinación de su fuerza y su salvaje seguridad. Sintió también un poder diferente que emanaba de él; el de su mente, y en esos instantes comprendió que no había iniciado una batalla con un tonto, sino con un hombre que siempre reflexionaba, juzgaba y sopesaba cuidadosamente sus opciones. Si él decidía que debía vengarse, lo haría y, una vez resuelto, no cambiaba de opinión. Siempre estaríapreparado para repeler todos sus ataques.
El continuó con la vista clavada en los ojos de ella, que no titubeó ni desfalleció. Eric miró por encima de la joven y habló al rey:
-En verdad, Alfredo, me has ofrecido la joya más bella de Sajonia. Supera a los senescales del país de mi madre y los bardos de Noruega, porque ningún hombre puede relatar una historia con voz tan melodiosa y con un despliegue de baile y movimientos tan gráciles y hermosos.
Le cogió la mano. Ella se dio cuenta demasiado tarde de que habría sido más prudente retirarla y sintió sus finos dedos aprisionados en la enorme y fuerte mano masculina. El príncipe frotó lentamente el centro de su palma con la callosa yema del pulgar. Ella no pudo apartar la vista de los de él.
El rey se puso en pie. La tensión continuaba crepitando en el aire, tangible como una neblina, como el fiero calor que fundía a la joven y el vikingo, separándolos de los demás.
-Verdaderamente es maravillosa-prosiguió Eric-.

Me habría levantado de un salto, ansioso por batallar contra mis propios antepasados, si no fueran ahora fantasmas que surcan los vientos. Te aseguro, Alfredo de Wessex, que me ha seducido. Esta hermosa dama, este aliento de belleza con la cual me has dado la bienvenida a tu tierra, es tan exquisita que me ha cautivado.
De pronto, con tanta fiereza que ella casi lanzó un grito, Eric clavó sus dedos en la mano de ella. Sus ojos brillaron con verdadero fuego, con el salvaje frío de los vientos del norte, y entonces se volvió rápidamente hacia el rey, sin soltar a la joven.
-Buen Alfredo, estoy tan enamorado que no podría esperar un momento más para hacerla mi esposa. Arrojemos las semillas de la discordia del pasado a las rocas, donde no puedan germinar. Olvidemos lo ocurrido antes y sellemos nuestra alianza aquí, en este mismo momento. Yo nunca deshonraría tu casa, pero no podría vivir otra noche sin disfrutar de este precioso bocado de paz y buena voluntad.
Rhiannon sintió que la sangre se le congelaba y no pudo encontrar voz para protestar. Había obtenido su triunfo, sí, había saboreado sus momentos de victoria, pero él se los había arrebatado horrorosamente.
Alfredo estaba ceñudo. De la mesa se elevó un rugido; sonaron las risas de los vikingos y con ellas la atronadora aprobación de los ingleses.
-¡No! -musitó ella.

La propuesta del irlandés no era ni decente ni apropiada. Ciertamente no podía celebrarse una ceremonia en aquellos momentos. Era tarde, la luna ya había sa lido; incluso había truenos. A la mañana siguiente los hombres partirían, y ella tendría un respiro.
Alfredo continuaba con el entrecejo fruncido. Alswitha le susurraba al oído. Rhiannon estaba segura de que la reina le decía que, si aceptaba, aprobaría una práctica pagana, no una boda cristiana.

-¡No! -repitió la joven.
Diligentemente trató de soltarse, pero resultaba imposible. Él tenía su mano cogida como con una tenaza de hierro, implacable e inflexible. A su pesar, Rhiannon se estremeció de miedo. Cuando él la tocara, lo haría sin ninguna ternura. Ella lo había contrariado una y otra vez y sabía muy bien que cualquier hombre la habría despreciado por la situación en que la había descubierto. Eric parecía un vikingo de verdad, un hombre que no atendía ni a la corrección ni al cariño, sino que luchaba por obtener lo que deseaba, se apoderaba de ello brutalmente y luego lo desechaba.
El rey vacilaba.
-¡Eso no puede hacerse! -exclamó el padre Paul irguiéndose en un lado de la mesa-. No puede hacerse aquí, en este momento.
-Iremos a la iglesia; allí reside siempre Dios, ¿no es así, padre? -repuso Eric-. Ya se han leído las amonestaciones al pueblo, y la boda es válida. Fui yo quien decidió posponerla, y ahora exijo mis derechos.
Se golpeó con fuerza el pecho con el puño e hincó teatralmente una rodilla en el suelo, sin dejar de sujetar fuertemente a Rhiannon. Inclinó la cabeza. Ella le vio los ojos y comprendió que en aquel gesto no había humildad, sino pura y pujante furia.
-Ante Dios combato por el gran y noble rey sajón, Alfredo de Wessex. Enfrento la muerte con entusiasmo para servirlo, pero dado que esta noche he visto la belleza de mi prometida, quiero hacerla mi esposa antes de partir a la lucha.
Los noruegos comenzaron a golpear la mesa con las jarras. Muchos estaban borrachos, al igual que sus camaradas irlandeses. Y también muchos sajones estaban ebrios, pensó Rhiannon con amargura.
Y ésa fue su perdición. El clamor se elevó. La muchacha observó al rey y por su semblante dedujo que estaba sopesando las alternativas. Al día siguiente partirían para expulsar a Guthrum. No podía poner en peligro la camaradería y buena voluntad de todas sus fuerzas. La boda se había postergado a petición del príncipe irlandés, quien, comprendió el rey, acababa de actuar del único modo posible para conseguir que la paz continuara reinando entre los guerreros. Rhiannon había avergonzado a todos, y el príncipe de Dubhlain había aceptado magnánimamente a la novia a pesar de ello. Después de que la joven intentara sutilmente dañarlo, él expresaba su deseo.
Nadie, aparte de sus más íntimos, intuía la rápida actividad de su mente ni conocía la magnitud de su ira, porque su dominio era inmenso, su rabia calculada y fría. Nadie, aparte de sus más íntimos... y Rhiannon. El ruido de la sala se tornó más estrepitoso, hasta convertirse en un estruendo discordante que hizo pensar a Rhiannon que todo estallaba alrededor.
-¡Así sea, pues! -El rey había hablado por fin-. La boda se celebrará inmediatamente.
Todos aclamaron la decisión. Rollo se puso en pie, alzando su puchelo.
-Una boda. ¡Comamos, bebamos y divirtámonos mientras la novia se prepara!

La luz iluminaba las facciones del rey. No le complacía la apresurada ceremonia, pero se veía obligado a aceptarla.
De pronto Rhiannon sintió que sus dedos estaban a punto de quebrarse. El vikingo la observaba con una glacial advertencia en los ojos. Mientras todos gritaban, él le susurró, y ella oyó claramente sus palabras.
-No más problemas, señora. No más oposición. ¿De verdad te preocupan tan poco los hombres que deseas sean masacrados?
-¡No!
Él levantó el brazo, señalando toda la sala.
-Estos irlandeses, estos ingleses, estos noruegos están entrenados para la guerra. Los corazones y mentes pueden cambiar muy fácilmente, y en esta sociedad cada insulto debe ser vengado. He obrado como era preciso. Ahora representarás el final de este drama que has interpretado.
Ella forcejeó, pero no pudo liberar su mano. Varias mujeres se acercaron a ella. Por lo visto estaba destinada a ser vestida para la boda a pesar de la escena que Eric de Dubhlain había presenciado a su llegada a Wareham. Pensó en la presión censuradora de los dedos del vikingo sobre los de ella y se sintió débil. Él parecía hecho de bronce y acero; ningún hombre sería capaz de vencerlo en un combate cuerpo a cuerpo, y ciertamente ninguna mujer. Su odio por ella era inmenso, y su ira pasmosa.
-¡No deseas hacer esto! -se apresuró a decir Rhiannon-. Sé que no quieres casarte conmigo. Impide que esto suceda, ¡puedes hacerlo! -Observó que sus mandíbulas seguían apretadas y sus ojos fríos y severos. Desesperada, lo provocó-. ¿Y qué hay de tus temores de que esté embarazada de otro hombre? Los médicos se equivocan a veces. Tal vez te traicioné. Detén las cosas ahora y yo me quedaré con las hermanas santas y..
-Y rezarás para que muera en la batalla, no lo dudo. Señora, no importa. No he olvidado nada. No albergo temores respecto a ti.
-Me viste en el bosque.
-Eres una estúpida al recordármelo -dijo, con voz tan suave y escalofriante que fue como si una daga fría le recorriera la columna-. Siempre he dicho, mi lady, que yo llevaría las riendas en mi casa. Puedo descubrir fácilmente lo que se le encargó averiguar al médico. Y si has engañado a la casa de Wessex y estás preñada, entonces parirás ese hijo. -Se le iluminaron los ojos, y su voz se tornó ronca. Ella no acertó a discernir si se burlaba de ella o hablaba en serio-: Esta noche has desplegado ante mí tu enorme conocimiento del pueblo noruego. Ah, ¿ o es a los vikingos a quienes conoces tan bien? No importa, yo te hablaré sobre esas gentes. Te niegas a reconocer mi sangre irlandesa y a considerarme cristiano. Así pues, debo pensar como pagano, como vikingo. Y en el norte, cuando nace un hijo indeseado, el asunto se soluciona muchas veces de forma muy fácil. Sencillamente se arroja al bebé a la nieve, y los dioses de Hel acuden a tomar lo suyo.
-Matarías a un bebé inocente?
-Simplemente acabo de explicarte qué se hace en el norte. Tal vez puedas aprovechar esta información para tu próxima sesión de relato dramático.
-Pero...
Se quedó mirándolo con perplejidad, sin saber qué decir. Aún se alzaban las llamas tras ellos. Le flaquearon las piernas, y le pareció que una terrible sensación de calor los rodeaba, sólo a ellos dos. Deseó golpearlo, herirlo, pero sintió miedo de tocarlo, porque el fuego se apoderaría de ella; no acababa de comprender esa sensación. No había hombre a quien odiara con más intensidad, y sin embargo jamás en su

vida ningún hombre la había afectado tan profundamente. Era como si entre ellos descargaran violentas tormentas cuando el aire estaba despejado. El corazón le latía desbocado, y le costaba respirar. Notaba la ira del vikingo y lo odiaba mortalmente. Más que nada en el mundo, temía la noche que la aguardaba.
-Te aborreceré hasta la eternidad -juró. Él sonrió e hizo una rígida reverencia.
-Por las salas del Valhalla, milady, te invito a hacerlo. Sin embargo, no conseguirás impedir que se celebre la boda... ni librarte del lecho nupcial esta noche. Comenzó a alejarse.

-¡Espera! -exclamó -ella, y él se apresuró a regresar a su lado-. ¿Arrojarías a la nieve a tu propio hijo para que muriera? ¡Jamás lo sabrás, si... si...! -balbuceó.
-¿Si me acuesto contigo esta noche? -preguntó él-.Señora, al parecer tienes más dificultad para las palabras íntimas que para los actos íntimos. ¿Te referías a eso?
-¡Sí! -respondió ella, furiosa-. Si te acuestas conmigo, jamás sabrás de quién es el hijo.
-En fin, ya sabes que tengo sangre vikinga -dijo él-. La violación y el asesinato son mi legado. Estoy resuelto a pasarlo bien, señora, no temas.
-Pero...
-No hay peros que valgan, milady. Sea cual sea la verdad, la descubriré.
-No, espera, escucha. No soy una esposa adecuada. He yacido no sólo con Rowan, sino con una larga lista de amantes.
Tan grande era su terror que casi no se daba cuenta de las tonterías que estaba balbuceando. Súbitamente él la apretó contra su pecho, y ella dejó escapar un suave gemido de sorpresa y dolor. Se vio obligada a echar la cabeza hacia atrás, sintiendo retumbar su corazón contra la dureza del torso masculino.
-Basta, milady, basta. Nuestro matrimonio se consumará esta noche. Y no se te ocurra ponernos en ridículo a todos en la iglesia, porque mi paciencia co mienza a agotarse. Y si realmente sabes algo sobre la venganza vikinga, ¡atrévete a ponerla a prueba!
Le costaba respirar. Sentía la vigorosa fuerza de las piernas masculinas, la vibrante energía de sus brazos, el pasmoso poder de sus ojos. Sintió vivamente el con tacto sobre la piel desnuda de sus brazos y se estremeció, consciente de que muy pronto él tendría todo el derecho de poseerla y usarla como le diera la gana. Rhiannon tenía la impresión de que era arrastrada por un viento intenso y tempestuoso contra cuya fuerza no podía luchar. Aterrada, observó las manos del hombre, vigorosas, con dedos muy largos y hermosos. Se preguntó si alguna vez esas manos habrían tratado con amabilidad a una mujer, y empezó a temblar de nuevo porque sabía que él jamás la trataría amablemente. De pronto comprendió que su destino había sido entregado a aquel vikingo, hasta el fin de sus días pertenecería a ese implacable gigante dorado.
-¡Por favor! -murmuró desesperada-. ¡Piénsalo! ¡No debe ocurrir! Nos esperan largos años... -Señora, sí, nos esperan largos años. Y comienzan esta noche.
La soltó bruscamente, se volvió y se alejó. Las criadas sajonas, que aguardaban a discreta distancia, se aproximaron para escoltarla hasta el solar de las mujeres.
Mientras la bañaban y vestían para la boda con esmero y delicadeza ella quería hincarse de rodillas, golpearse el pecho y arrancarse los cabellos como una loca. Imaginó la escena, y sospechó que el vikingo irlandés proseguiría con la ceremonia a pesar de todo. Él deseaba algo... y ella formaba parte de su deseo, eso era todo.
Alswitha le cepilló el cabello mientras las otras mujeres, arrodilladas a sus pies, le arreglaban la cola del vestido. La reina le había servido vino para que se cal mara.

Rhiannon no tardó en descubrir que la jarra que le habían ofrecido contenía algo más que vino. Se alegró, porque de pronto dejó de temblar y, aunque sus sueños de redención continuaron, se tranquilizó; tal vez porque le habían administrado algún sedante.
Podía caminar por el pasillo de la iglesia y negarse a pronunciar las palabras. Podía esperar hasta estar ante el altar y entonces rechazarlo. En cualquier caso, supuso,
él insistiría en que la ceremonia se celebrase, y todos los presentes harían caso omiso de sus palabras si éstas no eran las adecuadas. Los matrimonios solían concertarse, y el suyo no sería una excepción. Nadie se compadecería de ella, ni siquiera Alswitha, porque ésta había pertenecido a la casa de Mercia, y su matrimonio con Alfredo había sido de conveniencia. Era una suerte que con los años hubieran llegado a amarse. Sabía que la pareja había atravesado períodos difíciles, porque la reina había descubierto que el rey era a veces justiciero, en lugar de bueno y piadoso, y una vez lo había condenado con vehemencia por su naturaleza rencorosa.
A medida que el tiempo transcurría, menos le importaba todo. AL cabo de una hora, estaba callada, quieta y elegantemente hermosa con la túnica tan primo rosamente confeccionada para la ocasión. Sus cabellos brillaban como cobre fundido, y le habían perfumado la piel con agua de rosas. No protestó cuando la sacaron de la casa señorial y la condujeron por el patio hacia la iglesia. Parecía seria, consciente de la solemnidad de la ocasión.
Fuera cual fuera la poción que la reina le había administrado, fue un regalo celestial porque caminaba con la cabeza erguida y la dignidad intacta. Aunque detes taba al rey, no discutió cuando él le cogió el brazo. También despreciaba al vikingo, ¡vikingo, a pesar de que se vistiera de irlandés!, que la esperaba ante el altar con expresión tan seria como la suya, aunque al verla se dibujó una ligera sonrisa en sus labios y un destello de curiosidad iluminó sus ojos.
Tuvo que admitir que el príncipe estaba magnífico. Debido a su estatura, destacaba entre los congregados allí, y su cabeza, brillante y dorada, sobresalía por en cima de las demás. Sus ojos eran penetrantes; ningún hombre podía ocultarle la verdad. Su rostro era bello y orgulloso; un novio seductor.
Era dorado porque era vikingo, se recordó ella, y fuerte y poderoso porque descollaba en la lucha, en sembrar la muerte.
El padre Paul estaba hablando. Rhiannon sintió la mano del rey y le pareció polvo. Cuando la entregó al vikingo, ella se sobresaltó porque su piel la quemó.
Miró alrededor y vio las teas encendidas y la multitud de caras que la rodeaban, compatriotas de ella y de él; el rostro de Alswitha, el del rey, Allen, William, y los vikingos e irlandeses vestidos con extraños justillos. Una cara le llamó la atención, y casi sonrió porque pertenecía a un hombre tan viejo que tenía la piel muy arrugada y curtida como cuero, y una barba que le llegaba casi hasta el suelo. Él la observaba con una curiosa expresión bondadosa. A ella le dio un vuelco el corazón cuando le devolvió la mirada. Casi sin darse cuenta le sonrió, y él asintió a modo de extraño saludo.
El padre Paul se aclaraba la garganta una y otra vez. Hablaba de la fe cristiana y la importancia del sacramento del matrimonio. Seguramente al vikingo el sermón le parecía demasiado largo.
-¡Continúa con la ceremonia, hombre! -interrumpió.
Entonces pidieron a Rhiannon que prometiera que lo honraría como a su esposo y le obedecería. -¿Honrar? Obedecer? ¿A un vikingo? ¡Oh, vamos, me niego! -dijo ella muy dulcemente.

Se produjo un silencio largo y mortal. De pronto la muchacha sintió que la giraban y apretaban con fuerza contra la capa carmesí con el emblema de un lobo ame nazador. El novio le tocó la mejilla, no con suavidad, pero tampoco con rudeza. Sintió sobre todo el poder cobalto de su mirada.
-Señara, me honrarás, lo juro, y me obedecerás. -Miró al padre Paul-. Continúa.
La ceremonia prosiguió. Ya nadie esperó las respuestas de la joven. Enseguida fue declarada esposa de Eric de Dubhlain.
Aunque había sido una boda cristiana, concluyó con un coro de chillidos y provocaciones paganas. Su marido la cogió entre sus brazos, y durante un instante sintió de nuevo su mirada y luego sus labios, fuertemente apretados contra los suyos.
Pensó en resistirse. Posó las palmas sobre el pecho del príncipe, pero fueron como motas de polvo en el aire; deseó volver la cabeza, pero no pudo porque él ha bía hundido los dedos en su cabello, inmovilizándola sin piedad. El se tomó su tiempo; no fue un beso fugaz, un simple roce. Eric la avasalló con la maestría de su beso. Le acarició con la lengua los labios y la obligó a abrirlos. Ella sintió que la consumía. Introdujo decididamente la lengua en los oscuros recovecos de su boca y la poseyó. Presionó para que separara más los labios y la llenó con la ardiente exigencia de su boca y su lengua. Cuando ella logró respirar, percibió su aroma, limpio y masculino, peligrosamente masculino. Trató de liberarse, pero los brazos de él eran demasiado fuertes, su beso demasiado potente, una invasión lenta, segura y completa de su boca, saboreando, ahondando, explorando y exigiendo con tal insinuación que despertó en ella un arrollador ardor, como si le clavaran una flecha hasta el vientre. Estaba a punto de desvanecerse, atrapada en la subyugadora fuerza e intimidad del beso, cuando súbitamente él la soltó.
Rhiannon habría caído si él no la hubiera sostenido por el brazo. Miró el extraño fuego azul de los ojos de Eric y se tocó los labios hinchados con dedos trémulos.
Los congregados continuaban gritando, entonando cánticos paganos, cuyo volumen aumentaba cada vez más. Los hombres comenzaron a dar cordiales palma das a Eric en la espalda; Alswitha y muchas esposas de los nobles ingleses se acercaron a Rhiannon para besarla en la mejilla. Todavía experimentaba aquella dulce sen-sación de aturdimiento, así como el horrible e inquietante calor producido por el beso.
Cuando él la tocaba, ella lo despreciaba. Recordaba la infamia que había arrojado sobre ella y lo que él era por nacimiento, y por elección al parecer. Pero también se había dado cuenta de que cuando él la tocaba, ella ardía. Se sentía como un animal enjaulado; desesperada, deseando liberarse de rejas y barreras invisibles.
Él desapareció de su vista, y las mujeres la rodearon y escoltaron por el pasillo. Los guerreros la abrazaban y besaban en la mejilla, alegres y bulliciosos, ebrios de vino, cerveza y el entusiasmo de la noche.
Después salieron de la iglesia hacia el fresco aire primaveral. Entonces se oyeron risas, tañer de laúdes y un lento y cautivador redoble de tambor. De pronto, bajo la luna, se inició el baile, y ella fue obligada a participar en él. De nuevo corría el vino, ahora en los cuernos vikingos, y cuando le ofrecieron uno, Rhiannon apuró el contenido.
No supo adónde la conducían hasta que se encontró en una de las pequeñas dependencias apartadas de la larga casa señorial. Se trataba de una habitación de ma dera pintada, donde había una cama grande con sábanas nuevas, grandes almohadones de plumón y cortinas de gasa. Al ver el lecho, la muchacha palideció y quedó paralizada. Las mujeres que se hallaban con ella comenzaron a reír y

comentar sus noches de boda. Una de ellas se preguntó en voz alta si el guapo guerrero vikingo estaría tan bien dotado bajo la cintura como en los hombros, mientras las otras se revolcaban de risa.
La despojaron de las galas nupciales. Quedó desnuda unos segundos y después le pusieron un camisón casi transparente. Cerró los ojos, sintiéndose más des nuda y vulnerable que nunca. El camisón no ocultaba nada, sino que más bien resaltaba las sombras de las curvas y montículos de su cuerpo. El dulce aturdimiento que la había sostenido durante la boda se disipaba. La reina no se encontraba entre las mujeres, y Rhiannon anheló verla, suplicarle que le sirviera más poción para poder soportar el horror de la noche que la aguardaba.
De pronto se hizo el silencio. Las mujeres se rallaron. Rhiannon se giró, ataviada con su camisón, y vio que él estaba de pie en el umbral de la puerta.
Eric tuvo que agacharse para entrar en la habitación. Detrás de él había hombres, animando con voz chillona al recién casado. De pronto Rhiannon sintió, como antes aquella noche, junto al fuego, que el mundo conocido se eclipsaba y que entraba en un lugar remoto poblado de magos, druidas o dioses. El mundo entero se desvaneció, y ella sólo veía al vikingo. El corazón le retumbaba porque estaba asustada, pero se sentía viva, abrasada por el fuego azul de su mirada. Lo odiaba, sí. Y allí estaba él, indómito, siempre majestuosos como un dios. Rhiannon no había logrado borrarlo de su mente desde la primera vez que lo viera. Y ahora era su esposa; ciertamente no para ser amada, sino para ser poseída.
Eric la observó y ella sintió que su mirada la recorría como una llamarada y penetraba en su ser. Los hombres que se hallaban tras el príncipe irlandés guardaron silencio.
-Buenas noches, amigos -dijo él sin volverse. Nadie se movió. Eric miró intencionadamente a las mujeres, quienes tampoco hicieron ademán de marcharse. Todos parecían estar pasmados, dominados por un temor reverencial hacia él.
-¡Salid! -ordenó.
Avanzó un paso. Una mujer chilló y después todas abandonaron la habitación y siguieron a los hombres de Eric.

La puerta se cerró tras ellas. Durante varios segundos se oyeron las risas y cuchicheos de los invitados a la boda; después, silencio. El mundo desapareció.
Sólo existía el vikingo.
Con las manos apoyadas en las caderas, él esbozó una sonrisa tan glacial como el color de sus ojos.
Ella juró en silencio que no demostraría el miedo que sentía. Se prometió que lo despreciaría con orgullo y dignidad, ocurriera lo que ocurriera. Sin embargo, esa sonrisa le crispaba los nervios.
Sin dejar de observarla, Eric se quitó la capa real y la dejó a un lado con gracia y resolución. Ella empezó a temblar a pesar de su determinación. Deseó que Alswitha le hubiera ofrecido más poción.
-¡Señora... esposa! -musitó él. Se deshebilló el cinturón de que pendía su espada envainada y lo dejó caer descuidadamente al suelo.
Rhiannon perdió el valor al ver la expresión burlona de sus ojos y sus musculosos brazos desnudos. Entonces Eric dio un paso hacia ella, y la joven observó que su sonrisa era implacable.
Se le escapó un gemido. Ya había desaparecido por completo aquel dulce embotamiento de los sentidos, y el pánico se apoderó de ella, electrizando todo su ser. Comprendió, cuando ya era demasiado tarde, que lo había provocado mucho.

Había luchado contra él, lo había herido, traicionado, y hecho lo posible por desacreditarlo. Sí, lo había provocado muchísimo; demasiado, quizá.
«Maldita sea la valentía -pensó-. Malditos el orgullo, el honor, e incluso Wessex.» Sólo deseaba huir, no importaba adónde.
El avanzó otro paso hacia ella. Rhiannon lanzó un gritov echó a correr, decidida a pasar como un rayo junto a él y buscar refugio en la oscuridad de la noche.
Pero no consiguió escapar. Él la agarró por la cascada de sus cabellos y la atrajo hacia sí, como si de una marioneta se tratara. Ella sintió el impacto de su cuerpo como el azote de una vara de acero, y el furioso viento de su aliento contra la suavidad de su mejilla.
-¡Ah, señora! ¿Piensas evitarme esta noche? No, creo que no. El dulce ajuste de cuentas ¡es mío, por fin! Rodeándola por la cintura, la levantó sin esfuerzo, apretándola contra sí. Sus ojos la perforaron con sus dagas de hielo.
Después la arrojó con fuerza sobre el limpio y blanco lecho conyugal.

8

Aturdida, Rhiannon trató de recuperar el aliento y durante varios segundos permaneció inmóvil, casi incapaz de pensar. Él sonrió con los ojos entornados; en ese fugaz instante ella comprendió que él recordaba con claridad todas las heridas que le había infligido; desde la mortífera andanada de flechas hasta el insulto de su cita con Rowan. Lo observó anonadada, trémula, mientras él continuaba desvistiéndose sin dejar de mirarla con aquellos ojos fríos, azules y rebosantes de vida. Calzas, túnicas y fina camisa de hilo abandonaron su cuerpo y cayeron donde quedarían. Y ella era aún incapaz de moverse; de hecho apenas podía respirar.
Las llamas iluminaban los músculos de los hombros y el torso de Eric. El pecho aparecía cubierto por vello dorado, y los tendones se marcaban como oro y bronce a la luz del hogar. Rhiannon trató de clavar la vista en sus ojos, pero la desvió hacia abajo y se estremeció. El vello dorado de su pecho se estrechaba en la cintura y continuaba hacia abajo, formando una alfombra masculina para la poderosa vara de su sexo. Miró el turgente pene, y se le secó la garganta. Deseó gritar, negarse, desaparecer. Cada vez más aterrada, volvió a mirar sus ojos y se sobresaltó al percibir en ellos cruel burla e inflexible orgullo. El hombre poseía una belleza salvaje y extraña; se apreciaba en su porte, en la manera de sostener su hermosa cabeza e incluso en el abrasador escarnio de sus ojos; estaba en la gracia ágil, felina, de su repentino movimiento al acercarse a ella.
-Una noche memorable, mi querida... esposa. -¡No! -murmuró ella.
De un salto se puso de rodillas, afligida y aterrada, porque estaba segura de que él pretendía vengarse de la manera más brutal. No podía permanecer quieta espe rando ver qué tortura se proponía infligirle. Trató de saltar de la cama, pero él la detuvo cogiéndola por los hombros y volvió a tenderla. Sin piedad ni esfuerzo se colocó sobre ella a horcajadas y le inmovilizó las manos aprisionándolas en sus muslos. Rhiannon no opuso resistencia, consciente de que la fuerza de él era muy superior. Gotas ardientes se deslizaron por su espalda cuando él la tocó con sus manos osadas y duras, cuando sintió su mirada, como una daga que la perforó y dejó clavada su alma.
-Qué hago primero? -preguntó él-. ¿Golpearte o violarte?
-Suéltame...
Logró liberarse las manos, pero él las atrapó de nuevo, presionándolas a los lados de su rostro e inclinándose sobre ella. El aliento de Eric le acarició los labios y la

penetró. Se sintió llena de su aroma, extrañamente limpio, atractivamente masculino y tan incitante como su contacto. El vikingo le susurró, y su barba le rozó la piel:
-¡Ay, señora! Hubo un tiempo en que pensé tratarte con comedimiento. Demostrarte, milady, más allá de toda medida, que soy producto de una ley más antigua que cualquier norma inglesa. Quería ser el modelo de caballero, señora, desplegar la faceta más delicada de mi sexo.

Rhiannon ignoraba adónde conducirían sus burlas, pronunciadas con un tono que no era en absoluto tierno. El cuerpo masculino la hacía arder. Incluso mientras lo escuchaba era consciente de su espléndida figura, la fuerza de su cuerpo sobre ella, el abrasador miembro viril que descansaba sobre la gasa de su camisón, ofendiéndola más que cualquier palabra que él dijera. No le habría importado morir para escapar de él, de esa íntima agitación de su cuerpo y del terrible desprecio de su voz, que convertía en mofas sus palabras. No deseaba sentir el suave roce de su barba, no podía soportar la vibración de su pecho al moverse y contraerse sus músculos sobre ella.
-Por favor -gimió.
Una niebla gris la envolvió. Anheló perder el conocimiento y entrar en un mundo de la nada donde no estuviera a su merced, donde supiera que él no la desgarraría, monstruoso y cruel.
Moriría, pensó; él la mataría.
-Ay, sí, hubo un tiempo en que me propuse ser amable. Me habías lanzado tus flechas, habías luchado contra mí como una gata montesa, y sin embargo estaba dis puesto a creer en tu inocencia. Incluso cuando te sorprendí, ya prometida a mí, con tu amante en el bosque, traté de comprender. Pero cuando bailaste, señora, cuando cantaste con tanta elocuencia, atormentaste mi alma y mi corazón. Y pensé en esos lejanos antepasados míos que atacaron y saquearon con tanta crueldad. Pensé en los gritos de batalla, la sed de sangre y la tenebrosa y rapaz necesidad de violar que nace en nosotros. Rhiannon...
Pronunció su nombre en un susurro; tal vez incluso fue dicho con ternura. Podría haber sido sólo una lejana ola del mar o el ávido crepitar de una llama azotada por el viento.
Entonces él se levantó sin soltarla y la arrastró hasta el hogar, donde la dejó de pie ante el fuego.

-Me has llamado bárbaro, y ¡ay de mí!, ha surgido el lado primitivo y tosco de mi naturaleza. Te he visto en toda la gloria de tu desnudez. Vi cómo te desvestías para tu amante, como la más experimentada ramera, y después tus movimientos cuando bailabas. Contemplé el sinuoso contoneo de tus caderas y el sensual alzarse de tus pechos, y latió en mí la sed de sangre hasta que no pude soportarlo más. Entonces supe que debía comportarme como lo hicieron mis antepasados: de un modo brutal, cruel, ávido...
Al oír aquellas últimas palabras murmuradas con un tono ronco, sobrecogedor y apasionado, Rhiannon recobró el coraje.
-¡No!
Desesperada, dio un tirón y se soltó. Pero enseguida descubrió que no había ganado la batalla. Él la había liberado a propósito para volver a cogerla, atrayén dola hacia sí. Eric deslizó los dedos por la redondez de sus senos al tiempo que desgarraba la tela del camisón. Rhiannon trató desesperadamente de juntar los trozos, pero él no le permitió cubrirse. Con escaso cuidado y sin piedad alguna,

rompió el resto de la gasa arrancándole el camisón por los hombros. Ella lo maldijo e intentó golpearlo, pero él se lo impidió y la lanzó sobre la cama, esta vez desnuda. Frenética, trató de aplacarlo:
-¡No eres un bárbaro! Eres irlandés, eres cristiano. Yo he estado equivocada respecto a ti desde el principio. Ahora descubro que eres amable.
-¿Me consideras amable? ¡Ah, no, señora, mientes! -tronó él y cayó sobre ella.
Ella percibió todos los matices de su cuerpo guerrero porque él se encargó de que los notara. Le rozó los labios con los suyos, y ella se revolvió, histérica. Ya no deseaba calmarlo.
-¡Bestia! ¡Maldito lobo! ¡Maldito perro!

-¡Ay, tus palabras avivan la llama, mi increíble beldad! Estamos gobernados por la pasión y la lujuria; nada más.
Enloquecida, intentó golpearlo, pero él aprisionó sus manos bajo el cuerpo de la muchacha. Ella continuó maldiciéndolo; porque era lo único que podía hacer para vencer el miedo.
-¡Un lobo, un perro, una bestia salvaje! -Eric repitió los insultos que ella había proferido-. ¿Qué pretendías despertar en mí cuando bailaste esta noche, milady?
Ella se quedó quieta, temerosa de contestar. Sus ojos la miraron con una extraña fuerza, tan poderosa como los músculos de sus brazos y piernas. Sus labios dibujaron una severa sonrisa. Eric le acarició los senos, cubriéndolos totalmente con las manos. Rhiannon sacudió la cabeza y cerró la boca para no gritar cuando él comenzó a deslizar las manos por sus suaves pechos, acariciándolos, apretándole los pezones hasta que éstos se endurecieron y se convirtieron en duras puntas. Sintió horror y humillación porque su cuerpo respondía así a las caricias. Despreciaba a ese hombre, lo odiaba profundamente. Pero el fuego continuaba propagándose por todo su cuerpo y, aunque deseaba gritar, no podía; sólo podía permanecer tendida y rogar que su rostro no delatara su confusión. El la observaba como un halcón, mirándola a los ojos y esperando su reacción.
Rhiannon lanzó una feroz maldición y se debatió con furia desenfrenada. Lo único que consiguió fue sentirlo más firmemente instalado sobre ella, más seductor
e Intimo. Notó su pene entre sus muslos, percibió el imío ardor y el salvaje pulso, y pensó que caería en un torbellino.
-Rhiannon...
Otra vez su nombre, ese suave y ardiente crepitar de una llama, susurrado, apenas pronunciado. Él movió los pulgares sobre sus pezones y le acarició los senos. Recorrió delicadamente con el dedo el valle entre los pechos, y ella sintió ese suave roce como si fuera un cuchillo que le atravesaba la carne.
-¡Ay de mí, soy un vikingo, un bestia, como tú deseabas! Soy tu creación. Pero hay más; tu belleza, señora, tu increíble belleza. Pretendía mostrarme amable y tierno. Me había propuesto sufrir tus ofensas en silencio. Quería olvidar que habías buscado los brazos, y algo más, de otro hombre cuando eras mi prometida. Deseaba alejarme de ti hasta después de la batalla, pero tu seductora belleza me subyugó. Estoy librando una batalla ahora. ¡Esos ojos! Son la plata de las estrellas por la noche, los acianos que crecen en los campos en primavera; relampaguean de pasión, suaves cuando ríen, sugerentes y astutos para después mostrar una expresión de dulce inocencia. Y tu cabello, rojo como el fuego, dorado como el sol. Y estos pechos que acaricio, coronados por rosas, llenos, firmes y hermosos. Soy un vikingo, como tú dices, salvaje y brutal. ¡Y estoy ardiendo de deseo, señora! Me muero por introducirme dentro de ti, poseerte con total y ciega pasión.

El tono de su voz era hipnotizador, su cuerpo como el acero, y sus ojos como un fuego azul. Su voz penetraba profundamente en el interior de Rhiannon, que se estremeció y tembló de un modo que él no pudo dejar de advertir. En el rostro de Eric, sombrío y grave, se dibujaba una sonrisa de desprecio.
No podía ser tan cobarde, pensó ella. Había sido capaz de participar en una batalla sin sentir miedo, sin experimentar esa sensación cruda y trémula expecta ción. Le horrorizaba lo que provocaba en ella el contacto con aquel hombre, las agradables y ardientes espirales que creaban aquellas manos en su interior. No podía soportar el palpitar de su protuberante miembro, ni el calor de su piel desnuda, ni el poder de su cuerpo contra el suyo.
-¡Acaba de una vez! -exclamó-. Golpéame, viólame, haz lo que gustes, pero acaba de una vez.
Él permaneció absolutamente inmóvil. Después volvió a acariciarle los pechos, deslizando la palma sobre ellos de una manera que casi la hizo gemir a causa del placer recién descubierto que la mortificaba más que el peor de los dolores.
-No -se limitó a decir él.
Después se incorporó para quedar acuclillado y la miró.
-Qué? -preguntó ella en un susurro.
-¡Ay, Rhiannon! No tengo la menor intención de golpearte ni violarte. Eres una seductora, señora mía, y te aseguro que esta noche despertaste pensamientos sal vajes en muchos hombres, sajones, vikingos y súbditos de Dubhlain. La fría verdad, milady, es que, por bárbaro que sea, estoy haciendo los mayores esfuerzos por tratarte con violencia.
Y era cierto. Masculló una maldición, se levantó de la cama y comenzó a pasearse por la habitación. Había planeado burlarse de ella para vengarse y después darle la espalda y abandonarla. Sin embargo, no resultaba fácil. Rhiannon era su esposa y había encendido en él todos los fuegos del infierno. Tenía todo el derecho sobre ella, y probablemente merecía que la violara como la más brutal bestia rabiosa que hubiera pisado la tierra.
No deseaba que esperara piedad de él; era una luchadora demasiado intrépida, una mujer demasiado peligrosa, y jamás debía cuestionar la furia y la férrea de-terminación de la voluntad de su marido.
Aquella joven lo obsesionaba, incluso cuando se encontraba junto a ella, cuando miraba la increíble y plateada belleza de sus ojos. No podía olvidar que la ha bía visto desnudarse para su amante. Tal vez habían sido interrumpidos antes de consumar el acto, pero él había visto sus ojos brillantes como las estrellas y su rostro lleno de ternura.
¡No la amaba!, se recordó. Él no necesitaba esa ternura. Tampoco deseaba cargar con una esposa que se encogiera de miedo cada vez que él se acercara.
En realidad ella no se encogía de miedo. Jamás dejaba de resistirse, se recordó también, medio admirado, medio cansado; incluso en ese momento. Con el rabillo del ojo vio que ella estaba preparándose para saltar de nuevo.
En el preciso instante en que ella se disponía a levantarse, él se aproximó a la cama. Sus dedos se hundieron despiadadamente en los cabellos de la joven.
-No; no se te ocurra intentar escapar. Aunque volaras a los confines de la tierra, señora, te encontraría y te arrastraría hasta aquí. Ahora eres mía, como la espada que llevo y el caballo blanco que monto.
-¡O sea, que para ti soy como un caballo!
-No, milady, porque el semental blanco es una buena montura, y tú todavía tienes que demostrar que lo eres.

Ofendida, levantó la mano y con sorprendente fuerza le propinó una bofetada que resonó en el silencio de la habitación. Rhiannon vio las marcas rojas que sus dedos habían dejado en el rostro del vikingo.
Su reacción la asustó más que si él le hubiera devuelto el golpe. El no se movió ni cambió de expresión; en realidad, si ella no hubiera estado lo suficientemente cerca para apreciar el furioso palpitar de su pulso en la garganta, habría pensado que él ni siquiera había sentido su mano. Pero se hallaba a su lado y comenzaba a conocerlo, a interpretar el hielo que se formaba en sus ojos, a percibir en la rápida tensión de sus facciones la rabia que no delataba de ninguna otra manera. Creyendo que iba a golpearla, trató de apartarse, pero él la tenía firmemente agarrada de los cabellos. Medio sollozante, forcejeó para liberarse.
Sus senos desnudos rozaron el pecho de Eric, quien al notar sus pezones, duros y sugerentes, contra su piel, y a pesar de su ira, o tal vez debido a ella, sintió una nueva excitación de deseo. Intenso, rápido y compulsivo, su anhelo de poseerla superó el control que se esforzaba por conservar. Los labios de ella estaban muy cerca de los de él.
-Señora -murmuró-. Aunque no deseo hacerte daño, ya sea con violencia o con ternura, serás mi esposa esta noche.
Ella lo miró a los ojos, con los labios entreabiertos y resecos.
-¡No! -Sí.
Le soltó los cabellos, ahuecó la mano en su nuca y la estrechó contra sí, tendiéndola de nuevo en la cama. Rhiannan se estremeció bajo él.
Él se tumbó a su lado, colocando una pierna sobre sus muslos, sin dejar de mirarla a los ojos. Ella no desvió la vista.
-Aseguraste que no ibas a golpearme ni violarme. Prometiste que...
-En realidad no prometí nada. No; no te golpearé ni violaré.
-Pero pretendes...
-No será una violación. Deja de resistirte. La batalla está perdida; lo estaba antes de que viniéramos a esta habitación esta noche.
-No -murmuró ella, negando con la cabeza.
En sus ojos había un destello de desesperación. Sabía que era inútil discutir. É1 sonrió y le colocó la mano bajo el pecho, sobre el corazón, y sintió los latidos desboca dos. Le abarcó con sus dedos el seno, y ella, aunque dio un respingo ante la nueva sensación, no habló, pasmada.
Rhiannon no se atrevía a protestar; de hecho, tenía miedo incluso de moverse. Lo despreciaba, se recordó, lo despreciaba de verdad. Sería su enemigo hasta las puertas del infierno, estaba convencida. Sin embargo, existía algo hipnotizador en su arrogancia y seguridad. El vikingo siempre haría lo que se le antojara sin importarle las consecuencias. Había algo en su voz... algo cautivador.
Y en sus caricias. Se estremeció ante la certeza de que no podía escapar de él, ni de su musculoso muslo, ni de la fuerza de sus brazos, ni del magnético poder de sus ojos. Bajó la vista hacia la mano masculina que se deslizaba sobre su piel marfileña. Lo odiaba, y debería detestar que él posara sus manos sobre ella, pero lo que en realidad sentía era una creciente fascinación, una excitación que le recorría el cuerpo entero. Era como si en lo más profundo de su ser, no sabía dónde, hubieran encendido un fuego lento. De pronto descubrió que el fuego se originaba en el lugar donde la palma callosa le frotaba el pezón, y desde allí se extendía hasta los muslos y los recovecos más femeninos.
-Por favor -musitó. -No hago favores.
-Eres una mentirosa, Rhiannon -interrumpió y continuó acariciándola.

La sensación era enloquecedora; era perfección, un sueño de cielo y perverso placer.
-Pero...
Él sonrió, burlón.
-¡Basta ya de protestas! No soy monje, y no viviré como tal. Y tú no eres una esposa dulce y tierna. De todos modos, pronto nos enteraremos de la verdad de tu cita con Rowan en el bosque. No tienes nada que temer. Aunque tú me llames bárbaro, sería incapaz de hacer daño a un bebé inocente. Si llevaras la semilla de otro hombre, la criatura sería destinada a la iglesia. Yo no mataría al hijo de ninguna mujer, ni siquiera al tuyo, milady.
-Note creo.
Se humedeció los labios. Sus objeciones eran inútiles. Él no tardaría en descubrir que ella no había yacido con Rowan.
La proximidad de Rowan jamás la había hecho experimentar lo que sentía en ese momento. Lo amaba, sí, pero sus besos y caricias nunca habían desencadenado en ella esos fuegos tan extraños e increíbles que le provocaba el hombre a quien odiaba.
Él sonrió, y esta vez su sonrisa fue extraña, infantil, triste y nostálgica.
-Tengo nueve hermanos vivos, señora, seis hermanos y tres hermanas. Mi madre sólo perdió un bebé y lloró por ese hijo larga y desconsoladamente. Por bárbaro que sea, me han educado en la creencia de que toda vida es sagrada, y especialmente la de un niño.
»Te aseguro que habia planeado dejarte sola esta noche. Sí, pensaba atormentarte y después abandonarte hasta que concluyera la batalla, hasta saber que me ha bía ganado la tierra que Alfredo me cedió. Creo que en realidad nunca te acostaste con tu amante, y dado que tú misma has provocado todo esto, con toda amabilidad me encargaré de que asumas las consecuencias de tus actos.
-¡Mis actos! -exclamó ella.
Las llamas de las velas parpadeaban, y la luz bailaba sobre el rostro de Eric, envolviéndolo en un resplandor etéreo que le confería un aspecto imponente y encanta dor. Asumir... ¿eso? Jamás aceptaría a ese desconocido que la acariciaba con tal descaro, ese vikingo de cabello y barba rubios, penetrantes ojos nórdicos y cuerpo robusto y musculoso. Le hablaba con suavidad (al parecer había decidido no precipitar los acontecimientos), pero ella sentía su ardor, el vigor de su miembro viril, las llamas y la tensión que crepitaban entre ellos. De nuevo el miedo se apoderó de ella cuando se dio cuenta de que permanecía quieta mientras él la tocaba libremente. Clavó los dedos en el brazo de Eric, pero inmediatamente comprendió la inutilidad de su acción, los músculos del hombre eran como el acero.
Él le cogió las muñecas y las inmovilizó apretándolas contra el lecho. La miró con expresión amenazadora. -Habrían muerto muchos hombres por culpa de tus temerarias provocaciones de esta noche, señora. Las alianzas son inestables. He venido aquí para luchar por Alfredo porque creo en su causa y lo considero un gran rey, comparable a Aed Finnlaith, mi abuelo, el Ard-Ri. Es prudente, piadoso y un guerrero de valentía ilimitada. He venido aquí para conquistar tierras y crear mi fortaleza, y no permitiré que ni tú ni nadie destruya lo que he decidido por mi voluntad.
Él bajó la cabeza y, aunque ella intentó apartar la cara, reclamó su boca. Su lengua separó los labios de Rhiannon y se introdujo, ardiente, en su boca. A la jo ven le pareció que él se internaba más y más en su interior. A la mortecina luz de las velas, él se apoderaba de su corazón y su alma, se los devolvía para arrebatárselos de

nuevo. Se resistió a su propia excitación. Deseó rebelarse, alejarse, pero no pudo; el beso era tan enérgico y exigente que no tuvo más remedio que corresponderle. Él retiró los labios de los de ella y volvió a besarla.
Cuando por fin abandonaron su boca, los labios de Eric se deslizaron lentamente por una mejilla hasta el lóbulo de la oreja; la muchacha sintió la ardiente hume dad de su aliento. Después Eric descendió hacia su cuello. Sus miradas se encontraron. Él le soltó las muñecas para entrelazar sus dedos con los de ella. Rhiannon notaba el áspero roce del vello de sus piernas, el poder de su cuerpo cuando le separó las rodillas y se instaló entre sus muslos. Su palpitante pene reposaba sobre ella. Dejó escapar un desesperado gemido. Él le cubrió la boca con la suya para impedir que salieran palabras de protesta. Después ios labios de él se dirigieron hacia el cuello y se detuvieron en una blanda vena azul donde latía el pulso. La lengua jugueteó sobre su piel y siguió bajando. La boca se cerró sobre un pezón, y ella sofocó una exclamación. Él se demoraba, dibujando círculos con la lengua alrededor del rosado pezón, mordisqueándolo. La mujer susurró y gimió, frenética, sacudiendo la cabeza. Trató de apartarse, pero sus dedos seguían entrelazados. El cuerpo masculino era una cárcel de pasión, músculos y tendones que la ceñía por completo.
Él besó el valle entre sus pechos para luego dedicar su atención al otro dulce montículo. Aprisionó el pezón con la boca, succionando y encendiendo nuevos rayos de fuego en el interior de ella. La saboreó, lamiendo la areola y después abarcando todo el seno. Y la caricia continuó descendiendo.
El vikingo recorría su vientre con los labios, mordisqueándole suavemente la piel, bañándola con la ardorosa humedad de su lengua. Eric ahuecó la mano y la posó sobre la entrepierna de su esposa, cubriendo el suave y velloso montículo. De pronto Rhiannon se dio cuenta de que tenía las manos libres, que había sumergido los dedos en el cabello de él. Le tiró el pelo, resistiéndose a aquella intimidad, susurrando una frenética protesta. Él volvió a cogerle las manos para entrelazar sus dedos. La miró a los ojos con azul y audaz determinación y sonrió. Después bajó de nuevo la cabeza.
Tenía los muslos separados porque él se hallaba entre ellos. Se revolvió, sofocada, y gimió. Intentó liberarse las manos, pero él no la soltó. La joven compren dió que no le quedaba más alternativa que dejarse llevar por la increíble y salvaje sensación que experimentaba con cada lamido de su lengua. Los labios de Eric la sa
boreaban, suaves, íntimos y ligeros al principio, invasores después. Aunque aún se debatía, poco a poco se filtraba dentro de ella la pasión, el deseo... cada vez más profundo. El fuego que las caricias del hombre habían encendido comenzó a arder con temible ferocidad. De pronto Rhiannon se dio cuenta de que se movía rítmi-camente contra el vikingo; en algún momento, en medio de la invasión, había dejado de resistirse. Ya no quería escapar de él, sino saber adónde conducían aquellas llamas que la consumían. Lentos estremecimientos crecieron en su interior y sacudieron su cuerpo. Un líquido meloso le corrió por las venas, serpenteando e hirviendo en su corazón y sus entrañas. Después le pareció que el mundo explotaba, que las estrellas estallaban para extinguir la luz de las velas, que todo en su ser se fundía en una sensación de éxtasis dulcísima. De pronto estaba inmóvil y sin aliento, rodeada por la oscuridad.
Entonces él se colocó sobre ella.
-¿Te conoció así alguna vez tu amante? -le susurró al oído-. ¿Saboreó tus dulces néctares con su beso? Ella abrió los ojos. Se desvaneció la pasmosa magia, y fue sustituida por la rabia y la vergüenza. En vano intentó golpearlo. Chilló, pero los labios de él sellaron los suyos. Rhiannon sintió cómo la mano masculina se des-

lizaba por su muslo y después el ardiente calor y el vigor de su miembro, que la penetraba por fin.
Lanzó un grito ante el repentino y cegador dolor, pero el grito quedó atrapado en un beso. Eric se detuvo para que el cuerpo de la mujer se acostumbrara a su in vasión. Después comenzó a moverse. Ella creía que no lograría sobrevivir a sus embates, que la partiría en dos. Pero para su asombro el dolor fue menguando lentamente, y a medida que disminuía, la pasión, la tersura aterciopelada del sexo del hombre, el ritmo seguro... todo ello volvía a prender las llamas que la acariciaban y lamían, bailaban por todo su cuerpo y hacían bullir su sangre. Comprendió que se acercaba nuevamente ese maravilloso éxtasis que la aterraba y exaltaba a la vez; él lo provocaba con cada acometida. Los dedos de la muchacha se clavaban frenéticamente en los hombros de él. Ella sentía cómo se tensaban sus músculos y tendones bajo sus manos. Los dos estaban cubiertos de una capa de sudor. La tierra se inclinaba y giraba locamente, mientras proseguía el rítmico movimiento de sus cuerpos, mientras él la poseía y reclamaba una y otra vez.
Eric echó hacia atrás la cabeza y dejó escapar un violento gemido. Los tendones de su cuello y los músculos de su espalda se tensaron. Entonces Rhiannon sintió cómo derramaba su orgasmo y volvió a gozar de la magia del éxtasis. Rayos de luz destellaron sobre ella para luego dar paso a la oscuridad; creyó que estaba desmayándose o que tal vez había muerto.
El vikingo se tendió a su lado, liberándola de su peso, y la atrajo hacia sí. Fue entonces cuando volvió a sentir el dolor, la irritación entre los muslos. Se revolvió en los brazos de Eric y lo golpeó fieramente. Él echó a reír al ver su furia, le cogió las muñecas y la estrechó contra su cuerpo.
-Bastardo.
-Un bastardo más que satisfecho -dijo él con ojos burlones-. Por lo visto tu cita con tu novio fue interrumpida.
-Entonces déjame en paz. Tu honor ha sido reparado. Has hecho lo que querías, ¿qué más deseas? -exclamó ella.
-¿Qué más? Ah, pues deseo mucho más, mucho más. Deseo todo lo que estabas dispuesta a entregarle él.
-Jamás te daré nada.
-Ah, creo que sí lo harás -sonrió él-. De verdad,amor mío, creo que sí lo harás.

9

-Jamás, jamás, lo juro -exclamó Rhiannon con vehemencia-. Sólo recibirás de mí mis oraciones para rogar que mueras cuanto antes.
-¿Porque me odias mucho, señora, o porque disfrutas conmigo? -rió él.
Ella masculló una maldición en voz baja. Él la cogió por los hombros.
-Reza para pedir mi muerte. Más vale que lo hagas, porque, si sobrevivo a la inminente batalla, acabarás rogando por tu alma. Exigiré lo que me corresponde. Exi giré todo y lo tendré, con violencia si es preciso. Siempre tendré lo que me pertenece. -Ella logró liberarse por fin, se envolvió en las mantas y le dio la espalda-. Por lo visto ya has empezado a rezar para que muera en la batalla.
Ella no replicó. Eric le puso una mano en el hombro. Ella se estremeció y se volvió para mirarlo. No era posible que él pretendiera que yacieran juntos de nuevo; pero podía, si quería. Era su noche de bodas.
Se excitó al pensarlo. ¿Lo despreciaba sólo por ser lo que era... o tal vez lo odiaba más aún por lo que había provocado en ella?

No le daría más, nunca. Sus ojos se agrandaron, alarmados, mientras él la observaba, porque esa noche había aprendido una lección: él tenía el poder de doblegar su voluntad con sus caricias.
Él no volvió a acariciarla. -Duerme -susurró.
Un resplandor iluminó sus rasgos, y ella contempló el misterioso magnetismo de sus azules ojos, los orgullosos y hermosos contornos de su rostro, su bigote y su barba bien cortados, sus hombros anchos y fuertes. Se estremeció. Él la observó unos instantes más y de pronto apartó hacia atrás las mantas. Desnudo y tranquilo, buscó su espada.
Ella lo observó con creciente temor. Vio que recogía la espada y la miraba casi con amor para después pasar sus dedos por el filo. Eric volvió y se encaminó hacia la cama.
Algo bulló en el interior de Rhiannon; el terror a la muerte, el deseo de vivir. El vikingo había mentido. Se proponía matarla después de todo.
La mujer palideció y, cuando él se acercó más, dejó escapar un grito.
-¡No! ¡No!
ÉL se detuvo y arqueó una ceja. A continuación comenzó a reír, divertido.
-Señora, dado tu mal genio, es posible que alguna vez te golpee. Pero cortarte el cuello... no. Todavía no, en cualquier caso. -Subió a la cama y depositó la es pada en el suelo, a su lado-. Nunca se sabe en tierras extrañas -murmuró.
Le volvió la espalda y se arropó con las mantas. Rhiannon quedó conmocionada; tan grande era su alivio que le causó perplejidad. Deseó saltar de la cama y apagar las velas, porque deseaba que la oscuridad amparara su cuerpo y sus pensamientos. Como no se atrevió a hacerlo, permaneció quieta, esperando a que la respiración de él se apaciguara. Al ver la anchura bronceada de los hombros del vikingo se estremeció.
La habían casado con ese extraño demonio, esa bestia que se burlaba de su miedo a él y que en esos momentos le daba la espalda. Ella sólo deseaba que cayera en la batalla. Estaba enamorada de Rowan.
No, ya nunca podría estar enamorada de Rowan después que ese hombre la hubiese tocado. Lo despreciaba por ello, sí, y sin embargo se estremecía y enardecía por su causa.
Tragó saliva, incapaz de soportar la visión de aquella espalda y aquellos hombros broncíneos. Finalmente se incorporó y se acercó al baúl situado al pie de la cama, donde ardían las dos velas. Se inclinó para apagar las llamas y se detuvo cuando su vista se posó en la espada. Podía coger la espada y atravesarle el corazón. Entonces él ya no podría herirla ni humillarla, no podría volver a reclamarla como esposa.
No. Sonrió con tristeza, despreciándose porque jamás sería capaz de algo semejante. No podía alzar una espada contra un hombre dormido, por mucho que lo aborreciera.
-¡Zorra!
La palabra sonó como un gruñido furioso. No había advertido que Eric se había incorporado, no lo había oído ni respirar. De pronto él estaba levantado, ante ella, atrayéndola hacia sí, poderoso, colérico. Ella contuvo el aliento aterrorizada, con la cabeza echada hacia atrás y su delicada figura aplastada contra el duro cuerpo de él.
-¡Pensabas matarme! ¡Tus flechas fallaron, de modo que te proponías así rebanar al hombre con quien estás casada!
-¡Contra mi voluntad! -se defendió ella.

De nada serviría explicar que se había sentido inca
paz de realizar el traicionero acto. Tembló, pero se obligó a mantener el mentón en alto.
Él la levantó, la estrechó entre sus brazos, y ella sintió vivamente su desnudez. La arrojó sobre la cama, y esta vez no le dio la espalda. La ciñó con el brazo, bien apretada contra sí, tanto que se encendió con el contacto del cuerpo femenino.
Y ella sintió su piel contra su tierna carne, palpitante, vibrante, viva.
-¡Duerme! -bramó él-. Te juro que si vuelves a moverte te azotaré hasta despellejarte y después te demostraré que puedo ser muy bárbaro y terriblemente salvaje si me lo propongo.
Los ojos de Rhiannon se llenaron de lágrimas. Obediente, permaneció quieta, odiando el íntimo contacto de su cuerpo contra el suyo.
Estuvo despierta varias horas. No se volvió, ni se movió, ni cambió de posición; en realidad casi ni pestañeó. Cuando por fin cerró los ojos y el sueño se apoderó de ella, inconscientemente se apretó contra él.
Eric, en cambio, continuaba despierto. Contempló a la muchacha que yacía junto a él. Era hermosa. Su cuerpo desnudo era verdaderamente exquisito; sus pechos voluptuosos, llenos y firmes, coronados por tentadoras cimas rosadas que se endurecían sugerentemente a su contacto; su espalda era delicada, sus caderas surgían, exuberantes, de la fina cintura que él podía abarcar con los dedos.
Ardía de rabia contra ella en su interior. A pesar de su ira, la había tratado con dulzura, había alimentado el fuego que flameaba en sus ojos y su espíritu. Sabía que ella había disfrutado de un dulce placer en el acto, y sin embargo se comportaba como si la hubiera golpeado. Continuaba rebelándose contra él, desafiándolo. Continuaba soñando con otro hombre.
«La vida está hecha de duras realidades», pensó. Ella debía aceptarlas; era su esposa.

Le había hablado en broma para avergonzarla, pero había dicho la verdad. Eran enemigos acérrimos, encarnizados, y ella lucharía contra él y lo despreciaría en toda ocasión. Eso era una ironía, porque cuando yacieron juntos, Eric recordó el amor, la ternura, las agradables risas, el deseo.
La pasión y el deseo que sentía eran tan fuertes que tenía que controlar la bestia salvaje que llevaba en su interior, el lobo que anhelaba aullar y poseer a esa mujer. No quería ternura; deseaba poseerla para luego apartarla de sí y conservar limpio el recuerdo del amor. Apretó los dientes. Por lo visto ella no reconocía su sangre irlandesa. Sólo veía al salvaje. «Pues entonces que se fastidie», decidió. Él apagaría la fiebre que lo consumía y se comportaría como el bárbaro que ella creía era.
Cerró los ojos. Al sentir la tersura de sus senos turgentes, el fuego de la pasión volvió a encenderse dentro de él. Apretó las mandíbulas. Le había dicho que se durmiera, pero no podía permitirle hacerlo.
Rozó sus labios con los suyos. Sus manos acariciaron sus pechos y supo que la visión de su belleza lo acompañaría en la batalla y en las noches vacías por venir. Posó sus labios sobre su piel y saboreó la dulce sal de su primera unión. Ella se rebulló y arqueó instintivamente al recibir su caricia.
Entonces Eric la besó en los labios, alojando su cuerpo entre sus muslos. Rhiannon abrió los ojos alarmada en el momento en que él la penetraba con su duro pene. Era demasiado tarde para protestar. Rhiannon dejó escapar un gemido ahogado, le

golpeó el pecho, pero después deslizó las manos por sus hombros, rastrillándole los músculos con las uñas.
Él apartó los labios y la miró. Ella jadeaba, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Podría haberse negado, pero estaba dotada de sensualidad.

-Eres mía -susurró suavemente-. Eres mi esposa. Recuérdalo, nunca lo olvides.
Después comenzó a moverse dentro de ella.
Se desató su pasión y arrastró a Rhiannon en su gran marejada. Tal vez había algo salvaje en su deseo porque la montó con ritmo febril, y cuando tuvo el or gasmo le pareció que expulsaba la ira y la tensión junto con su semilla. Ella era suya, y en ese momento se enteraría.
La sintió tensarse, estremecerse y relajarse. Permaneció encima de ella hasta que la joven gritó indignada, forcejeando para desembarazarse de él.
La liberó, y ella se acurrucó lejos de Eric. Al cabo de un rato éste advirtió que cesaba el movimiento de sus hombros; se había dormido de nuevo.
Dormida era toda inocencia. Las largas pestañas reposaban sobre sus mejillas, y sus cabellos eran una elegante maraña de llamas que le cubrían el cuerpo como una tela finamente tejida. Era muy joven. Al verla así se armó de fuerzas para resistir. Trató de recordar cómo la había visto desnudarse para su amante. Sólo evocó la suave ondulación de su espalda y el bello contoneo de sus caderas. Le resultó extraño que dormida pareciera tan pura como la primera nieve de invierno y tan vulnerable y dulce.
Apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos. Al amanecer debía encontrarse con el amante de su esposa. Había decidido que no quería matar al muchacho. Des pués todos se marcharían y cabalgarían para combatir contra. Guthrum en Rochester. Necesitaba estar siempre alerta, y era preciso descansar.
Sin embargo, no lograba conciliar el sueño.
Se oyó el primer canto del gallo y el cielo adquirió un matiz carmesí. Era hora de reunirse con Rowan.

Eric se levantó, se vistió a toda prisa, se ciñó el cinturón con su vaina y enfundó Venganza.
Contempló a Rhiannon. Bajo la luz de la mañana parecía más inocente y hermosa aún. Letalmente hermosa, pensó, y sintió renacer la rabia contra ella. Por su culpa tal vez moriría el pobre y tonto muchacho, porque un duelo con espada siempre puede resultar mortal. Rollo lo esperaba fuera de la habitación con el caballo blanco. Sostenía en las manos la armadura y el escudo de Eric. No hablaron ni intercambiaron ningún chiste obsceno. Tras ponerse la cota de malla, el yelmo y la visera, el príncipe de Dubhlain montó sobre Alexander.
-¿Está preparado el rey?
-El rey, el muchacho Rowan y un buen número de ingleses nos aguardan en el campo.
Eric se limitó a asentir.
-¿Qué vas a hacer? -preguntó Rollo. -Matarlo si debo.
-¿Nunca se te ocurre pensar que podrías caer tú? -preguntó sonriendo Rollo.
-No, jamás, porque imaginar la muerte es invitarla. Además, tengo ventaja porque el muchacho no ha luchado tantos años como yo.
-Esto perjudicará a nuestra relación con los sajones -comentó Rollo.
-Sí -concedió Eric-. Pero es inevitable. Llegaron al campo donde el día anterior habían estado practicando el arte de la guerra, donde había sido lanzado y

aceptado el reto. El rey se dirigió hacia ellos en su montura, acompañado por Rowan. Alfredo estaba preocupado y visiblemente molesto; además de pálido y apenado, pensó Eric.
Era preciso que se librara el combate, no había otra alternativa. El rey ya lamentaba la muerte del joven Rowan. Nadie dudaba de que la victoria sería para Eric.

Se detuvieron. El rey alzó la mano.
-Sólo con las espadas -anunció-. Acometeréis montados a caballo, y cuando uno caiga el combate proseguirá en el suelo.
Eric asintió, y también Rowan, pálido pero resuelto. El vikingo bajó la visera sobre el yelmo, y sólo aparecieron sus ojos, fuego y hielo, detrás de la máscara plateada. El semental blanco se encabritó y se puso de manos. Los demás retrocedieron, y Eric cabalgó hacia el punto de partida. Sonó un cuerno; los hombres se dispusieron a iniciar el combate.
Sonó el cuerno otra vez, y Eric apretó los talones contra las ijadas de Alexander. Resonó el trueno sobre la tierra y voló lodo. El gran poder de la bestia se apo deró del irlandés, que cabalgó como un rayo surcando los cielos. Rowan también atacó con celeridad. Los caballos se acercaron veloces, echando humo, como ma-jestuosos dragones de leyenda. Un trueno sucedía a otro trueno.
Se encontraron. Sonaron los aceros al chocar. Eric blandió a Venganza con su escalofriante grito de guerra. Entrechocaron las espadas con poderoso impacto.
Eric apretó los labios con determinación. Observó que el joven inglés estaba bien entrenado, pero tal vez sentía que hasta su Dios estaba en su contra porque lu chaba sin entusiasmo. Eric alzó de nuevo la espada y golpeó duramente con ella la de Rowan, quien cayó de su montura.
Eric al instante saltó del semental y aprovechó su ventaja. Rowan levantó su escudo, pero resbaló en el lodo y quedó de rodillas. Eric le golpeó otra vez la es
pada, que salió volando, seguida por el escudo. Rowan, jadeando, clavó la mirada en la abertura de la visera donde brillaban los implacables ojos de Eric. Éste bajó su arma y la colocó sobre la garganta del joven. La mantuvo allí y después la deslizó hacia arriba y le hizo un rasguño en la mejilla. El muchacho se llevó la mano a la herida y miró al vikingo sin comprender su actitud. Eric se volvió hacia el rey.
-Mi honor está satisfecho. Este hombre es valiente, y si ha de caer bajo la espada, prefiero que caiga en la lucha contra los daneses.
No esperó respuesta. Se giró y caminó presuroso hacia su caballo.
Percibió movimiento a sus espaldas. Se volvió rápidamente receloso de que Rowan todavía intentara matarlo. «Estos ingleses! -pensó-,siempre dispuestos a matar a un hombre por la espalda.»
Pero el muchacho no empuñaba la espada. Cuando Eric se volvió, el joven Rowan hincó una rodilla en el suelo y se llevó el puño al corazón.
-Te agradezco mi vida, príncipe de Dubhlain. Soy para siempre tu vasallo. -Miró a Eric un momento y después bajó la cabeza-. Y, como ya sabes -susurró-, nunca me acosté con... tu esposa.
Eric reflexionó sobre sus palabras.
-Levántate. Todos nos enfrentaremos a la muerte muy pronto.
Se volvió y montó sobre Alexander. Tras saludar al rey, emprendió la marcha hacia su habitación. Era hora de prepararse para partir hacia Rochester.
A Rhiannon le costó despertar. Jamás había dormido tan profundamente, pensó. Notó bajó sus dedos la fresca suavidad de las sábanas, bajo su cabeza el suave plumón. Qué fácil resultaba vagar en el nebuloso mundo de los sueños.

Por fin se despejó. Abrió los ojos y se incorporó aterrada.
Él no estaba. Se hallaba sola. De todos modos se estremeció al recordar la manera en que habían yacido juntos; recordó sus burlas, sus caricias, sus promesas... ¡No! ¡Sus amenazas!
Sólo con pensar en él se le cortaba el aliento. Volvió a experimentar aquella extraña y ardiente sensación en su interior. Le dolieron los pechos, se le endurecieron los pezones, y el calor le encendió las mejillas.
-No, no -murmuró, y enterró el rostro en la almohada.
Entonces se dio cuenta de que estaba desnuda y decidió levantarse para vestirse antes de que él regresara. Debía de ser muy temprano, demasiado temprano para que el ejército hubiera partido.
-¡Señora!
Se oyó un golpe en la puerta y Magdalene, una de las doncellas de la reina, asomó la cabeza, sonriendo tímidamente. Portaba agua para que se lavara.
-Tu señor se ha marchado y he venido para ayudarte a vestirte.
Rhiannon asintió y trató de sonreír. Magdalene era una dama de buena familia. Nunca se había casado; era alta, esbelta, cabello entrecano y bondadoso. Cierta mente Alswitha la había enviado a ella a propósito, sabiendo que no ofendería a Rhiannon con risas y bromas después de la consumación del matrimonio.
-Gracias -murmuró y se mordió el labio inferior. Magdalene entró y depositó la palangana de agua sobre el baúl.
-Supongo que tendrás prisa por llegar al campo, porque pronto se batirán los hombres con sus espadas. -¿Qué? -preguntó Rhiannon. Se sentó, echándose una manta sobre los hombros. Frunció el entrecejo y preguntó en voz baja-: Qué combate es ése?
-Rowan retó a tu marido. Ay, milady, ser tan hermosa que los hombres quieran morir por ti. ¡Oh! -suspiró melancólica, entrelazando las manos en el pecho.

-Morir por mí -repitió Rhiannon.
Entonces la acometió el pánico, aferrándola como una tenaza mortal. Rowan había decidido luchar por ella. Todavía lo amaba, aunque esa noche la hubiera cambiado para siempre.
Rowan nunca vencería a Eric de Dubhlain; no estaba tan bien entrenado ni tenía tanta experiencia. Tampoco estaba hecho de acero, ni poseía una voluntad dominante y una fría seguridad en sí mismo.
-¡No! ¡Oh, no! -dijo con un gemido.
Saltó de la cama y se dirigió a la puerta, olvidando que sólo la cubría una sábana de hilo, desesperada por impedir que el combate se iniciara.
-¡Señora! -llamó Magdalene.
Ignorando a la doncella, Rhiannon cruzó la puerta, y el fresco aire de la mañana le llenó de temor el corazón. Corrió por el camino que conducía a la casa señorial y después se detuvo, aterrada.
Eric ya estaba montado. Llevaba la espada envainada. Rhiannon se puso una mano en el corazón. Aún no se habían batido; no goteaba sangre de la espada. -¡Mi señor! -exclamó.
Él tenía la cara oculta tras el acero de su visera; sólo le vio los ojos, de hielo y fuego. Él se apeó del caballo y se encaminó hacia ella. Rhiannon tragó saliva y bajó la cabeza. Antes que él llegara a su lado, la joven hincó una rodilla en el suelo, siempre con la cabeza gacha. -¡Por favor! -dijo con voz ronca y profunda de sincera emoción-. Por favor, no libres ese combate. No... no mates a Rowan. Él no es

culpable de nada, te lo juro. Tú... -Se interrumpió, ruborizada. Qué difícil resultaba suplicar a ese hombre-. Tú sabes que nunca fuimos amantes de verdad.
Él se agachó, la cogió por los codos y la obligó a levantarse. Ella lo miró a la cara para ver sólo el insondable fuego azul de sus ojos.

-Señora, ¿qué costumbre es esta de pasear medio desnuda?
Compungida, ella se cubrió mejor con la sábana. -¡Estoy hablando de la vida de un hombre! -exclamó.
-¿De la vida de tu amante? -Nunca fue...
-No, señora, nunca consumó el acto de amor. Lo que recibió de tí, esa tierna escena en el bosque, fue seguramente más de lo que muchos maridos podrían resistir. -Por favor...
Él no la dejó terminar. La hizo girarse y la empujó bruscamente con la mano enguantada hacia la cámara nupcial. Ella miró hacia atrás y avanzó trastabillando. Eric la seguía. Magdalene todavía se hallaba en la habitación cuando entraron. El vikingo le dirigió una fugaz mirada al levantarse la visera, y ella se inclinó y salió apresuradamente.
Enric cerró la puerta y permaneció largo rato dando la espalda a Rhiannon. Después se volvió. -Aprecias mucho la vida de ese hombre. Rhiannon tragó saliva.
-Aprecio la vida en general.
-¿Excepto la mía? -preguntó él, arrojando los guanteletes sobre la cama.
-Por favor, te lo ruego, no lo mates. -Es muy agradable verte suplicar. -Te diviertes -acusó ella.
-Pues sí, señora, me divierto. Continúa, por favor. Se quedó callado y quieto, gigantesco dentro de la habitación, con las manos en las caderas. Ella tragó saliva, apretando los labios. Después se acercó a él, vacilante, y se arrodilló ante él. La sábana y la resplandeciente cortina formada por sus cabellos la cubrían como un manto real; finalmente alzó la cabeza, mirándolo con ojos brillantes de lágrimas.

-Te juro que, si no me dejas para batirte con él, cuando regreses de la batalla te... te daré todo cuanto me pidas.
Eric se apoyó contra la puerta y con expresión de divertido interés cruzó los brazos sobre la cota de malla.
-Eres mi esposa. Puedo tomar lo que quiera.
-Sí -concedió ella ruborizada-, pero dijiste que deseabas algo más que mi cuerpo. Lo que quiero decir es que no protestaré...
-Protestes o no, milady, cuando vuelva seguirá entre nosotros lo ya iniciado.
Mientras le suplicaba la furia se apoderaba de Rhiannon. Se mordió los labios, bajó la vista y añadió: -No, señor, hay cosas que no puedes exigirme ni puedes tomar, ni siquiera como marido. -Alzó la cabeza con orgullo, desafío y temeraria valentía-. Perdónale la vida, te lo ruego, por piedad. Perdónale la vida, te lo ruego, por mí. Te pagaré el favor.
Eric se inclinó hacia ella. La joven sintió la fuerza que irradiaba y aspiró su sutil aroma masculino. Se estremeció a su pesar, viva de nuevo con aquello que le atormentó los pechos y se le propagó como fuego hasta las ingles.
Él le cogió la barbilla con la mano y se la levantó. Sus ojos la abrasaron.
-¿Cómo, Rhiannon? ¿Qué harás? ¿Cómo me pagarás?
-Si él vive, me presentaré ante ti como la mejor de las rameras. Lo juro. Accederé a todos tus caprichos. Te adoraré como la amante más cariñosa.
-¿Si él vive? ¿Si no lo mato? -preguntó él. -¡Sí!

-¿Me pagarás así? ¿Lo juras? -Lo juro.
Él le soltó la barbilla y retiró la mano rápidamente, como si se hubiera quemado. Ella bajó la cabeza y después levantó la vista hacia él. Aquellos ojos se tornaban insondables. Le dio un vuelco el corazón; Eric nunca aceptaría.
-Hecho -dijo él suavemente. Rhiannon se sintió aliviada, pero frunció el entrecejo porque creyó ver una perversa sonrisa asomada a sus labios-. Hecho, señora -repitió él-. Regresaré a ti ansiando el pago prometido. Bien sabes, señora y esposa, que me compensarás bien.
-Sí -aseguró ella.
Él pasó a su lado, y Rhiannon se puso en pie. Alguien Llamó a la puerta. Rhiannon se afirmó la sábana alrededor. Eric invitó a entrar al visitante.
Se trataba de Rollo, quien anunció que el rey necesitaba ver al príncipe de Dubhlain. Había llegado la hora de partir.
Eric recogió sus guanteletes, abrió el baúl, sacó una colchoneta enrollada y unas bolsas de cuero y se los echó al hombro. Tras pasar a toda prisa junto a Rhiannon, salió. Ella estaba sorprendida de que hubiera aceptado el trato, por el cual ella se jugaba su orgullo, su dignidad, su alma misma, y después se marchara como si se tratara de algo sin importancia.
-¿Señora?
Magdalene volvió a entrar y se dirigió alegremente al baúl de Rhiannon en busca de ropa. La mujer comenzó a parlotear sin que la joven le prestara atención al principio.
-... y todos están pasmados porque fue una lucha muy noble. ¡Señora, eres afortunada!
Rhiannon miró fijamente a Magdalene y corrió hacia ella.
-¿Qué lucha?
-Pues el duelo entre tu príncipe irlandés y Rowan. El joven perdió su espada casi inmediatamente, y me han contado que Eric de Dubhlain sólo le hizo una heridita en la mejilla; después le dijo que se levantara y viviera para luchar contra los daneses.
A Rhiannon se le revolvió el estómago.
-¿A qué hora, a qué hora ocurrió eso?
-De madrugada. Todo el mundo lo comenta, señora.
Rhiannon se precipitó hacia la puerta, cruzó el umbral y echó a correr por el camino, cubierta tan sólo con la sábana.
Los hombres estaban montando, a punto de partir.
Vio a Eric y se acercó a toda prisa a él. A través de la visera Rhiannon apreció que los ojos del vikingo la condenaban con furia.
-¡Maldita sea, esposa! Vístete decentemente.
-¡Bastardo! -espetó ella. Eric desmontó, impaciente, la cogió en brazos y la llevó de regreso a la habitación. Furiosa, la joven le golpeó el pecho, lastimándose las manos en la malla de acero-. ¡Bastardo! ¡Me has engañado, me has utilizado, abominable hijo de un roedor y una puta!
El abrió la puerta de una patada, ignorando a Magdalene, que los observaba atónita. Condujo a Rhiannon hasta la cama y la dejó encima.
-Oféndeme cuanto quieras, señora, pero, te advierto, nunca insultes a mi madre ni a mi padre. Y vístete, o mi ira será terrible.
Ella se echó hacia atrás el cabello, desafiante, aunque la asustaban la intensidad de su furia y la ardiente amenaza de aquellos ojos que brillaban en medio de la máscara de acero.
Jamás demostraría ante él su miedo, juró en silencio.
-¿Eso es todo? -logró decir con cierta apariencia de valentía y desprecio.

Él no contestó de inmediato, y la muchacha tuvo la seguridad de que tras la máscara estaba sonriendo, burlón.
-No, señora, no es todo. Tu joven Rowan vive. Cumplí el trato, aunque me anticipé a ti. Regresaré, señora, y exigiré lo que es mío; el pago prometido.
Haciendo una inclinación, se volvió y salid de la habitación.
Después Rhiannon oyó el sonido de los cuernos y un gran ruido de cascos de caballos. Saltó de la cama y, desobedeciendo la orden de su marido, abrió la puer ta y permaneció en la entrada, envuelta en la sábana. Allí estaba él, Eric de Dubhlain, montado en Alexander. Llevaba todas las insignias de la guerra y la capa real con el emblema del lobo.
Eric no la miró. Las tropas comenzaban a avanzar. Ya flameaban los estandartes y las filas marchaban en formación. Eric vociferó una orden a sus tropas irlan desas y noruegas. Un estampido tronó contra la tierra, y el guerrero dorado cabalgó hasta situarse junto al rey. Eric de Dubhlain, el señor vikingo. Su marido.

10

-Los hombres de Rochester han resistido a los daneses durante todo el invierno -dijo Alfredo a Eric. Ambos cabalgaban a la cabeza del gran ejército del rey. Mientras lo escuchaba, Eric se irguió sobre la montura para observar las columnas que los seguían. La mayoría de sus hombres iban a caballo. Ésa era una costumbre vikinga; montar los caballos de la tierra conquistada, mientras continuaban batallando en esa misma tierra. En cambio eran muy pocos los sajones que cabalgaban; capitanes de las fuerzas y consejeros más íntimos del rey. El sacerdote Asser los acompañaba, a lomos de su caballo, un poco más atrás. Se trataba de un hombre callado, con frecuencia serio, que poseía un cierto aire de sabiduría. Rowan, William, Allen y otros más cabalgaban junto a los soldados sajones, que caminaban en formación, cubiertos con sus armaduras de cuero. Los hombres de la casa, o soldados profesionales, iban bien armados, mientras que los otros, grandes o pequeños propietarios, llevaban cualquier clase de arma que habían logrado conseguir: bieldos, guadañas o palos que se habían fabricado ellos mismos con ramas fuertes de roble.

En comparación, los hombres de Eric se veían notablemente bien preparados para la guerra. Irlandeses y noruegos habían aprendido bien las lecciones. El pacto entre su abuelo irlandés y su padre noruego había beneficiado a toda Irlanda, pensó Eric. Los irlandeses habían aprendido a construís barcos y técnicas guerreras de los daneses, porque noruegos y daneses se parecían en muchos aspectos. De hecho, pensó Eric, para una gran parte del mundo cristiano, eran lo mismo: piratas, saqueadores, violadores, ladrones y asesinos.
Para su esposa, por ejemplo, todos ellos eran lo mismo: vikingos.
Molesto por la oleada de calor que lo invadió al pensar en Rhiannon, resolvió prestar su atención al rey. -Si los daneses llevan tanto tiempo sitiando la ciudad, habrán construido fortificaciones. -Se interrumpió para mirar de nuevo la larga fila de hombres que los seguían-. Sin embargo, si ha llegado a los daneses alguna noticia sobre el tamaño de tu ejército, tal vez hayan abandonado el asedio a Rochester.
-¿Crees que son cobardes?
-No ---dijo Eric, moviendo la cabeza muy serio-. Ningún vikingo es cobarde, Alfredo, lo sabes bien. Un vikingo ambiciona gloria y conquistas; no teme la muerte en la batalla, sino encontrar una muerte no gloriosa que lo cubriría de vergüenza.

Descansar en las salas del Valhalla es una recompensa que sólo reciben los valientes. Y ningún hombre vive eternamente. Es mejor morir como un héroe en el campo de batalla que morir en la batalla contra el tiempo, viejo, ajado y arrugado.
-He pasado toda mi vida luchando contra los daneses -dijo Alfredo-. Sé tanto como tú sobre los vikingos, Eric Olafson.
-No tanto -repuso Eric-, porque yo soy hijo de un vikingo noruego. -Una sonrisa divertida se dibujó en sus labias-. No niego nada de mi herencia. Aunque mi padre se ha convertido en una especie de héroe en las costas de Eire, llegó allí con la intención de conquistar aquellas tierras. Y yo he emprendido viajes de conquista y aventura en los drakkar. Reconozco que una vez que mi padre se hubo establecido en Irlanda, sugirió a mi tío que lo acompañara en empresas que no amenazaran ningún reino cristiano. Participé en la conquista de pueblos paganos, y por lo tanto esas andanzas complacieron tanto a irlandeses como a noruegos.
-Hablas con cinismo -observó el rey. Eric se encogió de hombros.
-He venido para luchar contigo contra el invasor. Soy hijo de un invasor y un correcto príncipe de Eire, te lo aseguró, y esto plantea un dilema interesante. Hay quienes afirman que mi padre conquistó mucho de Irlanda; quienes saben, en cambio, opinan que Irlanda conquistó a mi padre, y que él pertenece a Eire más que muchos nativos de allí. -Miró a Alfredo y volvió a sonreír-. Podrás vencer muchas veces a los daneses, señor, pero ellos conseguirán sus conquistas. Muchachas sajonas tendrán bebés daneses, y los nombres dados por éstos a las rieras, ríos y montañas perdurarán. El vikingo, sea quien sea, acostumbra dejar su huella.
Alfredo lo observó larga y atentamente.
-Bueno, yo he aceptado a uno, ¿verdad? Y bastante cerca de mi propia familia.
-Señor?
-A un vikingo, a un hombre que ha surcado el mar en un drakkar. Siento curiosidad, Eric Olafson; ¿conquistarás un pequeño trozo de Inglaterra? ¿O Inglaterra te conquistará a ti?
Eric echó a reír, sin ofenderse.
-La respuesta es sencilla: Inglaterra ya me ha conquistado. Me ha arrullado, seducido y conquistado. He visto la tierra que me llamó, y tú me la has entregado. Por lo tanto lucharé, no como un mercenario o un invitado tuyo, sino como un sajón del oeste, como tú mismo. Eso me hace más peligroso que mis primos daneses. -Pero, como has dicho, tal vez se hayan marchado.
-Lo considero probable. No son cobardes, pero tampoco batallarán contra un ejército que los supera abrumadoramente en número, a menos que se sientan acorralados.
-Ya veremos, Eric, ya veremos -replicó Alfredo. Observó, meditabundo, al joven-. Has hablado de la tierra, pero aún no has mencionado tu otra adquisición sajona.
-¿Y cuál es? -Tu esposa el rey.
-Ah -murmuró Eríc.
-La dama es pariente mía, está bajo mi tutela. -Tu pariente, señor, ya no está bajo tu tutela-replicó Eric.
-Es mi preocupación -corrigió el rey. Eric permaneció callado un buen rato.
-Espero que la hayas dejado bien -dijo Alfredo. -¿Cómo pensabas que iba a dejarla? -preguntó Eric.
Un ligero rubor cubrió las mejillas del rey, que miró al frente.
-Ciertamente tenías motivos para estar furioso... -Y, príncipe irlandés o no, soy un vikingo -acabó la frase Eric-. Te aseguro que no la corté en trocitos para comérmela.

Tampoco la golpeé ni violé, Alfredo. El rey no pareció satisfecho. Respiró profundamente sin mirar al joven.
-¿Descubriste que tu matrimonio fue... hecho en la buena fe que te prometimos?
-¿Si descubrí que mi esposa era tan inocente como afirmó el médico? -preguntó Eric divertido-. Sí.
-respondió con cierta irritación
-Entonces ¿estás contento con el matrimonio? ¿Es Rhiannon feliz?
-Ah, dudo de que se sienta muy feliz –contestó Eric-, pero diría que se ha reconciliado conmigo. Y si no, bien, no tardará en hacerlo.
Alfredo no quedó particularmente complacido con la respuesta, pero no había nada más que tuviera derecho a preguntar a un recién casado sobre un matrimonio que él mismo había concertado. Sonrió repentinamente muy seguro de que Rhiannon no había sufrido ningún grave daño durante la noche.
-¿Qué ocurre? -preguntó Eric.
-Trataste bien a Rowan. -Eric arqueó una ceja-.
Bueno -añadió el rey-, está vivo y ya no es tu enemigo. He sabido que en realidad se ha convertido en tu servidor más devoto.
-Di, Alfredo, ¿no te arrepientes de tu pacto con el demonio?
-¿Mi pacto con el demonio?
-El que cerraste conmigo.
El rey sonrió.
-Creo que lo averiguaremos una vez nos hayamos enfrentado a los daneses.
-Si nos enfrentamos a ellos -comentó Eric.
-Ah, sin duda así será -aseguró Alfredo-. Si no es ahora, será muy pronto.
-Tendrás un pacto de sangre -dijo Eric.
-Ya has recibido mucho de Sajonia occidental –le recordó Alfredo-. Sí, tendré un pacto de sangre.
-Qué extraño -comentó tranquilamente Eric más adelante-. Tengo la impresión de que te refieres más a una mujer que a la tierra.
-Tal vez sí.
-Entonces, permíteme asegurarte -dijo Eric lentamente, con cuidado, tratando de disimular su irritación-, que Rhiannon está bien, y así seguirá. Se ha convertido en mi esposa por voluntad tuya, no por la mía. Sinceramente, rey Alfredo, no me fío de ella. Estoy convencido de que le gustaría mucho que tú regresaras con mi cabeza en una bandeja para ofrecérsela. Sin embargo, encuentro la situación divertida hasta cierto punto. Viviré, Alfredo, pese a cualquier dificultad, para que no vea cumplido su deseo, si no por otra razón. A menos que ella me contraríe o traicione, nada tendrá que temer de mí.
-Tal vez le inspiras miedo -comentó Alfredo. -No. -Eric movió la cabeza-. Sin duda me desprecia, pero no me teme, aunque tal vez sería mejor que me temiera. Aún ignoramos qué ocurrió en la costa cuando yo llegué. Si ella no desobedeció tu orden, ¿quién lo hizo? Eres su pariente, y te aprecia mucho. -Me apreciaba -corrigió Alfredo con un cansado suspiro.
Continuaba especulando sobre la noche anterior. No le cabía duda de que Rhiannon se había resistido ni de que Eric había exigido sus derechos a su esposa. Ciertamente su protegida estaría más que enojada con su rey en esos momentos.
«La mayoría de las mujeres van al tálamo sin elección», se recordó. Pero no podía evitar sentir cuán profundamente había traicionado a su ahijada. Eric había perdonado la vida a Rowan, era un hombre civilizado que demostraba espíritu cristiano, y sin embargo... «Las cosas que ocurren entre un hombre y una mujer son

distintas a todas las demás», se dijo. -Rhiannon no me traicionó -afirmó Alfredo. Después, harto ya de la conversación, que además incomodaba a Eric, cambió de tema-. Está anocheciendo. Acamparemos allí, y por la mañana llegaremos a Rochester.
Dio la orden a sus hombres, y el gran batallón que los seguía se detuvo.

El rey conocía su país. No se hallaban lejos de un riachuelo que discurría por un valle protegido que les cobijaría durante la noche.
Las filas se rompieron. Eric y sus hombres montaron sus tiendas, y lo mismo hicieron los sajones. No encendieron fogatas porque no querían que los daneses advirtieran su proximidad.
En silencio los guerreros se acomodaron para beber cerveza y agua fresca en los cuernos y comer pan con carne de buey, ave ahumada y quesos fuertes. Los úni cos sonidos que se oían cuando anocheció eran los susurros de las hojas de los árboles y el ocasional ruido metálico del acero cuando los hombres limpiaban y afilaban sus espadas, picas y hachas.
Eric se alejó del campamento, como acostumbraba hacer la noche anterior a una batalla. Se detuvo junto a un imponente y frondoso roble. Contempló las estre llas. La noche estaba despejada, fresca y hermosa. Escuchó el murmullo del riachuelo y los silenciosos movimientos de los hombres. Hacia el norte y el este divisó los fuegos de Rochester. Los daneses habrían construido su fortaleza con madera y terraplenes. Habrían arrasado los campos, robado ovejas y vacas y sobrevivido gracias a las exquisitas ofrendas de la primavera. Eran agresores naturales. Lo sabía, pensó, porque él tenía una cierta afinidad con ellos.
Todavía le apenaba que su esposa lo considerara un invasor. Su esposa...
Se tendió junto al árbol y entrelazó los dedos. Rhiannon era una niña caprichosa que había que domeñar. No, era más. Jamás olvidaría el fuego que ardía en sus ojos cuando lo miraba, como tampoco su odio, sus flechas, su fuerza...
Había otras cosas que nunca olvidaría, como la sensación de estar envuelto en el sedoso manto de sus cabellos; las curvas de sus caderas, la tersura y turgencia
de sus senos; el movimiento y ondulación del cuerpo fe menino bajo el suyo. Imaginó que en el aire de la noch¿ podía aspirar la embriagadora dulzura de su aroma, sa bocear el néctar de su piel, sentir los frenéticos latido: de su corazón.
Si cerraba los ojos, veía los de Rhiannon, su vibrante color, su ardiente pasión, su furia, su rendición... Ciertamente aquélla había sido su noche. ¿ O no? Había supuesto que opondría resistencia. Había esperado odío, ira y lágrimas. Había sabido que sería una batalla y que él debía vencer, por el futuro de ambos. Incluso había admitido que el rey Alfredo no se equivocaba al afirmar que Rhiannon era tal vez la mujer más hermosa de todo su reino. Sus cabellos llevaban el fuego de su espíritu, sus ojos relampagueaban con el destello plateado que había en su alma. La noche anterior había descubierto que. todos sus movimientos irradiaban belleza.
Cerró las manos en puños y después estiró los dedos, tratando de dominar la tensión que lo atenazaba. Aquella mañana había estado gloriosa al acercarse a él cubierta con la sábana de lino para hincarse de rodillas e implorar por la vida de su amante. Gloriosa, magnífica en su súplica como lo era en todos los papeles que decidía representar. Al verla la había deseado con toda la pasión que atormentaba sus sentidos, desgarrándolo, arrastrándolo, impregnando todos sus nervios.
No era malo desear a la propia esposa.

Pero ella no era una esposa corriente. Resultaba peligroso desearla con tanto desenfreno. Era una mujer peligrosa que estaba resuelta a procurar que una espada le rebanara el cuello si el hacha de un danés no le partía la cabeza.
Sin embargo, le había prometido...
Le había prometido lo que ya había entregado a otro, se recordó. Él había despertado las pasiones de la joven, había descubierto una raíz de sensualidad en los recovecos más profundos de su ser; sensualidad que ella no podía negar. Sin embargo, Rhiannon no lo amaba por ello, sino que en realidad lo despreciaba aún más a causa de ello. Eric no podía olvidar cómo la había visto en el bosque con Rowan, cuán mágico le había parecido el momento en que ella se ofreció.
Frunció el entrecejo. No la amaba. El amor era una emoción que había experimentado con la temeridad de su pasado, y no era tan estúpido como para amar a Rhiannon.
Sin embargo, su recuerdo lo acosaba. La había poseído, sí, pero ella había invadido su mente. Y esa mañana a Eric le había complacido que ella pensara que aún te nía poder para pactar con él. Estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de salvar la vida de Rowan.
En cambio ansiaba fervientemente que mataran a su marido, pensó Eric.
Pero no lo matarían. Por muy dura que fuera la batalla, él sobreviviría. No había mentido al rey; viviría para regresar junto a su esposa, pasara lo que pasara.
Resuelto, volvió al campamento. Rollo, siempre fiel, lo esperaba con un cuerno de cerveza. Lo cogió y bebió un buen trago.
-Mañana obtendremos una victoria -aventuró Rollo-. Lo presiento, lo percibo en el viento.
-Ten cuidado -aconsejó Eric-;comienzas a hablar como Mergwin.
-Fue Mergwin quien me aseguró la victoria. -Rollo rió-. Lo echo de menos cuando no está con nosotros, importunándonos a todos.
-Admito que yo también lo añoro.
-¿Por qué no nos acompañó? Detesta dejarte ir solo a la guerra.
-Su presencia era necesaria allí. -¿Necesaria?

-Para vigilar a mi esposa -contestó Eric. Apuró la cerveza y pasó el cuerno a Rollo-. Duerme bien, amigo mío. Nunca es aconsejable estar tan seguro de la victoria. La muerte llega rápido a los desprevenidos. -La muerte llega finalmente a todos -recordó Rollo.
Eric sonrió y desenfundó la espada. La luz de las estrellas se reflejó en la hoja de acero de Venganza. -Finalmente -dijo Eric, asintiendo-. Pero ese «finalmente» no será mañana. No, si eso significa que pasaré la eternidad con todos los héroes del Valhalla. -Se volvió, dispuesto a acostarse.
-Eric -llamó Rollo. El irlandés se detuvo. -Se supone que eres un príncipe cristiano.
Eric sonrió.
-Por todas las promesas del cielo, Rollo, ¡no moriré mañana! No, no moriré; te lo juro.
Su primer día de casada fue una experiencia horrorosa para Rhíannon.
Habían transcurrido horas desde que Eric partiera, y ella continuaba furiosa, con las mejillas encendidas, el corazón desbocado. Cuando trataba de calmarse, recor daba el burlón hielo azul de los severos ojos de su marido y la rabia volvía a prender en ella. Al parecer no podría olvidarlo. Su aroma la rodeaba; estaba en la almohada, en las sábanas, acosándola y atormentándola hasta que deseó gritar. Para su horror, Rhiannon revivía la noche anterior, evocaba sus palabras, sus caricias... Recordaba

con vergonzosa claridad cómo le había exigido cosas y cómo ella se había sometido a su voluntad. La había seducido.
Después pensó que lo más terrible no era que él la hubiera obligado a consumar el matrimonio, sino lo que la había hecho sentir y la pasión que tan fácilmente había encendido en ella.
Gimiendo, enterró el rostro en la almohada, pero no encontró olvido allí. Aquella noche no había sido suficiente para él; deseaba más. Eso le había dicho por la mañana, cuando ella le suplicó por la vida de Rowan.
Y ella le había prometido exactamente lo que él quería, todo lo que deseaba. Le había jurado que se presentaría ante él como había ido a Rowan.
¡Rowan! La atenazó el pánico; no se acordaba de su cara. Sólo era capaz de recordar las fuertes y duras facciones del vikingo, sus impresionantes ojos azules, que la perforaban, escrutaban su alma y la invadían íntimamente. Nadie la había conocido jamás así, nadie la había tocado de aquel modo.
Se incorporó en la cama hecha una furia. No recibiría nada más de ella, no le quitaría nada más. Todo eso era una simple diversión para él. No deseaba una es posa, sino que había tomado una para así obtener otras cosas que ambicionaba. Sólo le interesaban la batalla y la adquisición de posesiones. La consideraba su juguete y creía que podía someterla a su voluntad.
Cuánto habría disfrutado al verla suplicar por un hombre a quien ya había perdonado la vida.
Bien, la había engañado, de modo que ella jamás cumpliría el pacto que había hecho con él. Eric no podía esperar que lo cumpliera. ¡Dios, no podía esperar que lo cumpliera!
El vikingo jamás la vencería. No sabía ni cómo ni cuándo, pero finalmente ella triunfaría. No estaba dispuesta a aceptar el infierno en que él planeaba encerrarla.
Percibió el acosador aroma masculino. Dio un respingo y lanzó lejos la almohada. Él se había marchado a la guerra. Con la gracia de Dios, podría tener la decencia de morir.

Pero no moriría. La recorrió un escalofrío. Temía por los demás, por el rey, pero presentía que Eric regresaría.
Mascullando maldiciones se dirigió a la puerta y la abrió. Magdalene no se hallaba muy lejos, con los ojos entornados contra la luz del sol, reclinada contra un ár bol, observando cómo un niño alimentaba a los gansos. Rhiannon la llamó dulcemente y la criada se apresuró a levantarse.
-¿En qué puedo servirte, señora?
-Magdalene, cepíllame el cabello, por favor, y ayúdame a vestirme.
-Sí, milady.
Magdalene tenía magia en los dedos. Comenzó a parlotear, comentando el hermoso despliegue de aquella mañana, cuando todos los hombres partieron hacia la batalla.
-El rey aparece siempre magnífico, aunque no sé muy bien por qué. No es más alto ni corpulento que otros hombres; pero es Alfredo, el Grande. Los guerre ros afirman que en otros reinos lo llaman Alfredo el Grande. O sea, que es glorioso en sí mismo. Y, milady, tu señor es imponente. Monta ese enorme semental con tal elegancia, seguridad y belleza... Y cuando fija la mirada, una mujer podría desmayarse. Ay, señora, te digo que...
-¡Por favor, Magdalene, no me lo digas! -suplicó Rhiannon. Sonrió para restar mordacidad a sus palabras-. Se han marchado todos a la guerra -se apresuró a añadir-. Tenemos que rezar por ellos.

-¿Ah, pero tu marido sobrevivirá, señora! Salió de aquí como un dios. Es magnífico, tan alto y dorado, con esos músculos de bronce. Ay, señora, te digo que... -¡Magdalene!
-¡Estoy soñando! -continuó Magdalene a pesar de la advertencia de Rhiannon. Dejó el cepillo en la cama y comenzó a pasar las manos por las sábanas de un modo que desagradó extraordinariamente a Rhiannon-. Te aseguro, milady, que me casaré con uno de ellos. Tendré un hermoso marido vikingo, como tú.
-Es irlandés -corrigió perversamente Rhiannon. -Es todo un vikingo -contradijo Magdalene. -¡Magdalene! El rey y nuestros buenos hombres arriesgarán sus vidas contra los vikingos. No debes hablar así.
-Ay, no, por supuesto. -Magdalene se incorporó y comenzó a retorcerse las manos nerviosamente-. No lo he dicho con ánimo de ofender, señora, yo...
-Ya lo sé -tranquilizó, cansada, Rhiannon-. Ayúdame a ponerme un vestido y una túnica. Creo que tendrás que enrollarme el cabello. Después podrás retirarte.
-¡La reina desea verte! -recordó de pronto Magdalene.
Rhiannon dejó escapar un suspiro. No deseaba la compasión de Alswitha. Le llegaría demasiado tarde. Pero tenía que verla, y a las otras mujeres.
Tras vestirse con la ayuda de Magdalene, se dirigió lentamente hacia la casa señorial. Los niños la recibieron en la puerta, y ella permaneció un rato con ellos, cogiéndolos y abrazándolos para evitar a Alswitha. Finalmente se acercó la reina e insistió en que se sentaran a comer.
La conversación fue mucho peor de lo que la muchacha había supuesto. Alswitha comenzó a tranquilizarla, asegurando que la noche de bodas era un su frimiento para todas las mujeres, incluso si se habían casado con un hombre amable y cariñoso, incluso si habían tenido la suerte de contraer matrimonio con el hombre a quien amaban. Mientras la reina afirmaba que todo iría mejor, Rhiannon se limitó a mirar fijamente la mesa, incapaz de hablar.

-¿Te hizo mucho daño?-preguntó la reina, afligida -¡No! -logró exclamar ella.
-Ay, querida mía...
Rhiannon se puso en pie y apretó las puños para recuperar el control.
-No... no me hizo daño -dijo con vehemencia-. Oh, por favor, por el amor de Dios, Alswitha, ¿es necesario que hablemos de esto?
-No, no, por supuesto que no... -La reina se interrumpió y miró hacia la puerta.
Rhiannon comprendió que alguien había entrado en la sala y que se hallaba detrás de ella. Se giró y vio que se trataba del anciana de la luenga barba y el rostro arrugado y curtido, Lucía una túnica larga y un curioso sombrero. La observaba con ojos serios e inescrutables. -Rhiannon -dijo Alswitha-, es Mergwin, el... Rhiannon se dio cuenta de que la reina había estado a punto de decir «criado». Al mirar al viejo supo que nadie se atrevería jamás a llamarlo criado.
-Soy Mergwín -se presentó-. Algunos me llaman druida, otros, loco. Soy leal al Ard-Ri de Irlanda y su familia. He venido para llevarte a casa.
-¿A casa?
Rhiannon contuvo el aliento, y el corazón se le aceleró. A casa. ¿A casa de Eric? ¿Pretendía obligarla a cruzar el mar? No iría, por supuesto, no podían forzarla. -De regreso a la costa, donde esperaremos a Eric. -Ah. -Recuperó el aliento.
Deseó negarse, porque había decidido negarse a cualquier propuesta de Eric. Pero no tenía nada que hacer en la casa del rey. Quería a Alswitha y los niños, pero sus relaciones se habían enfriado un poco. Alfredo se había marchado a la guerra, igual

que Rowan. Y Eric. -Tal vez deberías quedarte... -intervino Alswitha. -¡No! No, gracias; creo que me gustaría regresar a casa.

Sonrió al anciano. Lo miró a los ojos, que eran oss, viejísimos. Recordó cómo le había sonreído dute la boda, infundiéndole seguridad; él, un hombre a ien jamás había visto antes. Pensó que por su aspecto 'ecía un viejo irritable. Sin embargo, le agradaba. Presentía algo en él, algo cálido, digno de confianza.
-Sí, quiero volver a casa, Mergwin.
Alswitha dijo que era necesario hacer los preparatiÉ.vos, disponer caballos y una escolta. Rhiannon apenas ala escuchó. Continuaba mirando al anciano.
Después se despidió de Alswhita y los niños con un `beso y salió con Mergwin. En el patio delantero de la ` casa ya se habían iniciado los preparativos. La mayoría
de los hombres habían partido con el rey, pero Rhiannon necesitaba una escolta. Dos muchachos menores que ella arréglaban sus monturas, y en la cocina la vieja Kate llenaba las bolsas de provisiones para que comieran cuando hicieran un alto para pernoctar.
Alswitha manifestó su inquietud, pero Rhiannon le dio un rápido beso en la mejilla y montó en la yegua baya que le había proporcionado la reina.
A pesar de su edad, Mergwin se las arregló para saltar sobre su montura con sorprendente agilidad. Al ver que la muchacha lo observaba, hizo un gesto, molesto.
-Cuando sea demásiado viejo para ser útil, jovencita, me marcharé al otro mundo para recibir mis justas recompensas.
El viejo sorbió por la nariz, y Rhiannon se preguntó qué consideraría él sus «justas recompensas». Bajó la cabeza para ocultar una sonrisa.
Emprendieron la marcha mientras los niños y el personal de la casa real los despedían agitando las manos. No se habían alejado mucho de Wareham cuando Rhiannon acercó su caballo al del druida.
-Volverá, ¿verdad? -dijo-. Tú sabes que volverá. Eric de Dubhlain regresará de esta batalla.

-Sí -respondió él mirándola de modo extraño Volverá a casa.
-¿Y el rey?
-El rey está destinado a acometer grandes e presas.
-Entonces él también regresará a casa. -Por ahora.
-¿Por ahora?
El druida la miró de hito en hito.
-Esto es sólo el principio, milady. El avispero e revuelto, y se desencadenará algo grande. Todo eso tá por venir, y lo que ocurre a medida que el destina revela no está claro en mi mente.
-¿Cómo sabes eso? -preguntó Rhiannon. Él arqueó una ceja.
-¿Cómo lo sé? Escucha, escucha a los árboles trueno, la tierra, la tempestad en el mar. Escucha y averiguarás.
-Tú sabías que Eric se casaría conmigo -dijo echándose hacia atrás el cabello- ,antes de que él y Alfredo lo acordaran.
El druida asintió.
-Y ahora me dirás que eso fue el destino. -Escrito en el viento.
-Y yo te digo -exclamó ella con vehemencia que nada está escrito en el viento, ni en la tempestad mar, ni en la brisa del bosque. ¡Nada! Nosotros nos fijamos nuestro destino, y yo me forjaré el mío, ¡a pesar de tu príncipe irlandés!

Él guardó silencio un momento, impasible. Después sonrió, y en sus ojos brilló un destello de versión.
-Ahora es «tu» príncipe irlandés, ¿no es cierto milady?
Mergwin apretó las rodillas en los flancos del caballo, que se alejó al trote. Rhiannon lo observó, preguntándose si habría encontrado un enemigo o un nuevo y curioso amigo.
Espoleó su cabalgadura. Se dirigía a casa. Y en esa certeza encontró solaz.

Los soldados de a pie avanzaban mientras los hombres montados hacían retumbar los campos en dirección a Rochester, en torno a la cual los daneses habían construido fortificaciones para mantener el sitio. Las primeras tropas inglesas que llegaron a las puertas de la ciudad no tardaron en percatarse que los daneses habían optado por la retirada.
Eric recorrió por fuera las murallas de Rochester, revisando todo, seguro de que no hacía mucho que los sitiadores habían abandonado sus posiciones para bus
car el amparo de los bosques. No podían permitirse dejar escapar a esos daneses, porque entonces las tropas invasoras quedarían completas y listas para otro ataque.
Montado sobre el enorme semental blanco, Eric cargó contra sus enemigos. Su grito de guerra salía de sus labios mientras sus hombres seguían la línea de ata
que. En la linde del bosque se enzarzaron en combate. El primer contrincante de Eric fue un fiero barbudo que blandía una hacha de doble pala. Eric se inclinó para evitar el golpe mortal del adversario e introdujo sin dificultad su espada en el cuello del hombre, que cayó en silencio, soñando ya con el Valhalla.
Sería una batalla rápida, pensó Eric.
Derrotaba a sus enemigos porque ese día parecía que los dioses, cristianos y nórdicos, lo amparaban. Los daneses se precipitaban sobre el príncipe irlandés, quien recibía como mucho un pequeño rasguño. Rollo luchaba junto a él y también parecía invencible. Por muchos que fueran los hombres que los atacaban, ninguno de los dos cayó ni perdió fuerza. Al cabo de un rato se dieron cuenta de que se hallaban solos, rodeados de da peses caídos. Oyeron un tumulto procedente de uno de los profundos barrancos junto al bosque. Se miraror hicieron girar sus monturas y se lanzaron al galope par bajar a toda prisa hasta el escenario del combate.
Los sajones batallaban contra una veintena de daneses, fieras rabiosas por la apariencia de muchos. Los vi kingos doblaban en número a los sajones.
-¿Vamos? -Eric sonrió a Rollo.
-¿Quién quiere vivir eternamente? -dijo Rollo -Sí, ¿quién quiere vivir eternamente? -repitió Eric Cabalgando juntos entraron en la refriega. El terreno era demasiado irregular para guiar bien el caballo, de modo que Eric desmontó. Inmediatamente lo atacé un joven pelirrojo que le aseguró que le valía más despedirse con un beso del dulce sabor de la vida.
-¡Hijo de chiva! -espetó el danés.
Eric detuvo el golpe de espada, saltó hacia atrás Y clavó la punta de Venganza en el cuello del hombre, Pisó al enemigo caído:
-Te aseguro, muchacho, que jamás he visto una mujer tan magnífica como mi madre.
Miró a lo largo del barranco. Se sobresaltó al ver que varios daneses muy bien armados y protegidos con cotas de malla y cascos acorralaban a un sajón; se trataba de Rowan. El muchacho se defendía valientemente, desafiando a sus atacantes:

-Vamos, venid, repugnantes demonios, venid todos. Claro que voy a morir, pero al menos me llevaré a uno de vosotros conmigo. ¿Cuál será? Venid; estáis ahí como un rebaño de mujeres, hedor del infierno. ¡Venid! Los daneses no tardaron en acercarse a él. Eric se apresuró a saltar al caballo y se aproximó veloz a ellos, descargando golpes con la espada. Los hombres gritaban y caían hacia atrás, sorprendidos por el repentino ataque. Eric desmontó y combatió salvajemente.

Rowan entró en la batalla con un grito, adelantándose agresivo y hostigando a los daneses que lo habían acosado y se habían abalanzado sobre él como una horda de la muerte. A los pocos minutos Eric se dio cuenta de que Rollo se había unido a la refriega, y los tres alzaban las espadas como una muralla de defensa contra cualquier nueva amenaza.
La escaramuza duró poco. Los cadáveres de los daneses yacían en posiciones grotescas; los supervivientes habían huido.
Alfredo bajó al barranco montado en su caballo. Miró alrededor, a sus hombres caídos y a los enemigos. Permaneció en silencio un buen rato.
-No detuvimos a muchos -dijo.
-A mí me parecieron bastantes -comentó secamente Rollo.
-Sí -acordó Eric-. El buen Rowan combatió aquí contra muchos.
Rowan lo miró sonrojándose. Miró al rey. -Ahora estaría muerto, señor, si el príncipe de Eire no hubiera intervenido.
Eric se encogió de hombros y caminó por entre los cadáveres; después miró al rey. Observó que el sacerdote Asser se encontraba detrás del rey.
-Debemos enterrar a nuestros muertos. Si ios daneses decidieran volver...
-Nos ocuparemos de los nuestros -aseguró el rey.
Se miraron a los ojos. Ambos habían sobrevivido a muchas batallas y habían visto las atrocidades que cometían los vikingos cuando ganaban. Arrancaban las entrañas a los prisioneros, los quemaban vivos o aprovechaban sus órganos para cocer pieles. Los heridos deseaban estar muertos, y los muertos estaban mejor en el infierno.
Eric volvió a montar el semental blanco y siguió al rey hacia las murallas de Rochester. Las puertas de ciudad se abrían y la población hambrienta salía para s ludar a sus libertadores.
Esa noche se enteraron de que los daneses efectivamente habían huido a toda prisa, dejando atrás a si prisioneros y muchos de sus caballos. Alfredo recíbio con gusto prisioneros y caballos.
Festejaron la victoria en la sala de una casa señorial de Rochester. El hogar ardía en el centro bajo una chimenea. Venados y corderos se asaban en sendos palos sobre las llamas para alimentar a los hambrientos defensores de Rochester. Eric estaba sentado junto al rey mientras se cortaban enormes trozos de carne que mujeres y muchachos servían a los guerreros.
Todos rebosaban de alegría por el triunfo. Narradores ingleses se levantaron para relatar las hazañas del rey, y uno de los bardos irlandeses de Eric recitó espléndidamente las proezas de su príncipe ese día. El príncipe escuchaba con aire divertido, pero se sorprendió cuando el joven Rowan se puso en pie y alzó copa hacia él.
-¡Brindo por el príncipe que me ha salvado la vida dos veces! ¡Para ti mi eterna lealtad! ¡Lo juro!
Se elevaron vítores y aplausos. Eric se levantó asombrado por sentirse tan cohibido entre los hombre Rowan se acercó y se arrodilló ante él.

-Tu servidor, mi señor, siempre -juró humilde mente.
Eric se inclinó y lo obligó a ponerse en pie cogiér dolo por los hombros.
-No, Rowan, mi servidor no; mi amigo.
Las ovaciones aumentaron de volumen. La sonri; simpática y juvenil de Rowan conmovió a Eric. El joven r era cobarde ni tonto. Poseía fortaleza, humildad y honor.
Rowan había amado a Rhiannon, y ella a él. Antes le había resultado fácil olvidar ese juvenil enamoramiento, pensó Eric. Bueno, tal vez no tan fácil, puesto que le habían asaltado la rabia y los celos. De pronto simpatizaba con el muchacho y sentía pena por los dos. Ambos habían amado; él había querido a Emenia.
Mientras ambos se miraban, comenzó a sonar una extraña música procedente de una flauta larga. Tan pronto se inició la melodía se oyeron «chist» para pedir silencio. Una joven morena de ojos almendrados y cabello negro como el ébano y largo hasta más abajo de la cintura se había situado ante el hogar. Estaba inmóvil. De pronto su cuerpo empezó a mecerse sutilmente al ritmo de la música.
La muchacha era extraordinariamente hermosa y grácil, increíblemente exótica con sus ojos rasgados y cálidos, su piel de color miel. Al danzar las capas de gasa que la envolvían flotaban alrededor definiendo la dulce y turgente perfección de su figura. La música era lenta, seductora; penetraba en la piel y la sangre, hechizadora.
En la sala reinaba un silencio absoluto. Todas las miradas estaban fijas en la joven.
Eric observó sus contoneos, sonriendo. De pronto el baile le recordó otra actuación que había presenciado no hacía mucho; Rhiannon. Rhiannon moviéndose con sinuosa gracia, relatando sus historias con aquella voz suave y sugerente; voz de sirena.
Durante la representación de Rhiannon también todos habían guardado silencio. El cabello había cubierto su cuerpo como una refulgente cascada dorada mientras desafiaba a los hombres, cautivándolos con sus movimientos, como estaba haciendo esa zorra ante el rey y sus guerreros.
Incluso en esos momentos, observando a esa tentadora joven de ojos almendrados, recordaba a su esposa. Apretó los dientes y lanzó una maldición silenciosa. No quería que se la recordaran en los momentos de vigilia; tampoco deseaba soñar con ella.

Rollo estaba sentado a su lado. Del hogar se elevaba el humo, y la chica parecía cada vez más un ser mítico misterioso, mágico y esquivo.
-Es una de los prisioneros que dejaron aquí lo daneses en su precipitada fuga; eso dijo el mayordomo; La capturaron en una incursión por el Mediterráneo, y se rumorea que busca un nuevo amo. Me parece que su mirada se posa continuamente en ti.
¿Sí? Eric no lo había advertido. Había estado mirando a la chica sin verla, absorto en sus pensamientos. La joven evolucionó ante él a un ritmo cada vez más rápido. Poco a poco desaparecían las gasas que la envolvían a medida que ella se despojaba de los diversos velos y los lanzaba lejos. Dejó al descubierto los brazos, los hombros y las redondeces de sus senos. Unos ligerísimos pantalones le ceñían las caderas, y una fina cinta de gasa apenas le cubría los pezones. Giraba ante él cada vez más deprisa con los pies descalzos. La música aumentó de volumen y de pronto cesó. Ella echó la cabeza hacia atrás y adelante y cayó de rodillas delante de Eric. La sala quedó en completo silencio, ya sin la müsica. Eric oía claramente la respiración de la joven, quien levantó la cabeza lentamente y clavó la vista en los ojos del hombre.
Eric advirtió que todos los presentes lo observaban. Esbozó una sonrisa y aplaudió.

-Esta chica es una esclava -dijo el rey-. Se entrega a ti.
Nada en la voz de Alfredo delataba sus pensamientos, pero Eric estaba seguro de que el rey tenía una opinión muy clara sobre cuál era la manera correcta de manejar la situación. Se volvió hacia Alfredo.
-Hoy he luchado por tu bandera, Alfredo. Todo lo que se recoja hoy pasará a tus cofres para que tú lo repartas entre los hombres.
El rey, irritado, ordenó a la chica que se retirara con un gesto de la mano. Ella se levantó con expresión triste y se encaminó hacia la puerta, mirando hacia atrás varias veces.
Los perros de caza comenzaban a husmear alrededor del fuego en busca de huesos y restos de comida.
Los hombres empezaban a moverse, haciendo crujir las esteras de junco con los pies.
Eric clavó la vista en el rey.
-Ninguno de los dos miró a esa chica esta noche,
Alfredo. Los dos estábamos pensando en otra actuación.
-Una que te dio una esposa.
-Y a ti una alianza. El matrimonio fue un contrato.
-O sea, quieres quedarte con la ramera pagana?
-preguntó el rey con los ojos entornados.
Eric sonrió y negó con la cabeza.
-No, señor. Tengo la intención de cederla a otro.
-El rey arqueó las cejas-. A Rowan-dijo Eric-. El
muchacho ha perdido mucho. Creo que se merece una recompensa.
Se levantó, repentinamente agotado. Se había comportado como un necio. No debería haber entregado a la chica. Debería habérsela quedado para recordar a todos que`él era su propio amo, que no sería gobernado por una mujer, aunque ésta fuera su esposa y pariente del rey. Miró a Alfredo, quien dijo:
-Estoy muy complacido con nuestra alianza. Te ofrezco lo que quieras del botín.
-¿Incluso la chica?
-Incluso la chica -respondió el monarca con un gesto de dolor.
Eric titubeó.
-No la quiero -dijo-. Buenas noches, Alfredo,
rey• de Inglaterra. Ella me ha recordado que estoy ansioso por regresar al que será mi hogar. Hay muchas cosas dañadas y me ocuparé de repararlas.

Se volvió y salió de la sala en dirección a la habitación que había escogido.
Se tendió sobre el mullido colchón de plumón dispuesto sobre una enorme cama de cuerdas. Cerró los ojos, colocando una mano sobre su espada Venganza, que había dejado a su lado. Jamás dormía sin tenerla cerca.
Los acontecimientos del día desfilaron por su mente cansada y después se adormeció. Vio a la chica de los ojos almendrados bailando ante él medio desnuda. De pronto la chica cambiaba y se convertía en su esposa, Rhiannon.
Sus cabellos flotaban como una suavísima cortina de llamas, cayendo en cascada sobre sus brazos desnudos, envolviéndola. Entonces ella se tumbaba de espal das. Se oía el rumor de un arroyuelo. Rhiannon lo llamaba, le sonreía y lo invitaba a acercarse. Eric se tendía entre la suavidad de sus muslos y la apretaba contra las exuberantes hierbas de una tierra perfumada y fértil. Le acariciaba el pelo y con sus dedos la recorría entera. De pronto notaba algo pegajoso; era sangre.
Se despertó sobresaltado.

Todavía le rodeaba la oscuridad de la noche. La puerta de su habitación que comunicaba con la sala central, estaba entreabierta. Vislumbró a los hombres echa dos alrededor del fuego, durmiendo, borrachos, como si estuvieran muertos.
«Ella no corre peligro», pensó. ¿Pox qué lo acosaban esos pensamientos sobre la muerte de su esposa? Era ella quien deseaba su cabeza, se recordó.
Necesitaba dormir. La única herida física que había recibido se la había causado ella. En todo caso, aunque victorioso, el día había sido largo y agotador. Había cumplido su parte del acuerdo y continuaría cumpliéndola. Ciertamente los daneses se levantarían otra vez para vengar su derrota.

Deseaba despertar temprano y cabalgar como el iento. Deseaba reivindicar lo que era suyo.
Volvió a tumbarse y cerró los ojos. Logró dormir y soñó que ella se hallaba en peligro. Despertó de nuevo. Ella no se encontraba en peligro, intentaba convencerse, estaba al cuidado de Mergwin, quien la protegería.
Apenas despuntaba el alba cuando, irritado, renunció a concluir el sueño y se levantó. Salió de la habitación y buscó a Rollo, a quien halló junto al fuego, con la cabeza apoyada sobre los brazos. Le propinó un suave puntapié.
-Despierta a los demás -ordenó-. Es hora de partir.
Rollo se frotó los ojos y se apresuró a ponerse en pie. Los hombres comenzaban a despertarse y moverse. Eric salió al fresco aire de la mañana. La hierba esr taba cubierta de rocío, y una suave neblina lo envolvió. Rochester era una ciudad impresionante. Los daneses la habían deseado muchísimo. Regresarían.
Llamó a un chico, le pidió que sacara a su caballo del establo y que hiciera correr la voz de que se marchaba con sus hombres. Minutos después éstos ya esta ban listos para partir, con el botín que habían recogido en las fortificaciones de los daneses. Eric se sorprendió al ver a Rowan montado para acompañarlo, con la bai-larina sentada detrás.
-El rey no viene ahora-dijo Eric, acercándose a él. -Lo sé. Ha aceptado que te sirva a ti -explicó Rowan.
Eric contempló al muchacho con mirada fría y franca. Rowan había demostrado ser muchas cosas, ¿resultaría ser un traidor también?
Él era el amo de su propia voluntad y su casa, se recordó Eric. Accedería a que Rowan lo acompañara. Vigilaría al muchacho y Rhiannon.

-Entonces, vamos -dijo. Después vociferó la orden a sus hombres y emprendió la marcha.
«A casa -pensó-. Al encuentro con mi esposa: -Una sonrisa iluminó su rostro-. Y todas las prom sas que ella me ha hecho.»
Él se encargaría de que las cumpliera.

11

Había sido agradable regresar al hogar.
Muchas personas queridas e íntimas habían perecido en la insensata batalla contra los hombres de Eric. Sin embargo, resultaba agradable estar de nuevo allí.
Nada había sido tocado en el interior de la casa señorial, y durante su ausencia mucho de lo dañado había sido reconstruido.
Además por fin veía a Adela.

Adela, prima de su madre, rondaba los sesenta añosa Era una dama enérgica, animada, perspicaz y de ingenio rápido. Había vivido con Rhiannon durante años.
Hasta el regreso de Rhiannon, Adela había permanecido escondida en la casa de uno de los granjeros. Cuando la vio llegar y observó el respeto con que la tra taban los vikingos que la escoltaban, se atrevió a salir y aventurarse hasta la casa señorial, donde la joven la había recibido con risas, llantos y abrazos. Ya estaba instalada de nuevo en su habitación.
-Peter y su familia se portaron muy bien conmigo. Además corrían grave peligro por acogerme en su hogar
-explicó Adela, contenta de ponerse su ropa despues de bañarse y tenderse en la gran cama de cuerdas con colchón de fino plumón-. Pero, ay, ¡qué casa! Niños pequeños por todas partes, y un jergón de paja con una manta polvorienta. Ay, querida mía, cómo me dolía trasero. En fin, no hago más que hablar. ¿Y tú, cariño, cómo estás?
La pregunta fue formulada con ternura. Rhiannon eligió cuidadosamente las palabras para contestar. -Estoy bien. Huí de aquí y me refugié en la casa de Alfredo. Después... después Alfredo se dirigió hacia aquí...
-¡Me pareció que el rey había venido! -interrumpio Adela-, pero no me atreví a salir por temor a haberme equivocado. Ese gigante rubio impidió que hombres hicieran daño a la gente, pero no sabía como actuaría la señora de la casa. Bueno, cuéntame m ¿cómo te las arreglaste para regresar?
-Me casé con el gigante rubio -contestó suavemente Rhiannon.
-¡Oh! -exclamó Adela, atónita-. Ah, por puesto, pero ¿y Rowan?
-Bueno -dijo Rhiannon tratando de sonreír, desesperada por ofrecer algo de humor a Adela-. Creo que esto significa que no contraeré matrimonio con Rowan.
-¡Ay, mi querida niña! -se lamentó Adela, mirándola dulcemente con sus ojos azules. Esbozó una alegre sónrisa-. Ah, bien, el vikingo es un hombre magnífico. Tendrías que haber oído su voz imperiosa... mando...
-He oído su voz imperiosa, gracias.
-Un fiero luchador, sí, pero un hombre con piedad.
-¡Piedad! -exclamó Rhiannon. Adela asintió muy seria.

-Una vez hubo terminado la batalla no permitió hicieran daño a nadie. Ay, mi querida Rhiannon. res mucho, entonces?
-Por supuesto que no -mintió ella-. El rey me órdeno que me casara y obedecí. Ésta es mi tierra y éste es pueblo, piense lo que piense el vikingo. No renunciaré a lo que me pertenece. La mayoría de los matrimonios se conciertan. Estaré muy bien. Ahora, cuentame más. De modo que Peter y su familia se encuentran bien. Cuánto me alegro. -Volvió a abrazar a su prima-. Estoy tan contenta y agradecida de verte; el pobre Egmund murió, así como tantos otros.
Egmund había recibido un entierro cristiano, aseguró Adela, y también los demás.
-Bajo el roble grande que hay dentro junto a la huerta oriental; iremos allí a orar por sus almas, si eso te mplace, querida mía.
Rhiannon había rezado por Egmund y los demás, había visitado las casas de los granjeros y los siervos; había expresado sus condolencias a los familiares de los fa-llecidos y había prometido ayudarles a reconstruir lo que había sido destruido. Después había concedido un día de fiesta a su gente; no trabajarían para ella en los campos ni en la casa señorial, sino que aprovecharían ese tiempo para sus propios asuntos. Esa noche había invitado a todos a venado asado y cerveza. Ninguno de los vikingos trató de impedirle hacer esas obras de caridad. Ni siquiera el pelirrojo

alto de anchos hombros que parecía estar al mando, el llamado Sigurd; si éste se oponía a que Rhiannon regalara el contenido de la despensa de su amo, no hizo ningún comentario. Apenas hablaba cuando se sentaba a la mesa a comer con ella, Mergwin y Adela. De todos modos ella siempre sabía que estaba allí, que la vigilaba.

De pie sobre los parapetos al alba, contemplando su pequeña ciudad amurallada, Rhiannon comprobó que la vida no había cambiado para los siervos, granjer artesanos. Los hombres cultivaban los campos. Era manera, y el hecho más destacado para el hombre miente era que aquélla era la época de la siembra.

Rhiannon sabía que su relación con su pueblo buena. Los siervos le pertenecían; eran casi esclavos. Habían nacido en su casa y pasarían allí sus vidas.

Trabajarían para ella todos los días de sus vidas, y si alguno deseaba trasladarse, necesitaba el permiso de Rhiannon. Ella era un ama amable, preocupada por hacer cumplir las leyes que habían sido forjadas para todos los hombres, y justa en sus decisiones.

El servicio de un siervo a su amo o ama era un antiguo pago a cambio de protección. Ella había fracasado, al ser incapaz de proteger a su gente. Aunque no habia sido culpa suya, aunque sus fuerzas de combate se liaban con el rey, aunque había sido traicionada, habia faltado a su gente, y eso la afligía. Dejó escapar un su suspiro, observando los hombres y bueyes que se oían por los campos.

Había vikingos. Eric había instalado en la casa a gunos de sus hombres, que, aunque infinitamente e cados con ella, no dejaban de vigilarla. Procuraban importunarla, pero cuando bajaba a comer por la ¿ ñana o por la noche, allí estaban. Donde tenía que ha estado el pobre Egmund, encontraba un vikingo.

Podían asegurar que eran irlandeses, pero eran kingos.

Se estremeció. ¿Dirían lo mismo de sus hijos der de veinte o treinta años? «No, no son ingleses, ¡son kingos! »

Palideció al pensarlo. De ninguna manera podía ner hijos con el gigante rublo que de modo tan impía ble y desconsiderado imponía su voluntad. Era un c conocido.

No; no era un desconocido, pensó; no después de la noche de bodas. Se ruborizó y recordó el largo trayecto hasta su hogar acompañada por Mergwin y la escolta. El viejo druida la había fascinado con sus historias. Había relatado la llegada de san Patricio a Eire y cómo había expulsado a todas las serpientes; le había explicado el sentido de la hospitalidad irlandesa por la cual se debía socorrer a cualquier persona que necesitara cama o comida; le había hablado de Aed Finnlaith, el gran Ard-Ri, que había logrado aunar las fuerzas de muchos reyes para combatir contra el peligro vikingo.

-Y sin embargo -había comentado ella-,los vikingos conquistaron Dubhlain.

-E hicieron un pacto con el Ard-Ri -había replicado él, sonriendo-. Y desde entonces, aparte de algunas esporádicas incursiones danesas, ha reinado la paz. El Ard-Ri pasa mucho tiempo en Dubhlain, y sus muchos nietos someten a los nobles rebeldes. Olaf el Lobo de Noruega habla el idioma irlandés con más frecuencia que el suyo propio. Se viste con el esplendor irlandés y construye sólidas fortificaciones irlandesas. Es mucho más un defensor de la tierra que un invasor.

-Ahora -insistió Rhiannon-, pero llegó como invasor.

-Sus hijos forman parte de Eire. Así como el hijo que llevas será parte de la Inglaterra unificada de Alfredo.

Ella sofocó una exclamación y lo miró fijamente. -No llevo un hijo...

-Claro que sí.

-¡No puedes saberlo! ¡No puedes saberlo! -Como quieras. -Se encogió de hombros-. Pero es un niño, y lo llamarás Garth.
Ella ahogó una exclamación porque si alguna vez tenía un hijo y podía elegir el nombre, ciertamente le pondría el de su padre, a quien había amado tanto y durante tan poco tiempo; si un vikingo le permitía hacerlo. ¿Cómo podía saber esas cosas ese hombre?
-Has hablado con Alfredo -murmuró. Mergwin no replicó, pero ella intuía que no había hablado con Alfredo.
Con la vista perdida en los campos, Rhiannon recordó las palabras del anciano con toda claridad. ¡No podía saberlo! Nadie podía saberlo tan pronto.
Apretó los dientes. No soportaba la idea de tener un hijo del vikingo. Sin duda él desearía tener un heredero legítimo, y ella no podía soportar la idea de darle algo que deseara.
Cerró los ojos y recordó la noche de bodas, preguntándose si podría ser cierto.
-¡Dios mío, por todos los santos, protégeme! -murmuró, estremeciéndose-. No prestaré atención a las tonterías de un druida.
En ese momento se sobresaltó al divisar un grupo de jinetes en el horizonte. Cabalgaban a toda velocidad, levantando una polvareda a su paso. A medida que se acercaban distinguió a los jinetes y vislumbró un estandarte que flameaba al viento.
Encabezaba el grupo Eric de Dubhlain montado en el gran semental blanco, y su cota de malla brillaba al sol. Llevaba la visera calzada y cabalgaba con la seguri dad y confianza de un dios. Detrás de él un hombre enarbolaba el estandarte con el emblema del lobo. ¡Regresaban! Tan rápido. Había orado por la victoria del rey, pero no había esperado que la batalla concluyera tan pronto.
No había esperado ver a Eric de Dubhlain tan pronto.
Los cuernos comenzaron a sonar para anunciar el retorno de los guerreros. Rhiannon contempló su llegada desde el parapeto durante un rato que le pareció una eternidad, sintiendo el retumbar de su corazón.

Después decidió que bajaría y lo saludaría con toda dignidad.
Ella no le debía nada, él la había engañado; sin embargo lo saludaría.
Bajó presurosa por las escaleras, entró en la casa y se dirigió a su habitación. Miró alrededor, estremecida. Su habitación, sí, pero él la había ocupado cuando llegó allí y había dejado sus baúles, llenos de ropa, pieles, armas, mapas y libros laboriosamente copiados por los monjes irlandeses en sus monasterios. A1 principio con timidez y con osadía después, Rhiannon había hurgado entre sus pertenencias y se había planteado seriamente la posibilidad de instalarse en otro dormitorio. Sin embargo, á pesar de que se resistía a admitirlo, temía al vikingo. O tal vez no le inspiraba miedo, sino que comenzaba a conocerlo muy bien. Si él lo juzgaba oportuno, consentiría en que su esposa durmiera en otra habitación; si no, la arrastraría de vuelta a la suya, y se consideraría con el derecho de hacerlo.
Y todas las leyes de Inglaterra lo apoyarían. Procedió a cepillarse el cabello y rápidamente evaluó la elección de ropa para el día. Lucía una túnica de lino blanco con finísimos bordados en el corpiño y mangas. No era un atuendo para una ocasión importante, pero era bonito y realzaba el color de sus cabellos.
¿Y qué le importaba a él cómo fuera vestida?, se preguntó. Tal vez debía intentar librar una batalla más civilizada con él, pero seguían siendo enemigos; hasta la muerte.

Bajó a la sala principal y la atravesó. Adela había estado bordando junto a una de las ventanas. Se levantó rápidamente con una expresión risueña y traviesa en los ojos. -De modo que ha regresado el gigante.
Rhiannon le dirigió una rápida mirada.
-Sí, Adela, ven. Tienes que conocerlo. No le tengas miedo.

-Vaya, no le tengo miedo -aseguró su prima. Adela salió tras ella al patio delantero de la casa. Se abrieron las puertas de la empalizada. Sigurd y Mergwin ya se hallaban en el patio, esperando a su señor.
Con el corazón desbocado, Rhiannon cerró las manos en puños, de pie al sol del amanecer. «Tiene que haber cabalgado toda la noche para llegar tan temprano, pensó.
Los cascos de los caballos comenzaron a resonar ante la entrada. Eric continuaba a la cabeza del grupo. Sostenía el casco plateado en la mano. Su gran es tandarte con el lobo ondeaba tras él. Al llegar al patio desmontó rápidamente. Ya estaban allí los mozos de establo para llevarse el caballo. Gigantesco con su armadura, Eric sonrió a Mergwin y Sigurd, y enseguida su mirada se desvió hacia Rhiannon. Ella creyó apreciar una expresión divertida en sus ojos cuando la miró; tal vez era un reto.
Erguido y enorme, él la observó con aquellos increíbles ojos azules. Rhiannon pensó que tal vez él esperaba que ella bajara a recibirlo; pero ella no estaba dispuesta a hacerlo. Sigurd se había adelantado para preguntar por la batalla. Eric le dio una palmada en el hombro y aseguró que habían infligido una severa derrota a los daneses. Saludó a Mergwin y se interesó por su salud. Por último se encaminó hacia Rhiannon.
De pronto la joven evocó la primera vez que él entró en la sala; recordó la cruda sensación física de aquella primera batalla, de aquel primer encuentro.
Al verlo ante ella, con el yelmo bajo el brazo, su ya enorme corpulencia aumentada por la armadura, Rhiannon se cercioró de que la miraba con expresión desafiadora a la vez que divertida.
-Mi señora, mi esposa, cuánto me alegra que hayas venido hasta aquí a saludarme.

Ella ciertamente no ansiaba saludarlo, y él lo sabía muy bien. Rhiannon sonrió, y tuvo la sensación de que se le rompía el rostro.
-Quisiera preguntar por el rey, Eric de Dubhlain. -El rey se encuentra muy bien. ¿No vas a interesarte por mi salud?
-No soy ciega, mi señor. Veo muy bien que tu salud es excelente, ¿no es así?
-Excelente, en verdad. Tengo una molesta cicatriz en un muslo, de una herida de flecha anterior, pero de esta refriega he salido ileso. Estoy seguro de que te complace muchísimo saberlo.
-Muchísimo -dijo ella con la sonrisa congelada en la cara.
Él se inclinó, le cogió la mano y le susurró al oído: -Qué gran mentirosa eres, milady. Deseabas desesperadamente que llegara con las entrañas colgando de mi carne destrozada.
-No, milord, deseaba desesperadamente que no regresaras -dijo dulcemente. Levantó la voz-: Sin duda estarás muy cansado tras la larga cabalgada.
-En realidad no estoy cansado en absoluto -contradijo él-. He cabalgado con entusiasmo por la promesa de... del hogar.
Ella se volvió, dispuesta a entrar en la casa y acabar con la parodia que tenían que representar ante los demás. Pero ésta no terminaría, por supuesto. Rollo y tal vez

otros capitanes entrarían con él y habría que servirles cerveza y comida. Ella se encargaría de eso y después procuraría arreglárselas para pasar en alguna parte el resto del día.
Casi tropezó con Adela. Eric la vio entonces por primera vez y frunció el entrecejo.
-Quién es?
-¡Adela, mi señor! -respondió la anciana-. La criada de tu esposa.

-Mi prima -corrigió Rhiannon mirando can severidad a Adela.
Ésta se inclinó graciosamente.
-Estoy encantada de verte de regreso, a salvo y bien.
Eric esbozó una sonrisa y después echó a reír. -Adela, ¿eh? Ven, entonces, y bebe con nosotros. Estoy seguro de que mi esposa está deseosa de brindar por la última victoria de Alfredo.
Rhiannon no dijo nada. Todas las palabras de Eric parecían tener dable filo. Disfrutaba muchísimo burlándose de ella. Pero ella jamás se comportaría como una víctima indefensa, juró; jamás se rendiría. Que riera cuanto quisiera. Ella sería la última en reír.
Entonces apareció Rollo detrás de su marido y la saludó con un beso en la mano. Los demás comenzaron a llenar la sala.
Rhiannon sintió que el corazón le daba un vuelco, latía con furia y después se detenía. Había visto un rostro muy conocido entre la muchedumbre de guerreros; el rostro de Rowan. So novio de antaño había seguido a su marido hasta la sala que debería haber sido suya. Palideció. Eric, que conversaba con Adela, la observó.
Rowan estaba riéndose del chiste que le había contado un hombre cuando sus miradas se encontraron. La risa se desvaneció rápidamente. Inclinó la cabeza con solemnidad a modo de saludo y se volvió hacia otro lado.
Una pesada mano con guantelete cayó sobre el brazo de Rhiannon y la obligó a girarse. La joven, pálida, sostuvo la penetrante mirada azul de su marido.
-Sí, esposa -murmuró él-, el joven Rowan está conmigo, vivo y muy bien, como verás.
Ella apartó el brazo para zafarse. Eric la soltó. -¿Por qué está aquí? ¿Qué nueva crueldad es ésta?
-Ninguna crueldad, señora. Él ha elegido servirme.
-Note creo.
-¿Acaso está encadenado? No, mi querida esposa, camina libremente. Dio la casualidad de que yo le salvé la vida cuando le atacaban unos daneses y creo que está agradecido.
-¿Le salvaste la vida? -La altanería y arrogancia del vikingo la sacaban de quicio-. Eres un tonto, gran lobo irlandés -dijo con dulzura-. Tal vez yo estoy todavía perdidamente enamorada de él. Tal vez él está todavía perdidamente enamorado de mí. Y tal vez los dos te traicionemos en esta misma casa.
Eric permaneció en silencio mucho rato, impasible. Rhiannon sintió un nudo en el estómago y se arrepintió d_ e haber hablado así.
De pronto él arqueó una ceja dorada y la miró fijamente. Ella trató desesperadamente de adivinar sus pensamientos. Eric se encogió de hombros, y ella casi lanzó un grito cuando su esposo cogió su mano entre las suyas, inclinándose para rozarle la piel con los labios. -Sospecho que no, milady. Rowan no me traicionará, por su honor. Y tú tampoco, porque si lo haces te azotaré la espalda y las nalgas hasta que aprendas bien la lección.
Esta vez, cuando ella intentó liberarse, él no lo permitió.

-¡Suéltame! -susurró ella, nerviosa-. La sala está llena de compañeros tuyos. ¿No quieres comportarte como un anfitrión atento?
-No, quiero ser el señor. Me bañaré y cambiaré antes de comer.
-No esperarás que yo atienda a tus hombres -protestó ella.
-No -aseguró él-. Espero que me atiendas a mí. Ella abrió mucho los ojos y tiró de la mano.
-Eric, no pretenderás...
-Claro que sí, mi amor. Tus entrañables palabras respecto a Rowan me han evocado una imagen. Recuerdo a mi esposa, envuelta en poco más que la espléndida hermosura de sus cabellos, prometiéndome todo si el joven Rowan vivía, prometiéndome servirme de todas las maneras; de todas, todas las maneras.
-Pero él ya estaba vivo.
-No podría haber prometido no matarlo si hubiera estado muerto, amor mío.
-¡Ah, sabes a qué me refiero! Me engañaste. Ya lo habías decidido. Montado en tu caballo, mejor dicho, mi caballo, me dejaste hacer el ridículo...
-Me prometiste entregarme todo cuanto se me debe.
-Note debo nada.
-Por el contrario -dijo él, horadándole los ojos con el fuego azul de los suyos, apretándole la mano casi con crueldad-. Me debes mucho, y he venido a saldar la deuda.
-Aquí no; no ahora...
-¡Adela! -llamó él, interrumpiéndola.
La anciana se volvió enseguida. Eric le dirigió una encantadora sonrisa que pareció hechizarla de inmediato.
-Señora, ¿tendrías la amabilidad de ordenar a los criados que se ocupen de colocar la bañera en el dormitorio de mi señora y mío? Y que lleven agua caliente y un poco de vino. Y después, prima Adela, tal vez podría contar contigo para que te encargues del bienestar de mis hombres en esta sala. Supongo que estarías acostumbrada a realizar ese papel en esta casa antes de que irrumpiéramos aquí. Dado que no nos esperabais, tardaréis un poco en asar carnes y preparar una buena comida. ¿Te ocuparás de todo hasta entonces...?
-Por supuesto, milord -dijo Adela, que al instante se dirigió a la entrada de la cocina para realizar la tarea encomendada.
Observándola, Rhiannon dijo:
-Eric, seguro que un comportamiento así por tu parte sería muy grosero...
-Camina a mi lado, señora, o te llevaré sobre mis hombros. No me importa de qué modo me acompañes, pero me acompañarás.
-¡Actúas así porque Rowan está en la sala! -acusó ella, obstinada.
-No, mi señora y esposa. Lo hago porque me dará placer, y tal vez no sólo a mí.
Un escudo de hielo pareció cubrirle los ojos cuando bajó la cabeza para mirarla. En lo más profundo ella sintió el frío, que enseguida fue sustituido por un calor abrasador. Se le secó la boca, y empezó a temblar. Deseaba odiarlo, en realidad lo odiaba y despreciaba su comportamiento. Sin embargo, estaba recordando la noche de boda a su pesar.
Evocaba la sensación de sus manos sobre ella, acariciándola; sus labios rozando su boca, quemándole la piel.
Negó con la cabeza, desesperada. Rowan se hallaba en la sala. Ella lo había amado. Y jamás, jamás, Rowan la había hecho experimentar sensaciones semejantes a las que había provocado el vikingo.
-Eric, ¡no iré contigo!

-Dame batalla, señora, y te venceré siempre -le advirtió él.
-No vencerás siempre...
-Sí, porque me han enseñado que si no venzo no cabe más que esperar la muerte, de modo que me tomo muy en serio mis batallas.
Ella abrió la boca para protestar, pero él estaba decidido y no amenazaba en vano. Se inclinó para cogerla y se la echó al hombro. Las risas y la conversación en la sala cesaron repentinamente, y aunque ella forcejeaba por liberarse, él habló con tono despreocupado a los presentes:
-Hombres, bebed y disfrutad del descanso tras la batalla. Mi esposa y yo no tardaremos en reunirnos con vosotros.
Se oyeron risas y palabras de comprensión por parte de los hombres. Eric se volvió, bajó a Rhiannon del hombro para cogerla en brazos y se dirigió a toda
prisa hacia la escalera. En segundos ya había subido por los peldaños a pesar de las susurradas amenazas y los puños que le golpeaban el pecho. Al llegar a la alcoba, él la lanzó sin ningún miramiento sobre la cama. Rhiannon se apresuró a incorporarse y se apoyó en un codo. Deseó gritarle e insultarlo, pero tuvo que conformarse con hervir de rabia interiormente porque vio que ya habían llevado la bañera y que los criados la llenaban con palanganas de agua caliente. El viejo Joseph colocó un botijo de vino con dos copas de plata sobre una mesa. No la miró en ningún momento; los demás tampoco. Eric trató con naturalidad a los criados, les dio las gracias cuando se marcharon, cerró la puerta y echó el pestillo.
Se apoyó contra la puerta y la miró. -¿Y bien? -preguntó por último. -¿Y bien qué?
-Ven a servirme, mi amor.
-Has perdido el juicio. Deben de haberte golpeado con un hacha de guerra en el cráneo, «mi amor». -Qué deliciosa cadencia tienen esas palabras en tus labios. No he perdido el juicio. Por el contrario, mi memoria es excelente. Y recuerdo, cariño, que tú...
-¡Me engañaste! -interrumpió ella.
Eric se encaminó hacia ella, formidable con su armadura. Ella saltó de la cama.
-Eric...
-¡Rhiannon! Ayúdame a quitarme esta malla, o te juro que lo lamentarás.
-No me amenaces.
-Es una promesa seria y sincera. -No sé hacerlo...
-Sí sabes. Estoy seguro de que has quitado más de una armadura. Ven, ayúdame. Tal vez esto sea lo único que te pida.
El corazón de Rhiannon latía frenético. La joven se echó hacia atrás el cabello y se acercó a él con gesto impaciente. Eric ya había dejado el casco a un lado. Se aga chó para cogerse el borde de la larga pieza parecida a una túnica que formaba parte de la vestidura protectora. Hincó una rodilla en el suelo, y ella se la pasó por la cabeza. Era pesada; resbaló de sus manos y cayó con estruendo al suelo.
-No importa -dijo él, impaciente-. Mi criado la recogerá. Desata los lazos.
Se incorporó, y ella se situó a su espalda para deshacer los lazos que sujetaban firmemente la túnica para que pudiera soportar el peso de la armadura. Él lanzó lejos la túnica. Debajo sólo llevaba una camisa de lino, calzas y botas. Podía arreglárselas muy bien solo, pensó Rhiannon y se alejó.
Eric se sentó en una silla, levantó un pie y la miró. -¡Oh, vamos! ¡Puedes quitarte las botas solo! -Sí, puedo, pero prefiero que me ayudes. -Le dedicó una simpática sonrisa-. Te prometo que te ayudaré a desvestirte siempre que lo desees.
-Gracias, pero nunca lo desearé -repuso ella con descaro.

El la observaba, esperando y sonriendo. Ante su mirada, Rhiannon sintió un calor que la penetraba poco a poco, la invadía por dentro, se le arremolinaba en el bajo vientre y le encendía las mejillas.
-¡Oh, por el amor de Dios! -murmuró.

Se aproximó y le quitó la bota. Él apoyó el pie cubierto con las calzas sobre la espalda de ella mientras Rhiannon le quitaba la otra bota.
Cuando hubo acabado, aquellos azules ojos nórdicos continuaban mirándola fijamente, y la sonrisa seguía allí. Él entornó perezosamente los párpados. -Gracias -dijo con dulzura.
Se levantó y, dándole la espalda, se despojó de la camisa y las calzas.
Rhiannon tragó saliva cuando le vio la espalda y las nalgas desnudas, los firmes músculos que se marcaban con cada movimiento. Desvió la vista hacia la pared y oyó cómo se sumergía en la bañera.
-¿Puedo irme? -¿Que si puedes qué?
-¡Irme! Salir de esta habitación, atender a nuestros huéspedes.
-¿Atender a nuestros huéspedes? ¿No me dirás que estás deseosa de atender a esa horda de vikingos? Le resultaba imposible conservar la paciencia. No tenía por qué humillarse ni rogar. Decidió que nunca volvería a pedirle permiso para nada. Profiriendo una maldición se volvió y se dirigió hacia la puerta.
-No lo hagas -dijo él, y su voz la fustigó como un látigo.
Con gran fastidio notó que apenas podía respirar y que el corazón le latía furiosamente. Obedeció. Se detuvo ante la puerta.
No era cobarde, se dijo Rhiannon, pero si intentaba marcharse él saldría desnudo de la bañera y se lo impediría. Y después... no sabía qué sería capaz de hacer des pués. Se giró, se cruzó de brazos y se quedó mirándolo. -Me dijiste que si te ayudaba...
-Necesito más ayuda -dijo él con tono agradablé.
-¿Qué quieres?

-Lávame la espalda. El combate es agotador. Ansío alivio y paz.
«¡Alivio y paz! Y un cuerno», pensó Rhiannon. Dominando la rabia que la consumía por dentro se dirigió a la bañera, esforzándose por no mirar su desnudez. Le arrancó el paño de la mano y se colocó tras Eric. Le friccionó la espaldá con un desesperado deseo de arrancarle la piel. Contuvo el aliento y tragó saliva cuando le frotó los hombros y sintió la vitalidad y el vigoroso calor de sus tendones y músculos. El cabello dorado le caía, mojado, en la espalda.
-¡Ya está! ¡He acabado! -exclamó, arrojando el paño de lino y el jabón.
Él le cogió la muñeca y dio un tirón, de tal modo que ella cayó de rodillas.
-No has terminado. En realidad acabas de empezar.
-Yo...
-Tus caricias en la espalda fueron tan suaves y tiernas... Sé que está bien limpia. Ahora mi pecho desea también esa suave caricia.
Rhiannon bajó la vista porque no podía soportar la mirada de aquel hombre. Apretó las mandíbulas, volvió a coger el paño y comenzó a frotarle el pecho, evitando mirar las partes de su anatomía que quedaban bajo el agua. Los músculos ondulaban bajo la yema de sus dedos, y las manos le temblaban de tal manera que casi no podía realizar su tarea.
-Recé para que murieras -murmuró ferozmente, sin atreverse a mirarlo, consciente de que él tenía la vista clavada en ella.

-Ah, seguro que rezaste a tu Dios cristiano. Deberías haber rogado a los dioses de mi padre y los daneses. Entonces tal vez Tor me habría atrapado en la batalla y conducido a los salones del Valhalla en lugar de traerme a tu dormitorio.
-Tal vez -dijo ella-. Lo tendré presente la próxima vez.
Se disponía a levantarse cuando él volvió a agarrarla por la muñeca.
-Mi amor, no has terminado. -Claro que sí.
Eric chasqueó la lengua. La joven notó que se ruborizaba ante su mirada. No había escapatoria, pues los dedos del hombre eran como garfios de hierro en sus muñecas.
-Las largas y solitarias noches en que yacía despierto pensando en ti y tus dulces promesas. -Mientes, milord. Estoy segura de que en ningún momento te acordaste de mí. Posiblemente pensaste en tus tierras recién adquiridas, pero...
-Sí -interrumpió él-, pensé en la tierra. -Sonrió-.Amo la tierra. Me gusta su belleza, su munificencia. Disfruto oyendo las'risas de los niños que juegan en los prados. Ansío que reine la paz para que pueda aumentar la riqueza de la tierra. Tú también amas la tierra. Sí, él amaba la tierra; Rhiannon lo había notado. Y debía reconocer que demostraba mucha consideración por la vida humana para ser un hombre que pasaba tantos días de su vida en la batalla.
Alfredo también combatía. Además amaba el estudio, su familia, su casa, su hogar, su dios. Alfredo era un rey guerrero y un hombre compasivo.
Le costaba creer que aquel hombre, su enemiga y sin embargo su señor y marido, pudiera ser también compasivo; un hombre que tal vez la conocía mejor de lo que ella quisiera.
Bajó la vista.
-Amo a mi gente, milord.
-Sí, y la gente está íntimamente ligada a la tierra, ¿verdad? Y es evidente que tú gobiernas bien tu propiedad. Este lugar ha prosperado en mi ausencia.

Rhiannon lo miró a los ojos, desafiante. -Ya no es mi propiedad, ¿verdad?
Eric sonrió, se recostó en la bañera cómodamente y cerró los ojos.
-Eres mía, al igual que la tierra. Os quiero a las dos.
-Como quieres a Alexander.
-Es un semental extraordinariamente bueno.
Ella levantó el paño, dispuesta a arrojárselo a la cara. Pero la relajada apariencia de él era engañosa. Antes de que ella pudiera moverse, él ya había abierto los
ojos y la tenía sujeta por la muñeca. Con voz profunda y ronca dijo:
-Esposa mía, sí, pensé en ti, noche tras noche; pensé en tu dulce promesa. Intentaré citar las palabras exactas. Bueno, no las recuerdo, pero sí recuerdo que me dijiste que me darías cualquier cosa, cualquier cosa. -Me engañaste.
-Tendré lo que quiero -dijo él, encogiéndose de hombros-. Y dudo que te disgusten tanto como asegurar tus deberes conyugales. Recuerdo con el mayor pla cer nuestra noche de bodas. Esos suaves y dulces, y no tan suaves ni dulces, sonidos que dejabas escapar han llenado mis sueños cuando yacía solo en la oscuridad.
Rhiannon se sonrojó de nuevo. Haciendo acopio de dignidad, espetó:
-Terror vikingo...
Emitió una sobresaltada exclamación cuando él la rodeó con el brazo y la introdujo totalmente vestida en la bañera. El agua salpicó el suelo de madera. La joven
le presionó con fuerza el pecho tratando de liberarse. Eric echó a reír sin soltarla. Enredó los dedos en sus cabellos para inmovilizarla, y su boca se posó ávidamente

sobre la de ella. Su lengua inició una exploración salvaje y seductora por los labios y la boca de Rhiannon, que, envuelta en el vapor del agua y el calor del cuerpo de él, sintió que el corazón le martilleaba en el pecho. Entonces él apartó sus labios mientras sus dedos encontraban los encajes de la túnica de la muchacha.
-Me prometiste venir a mí, seducirme y hechizarme como lo hiciste aquel día en el bosque con tu novio.
Ella le agarró los poderosos dedos, que se hallaban sobre sus senos.
-Deseas lo que no puedes tener, lo que no te has ganado, ¡lo que jamás te daré! Yo estaba enamorada de Rowan.
-¡Enamorada! -Él rió, burlón-.Jugabas con un muchacho. Necesitas un hombre.
-Sí, señor, tú eres tan viejo... Prefiero un joven. ¿Qué mujer necesita un amante decrépito?
-¡No tan decrépito me parece! -exclamó él, divertido.
Entonces Eric le tomó la mano y la bajó lentamente por su torso. Ella sofocó un grito cuando él le sumergió la mano bajo el agua para deslizarla por su vientre y ce rrarla alrededor del miembro viril. Los dedos de la joven percibieron la vida y la excitación que palpitaban con pasmosa fuerza y deseo. Intentó retirar la mano, pero la de él se lo impidió. Quiso salir de la bañera, gritar, protestar, pero sus ojos permanecieron aprisionados por la mirada de él, y no dejó de tocarlo.
Eric esbozó una sonrisa. Impaciente, le apartó los encajes de la túnica y descubrió los senos. La atrajo hacia sí, y sus labios apresaron la suave y turgente redon dez femenina. Circundó con la lengua la dureza del pezón y succionó ardientemente, produciéndole una alarmante oleada de intenso placer. Ella gimió y, como dotados de voluntad propia, sus dedos se enterraron en los cabellos del hombre mientras él gozaba apasionadamente del dulce fruto de su cuerpo. La mano masculina se deslizó por debajo de la ropa mojada, ascendiendo por el muslo. La caricia se demoró en el centro mismo de la excitación y después se introdujo dentro, muy hondo, arrastrándola al borde del abismo, haciéndola estremecer encendida de fuego, queriendo resistirse y sabiendo que estaba perdida; frotando, acariciando con tanta suavidad, tan profundamente... Ella trató en vano de hacer salir las palabras atrapadas en la garganta, pero ya los labios de Eric estaban sobre los suyos, acallando toda protesta.
El vikingo se levantó en la bañera con ella en brazos. Una gran cortina de agua cayó de su cuerpo desñudo y de la ropa empapada de ella. Eric la miró fija mente a los ojos antes de depositarla en el suelo. Introdujo la mano por el corpiño y desgarró la tela de la camisa y el vestido blanco de Rhiannon. En silencio ella se maldijo por el rubor que subía a sus mejillas. Decidida, sostuvo la mirada de él con expresión de desafío. En cierto modo le complació la sonrisa de admiración que asomó a los labios del hombre y el destello de sus ojos al mirarla. Sí, eran enemigos, pero le gratificaba que él la admirara y le agradaba contemplar su masculina belleza y sentir su crudo y excitante vigor. Sí, incluso le gustaba su arrogancia, porque tal vez era esa misma confianza y seguridad en sí mismo lo que encendía las llamas en su interior.
-Has destrozado mi vestido -dijo secamente. -Tienes otros.
-Ah, señor, soy tu esposa, tu propiedad, tu posesión; lo que es mío es tuyo, y por lo tanto lo destruido representa una pérdida para ti. No siempre conseguirás derrotar al enemigo. No siempre habrá nuevas riquezas que conquistar.
-No, ay de mí, porque mi querida esposa rezará ahora a los dioses correctos para que me castiguen. -No siempre vas a vencer.

Eric la cogió en brazos, con su mirada, de un insondable azul cristal, fija en los ojos de ella, y los labios curvados en una sonrisa.
-Pero, mi amor, permíteme protestar. Yo siempre gano y te prometo que siempre ganaré.
Ella deseó contradecirlo, pero él ya avanzaba hacia la cama. La depositó sobre la cama y se tendió a su lado. Ella habría hablado, pero Eric volvió a reclamar sus la bios. A continuación la boca de él, tempestuosa y ardiente, se desplazó hacia el lóbulo de la oreja, donde le susurró que estaba mojada y deliciosa. Su mano la acariciaba mientras Eric explicaba con voz ronca dónde la besaría, interrumpiéndose para lamer las gotas de agua que quedaban en su cuerpo. Paseó la palma suavemente por sus senos, y enseguida posó los labios sobre el dulce y duro pezón para bañarlo con la lengua y aprisionarlo en la boca, haciéndola gemir y apretarse contra él. Rhiannon le hincaba los dedos en los hombros, los hundía en su cabello, entregada totalmente a sus caricias.
Eric lamió una gota que reposaba en su ombligo y luego descendió por el vientre femenino para instalarse entre sus muslos. Allí la desafió a protestar deslizándole las fuertes manos bajo las nalgas para separar las firmes y largas piernas e inició un suave y completo recorrido por los pétalos rosados de su más profundo anhelo. Su caricia era ligera, rozando, explorando, tan atormentadora y seductora que, en lugar de protestar, ella se arqueó contra Eric, quien se apresuró a complacer las dulces exigencias de su cuerpo embistiendo con los dedos y la lengua.
En el interior de la mujer estallaron profundas y oscuras fantasías que jamás había imaginado. Suaves gemidos brotaron de su garganta, mientras se agitaba y movía sin inhibición a medida que él la excitaba aún más. Inmensas oleadas voluptuosas la sacudieron, y se estremeció violentamente cuando la cima comenzó a elevarse dentro de ella como explosiones de miles de estrellas en un cielo aterciopelado. Y en el instante en que pensaba que el placer empezaba a disminuir, él la acarició más profundamente, y enseguida montó sobre ella, colmándola con la palpitante plenitud de su sexo. Y al penetrarla fieramente, las llamas del placer se avivaron.
Ella le mordió el hombro y le arañó la espalda. Sin vergüenza se aferró a él, rodeándole la cintura con las piernas, y moviéndose al ritmo que él marcaba.
No deseaba eso, pensó fugazmente. No quería entregarse a él. Sí, le había prometido hacerlo, pero él la había engañado y traicionado...
Sin embargo, él era lo que más deseaba en aquellos momentos. Rhiannon le besó el pecho, y Eric respondió al ardor de su boca con avasalladora pasión. Se sin tió maravillada por el vigor de los músculos que tocaban sus dedos y extasiada por la fuerza que embestía con ansias y poder entre sus muslos. Las inmensas y cegadoras olas de placer crecían dentro de ella. Después la embargó una dulzura tan deliciosa que le resultó casi insoportable. El mundo resplandeció, y notó que él la penetraba más, más y más profundamente.
El éxtasis alcanzó la cima, invadiéndola toda entera. La cegadora luz dio paso a la oscuridad, y en ese momento oyó el gemido ronco y gutural de su marido, que encontraba su propio alivio dentro de la vaina de su cuerpo.
La luz retornó poco a poco. La mujer todavía jadeaba, y su cuerpo era sacudido por pequeños estremecimientos.
Eric, apoyado sobre un codo a su lado, la contemplaba. Un largo mechón de cabello, todavía algo húmedo, los unía como una madeja de oro y fuego.
Él le acarició la mejilla con dulzura. Ella cerró los ojos, agotada; en aquellos momentos sólo deseaba apoyar la cabeza en su pecho y encontrar la paz.
-Sí, soñé contigo, mi amor -murmuró el vikingo.

Su primer pensamiento fue que el susurro no había sido real; pero después se dio cuenta de que sí lo era, porque él la atrajo suavemente hacia sí hasta colocar su cabeza sobre su anchísimo torso. Le atusó el enmarañado cabello.
-Soñé con este lugar, con los colores y matices de las rocas y acantilados. Tonalidades malvas, púrpuras; el verde de la primavera.
-Irlanda es verde, según me han dicho -musitó ella contra su pecho. No le veía la cara, pero presintió su sonrisa.
-Sí, es verde; hermosa y generosamente verde. Pero Eire también tiene otros colores; sus rocas y acantilados, su belleza y su paz.
-Aquí nada es apacible -dijo Rhiannon-. La galerna sopla con mucha frecuencia. Y el mar es traicionero. Hay muchas tormentas.
-Sí, es cierto -coincidió él.
-Eso es parte de lo que amas, categóricamente tu estilo.
-Y creo que también el tuyo, milady. -Rió-. Sí, tal vez estamos hechos el uno para el otro.
Todavía había ternura en su voz, pero súbitamente la asustó, al igual que el bienestar que sentía junto a él. Aquello no podía durar. Él no la amaba, sólo jugaba con
ella. La quería como a la tierra, ¡como a Alexander! Jamás debía permitirse intimar demasiado con él. Jamás debía depender de él. Ni necesitarlo.
En ese momento Eric le acariciaba suavemente la espalda, el hombro, el brazo. Su contacto produjo a Rhiannon un cosquilleo bajo el pecho, y le pareció natural que se lo provocara.
Se mordió el labio y levantó la cabeza, tratando de liberar los cabellos. Oyó su risa ronca, suave, atormentadora. Él volvió a colocarse encima de ella, equilibrando su peso con sus musculosos brazos.

-Ay, dulce esposa mía, tal vez descubras que estás enamorada de mí, viejo decrépito.
Estaba desvaneciéndose la pasión, las palabras susurradas habían acabado. Sólo quedaba el rostro vikingo, hermoso y satisfecho, y el recuerdo del desenfrenado deseo que él le despertaba con tanta facilidad.
-¡Jamás te amaré! -juró con voz ronca-. Sencillamente cumplo con mi deber conyugal. ¡No me dejas otra opción!
La alegría desapareció de los ojos de Eric; de pronto parecieron cubiertos por una capa de hielo. Su sonrisa, en cambio, no se alteró.
-Sí, señora, no tienes otra opción. Tenlo siempre presente. No es necesario que me ames. Limítate a complacerme. Tal vez nos llevaremos muy bien. El amor es una emoción muy dolorosa.
-Tú no me amas -replicó ella.
-¡Dios santo, no! -exclamó él, cortante. Rozándole la mejilla con los dedos, añadió casi con dulzura-: Que Dios y todos los dioses, cristianos y paganos, se apiaden del hombre que te ame.
Se incorporó bruscamente y saltó de la cama con la gracia de un acróbata. Rhiannon se arropó con la sábana. Estaba cediendo al sopor que la embargaba cuando la voz acerada le dio en la cara como una jarra de agua fría:
-Levántate, mi amor, tienes huéspedes que atender en la sala.
-¿Que tengo huéspedes que atender?
Eric la cogió y la puso en pie delante de él. Sólo el contacto de su cuerpo contra la dureza del de él la enardeció de nuevo, aunque le devolvió la mirada con odio.

-Como te he dicho -susurró él-, no es necesario que me ames. Pero eres mi esposa, y vas a servirme. -¡No soy tu esclava!
-No, Rhiannon, eres la señora aquí. De modo que reinarás en la sala de la casa en que naciste. Y te acostarás conmigo en esa habitación cuando yo lo exija. -Ya lo veremos.
-Pues sí -se burló él-, ya lo veremos.
La estrechó entre sus brazos y la besó de un modo tan apasionado que Rhiannon no pudo resistirse. Advirtió un ligerísimo matiz de ternura mezclado con la pasión.
-Que Dios se apiade del tonto que se atreva a amarte, Rhiannon. -Se volvió hacia uno de sus baúles-. Vístete deprisa. Nos hemos demorado mucho -¿Que nos hemos demorado? Yo no...
Eric la miró a los ojos, silenciándola.
-Pues claro que sí -dijo con un tono travieso medio burlón-. Y volverás a hacerlo otra vez, y otra Ahora vamos.
Colérica por su insinuación y la dura autoridad de su voz, Rhiannon se dio media vuelta para buscar ur vestido. De espaldas a él se puso la camisa y después si volvió.
Eric ya se había enfundado las calzas y estaba poniéndose la camisa. La joven tuvo que morderse el labio fuertemente porque sintió que renacían los estremeciemientos en su interior al contemplarlo. Tenía el talle tan esbelto y liso, los hombros tan anchos; sus brazos eran como el acero, y sus muslos, sólidos como troncos de árbol. Deseó acariciar el terso bronce de su piel y maravillarse con su tacto.
No la amaba...
Era su marido y el destino los había juntado. ¡Pero no lo serviría! ¡No!
Sin embargo...
Él amaba ese lugar. Amaba la tierra, la gente, amaba los niños.
Eric se volvió, como si un sexto sentido le hubiera indicado que estaban observándolo. Ella se giró enseguida, sacó del baúl una enagua y una túnica y se vistió con un conjunto azul muy elegante. Entonces sintió que Eric la miraba. Cuando se dio la vuelta él ya estaba ataviado como un príncipe irlandés, con camisa y túnica corta forrada en armiño, calzas azul marino, capa carmesí y broche.
Eric introdujo la daga de que nunca se separaba en la vaina que pendía del cinto y le tendió la mano. -¿Vamos, milady?
-Tú me arrastraste hasta aquí. Ahora me apremias. -Bueno, si prefieres seguir aquí, yo quebrantaré con mucho gusto todas las reglas de hospitalidad y me quedaré contigo. Aprendes con rapidez, mi señora y esposa, y sin embargo hay tantas otras cosas que podría enseñarte. Seguramente mi precipitación ha sido indecorosa, provocada por el tiempo transcurrido desde los increíbles éxtasis de nuestra noche de bodas... -Se le quebró la voz y el sonido ronco y profundo de su risa resonó en la habitación. Rhiannon había decidido apresurarse, y cuando él acabó de hablar con ella ya se había cepillado el cabello, calzado y había bebido un largo trago del vino que les habían servido. Se hallaba junto a la puerta con el mentón levantado orgullosamente, desafiando sus risas-. Veo que ya estás lista después de todo -dijo él. Le tomó la mano, y juntos salieron del dormitorio. En el pasillo se detuvo, le besó la mano, y sus ojos, muy azules, escrutaron los de ella en las sombras-. Eres increíblemente hermosa, mi amor. -Una maliciosa sonrisa asomó a su sensual boca- El esplendor de la tarde se ha desvanecido, y ya ardo en deseos de que llegue la noche.

Ella sostuvo la mirada sin pestañear, rogando que él no percibiera el agitado latir de su corazón ni advirtiera que sus palabras la encendían con pequeñas y ardientes llamaradas de excitación.
-Nuestros huéspedes nos esperan-dijo Rhiannon.
-Sí.
Le tomó la mano y la condujo hacia las escaleras. De pronto, mientras se dirigían a la sala, ella se estremeció violentamente. «Que Dios y los cielos se apiaden de la mujer que sea lo suficientemente tonta para amarlo», pensó.

12

Cinco días después, al despertar por la mañana, Rhiánnon descubrió que el vikingo ya no estaba en su cama.
Vio las sábanas arrugadas donde había yacido el gigante rubio que había regresado con tanta rapidez para amargarle la vida.
Se levantó de un salto, como si necesitara escapar hasta del acosador recuerdo de su cuerpo junto al suyo, y miró el lecho como si fuera una burla de todo lo que significaba aquel matrimonio. Apretó los puños contra los costados, deseando desesperadamente poder darle, aunque fuera una sola vez, una buena paliza.
La palabra de Eric era ley, y él sabía cuánto detestaba Rhiannon su dominio y por tanto estaba decidido a gobernar a la esposa que le había proporcionado la tierra y a la tierra misma.
Se estremeció y entonces se dio cuenta de que estaba desnuda. Se apresuró a sacar del baúl una camisa, unas calzas y una túnica. Medio vestida se dirigió a la mesilla en que descansaban la jofaina y el jarro con agua y se lavó la cara, el cuello y las manos. Después acabó de vestirse, se cepilló y trenzó el pelo y, tras echarse sobre los hombros una capa forrada en piel, salió de la habitación.
Se detuvo en lo alto de la escalera. No oyó la voz su marido en la sala, pero sí la de otros hombres. Rollo contaba historias de batallas, mientras los otros lo escuchaban e interrumpían con preguntas. Rhiannon bajó con sigilo por las escaleras. Respiró profundamente al ver en la sala a Rowan y otros jóvenes que habían estado al servicio del rey Alfredo.
Habían estado en la casa señorial desde su regreso. Aquella primera noche la habían saludado educadamente, con todo el respeto debido e incluso ternura, cuando ella bajó cogida del brazo de Eric. Incluso Rowan había estrechado su mano haciendo una profunda inclinación y le había besado la mejilla delante de Eric, saludándola como a una hermana. Ese comportamiento la había hecho sentir abandonada porque el hecho de que se hubiera atrevido a besarle en la mejilla delante de Eric significaba en cierto modo que todo cuanto había habido entre ellos habia acabado.
Había acabado el amor, pensó. En otro tiempo ese amor había brotado alegre y hermoso, como un manantial, pero de pronto le parecía sólo un juego de niños tratando de imitar a los adultos. Tal vez eso ocurría porque Eric estaba allí, tan real cuando todas las escenas del pasado se habían convertido en tantas fantasías. O tal vez se debía a la manera en que él la había tocado, imprimiéndole una especie de marca de posesión que no podía negar. Había conocido a Rowan durante años, y, sin embargo, Eric la conocía mejor. Durante mucho tiempo había creído que amaría a Rowan hasta el último día de su vida, y, sin embargo, el recuerdo suave beso de Rowan resultaba confuso e inocuo, mientras que al rememorar la pasión de

los labios de Eric calentaba la sangre y se le arrebolaban las mejillas... Se le despertaba un deseo intenso.
Sería estúpida si llegaba a quererlo. Jamás lo amaría, aunque sí compartieran su amor por la tierra, los animales y los vulnerables niños; aunque compartieran ciertos valores, tales como el respeto a sus mayores y por las tradiciones de sus respectivos legados; el gusto por lo exótico, la reverencia por el aprendizaje. No, a pesar de que coincidieran en ciertos aspectos, jamás lo amaría. Y nunca lo honraría ni obedecería.
Salió de la sala a toda prisa y sin ser vista. Uno de los hombres de Eric, irlandés, montaba guardia junto a la puerta. Se inclinó ante ella cuando pasó. Ignoraba hacia dónde se encaminaba; simplemente deseaba alejarse de la sala a que Eric podría regresar demasiado pronto. Caminó presurosa, pasando junto a los herreros y artesanos que trabajaban dentro de las murallas, y dejó atrás las puertas, y a más guardias de Eric. Tomó un sendero que conducía hacia el norte, hacia los acantilados cubiertos de hierba. Tardó quince minutos en llegar a un inmenso roble cuyo frondoso follaje se mecía sobre las aguas rápidas y frías de un riachuelo.
Allí habían dado sepultura a Egmund y Thomas. Adela la había llevado a las tumbas, junto a las cuales había pasado largos ratos orando por las almas de los difuntos. Al principio se había planteado la posibilidad de volver a enterrarlos bajo el suelo de la capilla, pero después se dio cuenta de que le gustaba aquel lugar hermoso y apacible, desde el cual no se divisaba el mar, ni los navíos dragones anclados en lo que en otro tiempo había sido su costa, su dominio.
Se arrodilló en la hierba e inclinó la cabeza para rezar por sus amigos perdidos; pero su mente no estaba en las oraciones. Se sentó y comenzó a mordisquear ociosamente una ramita, contemplando la rápida corriente de agua. Estaba aturdida, paralizada, pensó. Su esposo había regresado antes de que ella estuviera preparada para recibirlo. Durante la ausencia de Eric, había reinado una cierta paz. Rhiannon había tenido la ilusión de que la vida apenas había cambiado. Se había sentado en la sala y escuchado las quejas de sus siervos, arrendatarios y ciudadanos libres y había juzgado prudentemente según las leyes de Alfredo. Se mostraba justa en sus órdenes y compensaciones. Había habido pocas quejas, pues todos estaban demasiado ocupados reconstruyendo sus casas después de la inútil batalla como para enzarzarse en disputas. Pero los hombres son hombres, de modo que surgirían disputas, y el reinado de Alfredo era famoso por la justicia de sus leyes.
Pero de pronto...
Un vikingo se había convertido en el señor de esa gente. Eric había entrado en la sala y exigido que todo estuviera a su disposición. Se había atrevido a subirla en brazos por las escaleras, delante de todos los reunidos allí, y después, con la misma arrogancia, la había llevado a la sala para comer. El almuerzo se había postergado hasta que el amo hubiera satisfecho primero otro hambre básico. Cada vez que habían alzado el cáliz de aguamiel que compartían, habían rozado sus dedos, sus miradas se habían encontrado, y ella se había percatado de que Eric se reía de su azoramiento.
Al parecer los demás lo consideraban civilizado, y no sólo a ratos, como le ocurría a ella. Adela lo encontraba atractivo y encantador. ¡Encantador! Los criados se apresuraban a cumplir todas sus órdenes, y los guerreros de Alfredo bromeaban con él. Incluso Rowan, ¡maldito Rowan!, parecía respetarlo muchísimo y apreciarlo.

«¡Hombres!», pensó disgustada. De modo que en la batalla mataba fácilmente a los otros, de modo que era un héroe. Había sido educado para sembrar la muerte. Y para imponer su voluntad.
Aquella primera noche se había escabullido después la de la cena para buscar alojamiento para los hombres que lo habían acompañado. Algunos dormirían dentro de la sala, otros se hospedarían en las casas junto a las murallas... Debía ocuparse también de calcular cuánto grano y heno había que adquirir para alimentar a los caballos, y solucionar otros muchos asuntos. Así pues, había estado alejada de él hasta muy tarde. Por fin Eric la encontró en la cocina, disponiendo las comidas para el día siguiente. Aún podía verlo en el umbral, con las manos en las caderas, mirándola de hito en hito con aquellos ojos azules. Había levantado una mano y ordenado: -;Ven!
Ella se había vuelto con todo el noble desafío que logró reunir.
-Mi señor, estoy ocupada -había replicado con un tono capaz de despedir al más firme guerrero.
Pero no a ese señor de los lobos. Apenas había comenzado a girarse cuando sintió su mano en el hombro. Sin mediar palabra la cogió en brazos y la mantuvo así.
Se observaron en silencio. Eric la condujo por entre los hombres borrachos, adormilados en la sala, la hizo subir por las escaleras y la llevó hasta el dormitorio sin dejar de mirarla a los ojos en ningún momento. Cuando la depositó en la cama, Rhiannon dijo que lo odiaba, pero mientras observaba cómo el vikingo se desvestía a la luz de la vela, dudó de la veracidad de sus palabras. No obstante las repitió una y otra vez cuando él se tendió junto a ella, con su magnífico pecho de bronce exquisitamente alfombrado por el vello de color platino, y supo que sus palabras no eran ciertas.
-Eres mi esposa -le recordó él-. Y haré mi voluntad.
Su risa ronca llenó el aire y el contacto de sus manos se convirtió de pronto en dulce caricia y las furiosas protestas de la joven fueron ahogadas por la dulce y exi gente avidez de los labios masculinos. Sus palabras de odio se desvanecieron, barridas con la misma limpie que su voluntad. Las velas comenzaron a apagarse, y su debido tiempo Eric le arrancó, con el fervor de sus besos, suaves gemidos de deseo y satisfacción.
Sentada a la orilla del riachuelo, Rhiannon expulso el aire de sus pulmones y se puso en pie. Al día siguiente él había salido a cabalgar y no había regresado hasta muy avanzada la noche. Rhiannon fingió estar dormida cuando él volvió. Eric no la tocó, de modo que la tercera noche ella repitió el juego. Pero en esa ocasión venció él. Riendo, la había obligado a darse la vuelta para decirle que simulaba muy mal y que debía dar la bien venida a su señor.
Y lo había hecho, pero se arrepentía.
Y la noche anterior... la noche anterior Rhiannon había conseguido una victoria. Por muy excitantes que resultaran sus caricias, había resistido. No había presentado batalla, sino que se había limitado a yacer en el lecho fría como una piedra, con los ojos llenos de lágrimas en la oscuridad, luchando no contra él, sino consigo misma.
Y después había permanecido despierta en la oscuridad, igual que él.
Y esa mañana...
Aún podía sentirlo sobre ella, aspirar su aroma recordar la dulce melodía de su risa, su fiero ardor cuando la penetró. Sintió de nuevo la dureza de su músculos, su estremecimiento cuando estaba dentro de ella, la sensación cuando él derramó su semilla. Jamá se libraría de él, de su recuerdo. Y se despreció a sí misma porque no podía negar que él semejaba un dios que su pecho desnudo, sus caderas, sus

muslos... y su miembro viril eran en realidad pasmosos; que su ojos eran imponentes y autoritarios, y no sólo sus ojos sino toda su personalidad; que era, verdaderamente el nuevo amo.
No, jamás.
Las hojas del roble se mecieron y susurraron ende ella. Arrojó a un lado la capa, se quitó los zapas y las calzas y corrió hacia el agua; estaba helada, ro le apetecía bañarse. Miró alrededor y después se espojó de la túnica y la camisa y se introdujo en el riachuelo, que la cubrió hasta los muslos. Se estremeció frio. Se sumergió hasta los hombros, empapándose los cabellos. Se zambulló rápidamente y sintió toda la fuerza del agua helada. Se sentía limpia, libre de él, su contacto y su dominio.
-Rhiannon.
Al oír pronunciar su nombre con tono tenso y preocupado sofocó un grito y se volvió. Apretó los dientes, rogando que Eric no la hubiera descubierto allí. Entonces se relajó porque había reconocido la voz de Rowan. -¡Rhiannon!
-¡Estoy aquí!
Entonces lo vio, montado y rodeando el roble. ¡Qué joven se veía!, pensó. Se sintió como si ella fuera mucho mayor. Rowan era todavía un muchacho, pensó,
y ella ya no era una niña, sino una mujer. Rowan desmontó y caminó presuroso hacia ella. Se detuvo al ver su ropa en la orilla. Profiriendo una maldición se agachó para recoger la capa.
Rhiannon se irguió y se dirigió hacia él, recordando la malhadada mañana en que se había acercado a él así. Por aquel entonces los sueños todavía estaban vivos. Pero en esos momentos... se apresuró a cubrirse con la capa, y Rowan desvió la mirada.
-¿Qué ocurre? -preguntó ella.
-No estabas -respondió él con voz áspera-. Los guardias te habían visto salir, pero nadie sabía dónde te encontrabas, y yo... temí por tu seguridad.
-¿Mí seguridad? -Lo miró perpleja. Esbozó una sonrisa triste y enderezó los hombros-. Comprendo.

¿Pensaste que tal vez se me ocurriría arrojarme al mar desde el acantilado?
-No lo sé -contestó él, ruborizándose. De pronto cayó de rodillas ante ella, que lo miró sorprendida-. Te ruego que me perdones, Rhiannon, porque anoche me di cuenta de que mi presencia aquí aumenta tu desdicha. Por favor, compréndelo, yo...
-Tú has decidido servir a un vikingo, Rowan -interrumpió ella, liberando la mano que él le había cogido-. Yo no. Eso es todo.
-Tendrías que verlo en la batalla...
-Lo he visto en la batalla; lo vi atacar mi casa y no reverencio a un hombre por su capacidad para matar. -No lo conoces...
-Soy yo quien te ruego que me perdones, Rowan. Empiezo a conocerlo muy bien.
Él se puso en pie y se acercó más.
-Rhiannon, por el amor de Dios, por favor, trata de comprender. Eric me salvó la vida, no sólo una vez, sino dos. Estoy obligado por honor a servirlo.
Lo vio tan desesperado que se le desgarró el corazón. Lo abrazó, sabiendo que siempre lo amaría, aunque no como lo había amado en otro tiempo, sino como
a un hermano. No había nada en su gesto que no fuera ese amor.
Cuando le tenía rodeado el cuello con los brazos y le susurraba su nombre con ternura y compasión, Rhiannon sintió un escalofrío que se convirtió en dardos de hielo.
Eric estaba observándola.

Montado en el semental blanco, el vikingo los miraba desde las sombras bajo el roble. La joven no le veía los ojos ni los rasgos, pero sí el brillo dorado de sus cabellos y la postura cómoda e imponente sobre el caballo. Entonces él espoleó su cabalgadura y comenzó a aproximarse. Ese día iba vestido como un príncipe irlandés, con el manto escarlata sobre el hombro, sujeto con un gran broche de esmeraldas, en que estaba grabado el signo del lobo.
-¡Dios mío! -musitó ella.
Rowan se apartó rápidamente y se giró. Avanzó un paso, dispuesto a encontrarse con ese lobo, por mucho que lo temiera, dispuesto a interponerse entre ella y el peligro.
-Mi señor --dijo-, te juro que...
-¡No! -exclamó Rhiannon, adelantándose. -¡Rhiannon! -Rowan la agarró del brazo para detenerla.
Ella se soltó. La brisa agitó su capa, y aunque la muchacha la cogió y se cubrió bien con ella se hizo evidente que no llevaba nada debajo. Profirió una silen ciosa maldición. Estaba resuelta a no permitir que Rowan sufriera por haberse preocupado por su seguridad. -No ha sucedido nada incorrecto aquí-dijo aca-loradamente-. ¿Me entiendes? No ha ocurrido nada incorrecto.
Una fría mirada azul, escalofriante como un gélido viento invernal, la recorrió.
-Mi señor...
-Rowan, vete -interrumpió, cortante, Eric-. Después hablaré contigo.
-Pero mi señor... -¡Maldita sea, vete!
Rhiannon se quedó inmóvil, sus ojos cautivos de la mirada de Eric. Ambos oyeron cómo Rowan corría hacia su caballo para luego alejarse.
Eric continuó con la vista fija en ella. A pesar del frío del agua que aún le chorreaba y la glacial mirada de su esposo, Rhiannon notó que gotas de sudor le perlaban la frente. No podía permitirle que le hiciera eso. ¡No lo consentiría!, juró.
Dio una fuerte y furiosa patada en el suelo.

-Ha sido un encuentro inocente, te lo aseguro. Y tú no tienes ningún derecho, ningún derecho, a mirarme de esa manera.
-¿Cómo estoy mirándote? -preguntó él. «Desde una gran altura», estuvo a punto de responder ella, pues así se lo parecía. Sobre el caballo se veía implacablemente gigantesco, y sin embargo lo prefería allí, sobre la montura, que en el suelo cerca de ella. -Te digo que los dos somos inocentes. Y si fueras un poco civilizado...
-Ah, ¡estamos de acuerdo! No soy civilizado. Soy un vikingo, mato a mis enemigos. ¡La muerte es el credo por el cual vivo!
Comenzó a desmontar. Rhiannon contuvo el aliento, y el corazón le martilleó salvajemente. Él se detuvo para contemplar sus ropas desperdigadas sobre la hierba.
Eric avanzó otro paso, y ella se tragó el miedo y el orgullo. Debía defender el honor de Rowan, que ella había comprometido. Hincó graciosamente una rodilla e inclinó la cabeza.
-Te ruego que me escuches...
-Levántate. La falsa humildad no te sienta bien. Se incorporó, mirándolo furiosa, se arrebujó más con la capa y observó que él sonreía implacable al percibir la ira en su mirada.
-Eso está mejor, mi amor.
-No soy tu amor, y jamás lo seré, según aseguras. -Entonces no lo eres -acordó él. Comenzó a caminar alrededor de ella, frotándose la barbilla-. No mi amor, pero sí mi

esposa. ¡Mi esposa! Obligada por el sagrado sacramento del matrimonio a honrarme y obedecerme. Y sin embargo, que me cuelguen, señora, si no te sorprendo siempre en diversas fases de desnudez.
-Se diría que es una de tus maneras favoritas de descubrir a una mujer, milord -replicó ella-, ya que cuando estoy vestida te apresuras a quitarme la ropa.
-No es tu desnudez lo que me molesta.
Un escalofrío recorrió a Rhiannon cuando él se detuvo a su espalda. No le veía la cara; sólo oía su voz trémula, que delataba su rabia a pesar de la ligereza del tono.
-Es tu repetida desnudez ante otros hombres, ante Rowan.
Temblando, ella se giró, pues no soportaba tenerlo a la espalda. Se humedeció los labios para poder hablar.
De pronto lamentó su victoria de la noche anterior.
Quizá él no estaría tan irritado si ella no se hubiera mostrado tan fría; Eric ignoraba cuánto le había costado.
-Mi señor, te juro que Rowan es inocente...
-Hay muchas maneras de morir, verdad? En la horca, por ejemplo. No es una forma agradable de morir. Si la soga es demasiado corta, estrangula lentamente;
si es demasiado larga, la cabeza puede separarse totalmente del cuerpo. También se le puede cortar la cabeza a un hombre con un golpe de hacha o rebanar con una espada.
-Eric...
-Por supuesto, el cuello de una mujer se rebana más fácilmente que el de un hombre. Tu cuello, querida esposa, es tan tierno...
Ella retrocedió, mirándolo.
-Entonces ¡hazlo de una vez! -interrumpió.
Su voz se quebró cuando él la tocó. Eric la estrechó contra su pecho al tiempo que hundía los dedos en su cabello mojado, obligándola a mirarlo a los ojos.
Jamás te mataría así, querida mía. Jamás me negaría el placer de apretar tu cuello con mis dedos y extraerte así la vida. -Mientras hablaba su mano libre
buscó la abertura de la capa y se extendió sobre el pecho bajo el cual latía su corazón-. Para detener este pulso traicionero -siseó. Repentinamente la soltó, apartándota de sí, y se dirigió hacia su caballo-. Recoge tus cosas y ven. Ahora mismo.
Rhiannon inspiró fuertemente y expulsó el aire, n rándolo. Él no le había hecho daño, pero ignoraba cL les eran sus intenciones. ¿Se propondría arrastra; hasta la casa para acabar con ella y Rowan en su pr pia sala?
-¡Espera! -exclamó.
Eric se detuvo y se volvió lentamente. Rhiannon quedó sin aliento y durante algunos segundos se e forzó por recuperarlo.
-Espera. Aún no me has escuchado. Si te atreve; hacer daño a Rowan...
Eran las palabras equivocadas. Él se acercó a la joven y volvió a cogerla fuertemente. Sus ojos la mirare autoritarios.
-Me atrevo a cualquier cosa, señora, deberías saberlo muy bien. Sin embargo, no pretendo hacer nigún daño a Rowan. Confío en él.
-¿qué? -tartamudeó ella.
-No castigaré al muchacho porque tu conducta la de una puta insensible.
-Qué?
Esta vez no tartamudeó. La palabra salió con toda su furia. Se revolvió contra él tratando de zafarse, logrando arañarle el mentón y propinarle un puntapié en la espinilla. El vikingo profirió una salvaje maldición la agarró por el brazo,

retorciéndoselo. Ella cayó, enredada en la capa, y él se apresuró a sentarse a horcajadas sobre sus caderas.
Se desencadenó su genio para salvarla de la humillación total.
-De verdad, si existe un Dios en el cielo, morir bajo un hacha de guerra, te descompondrás lentamente hasta pudrirte, te...
-Continúa -la animó él.
Éhh -¡Suéltame!
-¿Qué? ¿Ahora? Vamos, estoy encantado de descubrir qué es tenerte debajo. Es interesante experimentar qué sentiría el hombre para quien te desnudas con tanto entusiasmo.
-No me desnudé para Rowan.
-Entonces, ¿fue Rowan quien te desvistió? -No, por supuesto que no. Yo...
-¡Ah, comprendo! Viniste aquí, te despojaste de la ropa y te metiste en el agua para representar el papel de seductora, por si yo, tu marido, pasaba por aquí. ¡Qué idea más interesante! Sobre todo después de anoche. -Yo no...
-¡Cuidado, cuidado, milady! -Se inclinó hacia ella, que no supo si el brillo que percibió en sus ojos era de diversión, furia o alguna otra emoción-. Me complace bastante la idea. Y me desagrada mucho la otra sugerencia.
Ella abrió la boca y volvió a cerrarla. Eric ensortijó un mojado mechón de su cabello en un dedo.
-Una cita matutina con mi esposa bajo la sombra de un viejo roble, junto al frescor de un arroyo rumoroso... Ciertamente resulta atractivo, ¿no crees? ¿No estimula tu fantasía?
-¡No!
-¡No! Ay, se me parte el corazón. Ay de mí, en mi cama yace un tronco de árbol sin vida, cuando sé que me casé con una mujer vibrante de pasión. ¿0 es que ella sólo existe para otros? Tal vez estoy equivocado. Quizá deba hablar con el joven Rowan para averiguar...
-¡Basta! -susurró ella. Eric arqueó una ceja dorada. Ella alzó el mentón-. Una cita con mi querido señor y muy bienamado esposo me parece... una fantasía, en efecto -logró decir.
Un destello malicioso y demoníaco brilló en aquellos ojos azules, y Rhiannon deseó borrarle la sonrisa de los labios con un bofetón. Eric se puso en pie y, tras arrojar a un lado la capa, se desabrochó el cinto de que pendía la espada, que cayó pesadamente al suelo junto a ella. Mientras el vikingo se quitaba las botas, las calzas, la túnica y la camisa, ella se giró hacia un lado y observó anhelante la espada.
Un pie descalzo aterrizó sobre sus cabellos. Rhiannon alzó la vista hacia él.
-Te prometo que si te atreves a alzar un arma contra mí, grabaré mis iniciales y el emblema de la Casa Real de Vestfald en tu espalda.
Colérica, se puso en pie de un salto y se abalanzó sobre él. Ambos cayeron al suelo, él llenando el aire con su risa mientras rodaban hacia la orilla del riachuelo. Como la capa se le había caído, estaba desnuda entre el frío del agua y el ardiente calor del cuerpo masculino. Se retorció bajo él tratando en vano de liberarse. Masculló una salvaje maldición, ante la cual él echó hacia atrás la cabeza, riendo.
-¿Qué esperabas de un vikingo? Me has etiquetado, y yo te doy lo que deseas. Que nada se interponga en mi camino. Tomaré lo que deseo por la gracia de mi espada, señora. Y no volveré a tener debajo de mí a una criatura que se comporte con frialdad, sino con toda la furia y dulce pasión que se me debe.
-¡No te debo nada! Bastardo...

Su susurro acarició la mejilla de la muchacha: -Ten cuidado, milády, ten cuidado. Convénceme de que me deseabas a mí y a ningún otro.
Ella inspiró profundamente, deseando mandarlo al infierno. Su rabia era tan fiera como la de él.
Sin embargo, también lo deseaba. Su traidor cuerpo lo deseaba junto al arroyo, a la sombra del viejo roble. Se estremeció bajo la fuerza de sus brazos, su caricia, el poder de su pecho. Sí, lo deseaba. Deseaba la pasión, el abrigo y consuelo de sus brazos, la ternura de sus susurros; deseaba al hombre a quien comenzaba a conocer. Envuelta en la fresca paz del día, oyó el rumor de las hojas, el murmullo del arroyo, y sintió las ardientes corrientes que habían surgido entre su esposo y ella. Rhíannon lo míró, enmarcó su rostro con las manos, enfrentando el fuego de sus ojos con las chispas plateadas de los suyos, y atrajo su cabeza hacia sí para besarle de un modo salvaje y desafiante. Con la lengua exploró seductoramente sus labios, luego la introdujo más allá de la barrera de sus dientes y entabló un duelo hostil y sensual con la lengua de él. Enredó los dedos en sus cabellos y apretó sus pechos contra la aspereza de su torso.
Eric dejó escapar un gemido gutural, rompiendo el silencio de la mañana. Y para ella ya no hubo más paz ni frescura ni sombra del roble. Los labios de él le abrasaron el cuello y los senos, después ambos se arrodillaron con los labios trabados. Ella se puso en pie y sintió ta aspereza del rostro masculino contra su vientre, contra sus muslos. Gimió y se movió de modo sensual hacia abajo, acariciándolo con todo su cuerpo, frotando lentamente sus cabellos y su cabeza contra los tensos y ondulantes planos de su estómago. Titubeó sólo un instante antes de dejarse llevar por la fantasía y coger entre sus manos el miembro viril excitado; casi dio un respingo al notar cómo se inflamaba y crecía a su contacto. Eric jadeó y susurró, lo que alentó su osadía y su lascivia, o perversidad tal vez, pero no importaba. Ya no recordaba ni su odio ni la sangre derramada ni nada que se interpusiera entre ellos. Sólo conocía a ese hombre, a ese amante, y las dulces y salvajes sensaciones que despertaba en ella y, con alada belleza, barrían todo pensamiento. Besó el sexo de Eric, lo lamió y acarició con los labios.
El vikingo dejó escapar sordos y roncos gemidos.

Estremecido, le cogió los hombros y la levantó para cubrir vorazmente su boca con la suya mientras la tendía sobre el suelo. Le separó los muslos con fuerza y la abrió aún más con sus exploradores dedos para luego consumirla con la ardiente y húmeda caricia de su lengua hasta que ella, casi delirante, sollozaba por él, sin saber qué pedían sus palabras. Eric la complació cubriéndola totalmente, y ella gritó sobrecogida cuando él la penetró con la excitante fuerza de una inmensa y majestuosa máquina, abriéndose camino, abrasador, llenándola, formando parte de ella. Sus labios apagaron el grito de Rhiannon, arrastrándola apasionadamente en el torbellino de su deseo. La joven sintió que la inundaban rayos y los truenos estremecían la tierra, que parecía latir alrededor y dentro de ella. Fue llevada al Valhalla y más allá. El éxtasis creció en su interior hasta que el placer casi se convirtió en dolor. Después el sol pareció resplandecer y estallar dentro de ella, que se sintió llena del flujo del hombre, y de pronto la deslumbrante belleza hizo explosión y la noche reinó suprema.
Pasados unos segundos la luz del día retornó. La mujer abrió los ojos y descubrió a Eric a su lado, apoyado sobre un codo, observando su palidez.
De repente tuvo la impresión de que la golpeaba el frío del agua y el aire. Se estremeció y trató de moverse, pero él se hallaba sobre su cabello y no pudo.

Su esposo le acarició la cara, trazando una línea en su mejilla con los dedos. Rhiannon intentó esquivarlo, pero él no se lo permitió.
-¿Por qué viniste aquí? -preguntó él.
-¡Para complacerte a ti, evidentemente! -espetó ella y al instante lo lamentó, porque de nuevo percibió el frío viento nórdico en los ojos de él, de modo que se apresuró a añadir-: No vas, no vas a...
-¿No voy a qué?
Ella bajó la vista. Aún estaban desnudos, bañados por el sudor producido por su acoplamiento. La distancia entre ellos se había hecho de pronto inmensa. -¿No harás daño a Rowan?
Eric se apartó de ella, se levantó y se introdujo en el riachuelo. El agua le llegaba hasta las rodillas, pero se sumergió en su frialdad, dando la espalda a su esposa.
Después, sin mirarla, se encaminó hacia la orilla, desnudo, confiado e indiferente. Cogió su camisa y se la puso.
-¿Eric? -susurró ella, incorporándose levemente sobre un codo, aterrada.
El se cubrió con la túnica, ató las tiras de cuero, y luego su mirada recorrió el cuerpo desnudo de la joven.
-En ningún momento Rowan ha estado amenazado por mi ira -afirmó-. Ya te dije que confío en su sentido del honor, aunque tú carezcas de él. -Rhiannon se puso en pie enseguida, como si aquellas palabras la hubieran golpeado. Las lágrimas asomaban a sus ojos cuando se metió en el agua. El prosiguió-: Como ya te dije una vez, ninguna mujer influirá jamás en mis actos, ni siquiera con una demostración tan dulce como la que acabas de ofrecerme.
Ella no quería verlo; desdichada, sólo deseaba sumergirse en el riachuelo. De modo que allí permaneció, dándole la espalda mientras el agua le lavaba los cabellos y enfriaba y limpiaba su cuerpo. Cerró los ojos y aguardó, con la esperanza de que Eric se marchara. Pero él no se marchó. Cuando Rhiannon se levantó por fin, temblando y chorreando agua, el vikingo estaba en la orilla, completamente vestido, apoyado contra el roble, contemplándola con expresión extraña. Ella salió del arroyo con el mentón levantado y, deteniéndose junto a él en toda su desnuda majestad, murmuró: -Querías saber por qué vine aquí. Te lo diré: vine a lavarme el recuerdo de la noche.

Esperaba un estallido de furia, pero no se produjo ninguno. El viento susurró alrededor de ellos.
-Y lo único que conseguiste fue el nuevo recuerdo del día -dijo él por fin.
Rhiannon se giró, y él le cogió el brazo. Las lágrimas aún le quemaban los ojos. Eric la atrajo hacia sí. -¿A eso viniste?
A ella le extrañó su tono de voz. Se humedeció los labios y señaló el árbol.
-Egmund y Thomas están enterrados aquí. -Él frunció el entrecejo-. Mis capitanes -explicó ella-, los hombres de mi padre que me cuidaron toda su vida y perecieron en nuestra batalla.
-Traidores, señora -acusó él poniéndose rígido. -No -replicó ella, negando vehementemente con la cabeza-, ¡traidores jamás!
-Entonces, señora, desafiaste a tu rey al atacarme. Rhiannon volvió a negar con la cabeza.
-¡No traicioné al rey Alfredo! ¡Tengo sentido del honor, mi señor, aunque tú no lo creas!
-He presenciado cómo intentabas traicionar un compromiso matrimonial.

-¡Compromiso que yo no contraje libremente! -exclamó ella con pasión-. Seguro que has poseído innumerables mujeres, de buen y mal grado. Yo fui ven dida, trocada, traicionada; ¡me obligaron a casarme! Yo deseaba... bueno, ¡qué importa! -Forcejeó para liberarse, pero él la sujetaba con firmeza.
-De buen grado --dijo él.
-Qué?
-Todas mis mujeres se entregaron de buen grado. -Sonrió.
-¡Ah! ¡Pues, yo no!
La expresión del rostro de Eric ya no era traviesa, sino seria, y sus palabras la llenaron de tensión. -Alguien traicionó a Alfredo -recordó él-. Y a mí.

-¡Estoy harta de proclamar mi inocencia!
El príncipe de Dubhlain la estrechó un instante a soltarla a continuación y comenzó a recoger las roesparcidas por el suelo. Se dirigió de nuevo hacia a y las dejó en sus manos.
-Y yo estoy harto, milady, de sorprenderte des¿uda en lugares que no son nuestro dominio privado. Al parecer había desaparecido la letal tensión. -No temas, no volverás a encontrarme desnuda. -Ah, me gustas desnuda. De hecho, te prefiero así. ¿Tu genio parece mucho mejor cuando estás desnuda. -No volverás a encontrarme desnuda -repitió 'ella-;jamás.
-Yo creo que sí -replicó él, burlón-, porque yo te desnudaré a mi antojo y placer, por supuesto. Rhiannon se tragó un insulto y dio media vuelta. La risa de Eric la siguió. De espaldas a él se vistió con la mayor rapidez que pudo. Después se volvió mientras se cerraba la capa con el broche; le fastidiaba tenerlo a su espalda. El príncipe irlandés la observaba con expresión extraña. Para su sorpresa, él le cogió la mano y se la besó. Luego la hizo retroceder hasta el árbol y con extremada delicadeza le acarició la mejilla al tiempo que sus labios se posaban en los de ella con suavidad, casi con ternura.
-Gracias -dijo al retirar los labios. -¿Por qué? -preguntó ella, recelosa.
-Por esta mañana. La fantasía se hizo realidad. Di, ¿de núevo te has entregado con tanta intensidad y pasión a cambio de la vida de otro hombre? ¿O tal vez hubo un ligerísimo deseo de complacerme a mí, tu marido? ¿Podría ser que, pese a tu renuencia a aceptar este matrimonio y el espanto de compartir la cama con un vikingo, estés enamorándote un poquitín de mí?
-¡No! -negó, furiosa.
-Sin embargo, estuviste magnífica -susurró él.

-¡Jamás me enamoraré de ti! Sólo porque no apestas y yo... y yo...
Eric se echó a reír y la besó de nuevo suavemente en los labios.
-Y tú no temas, zorra; yo nunca me enamoraré de ti. -No la miraba, ausente de pronto-. Contrariamente a lo que creas, milady, yo sí recuerdo el amor -murmuró. La brisa sopló con más fuerza. Entonces él la miró fijamente-. ¿Has dejado de estar enamorada de Rowan ?
-Yo... yo... -tartamudeó ella-, ¡claro que no! -mintió. En realidad ya no lo amaba. Se ruborizó, preguntándose si había contestado de forma imprudente o si su respuesta sólo había conseguido divertirlo más-. Es decir...
-El muchacho está a salvo, señora --dijo moviendo la cabeza-. Ahora vamos, han acudido personas con peticiones, y quiero que me enseñes las leyes de Alfredo.

Enseguida se dirigió al semental blanco y se detuvo para esperarla. Rhiannon lo siguió lentamente. Eric la cogió en los brazos, la acomodó sobre el caballo y montó detrás.
-Ya he aprendido algo sobre la legislación de aquí -dijo-. La traición contra el rey es el mayor delito en el país.
-¡Ellos no lo traicionaron! -replicó ella.
-La traición contra el propio señor -le susurró al oído- constituye el segundo mayor delito en esta tierra. -Guardó silencio, esperando alguna reacción, pero como ella no replicara añadió-: Rhiannon, nunca olvides que, sean cuales sean tus sentimientos, yo sov tu señor.
Eric le tocó la mejilla, volviéndole ligeramente la cabeza para mirarla a los ojos. La joven se apartó y bajó la vista hacia el arzón de la silla, donde él tenía apoyada la mano izquierda, grande y poderosa, con dedos excepcionalmente largos, algo afilados, tan graciosos como fuertes.
-Rhiannon...
-No olvido que eres mi señor -dijo ella, volviendo la cabeza hacia él con un destello de desafío en los ojos-. Al parecer no me permites olvidarlo.
El hombre sonrió y después el aire se llenó de su risa jovial. La dureza de sus facciones se ablandó, ofreciendo el aspecto de un príncipe todopoderoso, impo-nente, el señor vikingo de los lobos.
-Eres extraordinaria, milady. -¿Sí?
-Te las arreglas muy bien en mi ausencia, en realidad maravillosamente bien. Y mi regreso te hace rechinar los dientes. En realidad no he venido en plan de guerra. Ambos pretendemos los mismos objetivos.
-¡No, milord, no! -contradijo ella dulcemente. -Sí, señora, sí. -Sonriendo, estiró un brazo para abarcar la tierra que los rodeaba-. Los dos deseamos lo mejor para este lugar: prosperidad, alegría, paz, justicia, cultura; nuestra edad de oro, tal vez.
-¡Milord! -exclamó ella, abriendo mucho los ojos con fingida inocencia-. Qué poder tengo yo? Has puesto el mayor cuidado en recordarme que soy poco más que una criada bajo tu señorío supremo.
Eric movió la cabeza divertido, consciente de que cualquier expresión de humildad en ella era falsa. -Rhiannon, demuestras tu poder en cada paso que das, o al menos eso parece. Señora, eres mi esposa, y cualquier hombre exige ciertas cosas de su compañera. Las riendas que te llevan son flojas, mi amor, siempre que recuerdes que están ahí.
-Como he dicho -repuso ella con calma-, no tienes nada que temer. No me permites olvidar que tú eres el señor de aquí.

-No me importa cómo, mientras lo recuerdes. Entonces espoleó al semental, que comenzó a cabalgar. Rhiannon sintió el poderoso y retumbante movimiento del galope del caballo y el calor y la extraña seguridad del pecho de su marido.
Tal vez podría existir algo semejante a la paz entre ellos...
Sin embargo, cuando el sol resplandecía en las alturas del nuevo día y se acercaban a las murallas, todos los pensamientos de paz se desvanecieron. Desde el acantilado observaron que las puertas estaban abiertas y que dentro había caballos y hombres con los colores de Alfredo.
-Qué ocurre? -murmuró. Eric detuvo a Alexander.
-Más daneses -respondió con voz cansina. Después añadió secamente-: Y bueno, mi amor, es posible que todavía puedas encontrar alivio. Creo que debo volver a la guerra y que un hacha danesa estará siempre esperando.

Aguijoneó al caballo blanco, que emprendió el galope.
Rhiannon no tuvo la oportunidad de decirle que en realidad no deseaba que cayera bajo un hacha de guerra. Rezaría para que regresara sano y salvo.

13

Había un gran número de hombres reunidos en la sala cuando Rhiannon entró rápidamente detrás de Eric. Entre ellos se encontraban muchos de los hombres principales de Alfredo: el serlo y ceñudo Allen de Kent, Edward de Sussex, Jon de Wincester y William de Northumbria, que conversaba seriamente con Rollo apoyado contra la pared, retorciéndose el fino y oscuro bigote.
En cuanto entró en la sala, Rhiannon advirtió que William clavaba en ella la vista, meditabundo y sombrío, con los ojos medio ocultos por sus esados párpa
dos entornados y sus tupidas pestañas. « ¿se es un hombre peligroso», pensó, intranquila. Después intentó desechar la idea porque el rey confiaba mucho en él. De todos modos, la hacía sentirse incómoda; él jamás había aprobado que ella tuviera tanto poder. Sin embargo, se trataba de un hombre importante para Alfredo, y ella sabía que debía apretar los dientes y aceptarlo en su casa.
No tenía alternativa. Eric lo aceptaría.
En todo caso, era evidente que los hombres de Alfredo no se habían presentado para instalarse allí, sino en busca de guerreros.
-¡Eric! Jon, impetuoso y apasionado, siempre el primero en entrar en la batalla, se aproximó a Eric-. Guthrum fue informado de la derrota en Rochester y planea vengarse. Sabemos que se propone atacar desde el mar. Por tanto, necesitamos barcos al servicio del rey. Y un cautivo nos anunció que una horda de sanguinarios invasores arribará a esta costa, hacia el norte. El rey te pide que partas con tus hombres para impedir que este grupo se reúna con la horda de Guthrum.
-Mi flota está a las órdenes del rey -aseguró Eric.
-Y acabaremos con cualquier maldito danés que se atreva a desembarcar en esta costa -intervino Rollo. Se elevó una entusiasta ovación y se alzaron los cuernos en brindis. Rhiannon pensó que los ingleses eran capaces de comportarse de forma tan bárbara como los paganos cuando se trataba de la guerra.
-Necesitamos barcos de inmediato -dijo Allen, avanzando.
Eric asintió y habló a su subordinado:
-Rollo, encárgate de que los capitanes se preparen para izar velas.
El enorme vikingo asintió y salió de la sala. William de Northumbria se acercó finalmente a Eric para saludarlo con un fuerte apretón de manos. -¡Barcos vikingos contra un invasor vikingo! Ciertamente eso nos dará una victoria -dijo sonriendo y dando palmadas a Eric en la espalda.
El irlandés no contestó, y Rhiannon presintió que su marido compartía su inquietud respecto a ese hombre. En ese momento Rowan intervino en la conversación:
-No existe nadie tan veloz y experto en el arte de construir barcos como los vikingos. Hemos de agradecer a Uios que el gran Ard-Ri de Irlanda aceptara como yerno al príncipe de Noruega y que el nieto del Ard-Ri ponga sus barcos a disposición del rey.
-¡Y su brazo armado! -añadió William. -Bueno, agradezco vuestra bienvenida -dijo con ironía Eric-. Veremos si nuestros barcos vikingos contribuyen a una nueva conquista.
-¿Cuánto tiempo necesitan para zarpar? -preguntó Jon preocupado.
Eric esbozó una sutil y sardónica sonrisa.

-Un barco vikingo, amigos míos, puede partir tan pronto se dé la orden. Saldremos dentro de una hora. -Se giró y, dirigiéndose a Rhiannon, agregó-: ¿Tú te ocupas de atender a los ingleses, mi amor?
Ella notó cierto dejo sarcástico en su voz, pero no acertó a discernir si estaba enfadado con ella o por algo de lo que se había dicho en la sala. Eric ordenó a Ro wan que se reuniera con él, y a ella se le encogió el corazón al recordar los acontecimientos de la mañana. Eric se había mostrado muy dispuesto a eximir de culpa a Rowan, y en realidad parecía sentir verdadero afecto por el muchacho, pero ¿no se le ocurriría pensar que respiraría con más tranquilidad sin tener a ese rival cerca de su esposa? Rowan estaría a las órdenes de Eric en la batalla... Pero no, su marido no sería capaz de tal vileza, pensó. Incluso ella reconocía que, por muchos defectos que tuviera el vikingo, la hipocresía y la bajeza no se contaban entre ellos. Eric era un hombre honorable. Pero estaba enojado con ella, si no con Rowan. La culpaba del encuentro de esa mañana, desconfiaba de ella, le tenía antipatía. Y ella le había dicho, falsamente, que aún amaba a Rowan. ¿No podría tratar de herirla a través del chico aunque no tuviera nada contra él?
No tenía tiempo de decirle nada. Además, no se le ocurriría hablar con él en presencia de hombres como William y Allen. Pasó junto a su esposo cuando éste salía al patio para llamar a los mozos de cuadra. La joven saludó a Jon y Edward.
William la abordó cuando se encaminaba hacia la cocina.
-¡Mi querida Rhiannon! Hemos estado todos muy preocupados por ti. ¿Cómo te va?
A ella le molestó que el hombre que se había mostrado más deseoso por arrojarla al lobo le formulara esa pregunta.
-Me va muy bien, muy bien, William, gracias. Discúlpame, debo ocuparme de alimentar a esta gente. Él tendió la mano para detenerla, pero ella lo eludió y entró a toda prisa en la cocina. Adela ya estaba allí, y al parecer entre ella y el mayordomo ya habían organizado todo.
-Ah, estás aquí, cariño. Bueno, hemos hecho traer numerosos barriles de cerveza y aguamiel, pescado fresco y los jabalíes que cazaron el otro día. Como no teníamos tiempo de asar los perniles enteros, porque son muy grandes, hemos cortado trozos y asado en broquetas gran parte de la carne. Enseguida se pondrá la mesa. ¿He olvidado algo?
-Nada. Es lo mejor que puede hacerse en tan poco tiempo. Adela, eres un tesoro.
La anciana sonrió, satisfecha y complacida, y dio unos golpecitos en la cabeza de Rhiannon.
-¿Has disfrutado de un agradable baño en el arroyo esta mañana?
-¿Qué? Ah, sí, muy agradable, gracias.
Vio que Mergwin se hallaba junto a la cocina revolviendo algo que hervía en una olla sobre las llamas. El druida se volvió hacia ella y sus ancianos ojos la escru taron un momento. Rhiannon dedicó una breve sonrisa a Adela y se apresuró a acercarse al mago.
-Qué ocurre? -susurró.
Él levantó la vista algo sorprendido. Con su mano libre se atusó la barba y volvió a mirar la olla.
-¿Se lo has dicho? -preguntó por fin. -¿Dicho qué? -inquirió ella, tensa.
-Lo del niño -respondió él, observándola detenidamente.
De manera instintiva se llevó la mano al vientre. ¡No era posible que lo hubiera adivinado! Ese hombre temible y fascinante no podía haber sabido lo que ella comenzaba a sospechar. Los días transcurrían y ya debería haberle venido el flujo mensual. Y también notaba otros cambios muy sutiles. Mergwin tenía razón, lo sa-

bía. Pero no podía decírselo a Eric sin estar segura. Lo cierto era que su orgullo no se lo permitía; no podía decírselo cuando él la trataba como una posesión que tomaba y abandonaba a su antojo.
-¡No hay nada que decir! -Entonces sintió un escalofrío porque la mirada de Mergwin la escudriñaba hasta el fondo del alma. A la defensiva, preguntó con tono acusador-: ¿Se lo has dicho tú?
-No es a mí a quien corresponde comunicárselo, milady, sino a ti -contestó, inclinándose con humildad fingida.
Rhiannon comenzó a alejarse, pero él le cogió el brazo.
-No me gusta esto.
Ella se soltó, sin comprenderlo.
-¿A qué te refieres? Yo no pedí nada de esto... -Me refiero a esta nueva llamada. No me gusta. Hay algo de malo en esto.
Ella se apartó del rostro el cabello todavía húmedo. -Siempre hay algo malo en la batalla -murmuró-. Mueren hombres.
Le gustó la manera en que la miró entonces, con consideración y cierto respeto. Cuando Mergwin hacía ademán de tocarla, entró Eric.

-Por Dios -tronó-, ya he organizado un ejército, ¿no podemos alimentar a unos cuantos hombres con la misma celeridad?
-Serviremos la comida, mi señor, ahora mismo -se apresuró a asegurar el mayordomo.
Se inició en la cocina una frenética actividad; muchachos y muchachas comenzaron a desfilar portando platos, cuchillos, cucharas para el guiso y grandes broquetas con la carne. Rhiannon se percató de que Mergwin salía silenciosamente por la puerta trasera; se disponía a seguirlo cuando sintió la mano de Eric en el brazo, deteniéndola.
-Ven, milady, a ocupar tu puesto a mi lado.
No le quedaba otra opción, porque sus dedos eran como tenazas de acero y su voluntad semejante a la de Dios. Asintió, pero retrocedió, recomendándose cautela y al mismo tiempo desesperada por hablar con él. Rowan combatiría junto a él de nuevo. Ella necesitaba enterarse de si los dos hombres se habían reconciliado. -Mi señor, has hablado con Ro...
-Sí, señora, sí.
Sus dedos la apretaron con tal fuerza que ella casi chilló. Por la puerta, que con tanta prisa atravesaban los criados, entraban las risas y las estruendosas voces de los hombres.
-Por Dios, señora -continuó Eric casi en un susurro-, ¿cuántas veces tengo que repetirte que no culpo al muchacho?
-¡Me culpas a mí! -exclamó ella. -Ah, sí, eso sí. Ahora, milady... -Debéis partir hacia la batalla...
-¿De modo que aunque te alegraría que el hacha de un danés me partiera el cráneo, temes que yo, perversamente, mande a la muerte al muchacho?
Ella palideció, presintiendo el estallido de furia. -Es sólo que...
-Te aseguro -masculló él con la cara muy cerca de la de ella-, que tu honor o tu falta de él no vale la vida de un guerrero, sea irlandés, noruego o inglés. Ahora, señora, te sugiero que me sigas antes de que olvide que me encuentro entre civilizados ingleses y decida enrojecer esas carnes que por lo visto aún estás resuelta a exponer ante otros.

Rhiannon se liberó, lanzó una maldición y se dirigió hacia la sala. Enseguida tuvo que retroceder, sofocando un gemido, porque él enredó los dedos en su cabellera y tiró de ella. De inmediato la soltó, la tomó del brazo, Y juntos se encaminaron hacia la sala.
La condujo hasta la cabecera de la mesa mientras los demás se acomodaban en torno a ella según sus respectivos rangos. William se sentó al lado de Rhiannon, Jon al lado de Eric, junto a Allen y Edward. Rollo cedió cortésmente su asiento y ocupó, junto con Rowan y otros guerreros del ejército de Eric, el tablón que formaba la mesa secundaria.
A Rhiannon le correspondía compartir el cáliz con William, pero, a pesar de la furia que aún dominaba a su marido, éste se apresuró a rescatarla cuando William le ofreció el cáliz a ella primero. Eric le cogió la mano cuando el protocolo habría exigido que aceptara la copa y pidió disculpas a William con educación:
-William, te ruego que nos perdones. Mi esposa y yo hemos disfrutado de muy poco tiempo para explorar las maravillas del matrimonio; por lo visto siempre se interpone una guerra. Mi esposa compartirá la copa conmigo, ya que aún encuentro fascinante dejar vagar mis labios por donde los de ella se han posado antes.
Lo dijo con voz lo suficientemente alta para que todos le oyeran. Edward echó a reír y aplaudió, y Jon se puso en pie con el cáliz levantado:
-Señores míos, ingleses y los demás, tenemos con nosotros no sólo a un guerrero capaz, sino verdaderamente a un hombre de sabiduría e ingenio, príncipe y poeta. Mi querida señora Rhiannon, debo reconocer, si me perdonas, príncipe de Eire -hizo una rápida inclinación hacia el vikingo y luego volvió a mirar a Rhiannon-, nosotros que te vimos crecer, valiente y bella, estábamos obligados por honor a.aceptar este matrimonio, sin embargo en nuestros corazones sangrábamos. Y ahora descubrimos que estás casada con un hombre que ha conquistado nuestro profundo respeto y admiración y, según sus propias palabras, te ama profundamente. Señora, ¡por ti y tu Señor de los Lobos!
Sonó un estrepitoso aplauso. Rhiannon se percató de que su marido la miraba con un destello burlón en los ojos. Eric alzó el cáliz hacia ella y bebió. Ella se puso en pie.
-Sí, señores míos, os agradezco a todos vuestro cariño. ¿Qué puedo decir? ¡Este matrimonio es en realidad fantástico! Me pregunto qué nuevas maravillas me deparará cada día. Estoy pasmada. ¡Amor, protección! En fin, creedme, amigos míos, cada una de sus palabras, cada uno de sus movimientos, contienen ternura y cariño. Ciertamente es príncipe entre príncipes. -Se interrumpió¿ara mirarlo a los ojos y prosiguió con sarcasmo-: Unico entre todos los hombres.
Se sentó y se oyeron más vítores. Eric levantó la copa y volvió a brindar por ella, quien casi se la arrebató para beber un buen trago de aguamiel. Pronto se acalla ron las risas y las ovaciones, y la conversación se centró en el tema de la guerra. Rhiannon observó que William ya no estaba a su lado. Se volvió y se encontró con la mirada de Eric.
-¿Por qué empezaste esto? -susurró ella-. ¿Qué mentira, qué burla, qué...?
-Ese hombre te codicia -interrumpió él, cortante. Se inclinó, señalando con la cabeza el asiento vacío de William-. Y sospecho que a pesar de todo me quieres a mí, de modo que ten mucho cuidado en su encía.

A Rhiannon se le demudó el rostro. Eric parecía leer sus pensamientos con pasmosa facilidad; sí, despreciaba a William. Al margen de su opinión sobre el

vikingo, jamás la había consternado ni angustiado su contacto. En cambio, el simple hecho de sentir la mirada de William en ella...
Largos y poderosos dedos se cerraron sobre los suyos. La mirada de Eric, profunda, impresionante, la irisionó.
Juro que jamás te tocará. -Ella se estremeció. palabras que a continuación pronunció su esposo le produjeron un escalofrío-: Estáte tranquila, porque lo mataré si alguna vez se acerca demasiado a ti. Después le soltó la mano, se incorporó y preguntó preocupadamente a Allen adónde había ido William.
-Envié un mensajero para avisar al rey que habías puesto a su disposición tus barcos y que dirigirías a tus hombres para combatir el peligro que acecha al norte. William fue a comprobar si el muchacho ha partido.
-Es hora de que nos pongamos en marcha -dijo Eric.
Ésa fue la señal. Los hombres se levantaron y salieron. De pronto Rhiannon se encontró sola a la mesa. Se uso en pie y corrió hacia el patio.
Los mozos de cuadra ya habían sacado los caballos estaban ayudando a los guerreros a ponerse las armaduras y los cascos.
Eric ya estaba vestido con su cota y su brillante `yelmo y montado en el semental blanco. Se volvió al presentir que ella había salido de la casa. A través de la muchedumbre, su mirada azul se posó sobre ella.
Rhiannon se estremeció y lo observó desde las gradas.
-Él espoleó el caballo, que avanzó hacia la joven por entre la multitud. Eric se detuvo ante ella, gigantesco sobre su corcel.
-Señora, tal vez se cumpla tu deseo. Si me matan, debes partir inmediatamente al encuentro del rey, ¿me entiendes?
Ella tragó saliva.
-Ningún hacha danesa lograría matarte.
-Presta atención a lo que te digo. Te reunirás con el rey.
Estaba enfadado. Con voz apenas audible, ella repitió: -Me reuniré con el rey.
-Difícilmente puede calificarse de ejército de defensa a los pocos hombres que quedan aquí. Si se produjera un ataque, tendrías que apresurarte a internarte en los bosques. Nada de actos heroicos, milady, nada de flechas. La casa y las murallas pueden reconstruirse, la tierra continuará siendo mía por mucho que se esfuercen en arrebatármela. Tú, señora, debes buscar refugio en la floresta, ¿me entiendes? Deja que los hombres defiendan las murallas y protejan a los siervos y arrendatarios. ¿Me entiendes?
-Yo...
-¿Me entiendes, señora? Ella asintió.
Eric desmontó, se levantó la visera y estrecho a su esposa entre sus brazos para besarla de un modo tan apasionado que a ella le hormiguearon los labios con la presión, y vagamente se dio cuenta de que se aferraba a él. Y de que tenía miedo.
Él la soltó, subió al semental blanco y vociferó una orden a sus hombres. Rhiannon permaneció de pie en la grada hasta que se desvaneció el polvo levantado por los cascos de los caballos. Después entró cansinamente en la casa.
Se acuclilló delante del hogar y se quedó contemplando las llamas. ¿Por, qué se sentía tan vacía tras la marcha de su marido? Aún sentía en los labios el hormigueo de su beso apasionado.
-Ven, cariño, sube a tu habitación -aconsejó Adela poniéndole la mano en el hombro-. Te convendría dormir un poco. Ha sido un día muy ajetreado.

No hacía mucho que había odiado la presencia de Eric. Sin embargo, tras su partida, la casa estaba vacía. ¿Qué había cambiado en las últimas horas? Porque ciertamente él no se había mostrado más tierno.
Claro, no era ésa su manera de ser, a pesar de las floridas palabras que había pronunciado en la mesa. Sin embargo, había advertido que ella despreciaba a William, que incluso lo temía, y le había ofrecido su protección; no, se la había jurado.
Ah, por supuesto, porque ella le pertenecía igual que Alexander. No permitía que ningún otro hombre montara su caballo, y desde luego nunca consentiría que ningún otro la montara a ella.
Sólo una idiota lo amaría. Ella no lo amaba, no lo amaría...
¡Estaba perdiendo el juicio! Sí, estaba cansada. Se puso en pie.
-Adela -dijo, abrazando fuertemente a la mujer-. Te quiero mucho. Sí, descansaré un rato.
-Sí, cariño, lo sé -dijo Adela alegremente. Tumbarse le sentó bien. Recordó las palabras de Mergwin en la cocina y pensó en los sutiles cambios que experimentaba su cuerpo, El anciano no se había equivocado. Tal vez debería habérselo comunicado a Eric. Quizá acabaría encontrando la muerte y nunca se enteraría.
Y tal vez, a pesar de la noche de bodas, se negaría a reconocer a su hijo, dudando de su paternidad. También podrían cuestionarla otros hombres.
Inquieta, se levantó para sentarse junto al hogar. Mientras meditaba apenada oyó un golpe en la puerta.

-Adelante -invitó distraídamente, creyendo que sería Adela.
Se sobresaltó al ver entrar a Mergwin.
-¡Se enviaron dos mensajeros! -dijo él, comenzando a pasearse por la habitación.
-Mergwin, te ruego que me perdones, pero... -Partieron dos mensajeros; uno para informar a Alfredo. Ignoro quién envió al otro. Los mozos de cuadra me informaron de que salieron dos muchachos. -Tal vez querían asegurarse de que el mensaje llegaba al rey en caso de acciden...
-O tal vez mandaron uno a los daneses. Rhiannon se puso en pie de un salto, mirándolo fijamente. ¿Una trampa? ¿Avisar a los daneses de la proximidad de Eric para que le tendieran una emboscada? Y él todavía sospechaba que ella había traicionado a Alfredo al atacar las naves del príncipe de Dubhlain. Inmediatamente supondría que ella era también la traidora esta vez. -No, no puede ser...
-Debes enviar a alguien. Yo soy demasiado viejo para viajar con la suficiente rapidez para alcanzarlo. Jamás había oído maldecir al druida ni lamentar su edad. Pero en ese momento le temblaban las manos y maldijo.
-Dios mío, ver y no ver con claridad, ¡es una maldición! Debes enviar al guardia de inmediato.
-Nadie puede alcanzarlos. Avanzarán a todo galope por el valle. Y los hombres de Alfredo ya se habrán separado de ellos para regresar a Wareham. No... -se interrumpió y corrió hacia la ventana. Desde allí oteó el paisaje-. ¡Yo puedo ir!
-¿Qué? -preguntó el anciano, atónito.
-Mira, Mergwin -dijo, volviéndose hacia él-, ¿ves ese acantilado, allí, al norte? Llevaré mi aljaba y lanzaré una flecha hacia el valle con una advertencia. ¡Puedo detenerlos!

-Podrías matar a uno con la flecha -murmuró in.

-¡Pregunta a tu señor, Mergwin! Jamás yerro. Me aseguraré de que no mato a nadie. Lanzaré muchas flechas, cada una con un mensaje, y ellos al verlas se pondran a cubierto y descubrirán los mensajes.
-No, no debes ir. Si te hirieran...
-No iré sola. El irlandés Patrick de Armagh me lompañará.
Tras titubear, Mergwin negó con la cabeza. -Envía a Patrick. Tú no debes ir, ¿entiendes?
Qué significaba eso? Había gobernado esa tierra por derecho propio y de pronto esos invasores le ordenaban qué podía y qué no podía hacer. Reprimió el impulso de discutir y sonrió.
-Como quieras, Mergwin, como quieras. -Iré a buscar a Patrick.
-Yo me cambiaré y escribiré los mensajes -dijo serenamente Rhiannon.
Tan pronto hubo salido Mergwin se apresuró a saunas calzas gruesas, una túnica corta de cuero y una capa marrón con capucha. Se vistió, se cepilló y trenzó '-el cabello, cogió pluma y tinta y escribió diez mensajes para avisar de la emboscada; después decidió escribir cinco más. Bajó presurosa y vio que Patrick ya estaba 'montado, con una aljaba inglesa con flechas a la espalda. 'Mergwin le daba instrucciones. El viejo druida estaba tan preocupado y ceñudo que no reparó en la vestímenta de Rhiannon, lo que ella agradeció.
Sonriente, entregó a Patrick los mensajes y cuerdas para atarlos a las flechas y le deseó la ayuda de Dios. Cuando Patrick se alejó, Mergwin exhaló un suspiro y entró en la casa.
En cuanto el anciano hubo desaparecido, Rhiannon echó a correr hacia los establos.
Tras haber engañado a Mergwin, ya no quedaba nadie más que pudiera oponerse a su voluntad, pues Rollo y todos los que tenían puestos de mando se encontraban con Eric. Cuando pidió un caballo, el mozo de cuadra la obedeció al instante, como había hecho siempre en el pasado. Cruzó por las puertas, anunciando que se proponía alcanzar a Patrick y luego regresaría con él.
A nadie se le ocurrió detenerla. Nadie podría haberlo hecho excepto el druida, y lo había engañado, de modo que estaba libre. Lamentaba que el anciano se enojara porque le había tomado mucho cariño, pero debía partir. No podía permitir que Eric creyera que lo había traicionado de nuevo.
Patrick había salido poco antes que ella, pero tardó lo que le parecieron horas en darle alcance. Cuando por fin lo divisó, ya había oscurecido, de manera que no sería posible avisar a Eric y sus hombres esa noche.
Cuando llegó al claro del bosque donde se hallaba Patrick, éste ya había desenfundado su espada, dispuesto a enfrentar a su contrincante.
-¡Patrick, soy yo, Rhiannon! -se apresuró a exclamar.
A la luz de la hoguera que él había encendido, vio la expresión atónita y consternada del rostro del hombre. -¡Mi señora! ¿Qué haces aquí? Esto no es seguro. Si los daneses están tan cerca...
Ella lo interrumpió con un repentino ataque de risa. Percibió perplejidad en su semblante, y algo de irritación también, de modo que trató de tranquilizarlo.
-Lo siento, Patrick, de verdad. Hace muy poco tiempo huí por este mismo camino, cuando tú y los... Se interrumpió porque Patrick era irlandés por los cuatro costados, descendiente de antiguos reyes, y no tenía el menor deseo de insultarlo. No hubo necesidad. Él terminó la frase, casi susurrándola:
-¿Vikingos ?

Rhiannon se encogió de hombros y se apeó de la yegua que había elegido. Se acercó al fuego. Patrick y ella se quedaron mirando un buen rato, y finalmente la joven pidió disculpas.
-Sí, vikingos, Patrick. Lo lamento, pero son barcos vikingos...
-Y Eric es hijo de un rey vikingo -dijo Patrick. Sonrió, y se formaron hoyuelos en sus pecosas mejillas. A continuación se quitó la capa que llevaba sobre una simple camisa de malla protectora y la extendió sobre el suelo-. Siéntate, mi señora. Estoy asando una liebre y creo que estará muy sabrosa.
Rhiannon sonrió, y ambos se sentaron. Los cálidos ojos castaños la miraron fijamente.
-No debes juzgar a todos los vikingos por aquellos que has conocido.
Ella bajó ligeramente la cabeza, tratando de ocultar la extraña lucha de emociones que se libraba en su interior.
-No conozco a ningún vikingo tan bien como a Eric, Patrick.
-Me refiero a los que han asolado esta tierra. Te gustaría muchísimo el padre de Eric. Nunca permitió una matanza...
-Pero se apoderó de una tierra que no le pertenecía -rebatió ella.
-Ha devuelto a Irlanda diez veces lo que tomó -dijo Patrick con orgullo, defendiendo a Olaf-. Él y sus hijos han combatido una y otra vez por el viejo Ard-Ri, su suegro. Dubhlain se eleva como una gran ciudad, la más grande, tal vez, de todo Eire. Hay escuelas para los niños y grandes monasterios que él mantiene. Acuden músicos, sabios y... -Sonrió-. Ésa es la manera de ser irlandesa. ¿Sabes cuál es uno de los mayores delitos en Irlanda?
-¿Cuál?
-Negar la hospitalidad a los necesitados. Es posible viajar por toda la jurisdicción del Ard-Ri, o de los grandes reyes irlandeses, y ser acogido con amabilidad y cariño. Ése es nuestro modo de ser. Y en Eire una mujer puede poseer propiedades y hacerse oír si desea defender su caso en cualquier disputa. El propio Ard-Ri, mi señora, es el hombre más responsable del país, porque es creencia irlandesa que cuanto mayor es la categoría de un hombre en la vida, tanto mayor debe ser su pena por un delito cometido contra un hombre inferior. Además, Irlanda es hermosa, señora. Deberías ver esa tierra, tan verde y bella. Las estaciones aportan cambios; colores malvas, púrpuras, gloriosos naranjas y...
-¡Patrick! Deberías estar allí, trasladando al papel todos esos maravillosos pensamientos, ¡no aquí, participando en una guerra en un suelo extranjero! -- exclamó Rhiannon.
Patrick se ruborizó.
-Señora, te he explicado estas cosas porque debes comprender que Eric de Dubhlain no es un pagano ni un bárbaro, sino un cruce entre el vigoroso talento marinero del vikingo y el refinado y antiguo linaje real de una tierra donde desde hace mucho tiempo florece la civilización ¡en dorada gloria! Eric habla muchos idiomas, ha estudiado poesía griega y latina, sabe mucho de astronomía y astrología, y toca muchos instrumentos. Jamás hubo la intención de que nadie aquí sufriera con nuestra llegada; sólo los enemigos contra los cuales ambos luchamos, los daneses. Ojalá pudieras ver la diferencia entre Eric y Guthrum.
-Patrick -murmuró ella, emocionada por la sinceridad del hombre-. He venido porque deseo ayudar. -¡No deberías estar aquí! -exclamó él, recordando de pronto por qué lo habían enviado solo-. ¡Es peligroso!
-Soy la mejor arquero que conozco. Debo estar aquí.

Él sonrió.
-¿Y si te pidiera que regresaras a casa?
-Ah, no sería seguro que emprendiera el camino de noche. Además, tú podrías pedirme que me marchara, pero no podrías ordenármelo. Y ahora yo te ordeno que me sirvas. Soy la señora de tu señor, estás obligado a mí.
-Mañana, con el alba, atravesaremos esa estribación. Cuando se evapore el rocío y se despeje la niebla, divisaremos su avance por la costa.
Ella asintió. Patrick decidió que la liebre estaba ya en su punto y la retiró del fuego. Compartieron la cena. Ella bebió cerveza caliente del cuerno de él y se tendió sobre su capa.
Él durmió poco durante la noche. Vigiló atentamente hasta que rompió la aurora y descendió sobre ellos la luz del amanecer.
En menos de una hora llegaron a lo alto del acantilado. Tal como esperaban, desde allí vislumbraban kilómetros y kilómetros de acantilados y costa. Patrick fue quien primero atisbó a lo lejos el destacamento de Eric serpentear por un camino hacia el sudeste. La distancia era mayor que la que Rhiannon había supuesto. El corazón le martilleó en el pecho cuando calculó las posibilidades de clavar las flechas en los árboles que se alzaban ante los hombres que cabalgaban. Hizo un gesto a Patrick, quien se apartó a un lado. Reuniendo todas sus fuerzas colocó cuidadosamente la flecha en la ballesta. Un segundo después la disparó. Los dos observaron el arco que la flecha describía. Unos instantes después Rhiannon lanzó un grito de alegría al ver que la saeta caía entre los árboles, junto al camino.
-¡Otra! -dijo inmediatamente a Patrick. Durante los diez minutos siguientes lanzó flecha tras flecha. Llegó un momento en que ya no pudo disparar más. La ballesta era pesada; usarla requería una fuerza enorme. Le dolía terriblemente el brazo y dudaba de ser capaz de arrojar otro proyectil aunque fuera para salvar su propia vida. Abatida cayó de rodillas y dejó la pesada ballesta en el suelo.
-¡Todo va bien, señora! ¡Han encontrado una por lo menos! -aseguró Patrick, inclinándose-. ¡Mira, se han detenido! Ya están avisados y evitarán la emboscada.
La mujer se puso en pie de un salto con fuerzas renovadas. Observó que los jinetes se habían detenido y se reunían. Suspiró aliviada y de pronto arrugó la frente al llamarle la atención otro movimiento.
-¡Ay, Dios mío! -susurró-. Mira, Patrick, mira. ¡Detrás de ellos! ¡Los daneses ya están tras ellos!
Los daneses habían dejado pasar a Eric y sus hombres y estaban siguiéndolos sigilosamente. Desde la posición estratégica en que se encontraban, Rhiannon vislumbró que el sendero los conduciría hasta unos acantilados donde era preciso cabalgar con mucho cuidado. Eric quedaría atrapado contra la elevación rocosa.
-¡Debemos advertirles de nuevo! ¿Sobró algún pergamino? ¿Quedan cuerdas para atarlo? Rápido, ayúdame.
Patrick se apresuró a entregarle los mensajes que no había lanzado y las cuerdas.
-Ah, pero cómo escribiremos? -gimió ella. -No desesperes, señora; espera un momento.
La joven pensó que Patrick había enloquecido cuando vio que se arrodillaba para recoger ramitas y hierbas secas. De la silla de montar sacó un pedernal de sílex y la piedra para frotar y comenzó a encender fuego.
-Patrick...
-Vamos, es sólo un momento. -Sonrió y cogió una rama del fuego-. Sólo necesitamos unas pocas palabras. Escribe con la punta quemada, milady.
a98

En segundos ella había garabateado el aviso: «Están detrás.» Casi gritó de dolor cuando disparó la flecha. Cerró los ojos y oró. Después los dos se arrodillaron sobre el acantilado y observaron, nerviosos.
-¡La encontraron! -exclamó Patrick. -¿Cómo lo sabes?
-Obsérvalos; mira cómo están formando para la batalla. Ya están preparados y a la espera. Van a rebanar . a los daneses como a perros cuando se les ocurra atacar.
El sol estaba alto en el cielo. A Rhiannon le corría el sudor por las mejillas. Desde la altura ella y Patrick contemplaron la batalla. Vislumbraron cómo se acerca ban los daneses... cómo los hombres de Eric contrarrestaban el ataque.
Rhiannon profirió un gemido porque en la confusión de la refriega no podía distinguir quién ganaba. -Aún flamea el estandarte del lobo, mi señora. ¿No lo ves? Desde aquí no se aprecia el emblema, pero los colores de mi señor se ven muy claros.
Ella no logró ver nada más que caballos y hombres muertos y tuvo que conformarse con confiar en que Patrick no se hubiera equivocado. Entonces se dio cuenta de que habían pasado todo el día sobre el acantilado. Comenzaba a anochecer. Lo único que cabía hacer era rezar. De pronto descubrió que estaba sola. Al volverse, frotándose los ojos, vio que Patrick había añadido más leña al fuego. Sonriente, el hombre le enseñó una perdiz grande que sostenía en la mano.
-Mi señora, siempre trato de cocinar algo diferente en cada comida.
-Patrick-dijo, sonriendo con tristeza-, no podría comer.
-Debes hacerlo. No influirás en el resultado de la batalla negándote a comer.
Tenía razón. Y de pronto recordó que tenía otro motivo para intentar conservar las fuerzas.
Deja que te ayude...
-No, no tardaré nada en desplumar este pájaro. Patrick asó la perdiz y cogió agua de un arroyo cercano. Rhiannon descubrió que estaba muerta de hambre, engulló una buena ración y bebió agua fresca. Los dos estaban tensos esa noche, más nerviosos que durante las largas horas del día. Permanecieron callados, tranquilos y cómodos con el silencio; ambos sabían que estaban esperando la aurora.
Finalmente, ya muy tarde, Rhiannon se quedó dormida, acurrucada y cubierta con la capa de Patrick.
El estrépito de espadas fue un violento despertar. Al oír el entrechocar de aceros abrió los ojos. Se incorporó cansinamente, contenta de llevar por lo menos una pequeña daga, envainada en el tobillo. Pero no tenía espada, y la pesada ballesta no era arma para un combate cuerpo a cuerpo. Oyó una maldición y de nuevo el chocar de aceros. Miró alrededor. No vio a Patrick por ninguna parte; sin embargo sabía que estaba cerca, porque oía el combate. Corrió hacia el borde del acantilado y lo divisó en una pequeña explanada un poco más abajo. Las huellas sobre la hierba y la tierra revuelta le indicaron que la pelea se había iniciado más cerca de ella y que Patrick la había llevado lo más lejos posible para darle tiempo a escapar.
-Dios te bendiga, irlandés -susurró.
Regresó corriendo junto a la hoguera ya medio apagada. Quizá podría usar la ballesta después de todo. Se echó la aljaba con flechas a la espalda, cogió el arma, y se encaminó hacia el borde del acantilado. Luchaban contra Patrick dos hombres calzados con botas de piel sin curtir, con las piernas desnudas, vestidos con túnicas que les cubrían hasta las rodillas. Los dos llevaban cascos cónicos de acero y pesados escudos. Eran expertos luchadores.
También lo era Patrick, quien estaba defendiéndose muy bien de los dos gigantes. Pero no podría continuar así eternamente, pensó.

Casi lanzó un grito de dolor cuando colocó la flecha en la ballesta y apuntó. Disparó y observó que había acertado a uno de los enemigos en el hombro. El guerrero soltó un aullido de dolor y arrojó la espada. Patrick acabó con el otro hombre con un limpio golpe y después miró hacia arriba para saludarla, sonriente.
Su sonrisa se desvaneció inmediatamente. Una expresión de terror apareció en su rostro, y vociferó una ronca advertencia.
Rhiannon se giró, demasiado tarde.
Se encontró con tres hombres cansados, sucios, cubiertos de sangre: daneses.
Gritó-y se agachó para desenvainar la daga, jurando desesperadamente que no la atraparían. Sin embargo, no tenía escapatoria, y lo sabía. Arremetió con furia contra uno, con tal velocidad que consiguió desgarrarle la túnica de cuero y hacerle un rasguño. Eso fue todo. Otro la cogió por detrás. La fuerza con que le apretó la muñeca la obligó a soltar la daga. El hombre la estrechó contra sí, y Rhiannon trató de morderle la mano. El danés echó a reír y la levantó del suelo.
Ella masculló maldiciones, los insultó llamándolos cerdos y estiércol de roedores en su propio idioma, pronunciando con todo cuidado para que la entendieran. -Una gata con garras largas -se burló.
Era un hombre rubio, cejijunto, de mejillas sonrosadas y turbios ojos oscuros. La joven lo golpeó echando el pie hacia atrás con toda su fuerza y posible mente le dio en una parte delicada de su anatomía porque su sonrisa se desvaneció, y profirió una maldición. -¡Una gata que voy a domar aquí y ahora, por Odín! -rugió el hombre.
Se adelantó el tercer hombre, más joven y esbelto, de cabello rubio, que estaba enmarañado y ensangrentado. De un tirón la atrajo hacia sí. Rhiannon se sintió enferma al ver cómo la devoraba con la mirada. -Una gata con pechos redondos y jóvenes, piernas largas de puta madre y un buen culo, amigos míos. -¡Una arpía! -gruñó el hombre a quien había herido, acercándose y arrebatándosela al más joven.
Rhiannon lanzó una exclamación y se tambaleó hacia atrás cuando el hombre le asestó un puñetazo en el mentón. Se desplomó y probó el sabor de la tierra. Las lágrimas asomaron a sus ojos, y repentinamente comprendió que sí existían diferencias entre los vikingos; ésos no tendrían piedad con ella. La destrozarían allí mismo.
Presa del pánico, se levantó y echó a correr hacia el borde del acantilado. Intentaría rodar hacia abajo, y si se golpeaba contra una roca y se rompía el cráneo, pues bien; prefería esa muerte rápida y piadosa.
Pero no la aguardaba esa muerte. Apenas había empezado a correr cuando la agarraron por el pelo y cayó hacia atrás sobre los brazos del hombre de cabello os curo. Los dientes, los que le quedaban, eran negros. Él la observó un momento con una sonrisa ridícula y después la tiró al suelo de un empujón.
-Yo la cogí, es mía -anunció.
Se abalanzó sobre la joven, quien, comprendiendo su intención, se incorporó. Él ordenó a sus camaradas: -¡Agarradle los brazos, imbéciles!
Obedecieron. Ella se revolvió, se retorció y mordió a ciegas. Recibió otro fuerte golpe en la cara y comenzaron a zumbarle los oídos. Oyó ruido de cascos de ca ballo y se dio cuenta de que era real. Antes de que el hombre de pelo oscuro pudiera hacer otro movimiento, una voz tronó:
-¡Estúpidos! Vamos, que los irlandeses vuelven. -Hemos cogido a una zorra, Yorg, una...
-¡Y será mía primero, como todos los botines de esta guerra! - vociferó duramente el jinete-. ¡Entrégamela! Y vámonos.

La pusieron en pie de un tirón. Aturdida, Rhiannon comprendió que tenía que escapar antes de que esos cananas la violaran. Mordió al rubio, quien lanzó un aullido de dolor y furia.
-¿Cuál es el problema? -preguntó el jinete Yorg. -¡Muerde! -exclamó el rubio.
-¡Átala!
Así se desvaneció su última esperanza, porque Yorg arrojó unas cuerdas de cuero. Le ataron las manos a la espalda y la colocaron de bruces sobre el caballo, de lante del jefe. La montura se encabritó cuando Yorg lo hizo girar cruelmente.
Y emprendieron la marcha.
Calculó que llevaban alrededor de una hora cabalgando, pero ignoraba en qué dirección, porque se sentía mareada y el movimiento le causaba horribles náuseas. Se alegró de que se detuvieran. Cuando la bajaron del caballo observó a Yorg, un hombre de aproximadamente la misma edad de Eric y hombros y brazos musculosos; un guerrero con cicatrices y al parecer bien entrenado para la batalla. El cabello oscuro y enmarañado le caía sobre los hombros y su cara estaba bien afeitada, dejando al descubierto una larga cicatriz que lo afeaba. Como los otros, estaba ensangrentado, sucio, y sus ropas desgarradas.
El danés la observó a su vez atentamente. Le levantó la capa y la tocó, apreciando la calidad de la tela. Después hincó una rodilla y le examinó las calzas. Rhiannon intentó propinarle una patada, pero él le cogió el tobillo, haciéndola caer. Oyó risotadas alrededor. -Creo, amigos míos, que hemos capturado a una dama de alta alcurnia--dijo Yorg en su idioma nativo-. Tal vez podríamos conseguir que revele su identidad, ¿eh, Ragwald? -dijo al rubio.

-Habla muy bien nuestro idioma -informó el interpelado.
Rhiannon percibió un ligero dejo en su voz que le indicó que existía una gran rivalidad por el poder entre ellos.
-¿Ah, sí? Mmm, una dama con estudios. Tal vez pertenece a la casa del propio Alfredo -aventuró, pensativo. Se dirigió a ella-: ¿Y bien? ¿Eres de la casa de Alfredo?
Ella le escupió. Con un rugido de furia, se acercó a ella y le tiró violentamente del brazo.
-Con que muerde, escupe, maldice y pelea, ¿eh? -bramó.
Se dio media vuelta arrastrando a la joven, que lo siguió trastabillando. Los demás caminaron tras ellos, riendo y aplaudiendo a su jefe. Enferma y angustiada, Rhiannon trató de mantenerse en pie y ver el terreno. Habían llegado a una casa de campo. Vio el cadáver de un hombre. Yorg la condujo hacia un ancho riachuelo que bajaba un largo trecho por el acantilado hacia el mar. Una vez dentro del agua, la obligó a arrodillarse y luego le sumergió la cabeza, sujetándola por el cabello.
No podía respirar, iba a ahogarse, sus pulmones estaban a punto de estallar. Moriría, pensó, y tal vez sería lo mejor.
Yorg la sacó del agua de un tirón. Ella abrió la boca, respiró profundamente y se puso de pie con dificultad. El danés la rodeó.
-Serás domada, zorra -prometió. Se volvió hacia sus hombres con las manos en las caderas-. Es una belleza, un trofeo. Aplaudo que me la hayáis traído. Cabellos de sol y fuego, ojos como piedras preciosas, madura, exuberante... un trofeo, en efecto. Cuando haya acabado con ella, nos aportará un buen rescate. -Rió satisfecho.
Impulsada por la furia y el miedo, Rhiannon avanzó y, como tenía las manos atadas, se abalanzó sobre Yorg, empujándolo con tal fuerza que él cayó hacia adelante y se

sumergió también en el agua. Sus hombres rugieron de risa. Desesperada, retrocedió rápidamente cuando él se levantó.
Había más hombres, comprendió consternada. De pronto todos la rodearon, los que la habían cogido y otros más; todos ensangrentados, algunos cojeando, ha bían llegado a ese tranquilo valle, asesinado al granjero y tomado la casa para ocultarse y curar sus heridas. Jamás conseguiría escapar.
Chillando como un oso herido, Yorg vadeó colérico el riachuelo en dirección a Rhiannon, que trató de correr, pero él la cogió y la hizo girar. Se encogió de manera instintiva cuando el danés levantó la mano para golpearle la mejilla.
-¡Por todo el Valhalla -bramó una voz-, esa mujer es mía! ¡Me la entregarás o responderás con tu vida!
Yorg bajó el brazo. Todo el mundo se volvió sorprendido para ver al hombre que se atrevía a disputar los derechos sobre una mujer a Yorg.
Ninguno se asombró más que Rhiannon de la aparición de aquel jinete que, a lomos de un pequeño poni castaño, se veía imponente. Su cabello, rubio, dorado como el sol, estaba cubierto de sangre. Vestía ropas que ella jamás había visto y calzaba botas forradas en piel, rotas por la batalla. Tenía la cara sucia, apenas reconocible, pero sus ojos eran inconfundibles.
Era Eric. Eric, solo, avanzando tranquilamente por ese mar de enemigos y exigiendo que se la entregaran. La sorpresa fue tan grande que enmudeció, lo que enseguida agradeció al darse cuenta de que él simulaba ser uno más de ellos.
Yorg la saltó y se dirigió hacia el jinete.
-Quién eres? Y por todos los dioses, ¿quién te crees que eres para exigirme nada? ¿Sabes quién soy, imbécil?
-La exijo porque es mi cautiva y fue capturada por tus hombres.
Quién...?
-Me envía Guthrum, ¡a quien has fallado, Yorg! Eric desmontó, se encaminó hacia el riachuelo, cogió a Rhiannon y la arrastró junto a él de un modo tan rudo como antes lo había hecho el danés. Ella gritó y cayó. El príncipe irlandés la puso en pie de un tirón, desenvainó la daga que llevaba en el tobillo y cortó las cuerdas que la ataban.
-¿Qué pretendes hacer? -gruñó Yorg. -Recuperar lo que me pertenece. -Ahora es mía. Y la tenía atada.
-La tenías atada porque no eres lo suficientemente guerrero para sujetar a una mujer-acusó Eric con sonrisa burlona-. Y es mía porque yo la atrapé primero, y tengo la orden de llevarla a Guthrum.
-¿Y qué me importa Guthrum? -exclamó Yorg. Ragwald avanzó unos pasos.
-La encontramos en el acantilado. No vigilaste bien a tu cautiva. La arpía estaba enviando mensajes -espetó-. Fue ella quien lanzó la lluvia de flechas que advirtieron a los bastardos irlandeses y noruegos de nuestro ataque. ¡Tú no eres guerrero suficiente para sujetar a una mujer!
Eric retrocedió y desenfundó la espada, esbozando una sonrisa terrible.
-Acércate. Comprueba qué clase de guerrero soy. Los hombres comenzaron a gritar. Al parecer Ragwald se arrepentía de su desafío, pero sacó su espada y avanzó.
-¡Un hombre que muere de viejo es olvidado! -exclamó Eric-. Un guerrero se sienta en el Valhalla, y tú estarás sentado en el Valhalla esta noche.

Nunca hasta ese momento había apreciado Rhiannon la valentía de su marido. Apenas Ragwald había iniciado la acometida cuando ya Eric había contrarrestado el

ataque, blandiendo la pesada espada como si fuera una ramita para clavársela a su contrincante en el momento en que se avalanzaba sobre él.
Los aceros no llegaron a chocar. Ragwald cayó ante Rhiannon, y el charco de agua donde se hallaba comenzó a teñirse de rojo.
Lanzó un chillido cuando su marido la tiró con fuerza del brazo para atraerla hacia sí.
-¡Es mía! -rugió-. ¡Mía! Por orden de Guthrum. Quién más quiere disputármela?
Silencio. Finalmente habló Yorg, con más cuidado que antes:
-Pertenece a una casa real, tal vez a la del propio Alfredo. Vale mucho y ha estado en nuestro poder. ¿Qué pagarás por ella?
-El poni --respondió Eric señalando su montura. -¿El poni? -Yorg escupió en el agua-. ¿Me ofreces un poni por un tesoro?
-¡Un tesoro! -Eric rió-. ¡No vale mucho! -Sus cabellos son oro y llamas -alegó Yorg. -Puro latón deslustrado, nada más -dijo Eric, y
su esposa lo observó sorprendida. Él la mantuvo firmemente sujeta sin mirarla-. Te entrego el poni a cambio. -¡No vale nada comparado con esta mujer! -insistió Yorg-. Es joven, tiene los pechos maduros y dulces como una fruta, y las piernas largas y tentadoras como sauces.
-Los pechos como melones viejos, amigo mío. -Eric rió de buen humor-. Y las piernas nudosas y zambas, como un sauce si quieres.
-¡Ten cuidado, que entiende todo! -advirtió Yorg.
Claro que lo entendía. Rhiannon no pudo reprimir el impulso de golpear fuertemente a su marido; después de todo era una cautiva, ya fuera de él o de ellos. Tenía todo el derecho a pelear.
Yorg echó a reír. Alguien avisó a Eric que mordía como un perro rabioso. Antes de que ella,pudiera impedirlo, Eric la cogió por el pelo y le sumergió la cabeza en el agua, sujetándola con furia. Mojada, colérica y aterrada, escuchó la continuación de las negociaciones. -De verdad tiene un genio peor que el de un perro rabioso -dijo Eric a Yorg.
-Entonces ¿por qué la quieres? -preguntó astutamente Yorg.
-Porque yo la capturé primero y por lo tanto me pertenece, aunque sea una zorra.
-Déjamela sólo esta noche; mañana te la entregaré. -Es mía ahora.
La negociación estaba en punto muerto, comprendió Rhiannon. Era una locura. Eric no podía combatir contra todos. ¿Por qué se había presentado solo?
Gritó sorprendida cuando él le arrancó la capa de los hombros, junto con el broche de zafiros que la sujetaba. Arrojó a Yorg la capa empapada.
-Esto es todo lo que ofrezco, y vale mucho.
Tras estas palabras, empujó a Rhiannon para que caminara delante de él con tanta fuerza que ella casi se desplomó. Enojada, se giró para protestar, y él la obligó
a avanzar con otro empellón, mirándola con expresión colérica.
-¡Camina! -tronó.
Obedeció. Pasaron junto a Yorg y los hombres que lo rodeaban. Eric seguía empujándola cuando salieron al campo donde se hallaba el cadáver del granjero. El vikingo andaba con paso tranquilo y firme, con su arrogancia y determinación habituales.
Finalmente llegaron a la espesura del bosque, por donde discurría un sendero flanqueado por árboles. Él le dio un nuevo empellón, y Rhiannon se volvió, aterrada y maldiciendo:
-¡Bastardo! ¿Por qué? -¡Corre! -ordenó él, furioso.

Entonces la cogió de la mano. Cuando comenzaron a correr, ella comprendió que Yorg y sus engañados camaradas los perseguían.

14

Eric la forzaba a correr a una velocidad que pronto la dejó sin aliento. El pecho le ardía, las piernas le dolían. El cabello y la ropa se le enganchaban en las ramas y zarzas. A pesar de los resuellos de la joven, Eric no aflojó el paso. De pronto Rhiannon tropezó con una raíz, se soltó de la mano de su marido y cayó en un charco de lodo. Él interrumpió la marcha, miró alrededor y profirió una maldición. Tendió la mano para ayudarla a salir del charco, pero se detuvo.
En el bosque reinaba el silencio. Habían dejado muy atrás a Yorg y sus hombres.
-Y bien, milady -dijo, ceñudo y exasperado-, ¿harás el esfuerzo de levantarte para continuar? ¿O quieres descansar ahí?
El miedo a Yorg se desvaneció al renacer la ira. Cogiendo un puñado de barro, se lo arrojó a la cara y de un salto se puso en pie.
Había dado a Eric en la nariz. Ella habría prorrumpido en carcajadas si no hubiera advertido que los ojos de su marido, enmarcados por la mancha de lodo, habían adquirido un matiz azul letal.
-Sí, quiero descansar aquí -respondió ella tomando aire para controlar la ira-. Ah, aunque no en el lodo. Apenas puedo moverme, milord. ¿Qué demonios fuiste a hacer allí?
-¿Qué? -Estaba acercándose a ella con la intención de cogerla, pero al oír la pregunta permaneció inmóvil, con las manos en las caderas, mirándola de hito en hito-. Señora, ¿deseabas quedarte abrazada al danés? ¡Sólo tenías que haberlo dicho!
-¡Ah! ¿Y me habrías permitido quedarme? Creo recordar que hubo una vez un lugar en que quería quedarme y mi deseo tuvo que someterse a tu voluntad.
Eric avanzó rápidamente y, antes de que pudiera escapar por la resbaladiza tierra, ya la había atrapado. Se la echó al hombro sin ningún cuidado y comenzó a caminar.
-¿Adónde vas?
-¡A devolverte al danés! -tronó él-. Eres una zorra y una arpía, y encima muerdes; además, francamente, tu pelo tiene ahora el mismo color que el estiércol.
-¡Oh! -le golpeó la espalda con los puños-. ¡Bájame!
Obedeció y Rhiannon cayó de nuevo al barro. Se disponía a coger otro puñado para lanzarle cuando de pronto él se desplomó también, quedando tan enlodado como ella; lo único que se veía de su cara era el azul de sus ojos. Eric cerró los dedos alrededor de las muñecas de Rhiannon, que entonces vio el relámpago blanco de sus dientes; estaba sonriendo.
-Quería rescatarte, sólo Dios sabe por qué. -¡Tonto, podían haberte matado! -lo riño ella-. Tienes a tu mando a cientos de hombres, e irrumpes solo en medio de la horda danesa, vestido con andrajos.
-¡Dios mío, mujer! -exclamó, acalorado-. ¿No sabes qué te habrían hecho si hubiera ido a rescatarte con un destacamento irlandés y noruego? ¡Te habrían matado antes de que hubiéramos iniciado la batalla! Esas palabras la aterrorizaron. Había oído historias sobre las atrocidades que cometían los invasores; hombres colgados de los árboles obligados a mirar cómo les sacaban y rebanaban las entrañas. Palideció bajo la capa de barro, estremecida. Se dio cuenta de que él no había comprendido el sentido de su silencio, porque continuaba furioso.

-Yo mismo te arrancaría la piel de la espalda, señora, por habernos puesto a ambos en esa situación. -¡Vine a avisarte! -exclamó ella.
-¡Te ordené que te cuidaras, no que te expusieras al peligro!
-¡Dios mío! ¿Cómo te atreves? Os salvé a ti y a tus hombres de la traición de otro.
Eric se incorporó y, colérico, preguntó:
-¿Fue de otro? Yo he sufrido en mi carne una de esas flechas tuyas bien lanzadas, ¿recuerdas, mi amor? -Pero...
-Eres además una actriz consumada, Rhiannon. Creo recordar cierta noche, cuando tu actuación casi incitó a cientos de hombres a iniciar una guerra. Fue nuestra noche de bodas, ¿te acuerdas? Tal vez tú enviaste el mensaje y después viniste a «avisarnos» simulando inocencia.
La ira que la dominó fue tan grande que casi la ahogó. La intensidad de la emoción le dio fuerzas para empujarlo y apartarlo de sí. Eric resbaló en el lodo mientras ella se incorporaba y se alejaba corriendo ágilmente.
-¡Rhiannon!
En un segundo le había dado alcance. Ella trató de zafarse, pero al pisar con fuerza una raíz se le torció un tobillo. Lanzó un gemido. Eric la cogió en brazos y continuó caminando, con la vista fija al frente, el rostro cubierto de lodo, excepto los ojos.
-En estos momentos mis hombres estarán atacando a los daneses ocultos en ese campamento -dijo-. Nos reuniremos con ellos junto a la confluencia de los riachuelos mañana.
Rhiannon guardó silencio. Se sentía sucia, tenía la garganta reseca y le dolían y ardían todos los músculos del cuerpo. Agotada, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.
A pesar de las sacudidas que le daba él al caminar, debió quedarse dormida. Cuando abrió los ojos, el mundo estaba inmovil, y había oscurecido. Tan sólo la luz de una brillante luna llena y el fulgor parpadeante de las estrellas iluminaban el bosque. Vio más allá una pequeña hoguera sobre la que se asaba carne. Rhiannon estaba tendida en el suelo, con la cabeza apoyada en una almohada hecha con la camisa de Eric. Oyó el rumor del agua del riachuelo y comprendió que él no había descansado hasta llegar al lugar donde había acordado se reuniría con sus hombres.
Todavía algo mareada, volvió a cerrar los ojos. Los abrió inmediatamente al notar algo frío en la frente. Eric se hallaba a su lado, con el torso desnudo, limpián
dole el lodo con un trozo de su túnica. Se incorporó rápidamente, cautelosa, apartándose de él.
-Rhiannon, sólo quería lim...
-Yo puedo cuidar de mí misma, gracias. -¿Ah, sí?
-Más que limpiarme, estás ensuciándome. -Bueno, eso, señora, se soluciona fácilmente. Cogiéndola en brazos, se encaminó hacia el riachuelo, mientras ella se debatía, chillando y golpeándole el pecho. La profundidad era mayor allí, donde los dos riachuelos convergían para después seguir hacia el mar.

Cuando el agua le llegaba a las caderas, Eric la soltó. Rhiannon emergió tosiendo y farfullando maldiciones; su indignación aumentó al ver que él reía. Quiso alejarse pero él la agarró por la túnica.
-Me has empapado la ropa y ahora o voy a ahogarme por su peso o a congelarme, ¡eso si no enfermo de las ganas de que mueras!
Eric la sujetó y la sacudió.

-Bueno, cariño, no nos hemos ahogado. «Si tu ojo te ofende, arráncatelo»; buena perogrullada cristiana, ¿verdad? Tu ropa no se parece mucho a un ojo, pero si te ofende...
Diciendo esto le quitó la túnica, venciendo la resistencia de Rhiannon, y tras despojarla de la camisola la lanzó al agua de cabeza para quitarle las calzas. Hecho esto, arrojó la ropa hacia la orilla, y la joven aprovechó el momento para zambullirse. Se alejó una buena distancia y reapareció en la superficie. Cruzada de brazos lo miró, estremecida de indignación.
-Ven aquí -ordenó él. -¡Estás loco!
-Rhiannon, no podíamos seguir cubiertos de barro. Ven aquí. Sólo quiero lavarte bien los cabellos antes de que el lodo quede tan adherido que haya que cortártelos.
-Bueno, ¿y qué importa la pérdida de una maraña de latón deslustrado? -replicó ella.
Él guardó silencio un instante y después prorrumpió en carcajadas.
-Vaya, qué vanidad es ésa? -bromeó.
Avanzó formando ondas en el agua iluminada por la luna. La mujer volvió a zambullirse y nadó bajo el agua; sólo emergió cuando sintió que los pulmones estaban a punto de explotarle. No se había alejado mucho de él.
-Rhiannon...

Volvió a sumergirse; esta vez no calculó bien la dirección, porque él le cogió un pie y, sacándola del agua, la atrajo hacia sí, deslizando las manos por su muslo desnudo, caliente a pesar del frío del agua. Rhiannon se debatió resollando. Sentía sus senos apretados contra el torso masculino y de pronto se encontró contemplando el azul profundo de aquellos ojos bajo la luz de la luna. Eric le tocó los dientes con los nudillos, y ella vio el ardiente destello de pasión en el azul de sus ojos.
-Qué harías con unos cabellos tan deslustrados? -preguntó el vikingo casi sin aliento.
Ahuecó la mano sobre las nalgas de su esposa y paseó seductoramente los dedos a lo largo de su espalda para después bajarlos de nuevo, apretándola contra él para que notara la dureza de su miembro erecto contra el nacimiento de sus muslos.
-¿Qué querías que dijera? -murmuró-. Sí, ciertamente son unos cabellos gloriosos. Resplandecen con la luz de la aurora y con la del crepúsculo. Me arropan con su suavidad y belleza, me acarician la piel desnuda con una vida y una maravilla propias.
Sus dedos le acariciaron el pelo mojado, alisándoselo hacia atrás, después vagaron por su mejilla, descendiendo lentamente por el cuello. Con la palma le frotó el pezón helado y duro, y su mano se cerró cálidamente sobre un seno. Rhiannon contuvo el aliento; ese contacto encendió una hoguera en su interior, un fuego que le quemaba hasta la entrepierna. Se echó hacia atrás, resistiéndose.
-Mi señor, no quiero insultarte permitiéndote que toques un pecho tan marchito como un melón viejo y podrido.
Una sonrisa iluminó el rostro del hombre, fulgurantemente hermoso bajo la tenue luz.
-Si hubiera dicho a Yorg que son verdaderamente unos frutos dulces y exquisitos, duros y firmes como, manzanas, alabastro coronado por capullos de rosas, gloriosos en su belleza, nunca habría accedido a dejarte marchar.
Su caricia era ligera y mágica. Sus palmas se movían con un ritmo suave, infundiendo vida a esas crestas rosadas. A Rhiannon le flaqueaban las piernas, y

creyó que iba a caer, aunque él la sujetaba. De pronto, sin aviso, las manos del hombre se desplazaron para atormentarle con osadía por entre los muslos, avivándole la excitación en el centro más íntimo. Se estremeció y se puso rígida, olvidando sus protestas. Eric, en cambio, no había olvidado sus palabras, porque continuó negándolas dulcemente, susurrándole al oído:
-¿Patizamba, señora? No podía decirle que tu piel es más delicada que cualquier tela confeccionada por los maestros de Oriente, que tus piernas, bellas, largas y bien formadas, saben rodear a un hombre para proporcionarle un placer tan grande que es de verdad un paraíso en la tierra. No podía decirle que tu sabor es más dulce que cualquier vino, que es posible ahogarse en la hermosura de tus ojos, que el deseo de ti podría atar a un hombre por dentro y por fuera y que yo moriría por rescatarte, porque he saboreado tu dulzura y desafiaría a cualquier hombre, a cualquier dios, para volver a tenerte.
Estaba mofándose de ella, seguro que se mofaba de ella. Alzó la vista para mirarlo y no apreció ningún destello burlón en sus ojos. Eric la levantó en brazos y la llevó hasta la orilla, donde la dejó en el suelo. Continuó alabando la belleza alabastrina de su piel a la luz de la luna y a medida que enumeraba cada una de sus perfecciones depositaba allí un beso tierno y sensual, hasta que ella sintió que sus labios y su lengua le habían secado el cuerpo y eliminado el frío del agua. Después fue el cuerpo del hombre el que la abrigó, y la increíble y seductora ternura dio paso al ardiente tormento de la pasión.

Mucho más tarde, cuando la luna había comenzado a hundirse en la negrura del firmamento, cuando, consumida ya la pasión, el agotamiento la vencía, notó que sus brazos la levantaban y la llevaban hasta el árbol para acomodarla allí sobre su manto. Estaba adormilada cuando la despertó para ofrecerle un poco de carne, casi carbonizada por haber estado tanto tiempo al fuego. Creía que no tenía apetito, pero la comida estaba deliciosa y descubrió que le había entrado un hambre canina.
Cuando acabaron de cenar, su esposo se tendió junto a ella, acurrucándola entre sus brazos contra su cuerpo cálido y desnudo. Perdida en su calor y protección, Rhiannon pensó que eso era casi como ser amada. Sin embargo, eso sólo había sido una ilusión de la noche, pensó cuando los primeros rayos del amanecer la despertaron. Al abrir los ojos, descubrió que él no se hallaba a su lado. La capa estaba echada de cualquier manera sobre ella. Se sentó, tiritando de frío, y se arropó con la capa. Entonces vio a Eric a cierta distancia, totalmente vestido, con un pie con la bota a medio poner apoyado en una piedra, contemplando el agua pensativo. Debió presentir que ella había despertado porque enseguida volvió la cabeza y la miró fijamente.
-Levántate y vístete -dijo, cortante-. Los hombres llegarán de un momento a otro.
Sorprendida por su tono, apretó los dientes, se puso en pie majestuosamente envuelta en la capa, se encaminó hacia el riachuelo y se arrodilló junto al agua para beber. A continuación se lavó la cara, sintiendo en todo momento la mirada de su esposo sobre ella. Cuando por fin se incorporó y se giró, seguía contemplándola con mirada escalofriante. Rhiannon sintió bullir su interior de rabia e irritación. La ternura era una táctica; libraba batallas con ella según estrategias, como hacía con sus enemigos. Satisfecha la necesidad, dejaba a un lado " la ternura, como hacía con un plato vacío. _
-¿Qué miras? -preguntó-. ¿Qué quieres de mí ahora? ¿Acaso no estás acostumbrado a tomar lo que se te antoja?
-Si pudiera tomar la verdad de ti, mi amor, no dudes de que lo haría.

-¿Qué verdad? ¿De qué hablas?
El vikingo permaneció un rato en silencio y después se encogió de hombros.
-Si no eres tú, Rhiannon, ¿quién? ¿Quién es el traidor que habita en tu casa?
Se puso rígida e inspiró profundamente. Había arriesgado la vida por advertirle del peligro, y él continuaba sospechando que lo había traicionado.
-¡Bastardo! -masculló.
Furiosa, se inclinó para recoger sus ropas todavía húmedas y se encaminó hacia el árbol para vestirse detrás. Eric la detuvo agarrándola por el brazo. Se volvió hacia él indignada.
-No te he acusado...
Se soltó de un tirón. Las lágrimas pugnaban por brotar, y a ciegas levantó el brazo para golpearlo. El se lo cogió y la apretó contra él. La joven estaba rígida.
-Te pregunté quién, Rhiannon, ¡sólo eso! Tú debes de tener alguna idea sobre quién ha maquinado todo esto. -¡Pues no! -exclamó, tratando de liberarse-. ¡Lo ignoro! ¡Suéltame!
-Rhiannon -susurró él con voz más dulce, alzando la mano para retirarle los mechones de la frente. -¡No! -ordenó ella, echando la cabeza hacia atrás para evitar que la tocara-. No quiero tu ternura fingida. Las mentiras son inútiles a la luz de la mañana, verdad? No queda ninguna dulce emoción entre nosotros, milord. -Se desembarazó de él y retrocedió, temiendo que las lágrimas comenzaran a resbalar por sus mejillas, delatando la realidad de sus sentimientos-. Acúsame si quieres, péro hazlo honestamente. Desprecio la mentira de... ¡de tu ternura!
Eric apretó las mandíbulas y un destello de ira relampagueó en sus ojos. La pilló desprevenida al acercarse y agarrarla de nuevo con una fuerza que amenazaba con triturarle los frágiles huesos de la muñeca.
-Despréciame, ódiame, pasa todas tus horas maldiciendo el día en que nací, pero obedéceme, Rhiannon. Y contesta con educación cuando te formulo una pregunta.
-¡Entonces plantea las preguntas con educación! Interiormente rogó que la soltara, pues de lo contrario se derrumbaría, rompería a llorar. Sólo una tonta lo amaría. Sólo una tonta sucumbiría a sus susurros bajo el terciopelo de la noche. Sólo una tonta...
Dios santo, de forma lenta pero segura estaba convirtiéndose en una tonta al necesitarlo, buscar su aprobación, suspirar por sus palabras tiernas...
A1 ansiar sentir su sedosa piel en la oscuridad. -¿Quién ha tramado todo esto? -inquirió él. -Lo ignoro -repitió ella. Entonces sonrió entre dientes y le recordó-: Ciertamente no Egmund ni Thomas, ¡no mis hombres, milord! A menos que creas que sus fantasmas han aparecido para traicionaron de nuevo a ti y Alfredo.
En ese momento se oyeron ruidos entre los árboles y la brisa de la mañana trajo una llamada animosa aunque algo inquieta:
-¡Eric! ¿Estáis aquí?
-Sí, Rollo, estamos aquí -contestó él sin dejar de mirarla fijamente.
Rhiannon tiró frenéticamente de la muñeca para liberarse, olvidados momentáneamente la furia y el resentimiento.
-Mi señor, ¡no estoy vestida! -le recordó.
izo
Era demasiado tarde, porque los caballos ya entraban en el claro del bosque, Patrick y Rollo a la cabeza, seguidos por Rowan. Estaba envuelta con la capa, y su ropa yacía a sus pies.
Patrick desmontó rápidamente y corrió hacia ella para caer de rodillas y cogerle una mano.

-¡Benditos sean nuestro Señor y todos los santos, mi señora! He temido tanto por ti...
-¡Patrick, por favor! -susurró ella, preguntán
dose qué pensaría Eric del comportamiento de aquel
hombre-. Por favor, levántate.
Patrick no obedeció.
-Me salvaste la vida con aquella flecha, señora,
arriesgando la tuya. Aunque encontré pronto a Eric, no podíamos arremeter contra ellos, temerosos de las atrocidades que suelen cometer los daneses contra los cauti vos y de que es mejor no hablar. Por fortuna ahora estás aquí, a salvo, señora, y te agradezco tanto...
-¿Y los daneses? -interrumpió Eric secamente.
-No tuvieron oportunidad alguna -contestó Rollo desde su montura.
-No con este grupo -añadió en voz baja Rowan.
Rhiannon lo miró a los ojos y se ruborizó al recordar que su ropa estaba a sus pies.
-Hemos de combatir por Eric -concluyó Rollo.
A1 percatarse de que estaba arrodillado sobre la túnica de Rhiannon, Patrick se incorporó azorado.
-Nos alejaremos un poco y os esperaremos –dijo a Eric.
Rollo no fue tan delicado. Prorrumpió en carcajadas.
-Vamos, hemos estado toda la noche angustiados, y milord y milady la han pasado como si estuvieran jugando en un paraíso. En fin, perdónanos, Eric; esperaremos detrás de esos árboles.
Patrick volvió a montar, y los tres jinetes desaparecieron enseguida. Rhiannon dio la espalda a Eric y tra de vestirse sin despojarse de la capa. El la observó callado durante un momento y de pronto su voz tronó con irritación:
-¿Qué es esto, señora? ¿Un nuevo juego?
Le arrancó la capa, y la joven, tiritando, se volvió hacia él, airada. Eric paseó la mirada por su cuerpo y luego la clavó en sus ojos.
-Conozco cada tierna pulgada de tu figura, Rhiannon, y te recuerdo que eres mía, que no soy un hombre paciente y que no toleraré esta tontería.
Ella sostuvo su mirada, ansiando tener el poder de herirlo. Echó hacia atrás la cabeza y se colocó las manos en las caderas, sin importarle su desnudez.
-¡Muy bien!
Cogió las calzas e, ignorándolo, se las puso. El vikingo no dejó de observarla en frío silencio hasta qúe se hubo vestido. Cuando su espera terminó y se encaminó
hacia los árboles, la cogió del brazo y la hizo retroceder. -Te lo he advertido, milady; ódiame, pero obedéceme.
-Procuraré no volver a enviar mensajes -dijo ella dulcemente.
-Obedéceme en todo.
-Me encargaré de que se sirvan comidas deliciosas a las horas apropiadas.
Eric sonrió, y un destello burlón apareció en sus pícaros ojos.
-En todo -repitió en voz baja-. Tendré lo que desee a mi capricho.
Rhiannon tomó aire.
-¿Y qué hay de mi capricho, mi señor?
-Será un placer para mí atender a todos tus deseos.
-¿Y si mi deseo es precisamente no ser atendida? Riendo, el príncipe irlandés la atrajo hacia sí. La joven no logró distinguir si estaba enfadado o divertido.

-Creo que tal vez te convendría aprender a fundir tus deseos con los míos, Rhiannon, y así los dos estaríamos bien servidos. -De pronto su voz sonó severa-. Te he advertido que me obedezcas. Impondré mi voluntad, de modo que no se te ocurra pensar que no será así.
-¿Impondrás tu voluntad? -preguntó ella, decidida a desafiarlo-. Bueno, me parece que te he desobedecido, gran Eric de Dubhlain. Te traicioné o te desobedecí al macharme de casa. No soy mejor que Alexander, ¡ciertamente no soy una posesión más valiosa! ¿Qué harías con un caballo vago o con un siervo díscolo? ¿Por qué no me cuelgas, milord, o me cortas la cabeza y acabas con esto de una vez por todas?
-Ah, sería demasiado definitivo -contestó él con tono ligero-. Créeme, señora, estoy considerando seriamente infligir un doloroso castigo a tus carnes, uno que yo mismo aplicaré, y en privado. Ahora, mi señora y esposa, ¿vamos?
Tras dirigir a su marido una mirada de odio puro, se giró a toda prisa.
--Todavía es posible que caiga sobre ti un hacha guerrera danesa, milord -dijo con dulzura.
-No a tiempo para ti, mi bienamada esposa -replicó él con tono también agradable.
Parecía una batalla perdida. Con la cabeza erguida, Rhiannon optó por la retirada. Sin añadir nada más, se apresuró a salir del claro en dirección al lugar donde Rowan, Patrick y Rollo los esperaban a la cabeza de un contingente de hombres. Patrick acercó una yegua y la ayudó a montar. La muchacha observó que Rollo llevaba a Eric el semental blanco. Su esposo sonrió y saludó al animal como a un amigo, acariciándole la nariz y susurrándole palabras de bienvenida. Después montó con un ágil y gracioso salto.
Estaba más complacido con el caballo que había adquirido que con su mujer, pensó con amargura, sintiendo un agudo dolor.
¿Cómo podía importarle? Él había invadido sus tierras, la había despojado de todo, incluso del orgullo. Sus desafíos, sus burlas y las muestras de rebelión eran todo una ilusión, pensó, sus últimos esfuerzos por vencer en la batalla que libraba contra él. No se rendiría jamás, porque de lo contrario estaría perdida.
Emprendieron la marcha hacia casa, Eric a la cabeza, Rhiannon detrás, flanqueada por Patrick y Rowan. «¡No te amaré! -juró en silencio-. ¡Y no te temeré! »
Allí, en medio de todos, nadie podría acusarla de nada impropio con Rowan, de modo que descubrió que podía conversar tranquilamente con él y Patrick, con quien comenzaba a encariñarse. Rieron y hablaron animadamente los tres, y el irlandés describió mientras las maravillas de su tierra natal y relató cómo san Patricio, su tocayo, había expulsado todas las serpientes de Eire muchísimos años atrás.
-¡Lástima que no pueda regresar para encargarse de los daneses! -comentó Rollo, volviéndose hacia ellos con una sonrisa afligida.
Rhiannon echó a reír divertida, con los ojos centelleantes. Enseguida se desvaneció su sonrisa, porque su marido también se había vuelto y la observaba con ex presión extraña. Rhiannon inclinó la cabeza un instante e, ignorándolo, pidió a Patrick que explicara otro cuento. Obediente, él habló en esta ocasión de la existencia de unas personas diminutas que habitaban en cuevas y grietas de las rocas.
El trayecto resultó agradable. Rhiannon estaba sorprendida de la tranquilidad que reinaba. Sin embargo, cuando al anochecer hacían el último tramo de camino, notó un cambio en el ambiente. Se habían formado nubes negras de tormenta, y soplaba un viento helado procedente del mar.

Cuando se acercaban a las murallas de la ciudad, Eric alzó la mano y todos se detuvieron. Por entre los hombres, Rhiannon vio a Mergwin de pie en el camino,

esperándolos. Su solitaria figura parecía dominar todo el sendero, así como el firmamento y el mar. El viento agitaba sus cabellos blancos y azotaba su larga barba. Sus ojos estaban grises y densos como las nubes, veladas en el misterio.
-¿Qué ocurre? -preguntó Eric, desmontando. Se acercó al anciano, quien apretó las manos del joven entre las suyas. De pronto Rhiannon apreció la fragilidad del viejo druida y maestro de runas, su silueta recortada contra el mar.
La costa volvía a estar llena de enormes barcos vikingos con proas elaboradamente talladas en formas de bestias, dragones y serpientes. El corazón de Rhiannon comenzó a martillear. ¿Qué nueva invasión era ésa? ¿Con qué frecuencia tendrían que combatir contra los vikingos? El rey Alfredo lo había hecho siempre; durante tanto tiempo que se había visto obligado a pedir ayuda a vikingos para guerrear contra vikingos.
Eric no parecía alarmado por los barcos. Dedicaba toda su atención al anciano que les cerraba el camino.
-Se trata del Ard-Ri -respondió Mergwin.
-Mi abuelo -suspiró Eric. Miró fijamente al druida-. Está muriendo.
-Tu padre ha enviado a buscarte. Tu madre te necesita. Si partes con la marea de la mañana, verás a Aed Finnlaith.
Tras ordenar que entregaran un caballo a Mergwin, Eric montó el semental. Silencioso, el grupo reanudó la marcha.
El príncipe irlandés se apeó rápidamente ante la casa señorial y entró en la sala principal. Rhiannon se disponía a desmontar cuando vio que Patrick, con ojos tristes e incluso algo empañados de lágrimas, se apresuraba a ayudarla.
-¿Seguro que partirá hacia Irlanda? -preguntó, mientras rogaba: «Dios mío, por favor, que se marche. Manténlo lejos de mí para que no me toque, para que yo aprenda a odiarlo de nuevo. No permitas que lo quiera, por favor, no permitas que lo ame.»
-Sí, lo hará. El Ard-Ri es muy amado por todos los hombres, sobre todo por sus hijos y nietos. Es un gran hombre; forjó la paz y la ha mantenido, ha dado justicia y compasión a todos los hombres. Tú también lo habrías amado.
Ella asintió. Patrick parecía lamentar profundamente la inminente pérdida del Ard-Ri. Rhiannon procuró no demostrar su alivio ante la idea de la partida de su marido.
Se encaminó hacia la sala con la intención de dirigirse sigilosamente a la habitación de Adela, donde permanecería, lejos de los preparativos del viaje, fuera de la vista y los pensamientos de todos. Sin embargo, se detuvo tan pronto cruzó el umbral, porque Mergwin la esperaba en la entrada, sus ojos grises, reflexivos y acusadores. ¿Cómo había sabido que ella entraría en ese momento? Con todas las preocupaciones que tenía, ¿por qué había pensado en buscarla a ella?
-¡Te supliqué que no fueras! -reprochó él.
A1 percibir dolor e inquietud en su voz, la muchacha lamentó haberle ofendido. Lo apreciaba, no podía evitar apreciarlo. Él era temible a su manera, pero también era su amigo. Sabía que el anciano confiaba en ella y que había querido que contrajera matrimonio con Eric. -Lo siento -dijo, compungida-. Lo siento de verdad, Mergwin. Jamás pretendí causarte pena. También lamento lo de tu Ard-Ri, tan admirado y amado. Debe de ser un gran hombre. Rezaré por él con todo mi corazón. Todos aquí oraremos por él.

No se había percatado de que Eric se había acercado silenciosamente. De pronto oyó su voz, crispada y fría, que con brusca autoridad decía:
-Señora, no es necesario que ores, me acompañarás.

Enseguida su mirada se desvió de los ojos de Mergwin hacia los de su marido. Pensó que él no la quería a su lado; simplemente la llevaría con él porque sabía cuán deseosa estaba de que él se alejara. Tragó saliva, esforzándose por hablar con voz suave:
-Eric, creo que te estorbaré. Serán momentos muy difíciles para ti...
-Y no aumentaré esa dificultad preguntándome qué se te ocurrirá hacer si se presentan los daneses o si tú decides meterte en su campamento -dijo él con voz severa-. Más vale que vayas a preparar tu equipaje, aunque Mergwin ya ha encomendado a Adela esa tarea. -Pero, mi señor esposo...
-Rhiannon, basta ya y apresúrate.
La muchacha miró implorante a Mergwin, aunque sabía que no estaría dispuesto a ayudarla; ya lo había engañado una vez. Y Eric...
-¡No iré! -aseguró indignada y comenzó a caminar.
Eric la dettwo cogiéndole un mechón de pelo. Ella chilló.
-Rhiannon, vas a venir. -Sonrió con frialdad-. De buena o mala gana, vendrás. -Sus ojos azules parecieron golpearla-. Te sugiero que lo hagas de buena gana.
Le soltó el cabello y se alejó. Rhiannon miró atribulada a Mergwin y después subió a toda prisa por las escaleras.
Adela se hallaba en la habitación, donde la aguardaban un baño caliente, toallas limpias y jabón aromado con rosas. La anciana le explicó impresionada que todos habían estado inquietos esperando su regreso, pero que Mergwin había asegurado una y otra vez que no sufriría ningún daño y que finalmente volvería a casa.
-Y cuando aparecieron los barcos vikingos y comprobamos que no eran los nuestros, bueno, todos nos aterramos. Mergwin se apresuró a decir que los había enviado Olaf, rey de Dubhlain. ¡Ah, qué maravilla contemplarlos! Luego llegaste tú, tal como había vaticinado Mergwin. Y ahora partirás hacia Irlanda. Ay, Rhiannon, ¡voy a echarte tanto de menos! ¡Debes cuidarte mucho!
-¡No iré a Irlanda! -exclamó Rhiannon con desesperación.
-Querida mía... -¡No voy a ir!
De pronto sonó un golpe en la puerta, que se abrió de inmediato, sin que ninguna de las dos hubiera invitado a pasar. Rhiannon se estremeció temiendo que se tratara de Eric, quien podría haber oído sus desafiantes palabras.
Se había equivocado. Era Judith, la chica que daba la impresión de adorar a Eric. Entró con una bandeja con comida y la depositó sobre un baúl. A continuación se inclinó ante Rhiannon con una reverencia.
-Mi señora, el señor Eric me ordenó que te trajera esto y dijo que comieras y descansaras después, porque partiréis antes del amanecer.
Al observar a la guapa muchacha, Rhiannon pensó que sin duda le complacería servir a Eric de cualquier manera. ¿Lo habría hecho ya?
-Gracias, Judith.
La chica paseó la vista por la habitación.
Rhiannon no pudo soportar la idea de Judith en brazos de Eric, o en su cama, en esa habitación. Trató de controlar el genio. No podía hacer el ridículo.
Judith, eso es todo, gracias.

Con un suspiro, la joven salió del dormitorio. -Yo vigilaría a ésa -dijo Adela.
-Mmm -murmuró cansinamente Rhiannon. Deseaba estar sola. Se volvió hacia su prima y le cogió las manos-. Has sido muy amable al preparar mis baúles y el baño. Ahora me siento bien. Me cepillaré el pelo, cenaré deprisa y me acostaré. Tú deberías hacer lo mismo. Sin duda estarás agotada.

Adela la miró con expresión preocupada. -Si estás segura...
-Sí, por favor.
Adela le dio un beso y se marchó.
Rhiannon comenzó a pasearse por la habitación. Después se sentó a los pies de la cama y procedió a cepillarse el cabello. Lo tenía muy enredado y se entregó a la tarea con determinación hasta que su larga melena cayó sobre su espalda. A continuación se acercó a uno de los baúles y sacó un camisón de hilo casi transparente con delicados bordados en el cuello y las muñecas. Se lo puso, preguntándose qué hora sería y si Eric dormiría con ella. Miró la bandeja con comida que no había probado, vio la jarra de aguamiel y bebió un buen trago. Después volvió a cepillarse el pelo.
Oyó pasos al otro lado de la puerta. Dejó el cepillo y se apresuró a acostarse, cubriéndose el rostro con los cabellos.
Oyó abrir y cerrar la puerta y los pasos de Eric por la habitación. Luego el hombre se detuvo y se dirigió a la cama. Notó que la observaba.
Allí permaneció un buen rato. Después lo oyó alejarse y percibió el ruido de sus botas y su ropa al caer al suelo. Lo oyó maldecir en voz baja al meterse en el agua fría de la bañera. Lo oyó chapotear y al cabo de unos minutos salir de la bañera.
Llegaría a la cama y la acusaría de fingir estar dormida. Ella se incorporaría y diría que a partir de ese momento pondría todo su empeño en complacerlo y convencerlo de que esperaba con ansias su regreso, si la dejaba en casa.
Sin embargo, su esposo se tendió a su lado sin tocarla, dándole la espalda.
La muchacha abrió los ojos. Eric había apagado las velas. La luz de la luna jugueteaba sobre los hermosos músculos de la espalda de su marido. Se mordió los la bios, frustrada, vacilante. Se movió y le rozó la espalda con la suya; le echó encima un mechón de sus largos cabellos. Él continuaba inmóvil.
-Eric -susurró por último.
Él se incorporó y se apoyó en un codo. A la luz de la luna ella vio que estaba observándola.
-Lamento lo de tu abuelo. De verdad.
Al cabo de un momento el príncipe irlandés profirió una suave maldición y le rodeó los hombros rígidos con los brazos. A los ojos de Rhiannon asomaron unas dulces lágrimas.
-Por favor, no me obligues a ir. Tengo mucho miedo.
-¿Ah, sí? -dijo él, inclinado sobre ella, observándola atentamente.
Estaba hermosa a la luz de la luna; los ojos brillantes, empañados de lágrimas, los labios trémulos, rojos como la rosa que había dado su fragancia al aroma que perfumaba dulcemente aquel cuerpo. Bajo la fina tela del camisón subían y bajaban sus pechos con cada respiración. Las redondeces le parecieron más grandes, llenas y tentadoras que nunca; los pezones también más grandes, oscuros, fascinantes, seductores. Sus cabellos se esparcían alrededor suaves como plumones, envolviéndolo, aprisionándolo. Pero eso ya lo había hecho antes; lo había enredado y aprisionado con esas madejas de oro y fuego, con esos ojos de brillante plata, con la belleza de su lírica voz y grácil figura. No era amor,pensó Eric, no, jamás amor. Ella era suya, y la deseaba un ardor que superaba cualquier pasión que huta sentido hasta entonces. Deseó estrecharla tiernate entre sus brazos, tranquilizarla.
Pero la conocía; la conocía muy bien. ¿Qué nueva era ésa? No importaba, pensó.
-Eric -susurró suave y seductoramente, con trémula inocencia-, mi señor, por favor, quiero ser una buena esposa, obedecerte... servirte en todas las cosas, o, por favor,

esto no. Te suplico que no me obligues ir a Irlanda. Cuando regreses me esforzaré por comportarme como deseas lo haga una esposa.
Le acarició el cabello, fascinado por su longitud.
-¿Sí? -preguntó.
-Sí.
Con los párpados entornados, los ojos de Rhiann se mostraban dulces y seductores. Eric se acomodó e ella y le rozó los senos con los labios. Luego cesó uno con la boca y le acarició el duro pezón con lengua por encima del camisón casi transparente. La joven emitió un sordo gemido y apretó su cuerpo contra él, tocando con su suave forma femenina el sexo de él, acelerando en Eric la excitación y la salvaje necesidad.
-Seré todo lo que quieres -prometió ella, hundiendo los dedos en su cabellera.
Se incorporó con él, envolviéndolo con sus cabellos, rodeándolo con sus brazos, llenando de besos sus hombros y su torso. Le paseó por todo el cuerpo un largo mechón de su cabello. La sedosa y fragante guedeja le estimulaba cada sitio que tocaba. Lo besó en la boca, dejó los labios allí un momento para luego emprender un viaje por todo su cuerpo. Suave, sutil y dulcemente lo sedujo. El deseo desencadenó una tormenta violenta y fiera, un torbellino. Ella sabía cómo acariciarlo, sabía cuándo atormentar, cuándo tentar, cuándo dar. Era capaz de cegar a un hombre, seducirlo hasta que no le importara nada excepto satisfacer su deseo.

La cogió violentamente para tenderla de espaldas sobre la cama. La miró a los ojos y alcanzó a distinguir fugazmente, antes de que ella los cubriera con sus exquisitas y tupidas pestañas, un destello de triunfo. De pronto se apoderó de él la ira y tuvo que tomar aire para controlarse, para no entregarse a su ferocidad.
«Calma!», se ordenó, decidido a seguirle el juego. Sonrió y la besó con ternura en los labios, saboreando la dulzura de su boca. Después se tomó todo el tiempo del mundo, apretándola y embistiendo eróticamente con su cuerpo por encima de la tela, atormentándole el vientre y más abajo para luego acariciarla de un modo más íntimo hasta el centro mismo de su deseo, deslizando la ardiente y húmeda lengua sobre el tejido del camisón. Susurros y gemidos respondieron a sus caricias, y la mujer no tardó en estremecerse debajo de él, agitándose, arqueándose.
Le desgarró el camisón en busca de su piel desnuda y devoró ávidamente todo su cuerpo. Cuando ya estaba casi inconsciente por todos los orgasmos que él había orquestado implacablemente, Eric se colocó encima y se envainó apasionadamente en ella, exigiéndole todo.
Y todo fue suyo. Jamás en su vida había experimentado una explosión de alivio tan dulce y salvaje a la vez como la que tuvo esa noche, salvaje como el mar arra sado por la tormenta. Lo sacudieron fuertes y feroces convulsiones y la llenó otra vez para luego descansar sobre ella un momento, gozando de una extraordinaria paz, saciado como jamás había imaginado poder estar. Cerró los ojos y percibió los atronadores latidos de su corazón bajo los redondeados senos y supo que podía llegar a ella, que podía obtener muchísimas cosas que ella se negaba a entregar.

Y también sabía que ella lo había engañado, que odiaba hasta la idea de ser su esposa.
Una sonrisa amarga asomó a sus labios y lo embargó una dolorosa tristeza. «¡Dios! Si pudiera dejar de desearla. Si pudiera olvidar su existencia...»

Pero no podía. Cuando no estaba con ella, lo acosaba en sus sueños. Cuando pensaba que corría algún peligro, se sentía como si lo atravesara un cuchillo. Era su esposa.
Y por Dios que ella se enteraría de que lo era y comprendería que sus trucos y engaños no cambiarían la situación. Aprendería que debía obedecerle...
Apretó los dientes como si así pudiera aplacar el dolor que sentía en su corazón. La atrajo hacia sí y le susurró:
-¿De modo que cuando regrese vas a amarme? Rhiannon aún jadeaba. Sin dejar de abrazarla él ahuecó la mano sobre su seno y sintió los latidos del corazón. -Sí, mi señor -murmuró con voz ronca.
-Cuando vuelva... ¿me honrarás y obedecerás? -¡Sí!
La besó en la frente y la estrechó. Cerró los ojos. ¡Maldita mujer! ¡Aed Finnlaith iba a morir! Su abuelo se hallaba en Irlanda; él era la paz del país. Había proporcionado a Irlanda su edad de oro; era sabio y maravilloso. Jamás lo olvidaría, y tampoco sus enseñanzas. Y ella tenía que causarle inquietud incluso en esos momentos...
Por un instante la estrechó aún más. Rhiannon emitió un suave gemido de protesta, y él aflojó la presión. Necesitaba dormir, aunque sólo fuera unas horas.
Pero no logró conciliar el sueño. A1 despuntar el alba, echó hacia atrás la sábana de hilo y se levantó. Dormida, la mujer debió notar que él había bajado de la cama, porque una dulce sonrisa curvó sus labios, y se estiró poniéndose más cómoda, cubierta por su cabellera dorada. Él apretó las mandíbulas, dio media vuelta y se vistió rápidamente. Se envolvió en la capa más fina abrochándola en el hombro y se ciñó el cinturón con la vaina y la espada. Era una ocasión triste y debía llegar con un atuendo apropiado.
Se acercó al lecho y miró a su esposa. Por un momento le tembló la mano, la cerró en un puño y continuó contemplándola porque era realmente bella. Tal vez no había enviado un mensaje a los daneses. No creía que lo hubiera hecho, pero sin duda sabía algo. Además de hermosa, era traicionera. Toda su vida llevaría la cicatriz de la herida de su flecha para demostrarlo. Sonrió con frialdad.
-Levántate -ordenó, cortante-. Es hora de partir. -¡Pero si yo no iré! -protestó ella.
-Irás, señora. Te lo dije anoche.
-Pero... -se interrumpió y se le encendieron las mejillas-. Pero si me dijiste...
Jamás dije nada.
-¡Ah! -Comprendió su locura y el rubor de sus mejillas se intensificó-. ¡Cómo pudiste hacerme creer... oh, bastardo!
Arremetió contra Eric, quien la cogió rápidamente mientras ella agitaba los brazos tratando de golpearlo. El hombre sintió que le martilleaba el corazón en el pe
cho y le subía como un zumbido a la cabeza. La deseaba en ese mismo momento, aunque había probado una y otra vez su dulzura.
Sujetándola por las muñecas, miró la feroz tormenta de sus ojos.
-Te subiré al barco vestida o desnuda, milady. Yo preferiría llevarte vestida ante mi madre, pero te llevaré de una u otra manera. Ayer te anuncié que me acompañarías. Y te he repetido muchas veces que las tretas de una mujer jamás cambiarán mis decisiones, por muy encantadoras que sean esas tretas.

La apartó e inclinó ligeramente la cabeza, sin dejar de sujetarle firmemente las muñecas, pues sabía que intentaría agredirle otra vez. Ella le clavaba las uñas como una gata y aquel salvaje destello continuaba brillando en sus ojos. Estaba vomitando palabras atropelladamente, entre ellas «bastardo» y «roedor». Después

empleó el idioma galés de su padre. Eric no lo conocía bien, pero no importaba, porque entendía el sentido general.
-¡Diez minutos, mi querida señora esposa!
La arrojó sobre la cama. Rhiannon ahogó una exclamación y se quedó mirándolo, callada por fin, tendida sobre los cabellos, los ojos anegados en lágrimas, su figura no sólo desnuda y hermosa, sino también extrañamente vulnerable.
-Diez minutos -repitió él.
Antes de que ella pudiera levantarse o recuperar el aliento para hablar, salió dando un portazo.
Se detuvo allí, sobrecogido al oírla sollozar suavemente. Después recordó que toda esa escena se había producido porque ella estaba deseosa de librarse de él. Al fin y al cabo, él podía hundirse hasta el fondo del mar irlandés o encontrar la muerte de otra manera, y tal vez ella se vería libre de él para siempre.
Podía estallar una guerra. A1 morir el Ard-Ri, los reyes irlandeses competirían por el poder y tal vez declararían la guerra a Niall, el hijo mayor del Ard-Ri. Los daneses podrían enterarse de la debilidad de Irlanda. En cualquier caso, su padre conservaría Dubhlain; de eso estaba seguro.
De todos modos su padre apoyaría a Niall, su cuñado. En realidad era muy probable que hubiera guerra, y tal vez Rhiannon vería cumplido su deseo.
Se alejó con implacable determinación.
Más le valía estar lista en diez minutos para partir, pensó. Sí no, llegaría a Irlanda envuelta en una manta.

15

La travesía por mar había sido fragosa, pero habían atravesado las aguas con sorprendente pericia y velocidad.
No había tenido que meditar mucho para tomar la decisión de acompañar a su marido. En ningún momento le cupo la menor duda de que él sería capaz de
cumplir cualquier amenaza, de modo que se dirigió a la playa donde estaban anclados los barcos mucho antes de que él llegara y allí lo esperó, mientras se hacían los preparativos, los marineros cargaban sus veleros de proa dragón y se aseguraban los aparejos en medio de gritos y órdenes. Envuelta en una capa carmesí, había contemplado los barcos con figuras de serpientes, las proas que se elevaban enormes sobre el mar, los hermosos, escalofriantes y finos diseños. Y había cerrado las manos en puños para vencer la tentación de emprender la huida. No podía creer que estuviera a punto de embarcar en un navío vikingo.
Había tratado de evitar el barco de su marido, pero nadie subió a bordo hasta que Eric apareció en la playa. De inmediato la buscó con la vista. Rhiannon se sintió
arder de rabia al percibir el frío triunfo en su mirada; no le había resultado difícil saber que le obedecería. Enseguida su esposo estuvo a su lado, y en el momento en que ella se encaminaba hacia el barco que tripulaban Patrick y Rowan notó su mano en el hombro. -Mi esposa irá conmigo.
Tras dirigirle una mirada majestuosa y glacial, la joven subió a bordo de su barco. Allí encontró cierta libertad, porque Eric se situó junto a la proa, y ella ocupó un asiento cerca de la popa y los remeros. Zarparon con la marea, pero el viento no les era favorable, lo que no desalentó a su marido. Se oyeron gritos, y las velas de rayas rojas se dispusieron para aprovechar en lo posible el impulso del viento. Los excelentes marineros se entregaron con entusiasmo a su tarea de remar.

La mañana llegó al cielo de forma furiosa. Las tonalidades rosadas de la aurora quedaron ocultas tras densos nubarrones grises. Los relámpagos rasgaban el cielo y los truenos estallaban con ensordecedor estruendo. Los vikingos, pueblo supersticioso, o al menos eso había oído Rhiannon, se negaban a navegar si las runas no caían correctamente e imploraban a sus dioses para que les libraran de las tempestades. Cuando el barco se levantó contra las encabritadas olas, un hombre barbirrojo sentado junto a ella le sonrió tranquilizador.
-Ése es Tor, que cabalga por los cielos lanzando sus rayos.
-Sí -añadió otro-, porque hasta el gran Tor nórdico llora y lamenta con todos los buenos cristianos que el Ard-Ri pase de este mundo al siguiente.
Rhiannon trató de sonreír aunque tenía los labios lívidos y el estómago revuelto.
-¡No temas, señora! -dijo el barbirrojo-.Somos los mejores marineros que existen -alardeó.
En realidad no temía hundirse en el mar ni ser tragada por su oscuridad. Lo cierto era que la alegraría un acontecimiento así, pues eso al menos conmovería a su marido, quien permanecía de pie junto a la proa, con los brazos cruzados en el pecho. Por intensa o salvaje que fuera la tempestad, continuaba osadamente de pie en la cubierta de su barco, la vista fija en la tierra a que se aproximaban y que a ella le parecía tan lejos de su hogar.
Por último se levantó y tambaleándose se aferró a la barandilla, y allí vomitó. Le extrañó que la embarcación siguiera avanzando porque por lo visto todos los hom bres se habían acercado para presenciar su humillación. -¡Señora!, ¿estás bien?
-¡Cuidado con el balanceo de las olas!
-¡Por Odín y el Dios de los cielos! ¿Es que la hemos perdido?
Mergwin, con sus ojos ya no llenos de condena por el engaño, se situó a su lado. Mientras los hombres comentaban que unas aguas tan embravecidas podían pro vocar mareos hasta a un marinero experimentado, el anciano la miraba con complicidad. Ambos sabían que era el embarazo el que le había causado el mareo.
Mergwin le refrescó el rostro con un paño húmedo y le ofreció bebida. Rhiannon cerró los ojos y se reclinó contra él, aceptando sus cuidados y encontrando un ex traño consuelo en sus brazos. Deseó poder acariciarle las curtidas mejillas, darle las gracias, pedirle perdón por el engaño y decirle que había comenzado a quererlo.
Cuando abrió los ojos vio a Eric allí de pie, gigantesco frente a ella, sus ojos duros como un látigo, las manos en las caderas, sus musculosas piernas firmes a pesar de las subidas y bajadas y la tempestad. Un intenso rubor le tiñó las mejillas, y apretó los labios. -¡Está bien! -vociferó Eric a sus hombres.
No necesitó decir más; todos retornaron a sus puestos, y ella permaneció allí, en la proa, refugiada en los brazos de Mergwin, bajo la mirada condenatoria de su marido.
-Creyeron que estabas a punto de lanzarte por la borda. Yo también llegué a pensarlo por un momento. La joven intentó apartar la cabeza del hombro de Mergwin, pero no pudo. Tragó saliva.
-Vamos, señor, es cierto que me haces sufrir, pero no tanto como para que atente contra los mandamientos de Dios.
Él tensó las mandíbulas, y Rhiannon vio cómo le latía furiosamente el pulso en la garganta.
-Me alegra mucho saber que no te he impulsado a arrojarte al mar, mi señora -dijo inclinándose en burlona reverencia-. Mis más sinceras disculpas, señora. Ignoraba que fueras tan mala marinera.

Dicho esto regresó a su puesto de vigía en la proa. Rhiannon reprimió el impulso de gritarle que era una marinera excelente, que él tenía la culpa de lo ocurrido, que llevaba un bebé en su interior que la hacía marearse. Cuando miró a Mergwin vio que sus misteriosos ojos grises la escrutaban, pero no le preguntó nada ni la reprendió.
-Éste es un momento muy duro para él -dijo el anciano-, para todos nosotros. Tú no conoces al Ard-Ri.
Mergwin también amaba al rey agonizante, pensó ella.
-Parece que todos los momentos son difíciles últimamente, ¿verdad? -dijo la mujer con voz cansada. Él sonrió y negó con la cabeza.
-Habrá penas, pero encontrarás felicidad aquí, ya lo verás.
-No estaré aquí tanto tiempo.
Mergwin hizo ademán de hablar, se contuvo y después movió la cabeza. Rhiannon le tocó la rodilla. -Mergwin, no estaré aquí mucho tiempo, no es mi casa ¿lo comprendes? Es suya; jamás será mía. No tendo ofender a nadie, pero aquí todo el mundo será ente.
Él se reclinó y cerró los ojos. Ella se asustó al verlo pronto tan viejo y frágil. Entonces Mergwin exhaló cansado suspiro.
-Habrá guerra -murmuró.
No añadió nada más, y ella no supo muy bien qué Rabia querido decir con eso.
La lluvia que habia estado amenazando no cayo. El mar continuo agitado, embravecido por un intenso viento, y el cielo cubierto de negros nubarrones, pero no llovió. Aún estaba todo oscuro cuando Rhiannon divisó la accidentada línea de la costa de Irlanda. Contempló la tierra, ajena y amenazadora bajo la penumbra que predominaba. Después se internaron en el río que los llevaría hasta Dubhlain, y ella fue observando todo cuanto podía ver. Irlanda poseía una belleza desnuda y verde. Buena parte de la tierra se veía sin cultivar, y en todo resultaba curiosamente familiar, muy semejante a la suya, aunque sutilmente diferente porque las interminables praderas se extendían desde los acantilados en tonos de esmeralda. Rebaños de ovejas de lana blanca y esponjosa pacían en los campos.
De pronto se alzaron ante ellos las murallas de Dubhlain. Sorprendida y maravillada, Rhiannon contempló la obra en piedra, el esplendor, la solidez de la construcción que se elevaba blanca contra la oscuridad. Cuando los barcos se aproximaban a los fondeaderos, vio la muchedumbre congregada que los esperaba en la ribera. Mergwin la ayudó a ponerse en pie. Eric parecía haberla olvidado porque se apresuró a bajar.
Rhiannon se detuvo, con el corazón desbocado, al ver que una mujer se separaba de la multitud. Los cabellos negros como la noche le caían sueltos hasta la cintura, y era ágil y esbelta como una cervatilla. Se acerco a toda prisa llamando a Eric.
Rhiannon quedó paralizada, sintiendo que jamás había odiado con tanta intensidad. ¿Por qué la habia obligado a acompañarlo? ¿Para que presenciara su tierno encuentro con una amante irlandesa? Sintió arcadas. La mujer estaba saludándolo con inmenso cariño, con enorme ternura. Incluso en la penumbra podía apreciarse que era hermosísima.
-Rhiannon, vamos -urgió Mergwin. -No puedo -musitó ella.
Entonces quedó petrificada, porque Eric se volvía hacia ella por fin, estaba a su lado. Antes de que pudiera protestar, ya la había tomado del brazo y la apremiaba a avanzar. Después la cogió en brazos y la depositó en suelo irlandés.
-Rhiannon, te presento a Erin de Dubhlain. Madre, Rhiannon, mi esposa.

La mujer de cabellos de ébano sonrió. Al verla de cerca Rhiannon se dio cuenta de que no era joven, aunque parecía no tener edad. Sus ojos eran de un deslumbrante verde esmeralda, y su sonrisa contagiosa.
-Rhiannon, bienvenida. Éstos son momentos tristes para nosotros, pero nos esforzaremos por atenderte como es debido. Los irlandeses tenemos fama de ser hospitalarios, ¿sabes? Ésta es la casa de mi hijo y por lo tanto la tuya, de modo que todo lo que hay dentro está a tu absoluta disposición. -Le apretó las manos y entonces dirigió su hermosa sonrisa a su hijo-. ¡Eric? Es hermosísima, y yo diría que no te la mereces ni un poquito así. Vamos, por favor, tengo miedo de estar alejada mucho rato.
Sin embargo, no desembarcaron de inmediato, pues Erin de Dubhlain vio a Mergwin, que esperaba detrás de ella. No intercambiaron ni una sola palabra. Erin se acercó al anciano y se abrazaron largamente en silencio.
Cuando se separaron, la mujer tenía los ojos llenos de lágrimas. Cogió a Rhiannon de la mano y volvió a nreír.
-Mi señora -dijo la recién llegada, procurando enredarse con el idioma que había practicado tan poco,-lamento mucho haber venido en un momento así. Tu padre es ciertamente un hombre y un rey muy amado, y mis oraciones están con él y contigo.
-Gracias -dijo Erin.
Llevándola cogida de la mano, la condujo hacia el interior de las murallas hasta una casa señorial de piedra, enorme e impresionante. Había pasarelas adosadas a las murallas por donde la gente de la ciudad podía pasar sin pisar el lodo y el estiércol del suelo; esos caminos de madera le parecieron increíbles, pues jamás había visto nada semejante ni en Inglaterra ni en Gales.
-Enfermó aquí -explicaba Erin a su hijo-. Sé que muchos opinan que debería haberlo trasladado a Tara para que muriera allí, pero estaba desesperada por reunir a mis hermanos y hermanas y a todos sus nietos. Duerme a ratos; tiene buenos y malos momentos. Sabe que la vida se le escapa y habla con frecuencia de su testamento. No podía arriesgarme a que falleciera en el camino.
Eric le dijo que había hecho lo correcto. Rhiannon se sintió como una intrusa, pero la mano de Erin la llevaba firmemente cogida y ella la siguió. Cuando entra ron en la casa se dirigieron a una enorme y magnífica sala, donde habría reunidas por lo menos cien personas. Todos abrieron paso cuando entró Erin. Llegaron al centro de la habitación, donde había una cama cubierta por lino bordado. En ella yacía un anciana de cabellos blancos como la nieve y rostro curtido y arrugado. Tenía los ojos cerrados. Erin se detuvo y Eric se adelantó rápidamente, cayó de rodillas y cogió entre las suyas las largas y delgadas manos del anciano. Rhiannon se percató de que había una monja al otro lado del lecho, con la cabeza inclinada en profunda oración. Y entonces sobresaltó porque junto a la cabecera se hallaba ue hombre tan parecido a Eric que sólo podía ser Olaf, de la Casa de Vestfald de Noruega, rey de Dubhlain y padre de Eric. El tiempo lo había tratado con amabilidad, como a su esposa. Sus cabellos dorados tenían pinceladas de blanco, pero se conservaba tan alto y erguido como su hijo, con hombros anchos y fuertes, y hermosas y atractivas facciones. Sus ojos eran del impresionante color azul que había heredado Eric. La mirada de Olaf se posó en Rhiannon, quien por un instante contuvo el aliento. Al igual que los de su hijo, los ojos del rey de Dubhlain no ofrecían ninguna disculpa, sino que la analizaban atentamente. Después sus labios dibujaron una ligera sonrisa, y asintió; ella comprendió que había determinado su identidad y le daba la bienvenida. De pronto se sorprendió porque aquélla era como la sonrisa de Eric que le había cautivado los sentidos y, de vez en cuando, el corazón.

Había otras muchas personas en la sala. A los pies del Ard-Ri se encontraba un hombre alto, de pelo oscuro y sombríos ojos verdes, parecido a Erin, pero mu
cho mayor. Junto a él había otro hombre de cabello oscuro, ojos azules y rasgos semejantes a los de Eric. La habitación estaba llena de hombres y mujeres, desde acusadamente morenos a rubios célticos pasando por todos los tonos intermedios. De pronto Rhiannon pensó que todas las personas allí reunidas tenían algún parentesco con el Ard-Ri.
Comenzaron a entonar salmodias en latín, y entonces comprendió que todos habían acudido para orar. Más allá de la cama del Ard-Ri había un sacerdote, cuyas palabras resonaban monótonas e interminables. Después todos guardaron silencio, y se oyeron los frufrús de sus ropas a medida que salían de la habitación, en medio de algunos sollozos ahogados y gimoteos de niños. Después el silencio y la quietud reinaron de nuevo.
El Ard-Ri abrió los ojos, y apareció una sonrisa en su rostro. No hizo ademán de incorporarse. Miró hacia los pies de la cama y después alzó la vista hacia el rey de Dubhlain.
-Olaf, estás aquí ¿-musitó con voz tranquila y segura.
-Sí, Aed Finnlaith, siempre.
-Ha sido tan buen hijo como cualquiera de nosotros, ¿verdad, Niall? -dijo al hombre que se hallaba a los pies de la cama.
-Sí, padre. Ha sido mi hermano.
-Eres un lobo como tu padre, nieto -dijo el anciano mirando a Eric-. Eric, ¡has venido! No me dejarás ahora. Todavía no te marcharás de Irlanda. -Una mueca de dolor le contrajo la cara, y Erin se mordió una mano para evitar que se le escapara un sollozo. El Ard-Ri cerró los ojos y prosiguió-: ¡Que Dios nos proteja, porque los reyes se lanzarán a la guerra! La paz que he conseguido todos estos años es muy frágil. La realeza suprema no recaerá en Niall porque sea hijo mío, sino porque no hay otro hombre más cualificado. Durante estos años, Olaf, he sido fuerte porque tú has estado a mi lado. Por Dios, te ruego que apoyes a mi hijo.
-Aed, por el juramento que nos unió hace muchos años -replicó Olaf--, descansa tranquilo. Las murallas de Dubhlain serán siempre la fortaleza de Niall. Mis hijos, tus nietos, serán la gran espada que siempre has asegurado serían. De verdad, Aed, padre mío, soy tu hijo.
Los ojos del Ard-Ri se abrieron de nuevo, brillantes, como empañados por las lágrimas. Volvió a cerrarlos para abrirlos al cabo de unos minutos, nublados por el dolor. Y su mirada se posó en Rhiannon.
El Ard-Ri apartó una mano de las de Eric y la tendió hacia ella. Sobresaltada, se humedeció los labios y miró a Erin, indecisa.
-¡Por favor! -susurró Erin.
Rhiannon se acercó y los dedos del Ard-Rí se cerraron alrededor de los de ella con asombrosa fuerza. -¡Perdóname! ---dijo el anciano con vehemencia-. ¡Perdóname! Te amaba entonces igual que siempre, con toda el alma.
Ciertamente la confundía con otra persona, pensó Rhiannon, pero ¿con quién?
Se hizo el silencio. Asustada, la joven permaneció inmóvil, mirando fijamente al hombre de ojos vidriosos. -¡Por Dios que no amaba a nadie más que a ti! Pero siempre estaba la tierra... y la guerra. Tuve que hacer lo que hice.
Se quedó callado y unió la mano de ella con la de Eric. Rhiannon sintió deseos de retirar la mano, de huir, pero la autoritaria mirada de su marido la disuadió. No se atrevió, apenas podía respirar. Entonces el Ard-Ri continuó, penetrando en su corazón, viendo cosas que no habría podido ver nadie:

-Yo conocía al hombre, sabía cosas que una mujer no podía saber. Conocía su fuerza y oré fervientemente para que me perdonaras. Recé para que lo amaras, que el tiempo arreglara la situación y que vuestra unión trajera la paz. Lo hice por Irlanda, ¿comprendes? Dime, hija, ¡dime que me perdonas!
Atónita, enmudecida, Rhiannon sintió las ardientes lágrimas que se agolpaban en sus pestañas mientras contemplaba la ansiosa y atormentada mirada del anciano moribundo. Eric le apretó la mano y le susurró bruscamente:
-¡Díselo! Por lo que más quieras, mujer, di lo que desea oír.
-¡Te perdono! -exclamó ella. Soltó su mano para acariciar el rostro del anciano. De pronto brotaron las lágrimas, que rodaron por sus mejillas mientras decía lo que ciertamente Aed necesitaba oír-:
- Por supuesto que te perdono. Te amo. Y todo lo que pensabas era cierto, y todo está bien ahora. Debes descansar, y no olvides que te quiero y te perdono. Jamás ha habido un rey como tú...
El Ard-Ri había cerrado los ojos. Rhiannon vio a Erin a su lado, pálida.
-¡Bendita seas, hija mía! -murmuró la mujer. Después se volvió hacia su hijo-. Eric, lleva a tu esposa a su habitación y luego regresa. Creen que no pasará de esta noche.
-Como desees, madre -dijo Eric, cogiéndole la mano y besándosela.
Después asió a su esposa por el codo y la condujo fuera de la habitación con paso tan rápido que ella apenas podía seguirlo. Sin hablar subieron por las escaleras y recorrieron un largo pasillo. Llegaron a otro ancho corredor y doblaron hacia la izquierda. Eric abrió una puerta y la invitó a entrar. Rhiannon pasó casi volando junto a él y se detuvo en el centro de la habitación. Hasta en el más mínimo detalle se apreciaba que aquél era el dormitorio de un hombre, el de Eric. La cama de madera tallada era enorme, y los baúles macizos. Los dibujos de los tapices que cubrían las paredes representaban escenas de guerra y victoria. Había hermosas y finas mesas de madera con cuernos para beber y una jofaina con su jarro para lavarse. El hogar se hallaba en el otro extremo de la habitación, y ante él se extendía una inmensa y gruesa alfombra que en otro tiempo había sido un gigantesco oso blanco. También había pieles sobre la cama. De las paredes colgaban diversas armas, una espada con intrincados grabados, un gran arco, varias picas y un escudo con la insignia del lobo.
Dejó de contemplar la habitación y se volvió hacia Eric. Se sobresaltó al ver que la miraba fijamente.

-¿Qué... qué quiso decir tu abuelo? Quién creí que era yo?
-Lo siento, no tengo tiempo de hablar ahora --dijo él con tono cortante-. La casa está bien provista. Alguien te traerá comida, bebida y todo cuanto necesites.
Continuó observándola, y ella se estremeció. Eric no se mostraba frío, sino más bien distante, y de pronto comprendió que estaba sufriendo y que jamás delataría
su dolor. Deseó acercarse para acariciarlo y consolarlo. Eric la había llevado hasta allí. No le importaban ni ella ni sus sentimientos; sólo le importaba que le obedeciera. ¡No debía amarlo! ¡No debía ser tan tonta ni despojarse con tanta facilidad de su orgullo! Él simplemente la utilizaba, la amenazaba con su fuerza, y ella no le daría nada, ni siquiera su compasión.
-Estaré muy bien -dijo fríamente.
Su esposo no se marchó de inmediato. Al cabo de unos minutos Rhiannon oyó que la puerta se abría y cerraba.

Se sentó en la cama y rompió a llorar, sin saber si lloraba por ella, Eric, Erin, el Ard-Ri, o tal vez por toda Irlanda.
A su tiempo se acabaron y secaron las lágrimas. Una joven llamada Grendal apareció en la puerta con un exquisito estofado y aguamiel caliente. La chica le aseguró que no sería ningún problema prepararle un baño caliente. Momentos después entraron algunos muchachos portando una hermosa bañera tallada y baldes de agua. Con la misma eficiencia se llevaron la bañera una vez se hubo aseado y vestido con un camisón de fino hilo irlandés bellamente bordado. Cuando Grendal salió de la habitación, Rhiannon se acostó en la enorme cama con pieles y se durmió.
Más tarde se despertó. Advirtió que no se hallaba sola en la habitación. Eric estaba sentado junto al hogar, con las piernas estiradas y la cabeza apoyada en las manos. El fuego crepitaba. Rhiannon se incorporó. Decidió no acercarse a él tras pensar que él se había portado con rudeza al obligarla a emprender el viaje hacia Irlanda. Después se levantó al recordar los susurros del amante que había sido junto al riachuelo. Podía despreciarlo, pero había algo que los unía. Fue hasta la mesa, sirvió aguamiel en un cuerno, se aproximó e, hincando una rodilla ante Eric, le ofreció la bebida. Sobresaltado, él se volvió hacia ella. Receloso, aceptó el cuerno.
-¿Qué deseas ahora, Rhiannon? Sorprendida, se apartó de él. -¿Qué deseo? -repitió.
-Sí -murmuró él, irónico-. Cuando vienes así hacia mí, es siempre con algún propósito.
Rhiannon se levantó con agilidad y gracia, dispuesta a alejarse, pero él la retuvo cogiéndole la mano. -No regresarás a casa-dijo.
-No he pedido irme a casa -replicó ella con frialdad.
Eric la miró fijamente un instante y, tras asentir, volvió a contemplar el fuego con expresión ausente. -Se ha ido -murmuró-. Aed Finnlaith ha muerto, y con él la paz de muchas décadas.
-Lo lamento -susurró ella. Percibió su dolor y deseó aliviarlo.
Eric le soltó la mano y ella permaneció allí, sintiéndose torpe.
-De verdad, Eric, lo lamento mucho. -Acuéstate, Rhiannon.
Ella siguió allí, indecisa. -Si hay algo que yo...
-Vuelve a la cama, Rhiannon. Quiero estar solo. Por fin obedeció. Deseó salir de la habitación, huir de él, pero no se atrevió, no, estando su esposo en ese estado de ánimo. Quizá permitía que se fuera...

Entristecida se tendió en la cama y se preguntó cómo habría sido él de pequeño; cómo habría sidó muchacho que había crecido en ese castillo.
Dolida, se arrebujó a la orilla de la cama para deja a su marido muchísimo espacio. Tiritó de frío, se arropo con las pieles y al poco rato concilió el sueño.
Despertó antes del alba. Eric estaba a su lado, y ella estaba acurrucada con la cabeza apoyada en su pecho protegida por su brazo. Ya no tenía frío.
No pudo levantarse. El hombre estaba dormido agotado, tumbado sobre los cabellos de Rhiannon. Ella comenzó a tirar con suavidad de los largos mechones y entonces él despertó y la miró fijamente.
-Perdóname, señora, ¿estoy tocándote? Masculló una palabrota, se incorporó, liberándole el pelo, y se levantó, desnudo. Mordiéndose el labio, ansiando decirle algo, pero incapaz de hacerlo, la mujer lo observó mientras él se vestía rápidamente. Cuando hubo terminado, Eric salió dando un portazo. Rhiannon se tendió, pero no consiguió volver dormir.

Mucho más tarde apareció Grendal con agua fresca y el desayuno, pero ella no tenía apetito y no comió. Sin saber qué hacer, permaneció toda la mañana en la habitación de Eric.
Después, por la tarde, se aventuró a salir al pasillo tras recorrerlo, llegó hasta lo alto de la escalera, desde donde vio la enorme sala de la planta baja y oyó los llantos ahogados y los gemidos de dolor y duelo. En lugar de bajar, se giró para regresar a toda prisa al dormítorio, pero se detuvo en seco porque un hombre le cerraba el paso. En la penumbra parpadeó. Creía que se trataba de Eric. Enseguida se dio cuenta de que no era él, sino su padre, el rey de Dubhlain en persona. Todo un vikingo, pensó, y se ruborizó al recordar las numerosas veces en que había despotricado e insultado a s esposo por su ascendencia paterna. Pero ciertamente

Eric nunca habría hablado a ese hombre de su odio.
-¿Por qué te vuelves? -preguntó él.
-No... no quiero molestar, mi señor. -¡Rhiannon! Eres la esposa de mi hijo y por lo tanto nuestra hija, y en este momento no molestas; eres muy bien recibida. Así lo creía mi suegro y por eso, cuando su vida estaba acabándose, te tomó la mano y te habló, y tú dijiste exactamente lo que necesitaba oír. Vamos, cógete de mi brazo. Eric está abajo.
Le ofreció el brazo amablemente, pero ella se apartó, moviendo la cabeza con repentino terror. -No lo comprendes, mi señor.
-¡Ah!, no puedes aceptar el brazo de un vikingo, ¿ni siquiera de uno que lleva tantos años en estas costas? -¡No! -exclamó ella, afligida.
Entonces vio que se dibujaba una tenue sonrisa en aquellos rasgos eternamente jóvenes. Así tratarían los años a Eric también, reflexionó; hasta el final se man tendría muy erguido, tan formidable ¡y dominante! y conservaría la capacidad de hechizar con la curva de una sonrisa. Bajó las pestañas sonrojándose, porque le pareció que ese hombre le leía los pensamientos con mucha facilidad. Negó con la cabeza.
-No es eso... -se interrumpió. ¿Cómo podía explicar al rey que su hijo no la deseaba a su lado?-. Creo que Eric no... no..,
-¡Mi señora Rhiannon... hija! -se corrigió-. Vamos. coge mi brazo. Ningún hombre obliga a una mujer a atravesar el mar hasta un suelo extranjero si no desea su presencia allí.
-Pero...
-Vamos -insistió.
Ese amable apremio era toda una orden, y la joven lo tomó del brazo. Mientras bajaban por las escaleras se preguntó cómo era posible que aquellos hombres fue ran tan capaces de doblegar su voluntad; uno, su marido, con implacables exigencias, y el otro, su suegro con una fuerza suave pero igualmente dominante.

Cuando llegaron a la sala, la condujo hasta la cama del Ard-Ri. El rey supremo estaba ataviado con toda su gloría, en azul y carmesí, los blasones de Irlanda en su capa y una cruz dorada sobre el pecho. Rhiannon se inclinó junto al rey vikingo de Dubhlain y rezo una oración. Cuando se levantó, aún estaba asida al brazo su suegro.
Se acercaron hombres, reyes de Irlanda, para hablar con Olaf, que presentó a Rhiannon como su nuera y todos le dieron la bienvenida y le mostraron el respeto exigido por el rey. La llevó a través de la sala donde se servía comida y allí se reunió con ellos Erin, su hermoso rostro marcado por las señales de las lágrimas

quien acompañó a Rhiannon hasta el elevado en que presidía las largas mesas. Antes de que se hubiera sentado, la muchacha notó que le cogían el brazo y se volvió. Era Eric, ataviado de modo similar a su padre con una capa carmesí orlada en armiño y enganchada con las insignias del lobo, los reyes de Tara y la casa Vestfald.
-Madre, te lo agradezco. Yo me ocuparé de mi esposa ahora.
Con qué cariño y ternura hablaba a su madre. Gracias a Dios, pensó Rhiannon, a ella no la trataba con tanta amabilidad, porque ésta sería demasiado doloroso para su corazón. No tenía nada que temer, se dijo cásticamente, porque él la urgió a acompañarlo con algo semejante a un gruñido. La acomodó entre él y su padre. Aunque compartió el cáliz con Eric, fue su suegro quien tuvo la consideración de entablar, conversación con ella y explicarle sus costumbres. Cuando finalizo la comida, el príncipe de Dubhlain la condujo hasta una habitación, abrió la puerta y la hizo entrar. Al volverse vio que su marido se disponía a marcharse nuevamente.

-¡Eric! -llamó.
-¿Qué ocurre?
-Sólo quería decirte... -Se interrumpió e inspiró profundamente. Recordó las palabras de su suegro: Ningún hombre obliga a una mujer a atravesar el mar hasta un suelo extranjero si no desea su presencia allí.» O si simplemente quiere contrariar sus deseos, pensó con amargura. Bajó suavemente las pestañas y agregó-: No me gusta verte sufrir así.
Eric se quedó inmóvil un instante, y a Rhiannon le pareció sentir una corriente de aire muy frío. Después su esposo entró en la habitación y cerró la puerta. Se acercó a ella, empequeñeciéndola con su elevada estatura, y, levantándole la barbilla sin ninguna delicadeza, la obligó a mirarlo a los ojos.
-¿Que no deseas verme sufrir? ¡Vamos, señora! Creía que tu mayor deseo era que me quemara en aceite hirviendo.
Ella se apartó, alarmada por las lágrimas que pugnaban por brotar.
-Ah, lo había olvidado. ¡Es cierto!
Creyó apreciar un ligerísimo asomo de sonrisa en la cara del hombre, y al mirarlo le dio un vuelco el corazón. Se clavó las uñas en las palmas para reprimir la ten tación de correr hacia él, tan hermoso y majestuoso con su atuendo, tan alto que dominaba la habitación, tan dorado que parecía irradiar luz.
-Sufro por la pérdida de mi abuelo, sí -murmuró. Su sonrisa se desvaneció, pero sus ojos continuaban observándola con expresión amable-. Tú no puedes comprender la gravedad de la situación. Mi abuelo era la espina dorsal de la isla. El era Eire. Era... más o menos como Alfredo, ¿sabes? Tenía más de noventa años y vivió una vida grandiosa, majestuosa. Será bien acogido en los cielos, y los noruegos que ha conocido le reservarán un lugar en la mesa del Valhalla...
-se interrumpió y se aproximó, desaparecida ya la afabilidad. En sus ojos destellaban un brillo glacial cuando enredó los dos en sus cabellos para obligarla a alzar el rostro hacia él-. Mi padre es fuerte, así como mis hermanos y y ahora dedicaremos esa fuerza a respaldar y ayudar a tío Níall de Ulster. ¿Lo entiendes?
-¡Me haces daño! -dijo ella.
El vikingo no aflojó la presión. Sus labios rozar los de ella, y su susurro la acarició y atormentó: -Habrá guerra. Y tú permanecerás aquí, dentro la seguridad de estas murallas, durante el tiempo que dure esta guerra.
No la soltó, esperando a que ella protestara. Rhiannon sostuvo su mirada sin pestañear ni revelar ninguna emoción, sin quejarse ni llorar ni debatirse.

-Mi señor, estás tirándome del pelo.
Entonces la liberó y enseguida salió de la habitación.
Rhiannon estuvo paseándose por el dormitorio durante lo que le pareció una eternidad. Ya habían llevado sus baúles a la habitación, pero no buscó su ropa, lo que se puso el precioso camisón de hilo irlandés que había usado la noche anterior. El fuego del hogar era muy suave, y tenía frío cuando por fin se metió bajo mantas y pieles de la cama de su marido.
Eric regresó muy tarde. Agotado, se dejó caer en sillón ante el hogar y se quedó contemplando las llamas. La joven lo observó a la luz del fuego. Apreció una rígida tensión en sus facciones y un dolor infinito en ojos. Su suegro estaba equivocado; ciertamente no la amaba y en esos momentos ni siquiera la deseaba.
Ella, en cambio, estaba enamorándose de él a pesar de que su juicio le aconsejaba sensatez, a pesar de todo cuanto había ocurrido entre ellos, a pesar de él mismo No; no estaba enamorándose, ya estaba enamora. Se levantó y se acercó al hogar. Eric levantó el rostro y la miró a los ojos, arqueando una ceja a modo de burlón interrogante.
La rechazaría; debía volver a la cama y enterrarse bajo las mantas.
Sin embargo, no lo hizo. Se desató con parsimonia el lazo del bordado camisón y lo dejó caer suavemente a sus pies. Con más lentitud aún se aproximó con la vista fija en sus ojos para arrodillarse ante él y, cogiéndole las manos, le besó las palmas.
Él dejó escapar un agudo gemido. En un segundo ya estaba de pie y la estrechaba entre sus brazos. La depositó sobre la suavidad de las pieles y comenzó a ha cerle el amor. Sus besos le abrasaron la piel, sus manos la excitaron y condujeron a un aterrador éxtasis. Rhiannon había deseado aliviar el dolor de su esposo, hacerle el amor, pero no podía porque le había abierto las puertas de la pasión, más potente y fiera que la tormenta que había amenazado el mar y el cielo el día de su llegada. Ella había desatado la tempestad y ya no podía guiarla ni controlarla.
Y la tormenta fue dulce. Eric la tendió de bruces sobre las pieles para recorrerle con avidez la espalda y las nalgas con la boca, la lengua y los dientes. Con creciente deseo y pasión, la giró y la consumió de placer. Ella sintió por dentro el viento y el oro de su sol, gimiendo, gritando y entregándose a su deseo, gozando de la pasión que cada vez se encendía más entre ellos. Cuando la penetró, le pareció que el mundo oscilaba para seguir el ritmo de la pasmosa y viva fuerza del mar, para girar como un torbellino y después estallar en un frenesí de brillo, luz y dulces néctares.
Después la abrazó y en silencio acarició el cuerpo sudoroso. Ella notó las palabras agolpadas en su boca: «Vamos a tener un hijo.» Trató de separar los labios para dejarlas escapar, pero no pudo. Por último se quedó dormida.

Por la mañana él ya estaba levantado y vestido cuando ella abrió los ojos. Cansada, con el cabello enmarañado, se percató de que él la contemplaba junto a la cama.
-No regresarás a casa --dijo bruscamente.
-¿Qué?
La sorprendió el cambio que advirtió en él. Probablemente no la amaba, pero la noche anterior había creído percibir al menos cierta ternura entre ellos.
-No regresarás a casa -repitió. -No he pedido...
-Siempre que seduces, señora, es con el propósito de pedir algo. Buscas pago por la puta que...
No terminó la frase porque ella le arrojó un almohadón de plumón a la cara. Él lo apretó fuertemente, tratando de controlar el genio.

-Rhiannon, yo no pago. Deberías saberlo ya. La mujer se tapó los senos con una piel.
-¡No te he pedido nada! -espetó-; nada, mi señor, nada en absoluto. Anoche sólo deseaba «darte» algo, pero no te preocupes, ¡jamás volverá a ocurrírseme darte nada otra vez!
Dejando el almohadón a un lado, Eric se inclinó para enmarcar su rostro con las manos. Ella intentó esquivarlo, pero al notar sus dedos suaves y acariciantes en las mejillas se quedó paralizada.
-Entonces reconozco que me equivoqué, señora -dijo él con voz tan dulce que su esposa se conmovió y estremeció-. Y gracias.
Le rozó ligeramente la boca con sus labios y después se encaminó hacia la puerta. Abrazada a una piel, se quedó mirándolo hasta que salió y después se hundió en la cama. Jamás llegaría a conocerlo.
Grendal atendió a sus necesidades por la mañana. Luego Rhiannon se vistió y esperó, vacilando entre bajar o esperar a que Eric fuera a buscarla. Lo más probable era que Eric no fuera a buscarla.

Por la tarde alguien llamó a la puerta. Con una afable sonrisa, entró en la habitación la monja que había visto junto a la cama del Ard-Ri la noche de su llegada.
-Soy Bede, hermana de Erin -se presentó, cogiéndole las manos y besándola en la mejilla cariñosamente-. Son momentos muy difíciles para todos nosotros. De verdad formamos un pueblo amable y afectuoso. Si hubieras conocido a mi padre, le habrías amado muchísimo.
-De eso estoy segura.
-Te portaste muy bien con mi padre. -¿Sí?
-Ciertamente -dijo una voz desde la puerta abierta. Allí estaba Erin de Dubhlain, que miró a su hermana y después dedicó una pícara sonrisa a Rhian non-. Debiste de sentirte terriblemente confusa cuando mi padre te cogió la mano.
-Yo...
Se interrumpió. « ¡Tu padre me leyó la mente y el corazón! », deseó gritar. Se alegró de que Erin se apresurara a continuar:
-Verás, él te confundió conmigo. -¿Cómo dices, señora?
Bede rió por lo bajo y su hermana le dirigió una afectuosa sonrisa.
-Sí, ¡ríe ahora! Esta santa y delicada hermana mía en cierta ocasión conspiró contra mi padre...
-¡Yo no conspiré! -protestó Bede.
-¡Vaya! -exclamó Erin-. N1e tendieron una trampa para obligarme a contraer matrimonio, ¿sabes? Yo me habría casado con un gnomo, un enano, incluso con un horrible jabalí antes que con un vikingo -explicó Erin-. Verás, había estallado una horrorosa y terrible guerra, y mi padre y Olaf firmaron la paz; yo fui la garante de esa paz.

-¡Oh! -exclamó Rhiannon-. Ahora parecéis tan... tan...
Sonriendo encantada, Erin le tomó las manos y la llevó hasta los pies de la cama, donde se sentaron. -Ninguna mujer ha sido tan afortunada como yo en el matrimonio. Estos años han sido maravillosos extraordinariamente maravillosos. Pero las cosas no comenzaron bien.
-Fue muy difícil, ¿sabes? -intervino Bede porque Erin y Olaf ya se habían conocido. Mi hermana había estado por el campo con su armadura dorada y había combatido contra el que luego sería su marido -¡Bede!

-Habían ocurrido muchas cosas que nuestro padre nunca supo -explicó Bede, sonriendo. -Rhiannon, te agradezco de todo corazón lo que le dijiste a mi padre.
-Por favor, no me lo agradezcas. Yo... lamento que haya fallecido.
Erin se puso en pie y se paseó, nerviosa, por la habitación.
-Y ahora que ha muerto, todos los hombres que tanto lo honran en la sala están urdiendo una guerra, contra mi hermano.
-No comprenda -dijo Rhiannon-. ¿Por qué iban a hacerlo?
-Lo ignoro -Erin negó con la cabeza-.Jamás lo he entendido. Cuando era pequeña, siempre había guerras entre los reyes. Después llegaron los vikingos, y mi padre formó una alianza de paz para perder unirlos Y ahora... ahora irán a la guerra otra vez. ¡Dios proteja Niall! -Miró alrededor-. ¿Tienes todo cuanto necesitas? Llegaron bien tus baúles desde el barco?
-Sí, milady, claro que sí. Gracias.
-¿Milady? -Le dedicó una amplia sonrisa, con los ojos brillantes, y Rhiannon volvió a pensar que era una mujer extraordinariamente hermosa-.
-Soy tu suegra. No tienes por qué tratarme con tanta formalidad. Ahora debes disculparme porque tengo que ocuparme de muchos asuntos. -Se dirigió a la puerta y allí se volvió-. Bede, encárgate de que Rhiannon conozca a la familia, por favor. Ayer fue muy difícil, pero hoy... La vida continúa. -Ya había cruzado el umbral cuando se giró para sonreír a Rhiannon-. Me alegro de que Eric te conociera. Ha llevado una vida bastante errante, participando en correrías vikingas por tierras lejanas. Lo cierto es que me sorprende que haya encontrado una hermosa y joven esposa cristiana en la corte del rey Alfredo. Créeme, te doy la bienvenida de todo corazón.
Dicho esto, se marchó. Bede invitó a Rhiannon a bajar para presentarle al resto de la familia. Desde la escalera la joven observó la sala donde habían colocado al Ard-Ri para que recibiera el homenaje de su pueblo. Se había congregado a orar silenciosamente una multitud de hombres elegantemente vestidos con capas engalanadas con sus lemas e insignias. No vio entre ellos a su marido.
Comenzaba a atardecer cuando Bede la guió por la casa del rey de Dubhlain. En una de las salas contiguas a la principal, localizó por fin a Eric. Se hallaba sentado con un numeroso grupo de hombres que supuso serían sus hermanos y tíos, enfrascado en una acalorada discusión. Bede prosiguió su camino. Entraron en la sala de las mujeres y una joven de cabellos de color ébano, como los de Erin, se levantó de un salto y se acercó a ellas.
-¡Tía Bede, por fin la has traído! Anoche me quedé fascinada cuando nos presentaron. ¿Me recuerdas? ¿Eres capaz de recordarnos a todos? Soy Daria, la menor y última de esta camada, hermana de Eric. Y éstas son mis hermanas Megan y Elizabeth. Llegarás a conocernos a todos. Los chicos son Leith, a quien tal vez viste anoche junto a la cama del abuelo, y, vamos a ver, Bryan, Conan, Conar y Bryce. Y Eric, por supuesto, el doble de mi padre, como lo llamamos. ¡Entra, por favor! Ha habido tanta, tanta pena. Cuéntanos cosas de Alfredo e Inglaterra y de ese horroroso Guthrum. Ven, ven, entra, por favor, no seas tímida. Como ves, nosotros no lo somos en absoluto.
Echó a reír, y Rhiannon se sintió encantada al instante por su candor y sencillez.
-Bien, os explicaré algo sobre...
-Eres pariente de Alfredo, ¿verdad? -interrumpió Daria.
-Prima.
-Cuéntanos algo, por favor. Hemos estado todas tan afligidas por el abuelo... ¡nos encantaría escapar a una tierra lejana!

En medio de las mujeres, tías, hermanas y cuñadas de Eric, afloraron las dotes narrativas de Rhiannon. Repitió la historia de Lindesfarne, sin mencionar en esta ocasión que el desastre había sido causado por vikingos noruegos, y después relató innumerables historias sobre el heroísmo y la nobleza de Alfredo. Cuando hubo concluido, Daria preguntó cómo se las había arreglado Eric para casarse con ella.
-Más bien contra mi voluntad -respondió Rhiannon-. Verás, él llegó a lo vikingo, me arrebató la casa y las tierras, y entonces Alfredo decidió que nos desposáramos.
Súbitamente se produjo un silencio. Lo había explicado con tono ligero, medio en broma, y sin embargo todas la miraban de hito en hito. Lamentó haberlas ofendido.
De inmediato se percató de que no la miraban a ella, sino a la puerta. Enseguida se volvió y, ante su desconcierto y conmoción, encontró a Eric allí, observándola. Cómodamente apoyado contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados, la contemplaba con un destello condenatorio en sus azules ojos.
-Es una narradora increíble, ¿verdad? -comentó educadamente al grupo-. Vaya, amor mío, creo que has olvidado contar una parte de la historia. Mi esposa es toda una heroína, ¿sabéis? Llegamos, y antes de darme cuenta ya tenía clavada en el muslo una de las flechas de mi amada esposa. Ningún vikingo ha logrado jamás dominar a esta jovencita, os lo aseguro.
-¿Qué? ¿Disparaste una flecha a Eric? -exclamó Daria.
Rhiannon se ruborizó. -No era mi intención...
-¡Oh, Eric! -Daria corrió a abrazar a su hermano.
Rhiannon vio el afecto que existía entre ellos. Jamás le había sonreído así a ella, pensó apenada.
-Veo que saliste bien parado -observó Daria. -Hermanita -gruñó él traviesamente-, me ha quedado una horrorosa cicatriz en el muslo.
-Ah, bueno, tienes otras cicatrices. -Hizo un guiño a Rhiannon-. ¿De verdad heriste con una flecha a mi hermano?
-Tiene una puntería excelente -dijo él-, aunque muy poco sentido común y un dudoso sentido de la lealtad. Ahora, si me lo permitís, debo llevármela. ¿Rhiannon?
Ella caminó hasta la puerta y se detuvo ante su esposo.
-¡Bien, mi señor! Qué te propones hacer conmigo? Si mi lealtad es tan dudosa, tal vez también lo es mi puntería. Ten cuidado en el futuro, joven señor de los lobos, pues mi puntería podría mejorar junto con mi sentido común. Si fuera un poquitín mejor, no nos habríamos casado, porque te habría quedado muy poco para consumar ese acuerdo.

Daria, que se hallaba cerca y la oyó, echó a reír. Mirando fijamente a Rhiannon, Eric esbozó una sonrisa y avanzó un paso para cogerla en brazos y echársela al , hombro.
-Perdonadme, señoras, debo ocuparme de mi rebelde esposa.
Haciendo una inclinación, salió con la joven y atravesó una sala, ignorando a las personas que se encontraban allí. Aturdida y sin aliento, Rhiannon no protestó.
De pronto la depositó en el suelo. Habían dejado atrás la casa y se hallaban en un patio. Por todas partes había hombres, ensillando caballos y enjaezándolos con los colores del rey y el príncipe.
-Qué... ?
-Se ha producido un ataque contra Ulster en ausencia de Niall --explicó él.
-¿Partirás ahora? -preguntó asombrada-. ¡El cadáver de tu abuelo aún no se ha enfriado! -Escoltaremos el cuerpo de mi abuelo hasta Tara y continuaremos para

combatir en Ulster -dijo él, con los brazos cruzados y una mirada glacial-. Y tú permanecerás aquí al cuidado de mi madre hasta mi regreso.
Rhiannon se disponía a replicarle cuando vio en el patio a Rowan, que conversaba con otro de los hombres de Wessex que los habían acompañado.
-Rowan irá contigo? Sorprendido, se puso rígido. -Sí, por decisión suya.
-No debería... no debería morir en suelo extranjero. De pronto Eric la rodeó con los brazos. -¿Deseas su regreso y no el mío, milady? Ay de mí, veo que es así. Es normal, pues siempre has querido que un hacha me parta el cráneo. Señora, ya dure días o años esta guerra, recordarás que eres mi esposa; ¡me recordarás a mí!
Rhiannon trató de zafarse, pues le hacía daño. Su tenaz orgullo le impidió decirle que lo amaba, que su preocupación por Rowan era sólo una estratagema para proteger su corazón; le impidió decirle que no podría soportar la vída sí él no volvía. El orgullo tampoco le había permitido anunciarle que iban a tener un hijo. -Eric...
Éste la levantó en brazos, y sus labios descendieron sobre los de ella con fuerza arrolladora. La besó con pasión, devorándole la boca y cuando la soltó le pareció que no había sido suficiente.
-¡Eric! -susurró ella-. Tienes que cuid...
-A Rowan? -preguntó, hiriente-. ¡Por Dios, señora! -Maldijo furiosamente.
Rhiannan dejó escapar un grito cuando el vikingo la estrechó violentamente entre sus brazos. Llevándola en andas, entró como una tromba en la casa, subió por las escaleras y la condujo a su habitación. Una vez allí la lanzó sobre la cama y se abalanzó sobre ella antes que pudiera incorporarse o protestar.
-¡Basta, vikingo, bastardo! -exclamó asustada. Pero no había manera de detenerlo, de detener su rabia o su pasión. Ella volvió a gritar, medio histérica. -¡Eric!
Algo en su voz lo conmovió, pues se quedó inmóvil y después se tendió a su lado. Murmurando algo que. ella no entendió, se incorporó para levantarse de la cama, y ella, que debería haberse alegrado, se apretó contra él; no podía dejarlo marchar.
Eric depositó un beso suave en sus mejillas, húmedas de lágrimas. Rhiannon lo atrajo más hacía sí, sintiendo cómo se excitaba su cuerpo. El príncipe le buscó los labios y la besó con abrasadora avidez, pero sin violencia. Introdujo la lengua en su boca profundamente, llegando hasta los más secretos recovecos. La dureza de su miembro contra su cuerpo produjo a la mujer una dulce y ardiente humedad. Lo deseó con una creciente y avasalladora necesidad que llenó todo su ser. Iba a marcharse de nuevo.
-Señora, ¡me recordarás! -le susurró dulcemente al oído.
Lo repitió una y otra vez, y la mujer notó que lo sacudía un fuerte estremecimiento. Gimiendo suavemente Rhiannon enmarcó su rostro con las manos y unió sus labios a los suyos, pegándose a él con una sugerente ondulación de caderas.
-Rhiannon -oyó susurrar. Ella enterró la cara en su cuello. -Por favor -murmuró.
No necesitó añadir más. Eric estaba dentro de ella, que se estrechó más contra él a la primera embestida. El hombre comenzó a moverse, adentrándose de forma más profunda con cada arremetida, a que ella respondía con el mismo frenesí, amoldándose a su ritmo. El príncipe le hizo el amor como si quisiera dejarle grabado eternamente su sello; y Rhiannon le hizo el amor como si sus ansias de él pudieran evitar que fuera a la guerra. El aire pareció estremecido por truenos a medida que el ritmo y la tempestad alcanzaban alturas insoportables. La mujer gimió y gritó cuando el orgasmo estalló con una llamarada que la hizo saborear el éxtasis y la dejó por un ínstame inconsciente. Cuando volvió a ver la luz, notó cómo el cuerpo de Eric se estremecía sobre ella y de nuevo se sintió colmada, invadida por el ardiente calor de su semilla. Cerró los ojos y degustó el placer.

Permanecieron quietos una eternidad. Después Eric la rodeó con sus brazos y la estrechó.
-Recuérdame -murmuró.
Su esposa abrió los ojos y se encontró con la tormenta cobalto de los suyos. En vano trató de sonreír. Intentó hablar con voz firme, pero lo hizo en un susurro:

-Mi señor, creo que no podré olvidarte. Voy a... -voy a dar a luz a tu hijo.
-¿Qué?
Observó atentamente los rasgos femeninos. Ella inspiró profundamente y expulsó el aire.
-Vamos a tener un hijo. -¿No mientes? Rhiannon sonrió por fin.
-Milord, me cuesta creer que no te hayas dado cuenta. Hay ciertos cambios...
Eric se retiró bruscamente de encima de ella, le bajó la túnica, se la alisó y a continuación le acarició con ternura la mejilla.
-Tontita -exclamó-. No debiste permitirme... -¿Permitirte? Mi señor, ¿cuándo he podido detenerte? -retó, apresurándose a añadir-: Eric, yo deseaba... yo también te deseaba. No me has hecho daño, ni a mí ni al bebé.
La besó.
-Debes cuidarte. Debes cuidarte muchísimo.
Ella asintió. En realidad, suponía ella, no quería decir que se cuidara; sino que cuidara al bebé.
Eric se levantó y la alzó en sus brazos, estrechándola con ternura.
-Sí, mi amor, cuídate... -La soltó y le acarició la mejilla-. Yo cuidaré de Rowan; lo protegeré siempre que pueda. No temas.
Su voz sonaba severa, con una nota amarga. Tras besarla en los labios se dirigió a la puerta y se marchó. -¡Es a ti a quien amo! -murmuró ella con los ojos llenos de lágrimas.
Ya era tarde. Eric ya se había marchado.

16

Al caer la noche comenzó a soplar un viento frío en las costas del norte. De pie sobre un acantilado, con su capa azotada violentamente por el viento, Eric contem plaba el mar en la distancia, oscurecido y cubierto por la niebla. Lejos, muy lejos, se alzaba la tierra de los escoceses, llamados así por las tribus que abandonaron Eire para instalarse allí. Aquella tierra se hallaba al norte de los reinos ingleses que con tanto denuedo Alfredo defendía de los ataques daneses.
Efectivamente, habían avanzado mucha durante los últimos meses. En esos momentos, en medio de los rigores del invierno, la guerra había concluido. Uno tras otro, los reyes inferiores de Irlanda se habían inclinado ante la supremacía de Niall Mac Aed, pero aún faltaba recuperar la franja costera de Ulster, reivindicada por el tío de Niall, Lars Mac Cannar, hijo de una mujer irlandesa y nieto de un rey danés.
La batalla decisiva se libraría al día siguiente. Hacia el norte, a bastante distancia, divisaba las hogueras del campamento danés. Durante todo el día ambos bandos habían enviado emisarios y finalmente se había resuelto que quien venciera al día siguiente tomaría aquella franja. En aquellos momentos, cuando todo el país apo-yaba a Niall, parecía innecesario luchar contra Lars por esa franja de tierra. Sin embargo, pocos conocían la manera de sentir irlandesa tan bien como Niall, Olaf, Eric y sus hermanos y primos; si Niall no conservaba su propio reino, perdería todo. Las facciones belicosas se dividirían y surgirían disensiones en todo el país.

Por tanto, todo dependía de lo que ocurriera al día siguiente. Después podrían regresar a Dubhlain.
Eric notó las frías ráfagas del viento en la cara mientras sentía arder un fuego en su interior. ¡Cuánto anhelaba volver!
No habían partido con la prisa que habían planeado al principio, pues habían tenido que ocuparse del funeral de su abuelo a pesar de las amenazas que se cernían sobre ellos. Aquel día, después de dejar a Rhiannon en la habitación para ir al patio, le habían informado de que estaba celebrándose un consejo y que requerían su presencia inmediata. Se había reunido con los miembros masculinos de su familia, y habían decidido que era demasiado arriesgado que él y las mujeres acompañaran a Áed hasta su lugar de reposo definitivo en Tara con una sola guardia. No demostrarían temor ni debilidad, pero toda la familia escoltaría el cuerpo del Ard-Ri al norte, y todos participarían en las plegarias junto a su tumba con los monjes de Armagh.
Después dedicarían todos sus esfuerzos a asegurar la lealtad de los reyes inferiores.
De modo que había dispuesto de cierto tiempo... No mucho tiempo en realidad, porque el viaje con tanta gente había sido lento, y jamás había tenido la oportunidad de cabalgar con su esposa. Además, se había producido un continuo intercambio de mensajes entre los diversos reinos. Niall había reconocido a los reyes de Irlanda y exigido a cambio el reconocimiento por parte de ellos. Los días habían resultado agotadores. También habían recibido mensajes de Wessex. Guthrum se había lanzado a la batalla después de la derrota de Rochester. Alfredo, con un gran contingente de barcos, entre ellos los de Eric, había atacado a los daneses dirigidos por Guthrum y conseguido capturar muchos barcos y botines, que luego los daneses, en una contraofensiva, lograron recuperar.
Alfredo atacaría en primavera a los daneses que habían tomado Londres y los expulsaría, o al menos eso juraba. En sus misivas suplicaba a Eric que regresara en primavera.
Eric miró hacia el mar; siempre la guerra. Suspiró y cerró los ojos, agotado. Recordó que al menos durante el largo y lento viaje a Tara las noches habían sido suyas. Sin embargo, él y Rhiannon habían hablado poco.
A veces su grupo había dormido en tiendas montadas en el camino, en ocasiones había recibido la pródiga hospitalidad de una granja irlandesa e incluso de vez en cuando el lujo de una casa señorial de un rey inferior. De todos modos, él se había sentido demasiado cansado para hablar, y ella jamás se lo había exigido. Para él había sido un tiempo de descubrimiento, porque sí había habido cambios. Se maldijo por ser tan tonto y no haberlo advertido. Tenía los pechos tan llenos que no los abarcaba con las manos, y el vientre ya había comenzado a abultársele. Le parecía que tenía los ojos más brillantes y las mejillas más resplandecientes...
Claro, siempre había sido hermosa; jamás lo había negado. Desde el primer momento en que la viera subida en lo alto de la empalizada había cautivado sus sen tidos. Y en esos momentos lo obsesionaba y acosaba sus sueños, porque muchos eran los recuerdos de ella que evocaba. En sus sueños ella se acercaba a él como lo hiciera la noche en que murió su abuelo; desnuda, ligera y ágil, envuelta en el manto de oro y fuego de sus cabellos, que la cubrían con un embrujo de inocencia y fascinación. Suaves y ondulantes como los rayos del sol, como la danza de las llamas en el hogar, los mechones caían sobre su desnudez en exquisita y exuberante belleza, tapando sin ocultar la redondez de sus senos, las rosas de sus pezones, las curvas de sus caderas, la rizada alfombra de fuego que le cubría el

misterio entre los muslos. En sus sueños olía la dulzura de su piel, veía sus ojos, sentía su cuerpo cuando ella se tendía sobre él. Rhiannon albergaba muchas cosas en su interior, había muchas emociones en las maravillosas luces plateadas de sus ojos: su dolor tan rápidamente revelado y tan rápidamente disimulado; la risa, tan rara vez dedicada a él; la ternura, la furia de una tormenta, la tempestad del mar, la rabia de una tigresa. Todas esas cosas guardaba en su interior. Y su genio, siempre explosivo, cambiaba con la dirección del viento.

Sólo un loco podía amarla... Y él la amaba.

Comenzó a analizar el pasado tratando de averiguar cuándo se había producido ese cambio, en qué momento Rhiannon lo había cautivado más allá del puro deseo, en qué momento había conquistado su corazón. ¿Había sido cuando descubrió que, por mucho que la sometiera una y otra vez, ella jamás se rendía? ¿Había sido al acariciarla, al abrasarse en el fuego de sus cabellos, en la tempestad de sus ojos? ¿Había sido al empezar a conocerla, al descubrir la belleza de su corazón y su mente? ¿Había sido al preguntarse si en realidad ella había abandonado su hogar para avisarle del peligro lanzándole las flechas?

Tal vez fue el día en que reconoció que ella era suya y que lucharía con la ferocidad de un animal salvaje para conservar lo que le pertenecía. ¿Cuándo había experi mentado el cambio que lo obligaba a admitir, aunque sólo fuera para sí, que la amaba? No, lo que sentía por ella era más que amor. Era algo más profundo que cualquieremoción que hubiera sentido antes.

Había amado antes... Había conocido el sufrimiento del amor y sabía muy bien que el amor podía ser una espada de doble filo, un arma peor que cualquiera inventada o perfeccionada por el hombre. Aún se interponían tantas cosas entre ellos; innumerables hombres habían muerto porque Rhiannon lo atacó a su arribada a la costa.

Desde entonces habían sucedido demasiados acontecimientos. Tal vez los hombres de Rhiannon, enterrados hacía mucho tiempo, habían sido inocentes, porque lo cierto era que sus fantasmas no podían haber avisado después a los daneses de que los guerreros leales a Alfredo se aproximaban.

Pero alguien les había advertido.

Si no había sido su esposa, tenía que ser alguien muy próximo a Alfredo. ¿Quién? Rhiannon debía de tener alguna idea. Alfredo había sido su tutor, ella los conocía a todos, y bien. ¿Estaría protegiendo a alguien?

O era tan inocente como aseguraba?

Tal vez su esposa todavía deseaba su muerte, y de ser así había aprendido astutamente a tener paciencia, a esperar con calma. No, se negaba a creerlo.

Sabía que aún quería a Rowan. Durante el trayecto hasta Tara Rhiannon le había implorado una y otra vez que cuidara de sus compatriotas. Al menos veinte hom bres de Wessex acompañaban a Eric, pero él sospechaba que su petición se refería exclusivamente a Rowan. Iban a tener un hijo. Si moría en la batalla, dejaría un hijo.

De pronto le temblaron las manos, alzó la vista al cielo y oró, sin saber muy bien a qué deidad ofrecía sus plegarias. Deseaba ardientemente vivir para ver a su hijo, fuera niño o niña, y deseaba tener la oportunidad de llevar la vida que se había forjado. Jamás traicionaría a su tío Niall y siempre acudiría a apoyar a Leith si algún peligro amenazaba a Dubhlain. Siempre sería irlandés, así como siempre sería noruego, hijo de su padre, Pero su vida estaba al otro lado del mar, y su alma estaba en las delicadas manos de Rhiannon. De al forma había echado raíces en esa tierra de Wessex y sólo deseaba paz y tiempo para disfrutar de la compañía de su esposa y su hijo, para solazarse eternamente entre aquellos mechones de fuego

y oro, para besar, acariciar y abrazar a Rhiannon junto al hogar en invierno, para crear un mundo juntos. Su época errante había concluido; sus correrías vikingas finalizaron cuando Alfredo le ofreció la mano de Rhiannon. Había creído que; era la tierra lo que ansiaba, pero no; era el corazón de la' mujer que le había proporcionado un hogar.

Oyó un leve ruido a su espalda y se volvió veloz, desenvainando la espada.
En lo alto del acantilado, ante él, se hallaba Mergwin. Eric bajó la espada exhalando un suspiro, la enfundó y masculló una maldición.
-Por Odín, Mergwin, qué manera es ésta de aparecer como un fantasma en la oscuridad?
El druida no debía haberlos acompañado, pensó. Aed Finnlaith había abandonado esta vida nonagenario. Mergwin era mayor que Aed; demasiado viejo para andar por los campos de batalla. Pero había insistido. El viento le agitaba el cabello y la barba, y en sus ojos se reflejaba la luna de medianoche: parecía un mago, un brujo.
-He venido para avisarte que habrá mucho peligro al despuntar la aurora -anunció el anciano. -Muchísimo, Mergwin. -Eric sonrió-. Vamos a combatir contra un feroz y consumado guerrero, y el futuro del país y las casas de Aed Finnlaith y Olaf estarán en peligro.
-Ésa no es más que una batalla sencilla -dijo Mergwin moviendo la cabeza.

«Sencilla? -repitió Eric para sus adentros-. Jamás es sencilla una batalla. Siempre es un horror de sangre, dolor y muerte.» Mergwin había presenciado muchas batallas en su vida, y por lo visto intuía que podría haber cosas peores.
El anciano lo miró con expresión irónica y se sentó cerca de él. Se quedó contemplando la noche.
-Hay algo muy malo. Te seguí a Inglaterra porque lo presentí. Me quedé con tu esposa porque lo temí. Y ahora, aquí, vuelvo a verlo cerca. ¡Por Odín y todos los habitantes de los cielos! -exclamó cerrando los puños-. ¡Lo siento pero no puedo tocarlo! Sólo puedo advertirte que mires más allá de lo evidente. Evita el hacha, detén el golpe de la espada. Y sobre todo cuídate.
Se incorporó y miró a Eric, quien, muy serio, dijo: -Sí, Mergwin. Me cuidaré muchísimo y, si consigo sobrevivir, trataré de descubrir lo que está escondido. Mergwin asintió y comenzó a alejarse. De pronto se detuvo y miró hacia atrás.
-Por cierto, príncipe, es niño. -¿Qué?
-Tu hijo es un niño.
Mergwin desapareció en la oscuridad. Eric lo observó alejarse y sonrió un instante; luego su sonrisa se desvaneció.
¿Qué presentía Mergwin que no podía tocar? ¿Se trataría de una nueva traición?
Eso era algo imposible. La inminente batalla inquietaba a Mergwin. Desde la muerte de Aed Finnlaith, Mergwin no era el mismo.
Necesitaba dormir. Se dirigió a su tienda pero no logró hallar reposo. Durmió inquieto toda la noche. Lo asaltaban diversas visiones; visiones de combate, hombres con espadas y hachas de doble filo.
Visiones de Rhiannon caminando hacia él... Se acercaba lentamente, bella en su desnudez a la luz de la luna, iluminadas todas sus redondeces v curvas. Pero no llegaba a él, pues una espada caía entre ellos. Despertó sobresaltado.
Despuntaba la aurora. Era la hora de empezar batalla.

Había dejado el semental blanco en Wessex. En los establos de su padre había elegido uno de sus caballos favoritos, especialmente adiestrado para la guerra, un inmenso caballo negro de líneas puras, sorprendente velocidad y buena energía y resistencia para el esfuerzo de la batalla. Eric condujo a los hombres en primera fila junto a Niall, su padre y su hermano Leith. «Ningún rey verdadero se esconde jamás detrás de sus guerreros, le había dicho su padre cuando era niño, y había aprendido esa lección; una enseñanza que lo había atraído hacia Alfredo, porque al igual que su padre y su abuelo, el rey de Inglaterra era un rey guerrero.
Los hijos de Olaf fueron los primeros en blandir las espadas.
Eric sintió que lo herían en la parte baja del muslo, pero su malla le protegía la mayor parte del cuerpo, de modo que las embestidas que recibió en el primer ata
que lo magullaron pero no le causaron daño. Después . del primer choque, el resto de los hombres entró en el combate, y Eric arremetió a sus anchas contra sus adversarios. Su familia había aprendido a luchar bien. Cuando su hermano Bryan se vio acorralado entre dos hombres armados con hachas, Eric logró meter la espada y acabar con uno. Luego vio por encima del hombro cómo su padre cortaba el cuello a una fiera rabiosa que se disponía a abalanzarse sobre su caballo.
La batalla continuó durante varias horas, horrible y espantosa. El suelo estaba resbaladizo por la sangre derramada.

Se oyó un toque de retirada de Lars.
Eric recordó la promesa hecha a Rhiannon de proteger a Rowan y profirió una maldición; hacía mucho rato que no veía al muchacho.
-¡Cayeron algunos de tus ingleses en la refriega detrás de los árboles! -informó Leith.
Eric le respondió con un gesto de la cabeza y lanzó al galope al caballo negro hacia el bosquecillo, donde encontró a Rowan y otros todavía enzarzados en com bate. Rowan estaba cargando sobre al menos cuatro hombres que trataban de escapar.
Espoleó el caballo y se situó tras él empuñando la espada. Enseguida acabó con uno y después con otro. Rowan perforó el corazón a un tercero, y el último enemigo logró escapar por entre los árboles.
-¡Gracias, milord! -exclamó Rowan-. Me fastidia reconocer que necesitaba ayuda, pero, vamos, ¡sí que la necesitaba!
-Todos necesitamos ayuda de vez en cuando, amigo mío -dijo Eric-. ¡Admitir eso hace a un hombre un gran guerrero!
Rowan se levantó la visera, sonrió y le saludó con la mano. Eric giró su montura y se dirigió al montículo donde se hallaban su padre, hermanos y parientes.
Lars había puesto condiciones. Se inclinaría ante Niall de Ulster siempre y cuando se perdonara la vida a sus hombres, los heridos pudieran reunirse con sus mu jeres y Niall le concediera un pequeño trozo de tierra en sus dominios.
Se envió un emisario con la respuesta. Leith le ordenaba que firmara su lealtad delante del mensajero, proclamando a Niall su señor.
Anocheció. Leith ordenó que se atendiera a los heridos y se recogiera y agrupara a los muertos para darles cristiana sepultura. Eric agradeció a Dios que su padre, sus hermanos y familiares más cercanos hubieran sobrevivido a la batalla. Cuando fue a ver los cuerpos de sus amigos y fieles seguidores muertos, se armó de valor' para soportar la pena. Se le demudó el rostro al ver el cadáver que portaba Rollo. Lanzando una maldición corrió a recibir el cuerpo de su amigo.
Era Rowan.

Rowan, con la palidez de la muerte, guapo, joven,' con un hilillo de sangre que le salía de la comisura de los " labios. Eric lo depositó suavemente en el suelo. Al retirar la mano de debajo del cuerpo del muchacho observó que la tenía ensangrentada.
-¡Pardiez! Lo vi ileso al final de la batalla. ¿Qué ocurrió? ¿Quién presenció lo sucedido? Juro que la recompensa será grande si alguien puede decírmelo.
Se adelantó uno de los ingleses apoyándose pesadamente sobre la espada porque tenía la pierna herida. Era Harold de Mercia, un hombre mayor a quien muchas veces había visto en compañía de Rowan.
-Mi señor, te juro que yo también lo vi vivo y bien al final de la batalla. Pero los daneses continuaban apareciendo por entre los árboles, y Rowan los siguió. Señor, ignoro dónde encontró la muerte.
Abrumado por el dolor y la culpa, Eric se sentó en el suelo, dominado por la rabia, observando a los hombres que lo rodeaban.
-Sería un guerrero -comentó alguien.
-Los hombres caen en la batalla -le recordó Rollo en voz baja.
Eric se levantó y cargó de nuevo el cadáver del muchacho para depositarlo junto a los demás. Los monjes ya se habían reunido alrededor de los caídos. Compun gido, dejó el cuerpo de Rowan y entregó una moneda de oro a un monje menudo y curtido para que rezara plegarias por el muchacho.
El joven inglés se merecía regresar a su tierra, ser enterrado en el suelo de Wessex, pero Eric no podía permitirse emprender un viaje tan largo en aquellos momentos. Rowan descansaría allí, al norte de Eire.
Tras ocuparse de sus hombres y cumplir con sus deberes familiares con su padre y su tío Niall, se apresuró a subir a su retiro sobre el acantilado, donde sc quedó contemplando el mar. Alli lo encontró Rollo, quien le entregó una daga. Eric miró el arma ensangrentada y después a su compañero. En la daga no había ningún grabado celta y tampoco parecía ser de fabricación danesa. Había visto dagas similares en la Inglaterra sajona.
-¿Qué es esto?
-No quise decirte nada delante de los demás -contestó Rollo-. Ésta es el arma con que mataron a Rowan. Pensé que debías quedártela.
Eric asintió e hizo girar la daga entre sus manos. -Gracias.
Advirtiendo que Eric deseaba estar solo, Rollo se marchó. Eric se sentó al borde del acantilado, como había hecho Mergwin la noche anterior. La batalla había terminado. Era hora de regresar a casa.
Pero de pronto le daba miedo volver. Mergwin le había prevenido. ¿Cuál era el peligro? Habían librado una batalla terrible. Rowan había luchado con valentía y había caído.
No era lógico. Presintió que algo se escondía tras la muerte de Rowan.
Se volvió al oír pasos a su espalda. Respiró aliviado al ver a su padre allí, bajo la luz de la luna. Olaf se sentó junto a él y durante un buen rato los dos contemplaron el mar.
-Los hombres perecen en la batalla -dijo por fin Olaf--. Él decidió luchar en esta batalla. No es culpa tuya.
Eric sonrió con tristeza mirando a su padre.
-Yo prometí protegerlo, padre. Yo, en mi arrogancia, supuse que podía protegerlo de la muerte. Y no lo hice.
-Ningún hombre puede evitar la muerte de otro, Eric. Era la hora del muchacho, y nada puede cambiar eso.

Eric asintió.
-Es la forma en que murió...
-Si albergas dudas sobre cómo murió, debes descubrir la verdad -aconsejó su padre.
-Es inglesa, ¿verdad? -preguntó Eric, enseñándole la daga.
Olaf la examinó detenidamente.
-No es irlandesa ni de ningún diseño vikingo que yo haya visto. De todas formas los vikingos obtienen sus armas de muchos países, se apoderan de las de los enemigos muertos. Has de asegurarte de que tus sospechas no son infundadas. Y debes vigilar tu espalda. -Sí, padre, lo haré -lo tranquilizó Eric.
Olaf le dio una palmada en la espalda y lo dejó solo para que encontrara su paz con el viento de la noche. Ambos eran muy parecidos, y Olaf sabía que su hijo necesitaba el refugio de la noche para serenar su alma.
Era un frío día de diciembre. Rhiannon, sentada en la sala de las mujeres con Daria, Megan y Erin, escuchaba nerviosa el último mensaje del rey de Dubhlain sobre su victoria final. En ese instante la sacudió la primera contracción. Se puso en pie de un salto, lanzando un grito de dolor.
-¡Es el bebé! -exclamó Daria.
El mensajero se quedó callado, Erin sonrió y se inclinó tranquilamente sobre su bordado.
-Por favor, continúa con el mensaje --dijo al emisario-. Rhiannon, me parece que tendremos que esperar bastante tiempo hasta que llegue tu bebé. Oigamos primero la dulce música de esta victoria y después nos retiraremos a tu habitación y esperaremos a este nuevo nieto mío.
Mirando a su madre, Daria frunció el entrecejo. Rhiannon sintió que el dolor menguaba y volvió a sentarse. El hombre se aclaró la garganta y prosiguió. Cuando hubo terminado, Erin preguntó con calma: -¿Mi marido no dice nada de mis hijos?
-Sólo la frase «todos están bien», milady. -Entonces todos regresarán -dijo dulcemente Erin. Dejó la labor y, dirigiéndose a Rhiannon, agregó-: Eric volverá, Rhiannon, y quedará extasiado al ver a su hijo.
Rhiannon bajó la vista. ¿De verdad quedaría extasiado? Ella habíá supuesto que el bebé tardaría un poco más. Cerró los ojos, calculando si habrían transcurrido nueve meses completos desde la noche de bodas. Entonces Eric había parecido muy seguro de que le había quitado la virginidad, pero ¿seguiría creyéndolo? ¿Dudaría de su paternidad?
Apretó los ojos, recordando las pocas semanas que habían pasado juntos. Una ocasión tan triste como los funerales del gran Ard-Ri había representado sin em bargo para ellos la primera oportunidad de saborear la paz; momentos en que se habían encontrado sin rabia, sin sospechas. Y si bien no se habían murmurado palabras de amor, tampoco habían intercambiado palabras de odio e ira. Y Eric le había acariciado los senos con una nueva ternura, había apoyado suavemente la cabeza sobre la creciente hinchazón del vientre.
«Dios mío -pensó-, no permitas que esto se destruya ahora. Por favor, hazle saber que éste es su hijo, haz que ame a este bebé, haz que me ame a mí.»
Jamás la amaría; eso le había dicho.
Una segunda contracción la traspasó, y se quejó dirigiendo una mirada de reproche a Erin.

-Querida Rhiannon-dijo su suegra sonriendo-, debes recordar que he pasado por eso once veces, y te aseguro que tendremos que esperar bastante tiempo aún.

En efecto, así fue. Erin llevó a Rhiannon a su habitación, y Daria y Megan se turnaron para acompañarla. Grenda se presentó con sábanas limpias para cambiarlas cuando rompiera aguas y lo empapara todo. Las horas transcurrían, y el dolor se intensificaba.
Al anochecer estaba ya frenética y con intensos dolores; las contracciones se sucedían a intervalos de un minuto. Trató de reprimir el llanto, reemplazándolo por maldiciones. Despotricó contra Eric y juró que despreciaba a todos los vikingos y deseaba que todos ellos fueran tragados por el mar. Entonces apareció un brillo en los ojos de Erin y balbuceó una disculpa.
-Querida mía -dijo su suegra sonriendo-, no me pidas disculpas a mí. Créeme una vez más; once veces maldije a todos los vikingos, deseando que se los tragara el mar.
La tranquilizó con estas palabras, le refrescó la frente con un paño húmedo y permaneció a su lado, reconfortándola cuando no podía evitar un chillido.
Llegó la aurora. Cuando Rhiannon creía que ya no sería capaz de resistir más, que iba a morir de sufrimiento, agotamiento y dolor, Erin lanzó un grito de alegría.
-¡Asoma la cabeza! ¡Rhiannon, ya está! Un poquito más de esfuerzo. Empuja ahora.
Lo intentó, pero el esfuerzo era demasiado grande y la atenazó el dolor.
-¡No puedo! ¡No puedo! ¡Ay, no puedo!
-¡Sí puedes! -la animó Daria-. Si fuiste capaz de herir a mi hermano con una flecha, ciertamente puedes dar a luz a su hijo.
-¡Venga, ahora, empuja! -insistió Erin.

-Imagina que debes empujar a Eric dentro de un fiordo helado.
-¡Daria! -reprendió Erin.
-¡Sólo trato de ayudarla, madre! Venga, Rhiannon. ¡Ah, ya está! Empuja más fuerte.
Así lo hizo, y el bebé salió rápidamente. El alivio fue tremendo y maravilloso. Cayó hacia atrás, demasiado agotada para preguntar por el sexo del bebé. En cualquier caso no fue necesario.
-¡Un niño! Ah, qué feliz se sentirá ese arrogante hermano mío -dijo Daria con cariño-. Oh, Rhiannon, ¡un varón!
Un varón. Mergwin le había anunciado que sería un niño cuando ella ni siquiera creía que pudiera estar embarazada. Un hijo. Eric tendría un hijo. «Todos los hombres se alegran de tener un hijo varón. A menos que sospechen que el hijo no es suyo...», pensó Rhiannon.
-¡Mira, Rhiannon! ¡Qué hermoso esi
Hermoso, envuelto en una sábana de hilo, gimoteaba, todavía mojado y arrugado. Lo cogió y abrazó sonriendo, y de pronto la embargó una intensa emo ción. Se estremeció y tembló de amor y temor reverencial.
-Rhiannon, tienes que empujar de nuevo -dijo Erin-. Ahora debes expulsar las secundinas. Daria, coge de nuevo al bebé. Podrás entregárselo a su madre dentro de un momento.
Rhiannon obedeció a su suegra sin pensar en el dolor. Tan deseosa estaba de coger en brazos a su bebé que se cambió el camisón, se movió para que le cambiaran las sábanas y después, feliz, tendió los brazos para recibir a su hijo. Erin le aconsejó que lo dejara mamar un ratito. Así lo hizo y, cuando los pequeños labios le tiraron del pecho con increíble fuerza, se sintió perdida para siempre. Amaba a su bebé.

Lo amaba tanto como había llegado a amar a su padre, aunque lo negara. Pero podía querer al bebé siri temor, mientras que a Eric...
Su esposo le ofrecía su pasión, su protección, las llamas de su deseo en la profunda oscuridad de la noche, pero la mantenía lejos de sus pensamientos, sus secretos, su corazón.
«Dios, por favor, haz que ame a este hijo», pensó, y luego se quedó dormida, agotada.
El viaje a casa le pareció interminable, pero finalmente vieron alzarse ante ellos las elevadas murallas de Dubhlain. Sonaron los cuernos para anunciar su regreso, y muy pronto los guerreros entraron en el patio. Su número había disminuido, porque Niall se había quedado en Tara con sus hijos y sus hombres, y varios de los llamados a fila habían retornado a sus hogares.
De todos modos el tumulto en el patio era enorme. Eric vio a su madre salir a las gradas para recibir a su esposo. Parecía una niña, hermosa, lozana y joven, es perando a su señor, como había hecho tantas veces. Cuando Erin se arrojó a los brazos de su dorado marido y éste la alzó del suelo, Eric observó que ella sostenía con todo cuidado un pequeño bultito en los brazos.
Dejó el caballo negro con las riendas colgando para que lo cogiera un mozo de cuadras y se encaminó hacia sus padres. Se detuvo al llegar junto a Erin, quien se giró con los ojos muy abiertos.
-¡Eric! -saludó sonriendo, rodeándolo con el brazo libre y besándolo en la mejilla.
-Madre, madre, ¿éste es...?
-¡Sí, Eric, éste es! -Riendo, Erin acunó al bebé y levantó un trocito de sábana para dejar al descubierto la carita del pequeño-. Tiene diez días, y lo hemos bautizado Garth, ya que no sabíamos cuándo regresarías.

Rhiannon no se atrevía a ponerle nombre sin tu consentimiento. Así se llamaba su padre, y yo...
-¡Garth! Es niño.
-Eric, tómalo. -Erin rió.
-Mergwin -murmuró al coger al bebé-. Ese viejo druida predijo que sería un niño.
Le temblaron los brazos contemplando al pequeño. Se encaminó a toda prisa hacia la entrada de la casa. Se había difundido la noticia entre los hombres recién lle gados, quienes le dedicaron una gran ovación. Eric se volvió y levantó la mano sonriente, dando las gracias a sus hombres. Miró a su hijo. Tenía unos enormes ojos azules y el cabello de color casi platino, muy abundante. Diez días. Su hijo lo miraba al parecer con igual curiosidad. Su hijo. Se detuvo y miró hacia atrás, a Erin.
-Madre, Rhiannon...
-Está muy bien. Ahora duerme. No quise despertarla al oír los cuernos porque estaba profundamente dormida y se cansa con facilidad. Sólo hace diez días, ¿sabes?, y el bebé no duerme toda la noche.
É1 sonrió y asintió. Erin se acercó y orgullosamente acarició la mejilla al pequeño y después instó a su hijo a entrar en la casa.
-De verdad, se encuentra bien. -Mientras la mujer hablaba, el bebé miró a Eric, movió los puños y lanzó un fuerte berrido. Erin echó a reír-. No sólo se parece a ti, sino que además chilla como tú. Llévalo a su madre. Tiene hambre.
-¿Sí? Bueno, me alegra de que no sea porque no le gusta mi cara.
Tras besar a su madre en la mejilla, entró en la casa y subió por la escalera. Abrió la puerta de su habitación en el momento en que Rhiannon se incorporaba. Estaba vestida de blanco, y su cabellera formaba una especie de llamarada enmarañada.

Miró a su esposo con los ojos entornados, dulcemente sensuales e inocentes a la vez.

-¡Eric! -susurró, sorprendida.
Este se acercó a ella, dejó al bebé a su lado y le besó la mano antes de beber ávidamente de sus labios. Rhiannon lo miró con los ojos muy abiertos y luminosos, y una sonrisa triste y tímida asomó a sus labios.
-¿Te gusta? -preguntó nerviosa.
-¿Que si me gusta? ¡Lo adoro! Gracias de todo corazón.
Ella bajó las pestañas para retener las lágrimas. Eric le alzó la barbilla, mirándola atentamente, interrogante. -¿Qué te ocurre? ¿Qué esperabas?
La mujer palideció y trató de volver la cabeza hacia otro lado, pero él se lo impidió.
-Rhiannon, quiero saber qué te sucede. -Tenía miedo -balbuceó ella.
-¿De qué? ¿De mí?
Ella bajó la vista a pesar de la exigencia de que lo mit-ara. Entonces él sonrió y contó los días; probablemente habían transcurrido nueve meses exactos desde la noche de bodas, y ciertamente había habido tensión al respecto.
Hundiendo los dedos en los cabellos de la joven, le volvió la cara hacia él y se apoderó de sus labios con tanta pasión que ella, sorprendida, abrió los ojos para mirarlo.
-Mi querida esposa, siempre he sabido que esa noche me acosté con una doncella. ¿Qué te hizo tomarme por tonto a estas alturas?
Ella se ruborizó y se apartó un poco para observar al bebé y sintió que se le encendía el genio.
-Bueno, ni siquiera advertiste que el bebé estaba creciendo tan bien dentro de mí.
Eric se encogió de hombros, y en sus labios apareció una sonrisa que la conmovió e hizo latir su corazón con excitación.
-Debo decirte, cariño, que yo estaba muy versado en relaciones sexuales, pero desconocía por completo el tema de ser padre. Rhiannon, hemos tenido un hijo, y es precioso.
-¡Ejem! -exclamó una voz desde la puerta-. ¡«Hemos» hecho un hijo! Deberías haber estado aquí durante el parto. Y según Rhiannon en esos momentos, bien podría haberte tragado el mar por la parte que tuviste en ello.
Eric se volvió y vio a su hermana Daria en la puerta, sonriendo. Se levantó y la estrechó cuando ella se arrojó a sus brazos y lo besó.
-Oh, Eric -dijo Daria con lágrimas en los ojos-, no sabes cuánto agradezco y me alegro de que todos estéis en casa, vivos y bien.
-Yo doy gracias por estar aquí -dijo él, abrazándola. Después miró a su esposa-. ¿De manera que debería haberme tragado el mar?
Rhiannon se ruborizó, y Daria echó a reír. -Volveré a buscar a Garth, Rhiannon. Ahora os dejo para que podáis pasar unos momentos solos. Daria se marchó, y la pareja permaneció en silencio un momento. De pronto Garth comenzó a berrear. Sonrojándose, Rhiannon explicó que el pequeño tenía hambre. Se acomodó el camisón y puso la ansiosa boquita del bebé en su pecho. El niño empezó a chupar con avidez, dejando escapar ruiditos de satisfacción. Eric rió. Vestido con las ropas sucias por el viaje y las armas, se tendió en la cama junto a su esposa y sintió una agradable languidez. « De modo que esto es -pensó-. Esto es paz y felicidad. A1 fin puedo disfrutar de ellas, un sabor al que hay que aspirar.» Lo invadieron cálidos sentimientos; el deseo de protegerlos contra toda adversidad, abrazar a su hijo,

abrazar a su mujer con pasión y ternura. Jamás en su vida había presenciado una escena más hermosa que aquella de su esposa amamantando a su hijo.

Acarició la mejilla de Rhiannon.
-¿De verdad deseaste que me tragara el mar? Podrías haber rezado para que me partiera la cabeza un hacha de guerra.
Ella no apartó la vista de su hijo.
-No lo comprendes, Eric; no sé muy bien qué dije en esos momentos.
-¿Fue muy doloroso? -preguntó, tenso.
-¡Fue espantoso! -exclamó ella e inmediatamente sonrió y lo miró a los ojos por fin-. ¡Pero vale la pena! ¡Oh, Eric, vale... todo! ¡Todo!
El príncipe acarició el pelo color platino de su hijo. -Amas al nieto de un vikingo de la Casa Real de Vestfald -le recordó.
Ella continuó mirándolo a los ojos, y sus labios esbozaron una sonrisa. Eric sintió que se le calentaba la sangre y se convenció de que debía reprimir el deseo, pues había transcurrido muy poco tiempo desde el parto.
-Me agrada mucho tu padre -dijo ella. -¿Sí?
-De verdad.
Él sonrió, le cogió la mano y se la besó. Se miraron durante un largo rato.
-¡Oh! -exclamó de pronto Rhíannon, inquieta-. Tómalo, Eric, ya se ha dormido y tiene que eructar. Cogió al bebé y apoyó con toda tranquilidad su cabecita sobre el hombro. La mujer se arregló la ropa y se acomodó en la cama, estremecida de placer por el regreso de su marido y por su alegría por su hijo.
-Lo haces muy bien -comentó.
Y de hecho lo hacía bien. El espléndido guerrero e impresionante espadachín de cabeza dorada y capa real carmesí parecía sentirse cómodo con el bebé en el hombro.
-He sido tío muchas veces -dijo él sonriendo.

Entonces el niño eructó, y Rhiannon echó a reír cuando Eric acusó a su hijo de insurrecto por escupir en el atuendo formal de su padre.
-Eric, he tenido miedo tantas veces -confesó ella, mirándolo.
-¿Miedo?
-De que no regresaras. -Bajó la vista y comenzó a arreglarse las mantas. No debía manifestar sus sentimientos; no se atrevía-. Verás, has vuelto, tu padre y tus hermanos están bien, tu madre se siente tan feliz, y yo estoy muy contenta... -acabó con un hilo de voz. De pronto Eric se había quedado inmóvil. -¿Eric...?
-Garth se ha dormido. Pediré a Daria que se ocupe de él un rato.
Se dirigió a la puerta y la abrió. Su hermana estaba en el pasillo conversando animadamente con Bryan, quien miró a Eric y por su semblante dedujo que había llegado el momento de comunicar a Rhiannon que su compatriota había muerto.
-Coge a tu sobrino -dijo a Daria.
Eric lo miró y asintió con un breve gesto. Daria frunció el éntrecejo, pero se apresuró a tomar al pequeño. El príncipe volvió a entrar en la habitación y ce
rró la puerta. Rhiannon estaba sentada, mirándolo con honda preocupación.
-Eric, ¿qué ocurre?
No valía la pena andarse con rodeos; pues eso no aliviaría el sentimiento de culpa de Eric ni el dolor de ella. -Mataron a Rowan. -Observó sus facciones mientras ella asimilaba las palabras, observó la tristeza y las lágrimas que asomaron a sus ojos-.Juré protegerlo -añadió con voz ronca-, pero fallé. Lo enterraron y dispuse que le

rezaran oraciones especiales. No pude traerlo, pues las circunstancias no lo permitían. Lo... lo lamento.
-Deseó acariciarla pero sabía que ella no querría. Había amado a Rowan. Había sido un amor juvenil, inocente, con pasión, alegría y risas. Sin duda no desearía que la consolara el hombre que había destruido ese amor-. Lo lamento -repitió. Luego, sintiéndose torpe, agregó-: Te dejaré sola. Si me necesitas, envía a buscarme.
Salió de la habitación y cerró la puerta. Desde el pasillo oyó los suaves sollozos de su esposa. Con un gesto de dolor se apresuró a bajar.
No lo necesitaba, al menos eso parecía. Transcurrieron las largas horas del día y Rhiannon na lo había mandado llamar. Eric cenó con su familia y después
buscó solaz junto al hogar con un cuerno de cerveza. Nadie se acercó a perturbar su soledad. Cuando ya era bastante tarde apareció su padre y se sentó junta a él. Ambos contemplaron el fuego.
-Deberías subir a verla -aconsejó Olaf. -Ella no desea verme.
Olaf se inclinó sin dejar de observar las llamas. -Una vez -dijo-, al volver de una batalla tuve que comunicar a tu madre que un amigo muy querido, el rey irlandés con quien podría haberse casado, y su hermano, habían muerto en la batalla ese mismo día. Después de decírselo me alejé y me mantuve apartado de ella. La dejé sola para que llorara.
-Entonces ¿qué quieres que haga yo? -preguntó Eric.
-Cometí un error -admitió Olaf-. No quiero que tú cometas el mismo error. Ve a tu esposa, abrázala, bríndale todo el consuelo que puedas.
-¿Y qué hago si ella se niega a verme? -inquirió Eric con amargura.
-No lo hará -contestó una dulce voz. Erin salió de las sombras y se colocó detrás de su marido, sonriendo a su hijo-. Sé que desea verte. Te necesita, como yo necesitaba a tu padre. Sube a la habitación, Eric.

Eric se levantó y, tras mirar a sus padres, se alejó del hogar y subió por las escaleras. Recorrió el pasillo y se detuvo ante la puerta de su habitación antes de abrirla. Rhiannon estaba en la cama, todavía con los ojos empañados por las lágrimas. Se acercó a ella, la levantó en brazos y la llevó hasta el hogar, donde la estrechó tiernamente. Rhiannon le rodeó el cuello con los brazos, sollozando suavemente con la cabeza apoyada contra su pecho.
Eric le levantó la barbilla y le besó suavemente el rostro húmedo de lágrimas. Le alisó el pelo hacia atrás y murmuró:
-Permíteme que te abrace, mi amor.
La mujer lo estrechó, estremecida, y su esposo le preguntó qué le ocurría.
-Tengo miedo de que me abandones, de que me apartes de ti -susurró ella.
Él la miró en silencio largo rato y después contestó: Jamás, mi amor.
Rhiannon volvió a reclinar la cabeza contra su pecho y suspiró. Entonces comenzaron a cerrársele los ojos.
Y ambos durmieron, ella en sus brazos, hasta las primeras horas del amanecer, cuando les despertó la aparición de Daria con su preciosísimo, y sonoro, hijo.
Pronto empezaría otro día. Habían capeado la tormenta, pensó Eric.
En realidad, tal vez habían comenzado de nuevo.

17

Llegó la Navidad y la celebraron con fervor cristiano. Eric regaló a Rhiannon un precioso broche de diseño celta, con filigrana de oro y piedras preciosas ele

gantemente engastadas. Ella le obsequió una fina daga que había comprado a uno de los vendedores ambulantes que llevaban tesoros vikingos de las tierras bálticas y una hermosa túnica cosida con hilo de oro que ella misma había confeccionado durante los largos meses en que él estuviera ausente.
Fue una fiesta feliz para Rhiannon. Había llegado a amar muchísimo Dubhlain y a la familia de Eric; le resultaba difícil recordar que había detestado la idea de viajar hasta allí.
Sin embargo, dos hechos la perturbaban: en primer lugar, la muerte de Rowan en la tierra extranjera a que había ido, aunque de forma indirecta, por causa de ella; en segundo lugar, las largas y vacías horas que pasaba sola y dedicaba a pensar en la muerte de Rowan, porque después de la noche en que Eric le ofreciera consuelo, éste había decidido mudarse a la habitación de enfrente asegurando que temía molestarles a ella y al bebé.

Su hijo continuaba siendo su absoluta delicia, y cuando se dejaba arrastrar por la pena que le producía la pérdida de Rowan, Garth dejaba de mamar y la miraba a los ojos, sabio e interrogante, y entonces Rhiannon sonreía y se tranquilizaba.
Por fortuna, disfrutaba con la compañía de Daria, de edad tan próxima a la suya, tan buena amiga. Y Olaf, rey de Dubhlain, que a veces hablaba con voz de trueno, pero con más frecuencia con tono afable, y era categórica e indiscutiblemente el amo de su casa. Conversaba con Erin, que siempre tenía una sonrisa en los labios, hermosa como cualquier jovencita, un torbellino de energía y amable sabiduría. De hecho a Rhiannon le agradaban todas las personas de la casa, todos los hermanos, hermanas, sobrinos y sobrinas de Eric. Era una casa llena de risas, y también de penas, como aquella noche en que Aed Finnlaith había partido hacia su reposo celestial. Todos estaban muy unidos en las penase alegrías, y tal vez ahí residía el encanto de aquel hogar.
Cuando los vientos de enero comenzaron a azotar y erasionar las grandes murallas de piedra de la ciudad, Eric empezó a salir a cabalgar a diario. Sus barcos fue
ron reparados y aprovisionados para el viaje hacia el este, hacia su hogar. Al parecer él estaba más entusiasmado que ella por marcharse.
Se fijó el día de la partida para finales de mes. Rhiannon visitó a su marido en la habitación decorada con austeridad que ocupaba para protestar por el viaje.
-Quieres llevar a tu hijo por el mar frío y agitada por el viento. Eric, debemos esperar...
-No puedo -repuso él, impaciente.
Sentado ante el hogar, afilaba su espada can una piedra. Llamaba Venganza a su espada, pensó ella. Incluso la muerte que blandía tenía un nombre. Eric le vantó la vista hacia ella, sus ojos de un azul glacial, distantes. En realidad nada había cambiado. El era el amo de su destino y ella continuaba siendo una posesión, aun cuando él amara a su hijo.
-¡No puedo esperar! Prometí mi ayuda a Alfredo de Wessex. Lo abandoné para luchar por mis parientes, y eso Alfredo lo entiende. Planea atacar a Guthrum en primavera y debo estar con él.
-Eric...
-Mi señora, se trata de mi honor.
-¿Tan honorable es la muerte, pues? -preguntó con lágrimas en los ojos.
-Pues sí, milady; es el único modo en que un hombre puede entrar en las antesalas del Valhalla. Rhiannon salió de la habitación. Los días transcurrían, y hablaban muy poco. La joven observaba el cielo gris y severo. Llegó el día fijado, y sintió alivio al

ver que el viento se había calmado un poco, aunque el mar estaba revuelto y espumoso.
Buscó a su suegro y le rogó que intentara disuadir a Eric, pero Olaf sonrió afablemente y no le ofreció ninguna ayuda.
-Debe regresar. Ha jurado apoyar a Alfredo. Ha conquistado la tierra, te ha tomado por esposa y tiene un hermoso hijo. Debe regresar.
-Pero...
-Rhiannon, tranquilízate, verás como todo sale bien. Mergwin ha pronosticado una buena travesía y él jamás se equivoca en estas cosas. En realidad, he de admitir que lo echaré mucho de menos.
-¿Mergwin nos acompañará?
Olaf asintió, la rodeó con sus brazos y le besó la frente.
-Ya es la hora. Eric hace lo que debe. Si alguna vez deseas volver, si alguna vez nos necesitas, no dudes en venir. El mar no es una distancia tan grande entre nosotros.
No había nada que hacer. Se marchaban. Por fortuna Mergwin había dicho que estarían a salvo. Sin embargo, si estaba tan seguro de que nada malo ocurriría, por qué los acompañaba cuando su corazón estaba en Irlanda?
Todos acudieron a despedirlos a la orilla del río. Rhiannon se aferró fuertemente a Erin, quien le aseguró que los esperaban tiempos mejores y que volverían a verse. Rhiannon le agradeció la hospitalidad y de nuevo le expresó sus condolencias por la pérdida de su padre. La réina sonrió.
-Yo creo que mi padre se limitó a esperar su hora desde que falleció mi madre, hace unos años -afirmó-. Ahora están juntos otra vez y nos protegerán a todos. Cuida de mi hijo y mi nieto, te lo ruego.
Ella no podía cuidar de Eric, nadie podía. Besó a su suegra en la mejilla y ésta le arregló el cuello de piel de la capa mientras Megan se despedía de ella y le entre gaba al bien envuelto Garth. Entonces Rhiannon se enteró de que Daria había decidido acompañarlos, lo que la alegró muchísimo.
Rhiannon ya había subido a bordo del velero de su marido cuando vio a Mergwin despedirse de Erin. La abrazó estrechamente, como a una hija, le susurró algo al oído y volvió a abrazarla. Después él también embarcó. Pocos momentos después, ya había pasado por entre las filas de remeros y se sentó junto a ella en la popa del barco.
Rhiannon observó que Daria había subido al barco de Patrick.
Se oyeron gritos y órdenes, y esa mañana grís contempló cómo desaparecía lentamente en la distancia la magnífica ciudad amurallada de Dubhlain. Se volvió hacia Mergwin, que estaba mirándola.
-Todo saldrá bien -aseguró el anciano.
Ella asintió y le apretó la mano. Pensó en sus incontables años y se preguntó de nuevo por qué habría decidido emprender el viaje.

El mar estaba muy agitado, y el vaivén del barco los lanzaba a uno y otro lado. El viento azotaba la cara y los cabellos de Rhiannon, que tiritaba de frío.
Horas más tarde, Eric abandonó por fin su puesto en el navío dragón y se acercó a ella.
-¿Lo estás pasando mejor esta vez? -inquirió Eric.
Rhiannon pensó que sólo se lo preguntaba por educación, pues el tono le pareció distante.

-Lo llevo muy bien, milord. Soy excelente marinera, siempre que no esté embarazada.
-Ah, bueno, si se te hubiera ocurrido decirme que estabas embarazada, milady, yo habría estado mejor informado y habría procurado hacer un viaje más cómodo.
Se volvió para reanudar su vigilancia en la proa. Ella miró a Mergwin y observó que éste sonreía. También se percató de que sus ojos mostraban una expresión seria, lo que le preocupó.
-¿Te sientes mal? -preguntó. -Algo triste, nada más. -¿Por qué?
-No volveré a ver Irlanda -respondió voz baja.
-¡No debes decir eso! -exclamó ella, sintiendo un escalofrío-. Por favor, no debes...
-¿Decir la verdad? Soy muy viejo, Rhiannon, muy viejo.
-¡Yo te necesito!
-Y estaré contigo mientras me necesites-aseguró él. Después cambió de tema-. Tiene mal temperamento a veces, ya lo sabes.
-¿Eric? -El anciáno asintió-. ¿Qué lo pone tan tenso, me pregunto, merodeando por su barco como un enorme lobo enjaulado? Lo que ocurre es que es un vikingo arrogante -se respondió enseguida.

-Un lobo merodeando. Los lobos se aparean de por vida, ¿sabes? Y si uno pierde a su pareja, pasea por los bosques aullando su dolor y su furia.
-Ah, pero ¿ama el lobo a su pareja?
La sonrisa de Mergwin se acentuó, y sus ancianos ojos parecieron brillar coma plata.
-Una vez vi a este lobo enamorado, hace mucho tiempo, en una costa muy lejana. A ella la mataron y lo vi sufrir y merodear... hasta que apareciste tú. Sin em bargo, entonces... fue distinto. Era otra época, otra vida. Dudo de que él comprendiera todo su significado hasta ahora. Tienes al lobo en tus manos, Rhiannon. Sólo te hace falta darte cuenta.
-Irá a la guerra otra vez -murmuró ella-. Siempre irá a la guerra.
-La tempestad precede a la calma. Ésta será la última gran batalla de Alfredo; él triunfará y pasará a la historia como el único rey a quien los ingleses llamarán «el Grande».
-Pero ¿sobrevivirá a la tempestad? -preguntó Rhiannon.
El druida tardó en responder. El viento le agitó el cabello y la barba. Garth, que había estado gimoteando, se quedó callado, y dio la impresión de que hasta los gritos de los hombres y el ruido de las velas se acallaron y apaciguaron.
-Tú debes sobrevivir fue lo único que contestó. Dicho esto, Mergwin se levantó y se encaminó hacia la proa. Rhiannon apretó a Garth contra su corazón y trató de aplacar los estremecimientos que se produjeron en su interior.
Realizaron la travesía sin ningún problema. Al anochecer pisaron el suelo de Wessex. Adela había salido a recibirla. Ya le habían preparado un baño caliente en la habitación, y una jarra de aguamiel con canela la esperaba junto al hogar. Esa noche, después de asearse y amamantar a Garth, a guíen acostaron en el pequeño dormitorio adyacente, Rhiannon se metió en la cama y se quedó dormida, demasiado agotada para sentirse dolida cuando Eric no se acostó con ella, demasiado agotada para hacer algo más que confiar en que hubieran atendido bien a Daria.
Transcurrieron los días. Algo nerviosa, Rhiannon se preguntaba qué opinaría Daria de su casa, después del esplendor de Dubhlain. La muchacha estaba encantada, y Rhiannon se sintió aliviada y agradecida.

Se organizaban los preparativos para el combate. En el patio los hombres practicaban con sus armas. Los herreros estaban muy atareados forjando armas de ace ro. Por la noche los guerreros afilaban sus espadas. Habían llegado mensajes. A1 comienzo de la primavera Eric se reuniría con Alfredo y atacarían a los daneses dirigidos por Guthrum.
Dentro de la casa se libraba una guerra fría, pensó Rhiannon. No lograba comprender por qué Eric llevaba tanto tiempo alejado de ella. Garth crecía, y muy bien, y Eric se mostraba cariñoso con el bebé y se sentía a gusto con él. Sín embargo continuaba durmiendo en otra habitación. La rabia se apoderaba de ella, y aquella violenta situación contribuía a atizar las llamas. Si su esposo la deseara, la estrecharía en sus brazos y la poseería. Ella tenía demasiado orgullo para solicitar su presencia. En Dubhlain, la había abrazado y le había prometido que jamás la abandonaría. Y desde entonces no la había tocado.
Febrero dio paso a marzo. Se acercaba el día en que Eric partiría, y le parecía que no podría soportarlo. Mergwin estaba nervioso y no decía nada, de modo que Rhiannon tenía mucho miedo. Decidida a hablar con Eric antes de que se marchara, se dirigió a su habitación. Golpeó la puerta, y como estaba entreabierta se abrió sola. Eric estaba sumergido en un baño caliente, y no había ningún muchacho asistiéndolo, sino la doncella de ojos de cervatilla, Judith.
El no había oído el golpe en la puerta y no la vio porque tenía un paño caliente en la cara. Rhiannon alzó orgullosamente la cabeza y entró. Los ojos de Judith se agrandaron al verla. Rhiannon le sonrió con mucha dulzura y le indicó con un gesto que se retirara para cerrar la puerta en cuanto salió la doncella.
Judith, lávamela espalda, ¿eh? -pidió él. Rhiannon emitió un sonido ahogado de asentimiento, se acercó a él y le quitó el paño de la cara. Él se inclinó, y la mujér le frotó diestramente la espalda, mordiéndose los labios para no golpearlo. Las siguientes palabras la sobresaltaron-: Ahora que me has lavado la espalda, muchacha, ocúpate de la parte delantera.
El tono ronco de su voz no dejaba dudas acerca del sentido de sus palabras.
-¡Ah, mi señor, me encantaría cuidar de tu delantera... permanentemente! -exclamó.
Antes de que él pudiera contestar, ya había chapoteado en el agua empapándole la cara.
Concluida su tarea, dio media vuelta y salió como una exhalación con los ojos llenos de lágrimas, presa de la furia.
-Rhiannon -llamó él con tono imperativo.
Ella no le hizo caso y continuó corriendo. Bajó por las escaleras, pasó junto a Patrick, Rollo y los demás hombres que se hallaban en la sala, pasó junto a Adela y Daria, que estaban sentadas bordando un tapiz.
-¡Rhiannon! -repitió Eric.
Ella cogió su gruesa capa en la puerta y se dirigió corriendo a los establos. Puso riendas a una yegua, saltó a su lomo desnudo y cruzó galopando las puertas.
No sabía adónde iba. Tras cabalgar durante lo que le pareció un tiempo interminable, decidió dar un descanso a la yegua. Cuando por fin había aminorado el paso, se dio cuenta de que estaba nevando y que la noche era muy fría. Todo alrededor era oscuridad, y Rhiannon, que conocía su tierra como la palma de la mano, se había extraviado. Pero no le importó.
-¡Maldita sea! -exclamó.
Y entonces comenzaron a rodarle lágrimas por las mejillas. Continuó, y la yegua la tomó por sorpresa al relinchar y encabritarse. Demasiado tarde apretó los muslos y fue deslizándose por el lomo de su montura hasta caer de espaldas al suelo, atónita.

Entonces la traidora yegua se marchó sola, hacia la casa, hacia un establo con heno.
Se levantó y se limpió el polvo de su dolorido trasero; sintió una punzada en el corazón y se echó a temblar. ¡Garth!
Ya estaría dormido, pero por la mañana despertaría hambriento y solo, lloraría. Adela y Daria lo atenderían, claro, no permitirían que sufriera. Había leche de cabra para que bebiera...
Quizá ella moriría allí. No; no moriría. Conocía el camino, sólo debía comenzar a caminar.
Oyó ruido de cascos de caballo y a los pocos segundos vio salir a Eric de la oscuridad, montado en el semental blanco. Enseguida se enjugó las lágrimas y trató de arreglarse el cabello y la ropa arrugada. Su esposo se detuvo delante de ella, mirándola. Rhiannon creyó apreciar un destello de diversión en sus ojos. ¿Cómo se atrevía?
Comenzó a caminar en la dirección desde donde él había venido.
-¡Rhiannon! -Continuó andando. Eric no la detuvo, sino que la siguió lentamente con el caballo-. Pensé que podías necesitar ayuda.
-¿Qué te hizo pensar eso?
-La yegua que pasó corriendo junto a mí, para empezar.

-Ah, bueno, creí que me apetecería cabalgar, pero una vez aquí me di cuenta de que prefería caminar, de modo que la envié a casa. Te agradecería mucho que me dejaras sola.
-¿Ah, sí? -Pues claro.
No lo había oído desmontar ni sus pasos en la nieve. De pronto Eric se acercó por detrás y la estrechó entre sus brazos. Rhiannon se debatió, pero su marido no hizo caso de sus puños.
-¡Estás empapada! ¡Vas prendió.
En segundos la había subido al caballo. La mujer continuó tratando de liberarse.
-¿Y qué te importa? Encuentras diversión donde quieres.
-A Garth se le romperá el corazón. -¡Suéltame, vikingo!
De pronto el cielo pareció caer sobre ellos. La oscuridad se pobló de millones y millones de copos de nieve. Eric profirió una maldición y espoleó al caballo. Mien
tras avanzaban, Rhiannon lamentó su impetuosa huida de casa. El tiempo estaba empeorando. Jamás lograrían llegar. La nieve caía sin piedad sobre ellos.
Eric no había tomado el camino hacia la casa. Un momento después ella se dio cuenta de que se dirigía a uno de los pequeños refugios para cazadores que había en el bosque, delante de los acantilados. Condujo al caballo bajo los aleros, desmontó y la cogió en brazos. Tuvo que combatir contra el viento para llevarla hacia el interior de la casita y después para cerrar la puerta. Se apoyó contra ella para observar a Rhiannon con un brillo peligroso en sus azules ojos.
-Bien, mi amor, aquí nos encontramos en una noche en que podríamos estar cómodos y calentitos junto a nuestro hogar.

La mujer le dio la espalda y se sacudió un poco de agua de las faldas. Se quedó inmóvil y rígida al notar que su esposo se aproximaba, pero él pasó a su lado sin tocarla y al llegar al hogar central maldijo mientras reunía ramitas y leña. Después sacó el pedernal y la piedra para frotar y logró encender el fuego. El calor la hipnotizó. No deseaba acercarse aunque estaba tiritando.

Eric se incorporó y miró alrededor. En los rincones de la pequeña habitación había jergones de paja cubiertos con pieles, y a la izquierda del hogar una mesa grande, decorada con sencillez, sobre la que descansaban varios cuernos. El hombre fue hacia la mesa y probó la bebida de un cuerno. Después volvió a pasar la vista en Rhiannon y avanzó hacia ella, que de inmediato retrocedió. Él se detuvo y con un destella demoníaco en los ojos le tendió el cuerno.
-Aguamiel. Bebe. Tengo la intención de que regreses a casa viva.
-No...
-¡He dicho que bebas!
Rhiannon tomó un largo trago; estaba tibio y delicioso. Bebió otro trago y le devolvió el cuerno.
-Ya he obedecido tus órdenes, milord -dijo, sarcástica-. ¿Algo más?
-Sí. Quítate la ropa. -¡No! -exclamó furiosa.
Él ya se había alejado. Dejó caer el cuerno sobre un jergón y cogió una piel que cubría otro.
-Veamos, ¿cómo puedo explicártelo? Milady, o te despojas de la ropa por voluntad propia o lo haré yo. En realidad, hace mucho tiempo que no lo hago. Me gustará muchísimo la tarea.
-¡Oh! -exclamó ella presa de la rabia-. ¡Maldito invasor! ¡Bastardo vikingo!
Sonriendo Eric le cogió el brazo para atraerla hacia sí. Rhiannon forcejeó para zafarse, y él le arrebató la capa. Corrió hasta un rincón, pero él la siguió y la aprisionó. La muchacha le golpeó el pecho hasta que él le agarró las muñecas y, levantándoselas por encima de la cabeza, la inmovilizó. Con la mano libre le desgarró la tela de lana azul de la túnica y la camisa interior de hilo. Ella trató de propinarle un puntapié.
-¡Me parece que era Judith quien iba a «hacerte» la delantera, vikingo! -espetó con fúria renovada. Oyó su risa ronca, percibió su aliento en la mejilla, tibio y dulce con el aguamiel, y su cuerpo muy apretado contra el suyo.
-Rhiannon...
Se interrumpió porque ella consiguió alzar la rodilla y golpearlo al tiempo que le informaba:
-Milord, ¡esto es lo único que tengo para tu delantera!
Un segundo después estaba tendida sobre el jergón, derrotada, desesperada. Luchó con manos y pies para conservar la poca ropa que le quedaba, pero Eric se la arrancó con impresionante fuerza. Temblando trató de rodearse con los brazos, y enseguida le cayó encima una piel que la cubrió y abrigó. Se incorporó sorprendida y observó que su marido se había despojado de la ropa empapada y se envolvía en una piel. Después se volvió hacia ella, que intentó levantarse. Eric la empujó hacia atrás y se tumbó sobre ella. Las lágrimas asomaron a los ojos de la joven. La piel sólo cubría los hombros del vikingo, dejando al descubierto su torso, de músculos lisos, suaves y fascinantes; hacía tanto tiempo que no lo veía así... Al sentir el miembro viril sobre su vientre la llenó de calor y deseo, hizo que corriera por su interior un líquido abrasador. Ahora que ella había llegado a necesitarlo con tanta desesperación, a desearlo durante todas sus horas de vigilia, a anhelar acariciarlo con ternura, ahora que lo amaba, él la traicionaba; deseaba a la prostituta Judith.

-¡No me toques! -murmuró, temiendo que las lagrimas rodaran por sus mejillas, que se quebrara su orgullo.

Eric le cogió las muñecas y se inclinó sobre ella. Su pecho le rozó los senos. Rhiannon ansió sentir sus manos sobre ellos, sus caricias. El hombre acercó su boca a sus labios y allí se detuvo.
-¿Cómo vas a hacerme la delantera si no te toco? -le susurró con voz ronca.
-Maldito...
La silenció con un beso profundo, apasionado, dulce y tierno. La coacción se convirtió en seducción. Le robó la voluntad y el aliento con sus besos de miel y le dio abrigo en la tormenta. Eric retiró la boca y volvió a rozarle los labios con los suyos. Esforzándose por reprimir el llanto, Rhiannon movió la cabeza y suplicó:
-Eric, ¡no!
-Rhiannon, yo sabía que eras tú.
Lo miró con los ojos muy abiertos e incrédulos. -¿Cómo ibas a...?
-Exhalas un aroma dulce, a rosas. Es del jabón que usas y siempre te acompaña esa fragancia. Conozco ese aroma tanto como el color de tu cabello, el matiz de tus ojos. Lo conozco porque me ha atormentado desde el día que nos vimos por primera vez. Se mete en mis sueños y me acosa cuando estoy lejos. Me cubre como la suavidad de tus cabellos cuando estamos juntos. Ninguna otra mujer posee esa fragancia.
-Ella estaba en tu habitación mientras te bañabas. -Llevó las toallas. Mi amor, es una criada. -Además has... -se interrumpió para tomar aire-. Has estado tan alejado de mí.
-No quería causaros daño ni a ti ni al bebé. -¡Ya ha pasado mucho tiempo!
-Rhiannon, me comentaste que el parto había sido muy doloroso. Pensé que era mejor mantenerme alejado un tiempo. Y después... bueno, tú no hiciste ninguna sugerencia de que volviera.
Ella se humedeció los labios, mirándolo fijamente a los ojos.
-¿Porque pensé que tú no querías volver! -¿Quieres que vuelva?
Rhiannon volvió a inspirar, desgarrada, temerosa, deseando creer en la ternura que apreciaba en sus ojos. -¿Dios mío! -suspiró-. Me parece imposible que yo diga esto a un vikingo: sí, sí, deseo que vuelvas. Te deseo... te...
Se interrumpió de nuevo, estremecida, y entonces la envolvió su calor y la belleza que había añorado durante tanto tiempo; la firmeza de sus muslos, los fuertes lati dos de su corazón, la atormentadora excitación de su cuerpo apretado contra el suyo. Y su rostro, hermoso y fuerte, con rasgos de dos culturas que habían unido lo mejor de sí. Sus ojos... infinitamente azules, que la contemplaban con tanta dulzura.
-Te deseo, Eric -se atrevió a murmurar-. Te deseo muchísimo. Te amo.
Eric se estremeció al oír las palabras susurradas y la miró con amor, maravillado y sorprendido. Rhiannon tenia los ojos ligeramente empañados, brillantes a la luz del hogar, de un color azul plata y bellamente enmarcados por sus tupidas pestañas oscuras. Sus cabellos, siempre su corona de gloria, se esparcían entre sus cuerpos desnudos y las pieles, envolviéndolos en guedejas de color fuego. Sus labios eran de color aguamiel, su rostro suavemente sonrosado y su cuerpo más hermoso aún que el recuerdo que lo había atormentado durante las largas noches. Sus pechos todavía estaban muy llenos, sus pezones de un color rosa oscuro, turgentes de deseo, y sus piernas suaves bajo él.
Le había susurrado que lo amaba.

-¡Dios mío, he tenido tanto miedo! -dijo él-. Temía haber perdido para siempre lo poco que tenía de ti cuando murió Rowan. Yo podía vencer al hombre, pero jamás a su fantasma. Pensé que él se interpondría entre nosotros, de modo que esperé,

pero... -Se interrumpió, y Rhiannon lo miró a los ojos, confusa e interrogante-. Tenía miedo de amarte, Rhiannon. El amor hace vulnerable a un hombre; es un arma muy perversa. Luché contra él, sin embargo no sé en qué momento perdí la batalla; sólo sé que la perdí. Tal vez la había perdido desde el comienzo, desde ese día que te vi en lo alto de la empalizada. Tal vez fue cuando te tuve debajo de mí. O cuando te vi moverte y bailar aquella noche en que trataste de inducir a los hombres a la violencia; quizá entonces sólo me impulsó la desesperación por poseerte y luego, una vez hecho, quedé perdido para siempre. No sé cuándo ocurrió. Esposa mía, yo también te amo, con todo mi corazón, con toda mi vida, con toda mi alma.
-¡Eric! -murmuró ella al tiempo que las lágrimas rodaban por sus mejillas. Continuó hablando, tan rápido que él apenas logró entenderla-: Te amaba desde
mucho antes de que muriera Rowan. Él era aún muy querido para mí y lloré su muerte, pero prefería mil veces que regresaras tú. Me costaba comprender cómo podía amarte cuando te mostrabas tan arrogante y exigente, siempre dándome órdenes...
-¿Arrogante?
-Pues sí. -La joven rió-. Oh, Eric, ¿puede ser cierto esto? -susurró.
-Sé que eres mi vida y que te amo más allá de todo entendimiento y razón -murmuró él. Dejó escapar un gemido y le acarició las mejillas-. Observaba una y otra vez a mi hijo contra tu pecho, y ansiaba estar en su lugar.
Sus labios rozaron los de la mujer y luego descendieron hasta su seno, saboreándolo y acariciándolo. Rhiannon gimió con la deliciosa sensación al tiempo que le mesaba el cabello y lo apretaba contra sí. Entonces él se colocó encima murmurándole que amaba sus ojos, su sedosa melena enmarañada y la hermosa redondez de sus pechos. Cayó sobre ella apoderándose de todo su cuerpo, excitándola y susurrándole con palabras atrevidas, pícaras, groseras e insinuantes todo lo que amaba en ella mientras le acariciaba con los labios y la lengua la piel, los muslos, las partes más íntimas y secretas. Rhiannon se incorporó en el nido de pieles para rodearlo con sus brazos, y sus susurros lo envolvieron junto con los suaves y fragantes mechones de su cabellera. Osadamente deslizó las enanos sobre él, explorando, y tras asegurarle que era muy competente y estaba muy deseosa de hacerle la parte delantera, procedió a demostrárselo. Eric rió hasta quedar sin aliento y la tendió debajo de él. Ante el suave resplandor de las llamas cumplieron las palabras y juramentos intercambiados esa noche, ese algo nuevo reconocido entre ellos, la maravilla de su mutuo amor.
Permanecieron abrazados oyendo el crepitar del fuego del hogar. Volvieron a acariciarse y a hacer el amor. Cuando finalmente Rhiannon expresó su inquie tud por su hijo, Eric le aseguró que estaría muy bien hasta la mañana y que nadie se preocuparía porque todos sabían que él había salido a buscarla.
-¿Y saben que no habrá ningún problema porque eres invencible? -bromeó ella.

-Sí, quizá. -Eric rió. -Eres muy arrogante.
-Me temo que siempre lo mucho?
-Trataré de soportarlo -suspiró ella con fingida resignación.
-¿Sí? Ten en cuenta que tú, cariño mío, eres orgullosa, obstinada e impetuosa, y que llevaré para siempre una cicatriz de tu flecha.
-Tú eres exigente y tirano además de arrogante -le recordó ella con dulzura, acariciándole la cicatriz y asegurándole que dedicaría muchas noches a expiarlo.
Se abrazaron, se amaron de nuevo y después se sumieron en un perezoso sopor.

Al despuntar la aurora Rhiannon se revolvió en los brazos de su esposo y dijo preocupada:
-Eric, nunca os traicioné ni a ti ni a Alfredo. Lo juro. Él es mi rey y mi protector; lo quiero y jamás lo habría desafiado. Yo no te traicioné.
Eric le cogió la mano y se la besó. -Chist, cariño; ya lo sé.
No añadió nada más pero evocó las imágenes de Rowan vivo en su montura después de vencer a los daneses y la de su cuerpo inerte en el suelo. Y recordó la daga,
Estrechó a Rhiannon y la besó en la frente. -Lo sé, cariño, lo sé.
A1 cabo de unos minutos se levantaron. Eric la vistió con su capa y la envolvió en pieles. Después salieron del refugio. Había dejado de nevar y ante ellos se extendía un mundo bello como un capullo blanco y prístino. Montaron al semental blanco y el enorme caballo los llevó a casa.
Gozaron de un tiempo de paz, tan maravilloso que Rhiannon no podía soportar la idea de que Eric se marchara. Lo abrazaba por las noches deseando que el tiempo se detuviera por arte de magia y el futuro no llegara.
Una luminosa mañana de primavera los hombres se prepararon para partir. Rhiannon esperó en el patio, con Adela y Daria a su lado y Garth en los brazos. Observó a Eric, que se acercaba montado en su caballo blanco, con el pecho cubierto por la malla y la capa adornada con sus insignias echada sobre los hombros. Llevaba la visera levantada, y vio el hermoso azul de sus ojos.
Rhiannon se estremeció, pensando cuánto y cuán profundamente lo amaba, apreciando su magnificencia. Eric se quitó el casco y se aproximó. Besó tiernamente a su hijo y después pasó el bebé a su hermana para estrechar a Rhiannon entre sus brazos y besarla hasta que ella creyó que iba a rompérsele el corazón. La joven sintió una punzada de temor cuando él se apartó. Era grande el peligro que corría. Mergwin no los habría acompañado si no pensara que algo amenazaba a Eric. No podía dejarlo marchar.
-Eric...
-Todo acabará, y regresaré antes cuenta, mi amor.
-No -susurró ella con tristeza. -Volveré. He dicho que así será, y guró él con una cariñosa sonrisa.
-Si... -¿Qué?
Rhiannon negó con la cabeza y alzó el mentón. No podía permitir que fuera a la batalla afligido por sus temores.
-Que Dios te acompañe, mi amor. Dios y todas las deidades de la casa de Vestfald.
Eric la abrazó.
-Estarás segura aquí. Patrick se queda para protegerte. Daria y Adela están aquí. Cuida de nuestro hijo, señora.
-Sí.
-Y Mergwin también se queda.
-¡Mergwin! -Se apartó de él sobresaltada-. ¿Mergwin se queda? ¿No irá contigo?
de que te des así será -ase-
qo8
-Prefiere quedarse contigo. Es muy viejo. No me gusta que insista en acompañarnos a la batalla.
La joven asintió estremecida. Después logró sonreír.
Por tanto el druida no presentía ningún peligro para Eric. Pensaba que el peligro se cernía sobre ella. Volvió a besar apasionadamente a su esposo, quien le susurró que había llegado la hora de partir. Se separaron. Rhiannon lo observó montar a

caballo, resplandeciente con su vestimenta. Se esforzó por continuar sonriendo y permaneció en el patio, contemplándolo hasta que lo perdió de vista.
Después dejó escapar un ronco sollozo. Entró en la casa y corrió hacia su habitación, la que ambos compartían, y allí lloró hasta que no le quedaron más lágrimas por derramar.
Rezó en silencio: «Que Dios lo proteja, que Dios lo ayude, que Dios lo acompañe. Y por favor, mi amado Señor, acompáñame a mí también.»

18

El combate fue rápido, despiadado y sangriento. En cuestión se semanas habían obligado a los daneses a marchar hacia Londres y en los días siguientes combatieron ferozmente dentro de la antigua ciudad romana. Alfredo parecía un hombre poseído, resuelto. Los acontecimientos ocurridos en ausencia de Eric lo habían conducido a esos amargos momentos.
Guthrum había firmado un tratado por el cual accedía a instalarse en East Anglia, pero al enterarse del asalto a Rochester había reanudado la batalla. Alfredo había enviado contra Guthrum, que se hallaba en el Támesis, todos los barcos disponibles, entre ellos los de Eric. Había ganado la batalla y sé había apoderado de la flota de Guthrum y todos los tesoros contenidos en ella. Más tarde, cuando Alfredo ordenó a sus hombres regresar a casa, los daneses asaltaron los barcos, recuperando más de lo que habían perdido.
Las tropas del rey de Inglaterra los habían seguido hasta Londres sembrando la muerte a su paso. Alfredo había ordenado quemar innumerables aldeas y ciudades, y se había producido una tremenda matanza. El rey exigía lealtad absoluta y no aceptaba menos. En esos momentos Eric, a lomos de Alexander, contemplaba las ruinas de Londres. La ciudad había quedado convertida en un lugar carbonizado, desolado, inadecuado para ser habitado por seres humanos. Pasaban hombres que transportaban en carretas cadáveres y miembros sueltos; por los escombros comenzaban a asomar mujeres y niños, que hurgaban entre las ruinas en busca de comida y sustento.
Al menos todo había acabado, pensó Eric hastiado. Y había sobrevivido, al igual que Rollo y la gran mayoría de sus hombres. Alfredo le había perdonado por que lo hubiera abandonado para viajar hacia Irlanda, de modo que, con todo su honor, él se había sentido obligado a avanzar en primera fila en todas las refriegas, a lanzar su grito de guerra y entrar el primero en combate. Era experto en el arte de guerrear. Ese día, al contemplar las ruinas de la ciudad, se sintió harto de tanto dolor, muerte y desolación y se consoló al pensar que dentro de unos días emprendería el regreso a casa. A casa...
Se firmaría un nuevo tratado de paz. Los escribas ya estaban trabajando en él. Guthrum, el astuto danés, también se las había arreglado para sobrevivir a la batalla.
Inglaterra sería dividida en dos partes. El límite seguiría el curso del Támesis hasta su confluencia con el Lea, cuyo curso continuaría hasta su nacimiento; desde allí en línea recta hasta Bedford y después por el Ouse hasta Watling Street. Los daneses se quedarían con Essex, East Anglia, los Midlands oriéntales y la tierra al norte del Humber. Alfredo reinaría en el sur, y nadie volvería a disputarle su soberanía.
Habría paz. Ojalá durara esa paz...
Hizo girar el caballo para alejarse de aquel desolado escenario y lo condujo hacia la multitud de tiendas instaladas en las afueras de la ciudad.

De pronto aceleró la marcha al oír un grito agudo seguido por el entrechocar de aceros. Espoleó su montura y la lanzó al galope; junto a un bosquecillo se en contró con un grupo de hombres, principalmente de los suyos y algunos de los más fieles al rey, enzarzados en fiero combate con lo que parecía ser una cuadrilla de daneses. Se apresuró a desenfundar su espada. Rollo ya estaba allí. Eric saltó del caballo y se abrió camino hasta su amigo, y juntos formaron una mortal máquina guerrera.
-¡Por las salas del Valhalla! -rugió Rollo-. ¿Qué es esto? ¿El mismo día de la firma del tratado?
-No lo sé -replicó Eric.
No podía permitirse reflexionar sobre ello en aquellos momentos. Los enemigos arremetían contra él por parejas, y necesitaba de toda su enorme fuerza para blandir la espada con la suficiente rapidez para salvar el pellejo. Tropezó con el cadáver de un adversario, lo que resultó ser su salvación, puesto que así esquivó la espada que amenazaba su cabeza; enseguida se incorporó y mató a su atacante. Inspiró profundamente y atisbó en lo alto de un montículo a un jinete que lo observaba. Entornó los ojos para distinguir los emblemas de la capa del hombre y entonces lo vio levantar la mano y lanzarle una daga plateada.
Mascullando una maldición alzó el escudo para parar la daga que silbaba en el aire. El arma chocó contra el escudo con fuerza aplastante.
El jinete huyó de inmediato al galope.
Eric se inclinó a recoger la daga; era de la misma clase que la que había matado a Rowan. Probablemente eran idénticas.
Ya se habían retirado por entre los árboles los daneses que habían sobrevivido a la refriega. Eric avisó a Rollo que intentaría dar alcance al jinete y enseguida corrió a buscar su caballo blanco. Salió al galope del claro del bosque, pero el jinete ya había desaparecido, e ignoraba en qué dirección había huido. Profiriendo una maldi-ción en voz baja volvió cansinamente hacia el lugar donde Rollo y los demás recogían a los heridos.
El joven Jon de Wincester, muy amigo del rey, estaba inclinado junto al cadáver de un danés. Se irguió disgustado cuando Eric se aproximó.
-¿En qué maldito tratado podemos confiar cuando los hombres atacan así?
Edward de Sussex, buen amigo de Jon y antaño leal compañero de Rowan, también se acercó.
-¡Que me cuelguen si entiende esto! Es como si no les hubiera importado combatir ni ganar, como si su único propósito fuera asesinar, nada más.
-Eso no es tan raro en los daneses -dijo Jon con amargura.
-No lo sé -dijo Eric moviendo la cabeza-. Los hombres combaten para vencer o defenderse, incluso los daneses. ¿Por qué si no?
Ninguno encontró la respuesta. Reunieron a los heridos y se dirigieron al campamento. Eric se lavó la sangre de la cara y las manos, se cambió la túnica y se encaminó hacia la tienda de Alfredo, quien estaba escuchando a un escriba enviado por Guthrum que leía monótonamente los detalles del tratado.
-¡No hay ni una sola palabra de verdad en ese maldito tratado! -interrumpió Eric.
El rey lo miró.
-Ya mandamos un mensaje a Guthrum para acusarle de infamia y traición. Él lo ha negado y me ha enviado a una hija suya como rehén para verificar su palabra.
-Entonces -dijo fríamente Eric-, hay un traidor entre nosotros, un traidor que ha deseado mi mal, más bien mi muerte, desde que arribé a estas costas. La cons

piración se inició cuando Rhiannon no recibió tu mensaje y mis barcos fueron atacados. Después, cuando me dirigí hacia el sur para combatir en tu nombre, los daneses fueron advertidos. Además, tengo buenos motivos para sospechar que el joven Rowan no murió en la refriega, sino que lo asesinaron para crear más caos en mi casa.
Se oyó una exclamación en la entrada de la tienda, y entró Jon de Wincester.
-¡Por todo lo sagrado, mi señor de Dubhlain! ¿Dices que Rowan fue asesinado?
Eric arrojó sobre la mesa del rey la daga que acababan de lanzarle. Alfredo y Jon se acercaron a mirarla. El rey examinó atentamente la daga y su diseño. Una mueca de dolor apareció en su cansado rostro, y se dejó caer en el sillón.
-¿Qué ocurre? -preguntó Jon.
Alfredo le indicó con la mano que podía coger la daga. Jon lo hizo.
-Es de William -murmuró Jon con un suspiro-. De William de Northumbria. Ésta es su daga. Debe de haber algún... error.
William de Northumbria, pensó Eric. William, Allen, Jon y Edward habían estado en su. casa, en la casa de Rhiannon, cuando Alfredo le envió la orden de ocuparse de los daneses en el sur. William no lo había acompañado a Irlanda, pero sí muchos hombres de Wessex.
-No hay error-dijo-. Tengo dos dagas; una extraída de la espalda de Rowan en Irlanda, y ésta que me han arrojado en el claro del bosque.
-En Irlanda...
-Busca a un hombre llamado Harold de Mercia. Si ha sobrevivido a esta última batalla, tal vez pueda aclarar estos hechos -sugirió Eric.
Alfredo se dirigió a la abertura de la tienda y ordenó a un guardia que buscara a Harold. A continuación comenzó a pasearse por el suelo de tierra con las manos enlazadas en la espalda. A los pocos minutos se presentó el hombre mayor que había hablado con Eric en Irlanda tras el fallecimiento de Rowan. Se arrodilló ante el rey.
-Mi señor, me has hecho llamar. -¡Levántate! -ordenó Alfredo.
El hombre obedeció y entonces, al ver a Eric y Jon, palideció. Miró la mesa y al reparar en la daga se volvió súbitamente, aterrado, dispuesto a salir corriendo de la tienda.
Jon se adelantó para bloquear la entrada. Eric cogió a Harold por el hombro y lo empujó hacia el rey. -¿Estabas al servicio de William de Northumbria cuando fuiste a Irlanda?
-¿Al servicio de William? No, no, mi rey. Yo servía al joven Rowan.
-¿Lo servías? -preguntó Eric fríamente-. ¿O lo mataste a cambio del oro que te ofreció William?
La palidez del hombre decidió su destino. Lanzando un grito sordo y amustiado, Jon avanzó empuñando un cuchillo y se lo clavó en la garganta.
Alfredo se volvió para dar la espalda a la escena, revelando su tristeza y cansancio en los hombros caídos. -¡Por Dios, Jon, he luchado para dar leyes a esta tierra! ¡Y tú cometes un asesinato aquí mismo!
-Por el amor de Dios, Alfredo, ¡asesinó a Rowan! -¡Por orden de William! -interrumpió Eríc-. Voy a buscar a William.
Salió inmediatamente y se dirigió a toda prisa al sector donde estaban acampados William y sus seguidores. Pasó junto a los hombres de William y apartó la tela de la abertura de la tienda.
No había nadie allí. Desanduvo sus pasos y cogió por la camisa al primer hombre que encontró. Le preguntó dónde se hallaba su señor.

Nadie lo sabía. William se había marchado esa misma mañana en compañía de Allen de Kent, y nadie lo había visto desde entonces.
Mientras Eric estaba entre los hombres de William Jon y Edward se acercaron al galope.
-Hace horas que nadie ha visto a William. Tampoco a Allen. Seguramente William se enteró de que tenías la daga, una prueba en su contra. Ha marchado hacia el sur.
-Debemos perseguirlo.
Jon miró a Edward y comenzó a hablar atropelladamente:
-Sí, debemos perseguirlo. Ya hemos avisado a tu hombre, Rollo, quien fue a recoger tus armas y preparar un caballo para ti. Tenemos que dirigirnos a la costa, a tu casa, a toda prisa.
-¿A mi casa? Por qué? -preguntó con voz ronca, sintiendo un escalofrío, atenazado por el temor que había acosado a Mergwin desde que llegaran a esa tierra.
-Porque creemos... Jon se interrumpió e inspiró profundamente.
-Creemos que William de Northumbria desea a tu esposa -continuó Edward- desde hace mucho tiempo; lo suponemos por comentarios que a veces hacia a Rowan, cosas qüe veíamos, otras que sospechábamos. Solíamos hacer bromas al respecto. Él siempre pensó que si Rowan se marchaba o moría, o si Rhiannon perdía el favor del rey, él se quedaría con ella. Y ahora que ha sido descubierto... presumimos que se apresurará a descargar su odio y su rabia contra ella.
Eric cerró los puños y los apretó contra los costados. Echó hacia atrás la cabeza y lanzó un grito de guerra lleno de angustia y furia que hizo temblar hasta la luz del sol; el grito de batalla de la casa de Vestfald, el desgarrador y terrible aullido del lobo acorralado.

Apareció Rollo a lomos de un caballo moteado conduciendo al blanco. Eric montó de un salto en su cabalgadura y emprendió la marcha al galope, seguido por los demás.
Los días transcurrían lentamente para Rhiannon.
Era primavera y la tierra estaba reviviendo. Los campos empezaban a reverdecer con los cultivos, y se veían muchísimos animales, ardillas, conejos e inconta bles ciervos. Los caballos se movían inquietos en los establos. Daria estaba nerviosa, y también Rhiannon, a pesar de su felicidad y su hijo. Sólo Mergwin y Adela parecían tranquilos. Rhiannon se preguntaba si la edad traería consigo la paz o la capacidad de comprender que el tiempo transcurre inexorablemente a su ritmo.
Había recibido noticias desde el frente de batalla. Eric enviaba un mensajero cada semana, de modo que sabía dónde combatían y que tanto él como el rey se en contraban bien; estaba informada de que la guerra se resolvía a favor de ellos. Sabía que habían llegado a Londres y que al parecer habría otro tratado de paz, que aún no había sido firmado. Intuía que a pesar de su aparente calma, Mergwin también estaba esperando y que no sólo la observaba a ella sino también el cielo, el viento y el mar. A veces salía a caminar solo, aunque ella ignoraba adónde se dirigía y qué hacía durante sus largas ausencias. Hasta que Eric regresara, Rhiannon estaría preocupada.
Se sentía feliz y agradecida por la compañía de Daria, quien relataba leyendas nórdicas sobre los dioses Odín y Tor y cuentos irlandeses sobre san Patricio, las personas diminutas que habitaban en los claros de los bosques y las hadas agoreras que avisaban de una muerte inminente. Las dos jóvenes pasaban las

largas tardes primaverales sentadas junto al hogar con el bebé, riendo y haciendo bromas sobre los hombres. Daria le describía al hombre de sus sueños, y así entretenían los días interminables.
Cuando William de Northumbria se presentó una tarde, Rhiannon se hallaba sola. Mergwin había salido a pasear por el bosque, y Daria había acompañado a Adela a la playa, adonde había arribado una pequeña embarcación cargada de regalos de parte de Olaf y Erin. Al reconocer los colores de William los guardias no dudaron en franquearle la entrada, y los criados fueron a avisar a Rhiannon, quien corrió hacia la puerta, segura de que se trataba de algo grave si habían enviado a William en lugar de a un criado o un vasallo.
Salió a recibirlo al patio con el corazón agitado. Al parecer el hombre había cabalgado a toda prisa, lo que también la alarmó. No lo acompañaba nadie más que Alíen, su inseparable amigo. Tras saludarlos les ofreció comida y cerveza. William desmontó y, cogiéndola de los hombros, dijo:
-Rhiannon, no tenemos tiempo. Di a un criado que nos traiga cerveza para llevar y un poco de pan con queso. Debemos apresurarnos.
-¿Por qué? ¿De qué se trata? Qué ha pasado? -preguntó sobresaltada.
-Eric ha resultado herido y no puede moverse. Quiere verte. Le he prometido que te llevaré hasta él a toda prisa.
-¡Oh! -exclamó aterrada. De pronto se sintió paralizada, incapaz de pensar-. Debo... debo buscar a Adela y mis cosas...
-No, debes venir de inmediato, ahora mismo. Ordena a un hombre que vaya a buscar comida y bebida y reúnete conmigo. No tenemos tiempo que perder. -Debo ir a buscar a Garth... -¿Qué? -preguntó William. -Mi hijo. No puedo dejar a mi hijó.

William se atusó el bigote, pensativo. Después sonrió.
-Sí, por supuesto, querida mía. Debes traer a tu hijo. Date prisa.
Temblorosa y asustada, Rhiannon trató de apresurarse, sintiendo que le flaqueaban las rodillas al caminar. Era eso, el terror que la había asaltado durante todo ese tiempo. Eric había desafiado a la muerte demasiadas veces. Era un gran guerrero, tal vez uno de los más grandes, capaz de blandir la espada como nadie. Pero todo hombre es mortal, y en esos momentos yacía herido, tal vez moribundo, precisamente cuando se había convertido en todo para ella. ¡No podía morir! Fueran cuales fueran los presagios, ¡no podía morir! ¡Ella no se lo permitiría!
Garth estaba durmiendo. Gimoteó un poco cuando su madre lo tomó en brazos y lo envolvió en una gran manta de lino. Rhiannon cogió una capa para ella y bajó presurosa por las escaleras. Ya los criados habían llevado bolsas con alimento y cuernos con bebida, y una yegua la aguardaba en el patio.
Había llegado Patrick. Con expresión tensa, escuchaba la historia de William sobre las batallas que habían librado.
-Os acompañaré -se ofreció Patrick.
-¡No! -dijo bruscamente William-. Eric pidió que te quedaras en la casa con su hermana y Adela. Te necesita aquí.
-¡Ay, Patrick! -exclamó Rhiannon, trémula.
Él la abrazó estrechamente, después la ayudó a montar la yegua y le acomodó a Garth en los brazos. -¡Se repondrá, milady, se repondrá! Eric está hecho de acero. Debes conservar la fe.
Ella asintió, incapaz de hablar porque la ahogaban las lágrimas.
-¡Milady, vamos! -urgió William.

-Sí, debemos darnos prisa -murmuró ella-. Sí, por favor, llévame junto a él lo más rápido que puedas -suplicó-. Patrick, Dios sea contigo.
-Y que Díos te acompañe, mílady.
William hizo dar la vuelta al caballo y condujo a Rhiannon y Allen hacia las puertas a buen trote para luego avanzar hacia los acantilados. Con los ojos empañados por las lágrimas, Rhiannon no se dio cuenta de qué dirección tomaban.
En cambio Mergwin, que en ese momento salía del bosque, sí se fijó. Cerró los puños y los ojos y después corrió hacia los establos. Ignorando el doloroso martilleo de su corazón, saltó sobre un caballo sin ensillar y, desoyendo las advertencias de Patrick y los mozos de cuadra, cabalgó detrás de los jinetes.
Éstos ya se hallaban lejos de la casa y se internaban en el bosquecillo. Mergwin espoleó al caballo y galopó detrás, alcanzándolos cuando desfilaban por un sendero sombreado por los árboles.
-¡Rhiannon! -llamó. Ella detuvo su montura. -¿Por qué nos retrasa ese exasperado William.
-¡Tengo que esperarlo! -exclamó Rhiannon. Volvió la cabeza-. ¡Mergwin, han herida a Eric! Debo darme prisa para verlo.
Mergwin avanzó lentamente hasta detenerse ante ellos. Miró a Rhiannon, luego a William y después de nuevo a Rhiannon.
-No lo han herido -murmuró-. Eric de Dubhlain no ha sido herido.
-¿Qué sabes tú, viejo mentiroso? -espetó Allen, cortante-. Nosotros estábamos con él. Hemos participado en la batalla. Él nos pidió que viniéramos a buscar a su esposa.
Mergwin negó con la cabeza. Situó su caballo entre los de Rhiannon y William.
-¿viejo loco? -preguntó
-Si Eric estuviera cerca de la muerte, yo lo sabría. No vayas con ellos, Rhiannon. Vuelve a casa con tu bebé... ¡ahora mismo!
Dicho esto, golpeó a la yegua en el anca. Rhiannon lanzó un grito cuando su cabalgadura dio un salto hacia adelante y a punto estuvo de tirarla al suelo. Apretó fir memente a Garth contra su pecho, asustada, y obedeció a Mergwin. En el momento en que dirigía a la yegua por el estrecho sendero, William dio una orden y Allen le cerró el paso. Rhiannon no pudo eludirlo, desesperada como estaba sosteniendo a Garth para evitar que se cayera y se hiciera daño. Oyó un grito sordo y un ruido. Hizo girar a la yegua a tiempo de ver cómo Mergwin caía del caballo tras haber sido golpeado por William.
Desmontó enseguida y corrió hacia el anciano sosteniendo a Garth. Miró a William con odio. -¡Mergwin dice la verdad! ¿Qué te propones? Depositó cuidadosamente al bebé a su lado, cogió la cabeza de Mergwin y la apoyó en su regazo. El druida abrió los ojos, grises como la luz del crepúsculo, místicos, llenos de dolor.
-¡Déjalo! -ordenó William. -¡Le has hecho daño!
-Mi intención era matarlo. -¡Bastardo! ¡Alfredo te colgará!
-Alfredo, señora, no volverá a verme nunca. -Mergwin -susurró ella ignorando a William. El anciano la miró e hizo un gesto de dolor-. ¡Tengo que llevarlo a casa! --exclamó-. ¡Va a morir aquí! -Morirá, señora, y tú no regresarás a casa. -Mergwin, aguanta, te lo ruego. Aférrate a la vida, cuídala mucho. Adela, Patrick o Daria vendrán, lo sé... -Rhiannon -susurró él. Sólo podía oírlo ella, que se había inclinado hasta poner el oído junto a sus labios-. No temas por mí, porque he vivido muchísimos años. Te he advertido, y tal vez no demasiado tarde, porque Eric ya viene en camino y cada momento está más cerca. Retrasa el viaje todo cuanto puedas, crea problemas a estos dos, y si he logrado frustrar los planes de este

traidor, entonces he cumplido mi propósito y es hora de que vaya a reunirme con los que amo en una vida mejor.
-¡No! -exclamó ella, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas-. ¡No, Mergwin, no! -Poniéndose en pie miró a William-. Si no lo ayudas, no me moveré de aquí.
-Sí te moverás. -Sonrió desde la silla, inclinándose-. Te moverás y rápido, milady, o Allen te quitará al niño y cabalgará con él, con un cuchillo sobre su cuello. ¿Me he expresado con claridad?
-¡Note atreverías! -espetó furiosa. -Allen...
-¡No!
Cogió a Garth y lo estrechó contra su pecho. Después observó a Mergwin, que tenía los ojos cerrados, la cara blanca y sombría; parecía ya la máscara de la muerte. ¡No podía abandonarlo allí!
Pero tampoco podía arriesgar la vida de Garth-¿Milady? -dijo William. Rhiannon no se movió.
-Sube a la yegua o me apearé y entregaré el niño a Allen. No intentes resistirte porque os haré daño a ti y al niño.
Su única oportunidad era escapar a caballo para volver más tarde a buscar a Mergwin.
Debía huir.
Pero cuando montó a la yegua, William agarró las bridas; él la conduciría.
-¡Tenemos que darnos prisa! -apremió Allen. -¿Adónde vamos? -preguntó Rhiannon.
¿A reunirnos con los daneses -respondió William-. He ayudado mucho a Guthrum con avisos e información. Me ha prometido un lugar en su casa. Tú vas a compartirlo conmigo.
-Alfredo exigirá mi regreso.
-Tal vez, pero entonces, mi amor, estarás demasiado cansada y avergonzada para querer volver junto a tu marido. Y él no deseará a la esposa que le devuelva, ¿verdad, Allen?
Éste echó a reír. Rhiannon acercó más la yegua al caballo de William, que sostenía flojamente las riendas. Estrechando aún más a Garth, golpeó con los talones los ijares de la yegua, que emprendió el galope con tal fuerza y velocidad que las riendas se soltaron de las manos de William.
Desesperada y sin dejar de apretar al bebé contra su pecho, Rhiannon trató de asir las riendas mientras la yegua cabalgaba a través del bosque. Las ramas le engan chaban el pelo, le arañaban el rostro, pero ella no se atrevía a aminorar el paso. Cegada por la maleza, no conseguía coger las riendas, y la yegua elegía su camino al azar. De pronto el animal se encabritó y se puso de manos, y a duras penas logró Rhiannon mantenerse en la silla. Cuando la yegua bajó las patas a tierra, William estaba ante ella, su enjuto rostro tenso, sus ojos brillantes de furia.
-Otra travesura como ésta y te prometo que pondré la cabeza del niño bajo los cascos de mi caballo. Está acostumbrado a aplastar cabezas más grandes en la batalla; una cabecita pequeña no será nada para él.
La joven bajó la vista temblando. Tenía que creer que Garth sobreviviría a aquel horror en que había sido atrapada tan estúpidamente. Miró furiosa a William. -Entonces, adelante, milord.
-Si dudas de que cumpla mi amenaza...
-No, no, no lo dudo. Te creo completamente capaz de asesinar a un bebé indefenso. Supongo que no te muestras tan valiente en el combate contra hombres.

Él avanzó y le propinó una fuerte bofetada. Rhiannon tuvo que apretar los dientes para no gritar de dolor, al tiempo que intentaba mantener el equilibrio sobre la yegua. William la miró y sonrió.
-Aprenderás cortesía y respeto, milady. Tenemos por delante largos días y noches para que aprendas. Dias y noches... Se le encogió el corazón. Comprendió que en realidad la pesadilla acababa de empezar. ¿Y Eric? Estaría todavía con el rey? Mergwin la había puesto sobre aviso demasiado tarde. Se le llenaron los ojos de lágrimas, preguntándose si todavía estaría moribundo o si ya habría llegado al gran Valhalla de hombres como él, si estaría abrazando a los seres queridos que había perdido. «¡Oh, Mergwin, no me abandones! -pensó-. ¡Que alguien venga a ayudarme, Dios mío, por favor!»
En cuanto llegó a las puertas de su casa comprendió que William se le había adelantado. Eric entró y ordenó al centinela que fuera a buscar a Patrick.
El semblante preocupado de Patrick le indicó que algo malo ocurría. Sin desmontar del caballo lo interrogó:
-¿Ha venido William de Northumbria? ¿Ha estado aquí?
-Sí, Eric. Dijo que tú estabas herido, y mi señora Rhiannon se marchó con él.
-¿Cuánto hace de eso? -preguntó Eric.
No habían dormido durante la noche en su afán por salvar las horas de diferencia entre sus respectivas partidas. Habían cabalgado durante casi tres días, y sin embargo William les había ganado.
-Una hora... tal vez dos. Gracias a Dios estás bien, milord. Entonces ¿por qué William...?
-¿Eric! -exclamó Daria, que al enterarse de su llegada salió corriendo de la casa-. ¡Eric, estás bien! Nos habían dicho que...
-Daria, después explicaré todo. Ahora debo dar alcance a William y encontrar a mi esposa.
-Y al niño -dijo su hermana.
-¿El bebé? ¿Se ha llevado al niño también?
-Sí, Eric. Todo fue tan rápido... Ni Adela ni yo estábamos aquí. Padre envió barcos, ¿sabes? ¡Oh, Eric!
-¿Dónde está Mergwin?
-Con ellos tal vez --contestó Patrick-. Salió tras ellos montado en una yegua que volvió sola no hace mucho. Estábamos preparándonos para salir a buscarlo antes que anochezca.
-Yo lo encontraré -aseguró Eric.
Hizo girar su caballo blanco y se dirigió hacia las puertas. Rollo, Jon y Edward lo siguieron.
-¡Espera! -exclamó Daria-. ¡Permite que os acompañe! Tal vez pueda ayudar.
-¡Daria, regresa a la casa! -ordenó Eric volviendo la cabeza, sin detenerse-. Por el amor de Dios, Daria, no quiero que corras peligro tú también.
Pero cuando se volvió, su hermana ya corría hacia los establós. Después de todo, era la hija de su padree su madre, pensó, recordándolos con admiración.
Eric ya cabalgaba por el sendero. Había logrado rescatar a Rhiannon del danés Yorg con bastante facilidad, pero esto sería diferente. William era un hombre muy desesperado, culpable de muchos delitos, principalmente de traición al rey. A William ya no le importaría nada su vida; sólo desearía arrastrar consigo a Rhiannon y a él a la oscuridad de la muerte.

¡Y al pequeño! ¡Ojalá Rhiannon lo hubiera dejado en casa! Pero sabía muy bien que ella no habría podido abandonar al bebé y estaba seguro de que ella haría cualquier cosa por proteger a Garth. El sudor perlo su frente, y las manos le temblaron sobre las riendas. Si encontraba a William, lo destrozaría con las manos. Frunció el entrecejo al ver un cuerpo en el sendero, apoyado contra los árboles. Se apeó del caballo y se inclinó sobre la figura derrumbada. Era Mergwin, blanco como la muerte, con los ojos cerrados bajo las sombras de la inminente noche.
-¡Dios mío! -balbuceó Eric. Cogió en sus macizos brazos a su anciano mentor y lo acunó-.Sólo por esto morirá, lo juro, amigo mío, lo juro, por el honor de mi madre.
Acercó la oreja al pecho del anciano y no percibió ningún latido. Dejaría a Mergwin en el claro del bosque y, si no podía trasladarlo a su tierra para que yaciera en suelo irlandés, lo pondría en un féretro con sus runas y sus cruces celtas, lo llevaría al mar y lo arrojaría al agua, en llamas, para que subiera hasta las salas del Valhalla. Se le rendirían todos los honores. Y durante toda su vida lo recordaría y añoraría.
De pronto percibió un rumor en el frágil pecho. Los sabios ojos grises se abrieron con gran esfuerzo. La mirada del anciano se clavó en Eric.
-No pierdas más tiempo conmigo, príncipe de Dubhlain. Estoy descansando cómodamente aquí, en el bosque. Ella sabe que William es un traidor e intentará que el viaje sea lento. Ahora vete, rápido. Se dirige al norte, siguiendo los acantilados y sierras. Llevas mucha desventaja, date prisa.
-No puedo dejarte morir aquí.
Mergwin sonrió y le indicó con un gesto que se acercara más. Le susurró algo al oído y después se recostó, agotado.
-Rollo, ven, coge a Mergwin. Lo dejo a tu cargo. Llévalo a casa con todo el tierno cuidado con que llevarías a un bebé.
-Entonces sólo quedaréis tres -protestó Rollo.

-He ido solo contra veinte -le recordó secamente Eric-. Llévate a Mergwin. Jon y Edward deben vengar la muerte de un amigo, y yo debo defender a mi esposa y mi hijo. Vete, rápido.
Rollo obedeció. Eric volvió a montar el semental blanco, y Jon, Edward y él reanudaron la marcha por el bosque.

19

Era ya muy tarde, y no se habían detenido ni un momento para descansar. Garth se había puesto muy inquieto, y su llanto era tan estridente que Rhiannon comenzó a temer la reacción de William si no lo tranquilizaba pronto. Se había visto obligada a amamantarlo delante de William, y su mirada la heló y la hizo sentirse incómoda y azorada. Trató de ignorar su presencia y enseguida descubrió que lo único que le interesaba a aquel traidor era avanzar rápido durante el mayor tiempo posible.
Mergwin le había dicho que Eric acudiría. ¡Ojalá fuera cierto! ¿Habían llegado a amarse tanto sólo para perder todo con esa traición? Si había un Dios en los cielos, eso no podía ser.
Intentaba detenerlos con frecuencia, diciéndoles que tenía necesidad de internarse en el bosque, pidiendo una bebida, quejándose una y otra vez de hambre y sed. Pero al parecer William se había fijado un destino y no se detendrían hasta alcanzarlo.
Por fin llegaron, muy avanzada la noche. Era una cueva situada en la escarpada montaña, con una entrada estrecha a que conducía un camino despejado. Rhiannon

comprendió de inmediato el acierto de la elección, porque nadie podía aproximarse a ellos sin ser visto. William desmontó y le dijo:
-Veo que te das cuenta de las ventajas que ofrece esta cueva, milady. En el instante que él se acerque, si es que viene, lo sabré.
Rhiannon le lanzó una mirada furiosa.
-¿Y qué? Lo verás venir, sí, y él te matará de todas formas. ¿Cómo vas a detenerlo? Aun en el caso de que se presente solo, matará a Allen y después a ti, muy lentamente.
-Creo que no. -¿Y por qué no?
-Porque sabrá que si se acerca, primero el niño y después la esposa serán arrojados por el acantilado. Ahora desmonta, Rhiannon.
Tendió la mano para ayudarla a apearse. La joven apretó a Garth contra su pecho, contenta de que al fin durmiera apaciblemente.
-Bajaré yo sola.
Desmontó con bastante facilidad, pero no pudo evitar que él la tocara. Allen cogió las riendas de la yegua y la condujo dentro de la cueva. William contempló
a Rhiannon, atusándose el bigote y la larga barba. Después reapareció Allen.
-Arde un fuego dentro -dijo-. He preparado una cama para el niño y Rhiannon.
-Perfecto -dijo William sin dejar de mirar a Rhiannon, ampliando su sonrisa-. Entonces tú harás el primer turno de vigilancia. Milady, tú vendrás conmigo.
-No voy a...
William hizo un gesto y Allen la cogió por los hombros. William le arrebató el bebé.
-Puede despeñarse por el acantilado ahora mismo, milady -le advirtió-. Acompáñame y lo dejaré sobre esta manta. Entra conmigo.
No tenía más remedio que obedecer, pensó Rhiannon, desgarrada, agotada, temiendo un ataque de histeria. -Dámelo. Yo lo acostaré.
William negó con la cabeza, y entró en la cueva. Desesperada, lo siguió.
-¡Por favor, ahora acuéstalo, William!
Eso estaba haciendo él, depositando al niño con más suavidad de la que ella habría esperado. Garth no despertó, pero se estremeció con un suspiro y se llevó el pulgar a la boca. Angustiada, miró a su hijo y después al hombre que tenía delante.
-Es hora de pagar, Rhiannon -anunció él en voz baja.
-¿Pagar qué?
-Ah, tu orgullo, arrogancia e insolencia. Deberías haber sido mía desde el principio, y la tierra y la casa deberían haber sido mías. Yo era un hombre de Alfredo, leal hasta la médula. Te vi crecer. Hablé con el rey y le hice saber que sería yo quien os recibiría a ti y la tierra. Pero tú estabas enamorada de Rowan, y el rey, como un tonto, respetó tus deseos, hasta que entró en escena ese maldito vikingo. Pensé que te deshonraría ante el rey al obligarte a luchar contra el vikingo. Sin embargo, todo se volvió contra mí. Supuse que Ragwald enviaría a Eric al Valhalla, que un invasor mataría al invasor, pero también falló. Ordené que mataran a Rowan...
-¿Qué? -exclamó ella, síntiéndose enferma. -Sí, señora. Es fácil contratar asesinos. Te sorprendería. Muchas veces la vida de un hombre vale una insignificante cantidad de oro. Y después volví a intentar matar a tu marido para conseguirte, pero tu esposo paró mi daga. Si aün ignora que fui yo quien lo traicioné, se enterará muy pronto. De modo que ya no me queda nada excepto tú, y no te soltaré tan fácilmente.

-No -murmuró Rhiannon, retrocediendo-. Te odio, te desprecio. Me enferma sólo pensar en ti. Jamás te permitiré...

Se interrumpió, paralizada al ver que él sacaba una daga de una vaina que llevaba atada en la pantorrilla. Creyó que se la lanzaría y pensó que prefería la muerte a que él la tocara. William se giró bruscamente y arrojó el arma en dirección a la manta donde dormía Garth. Soltando un grito, Rhiannon corrió hacia el bebé. La daga había sido bien lanzada; no cayó sobre el niño, ni siquiera lo despertó. Se clavó junto a la doráda cabecita del pequeño. La mujer comprendió claramente la advertencia.

Se volvió. El hombre ya estaba a su lado. La puso en pie de un tirón y la abrazó.

-¡Señora, vas a aceptarme!

La besó en la boca, apretándole los labios, haciéndole daño; ella sintió el sabor de la sangre. Se debatió con pies y puños tratando de desembarazarse de él. Le vantó la rodilla y lo golpeó. William profirió una maldición y la arrojó al suelo. Después se acercó con odio en los ojos y antes de que ella pudiera defenderse la abofeteó y la puso en pie de un tirón. Le palpó el corpiño, y Rhiannon oyó el crujido de la tela al rasgarse. Entonces la empujó hacia el rincón de la cueva, y la joven cayó al suelo, asustada, pensando que ya no podría continuar luchando porque sobre ella descendía una densa oscuridad.

«¡Dios mío, no permitas que esto ocurra!», rogó. Y siguió sintiendo el sabor de la sangre.

La luna estaba alta en el cielo cuando Eric vislumbró la boca de la cueva en la oscuridad. Levantó la mano, y Edward y Jon, que cabalgaban detrás, detuvieron los caballos.

No se veía ni a Rhiannon ni al bebé ni a William de Northumbria; tampoco los caballos.

Pero Allen estaba allí, sentado ante la entrada de la cueva, vigilante.

Jon se acercó a Eric.

-Conozco esa cueva --dijo-. En la párte trasera hay una abertura que da al acantilado, a un enorme precipicio. Si nos acercamos, William amenazará con acabar con la vida de tu esposa y tu hijo.

Eric asintió. Lo había supuesto. Pero no podía esperar. William se hallaba allí, con Garth y Rhiannon, que nunca le permitiría que hiciera daño al bebé.

Y entonces William le haría daño a ella.

Se giró con la mano en la espalda al oír ruido de cascos de caballo detrás de ellos. Apareció Daria, y Eric profirió una maldición.

-Te ordené que te quedaras en casa.

Daria desmontó y se echó hacia atrás el capuchón de la capa.

-Pensé que podría ayudaros...

-¡Ayudar! -interrumpió Jon-. Deberías darle unos azotes, Eric.

Daria se dirigió hacia los árboles.

-Sí puedo ayudar -susurró-. Eric, por favor, ¡sí puedo! Si tú te acercas a ese hombre, dará la voz de alarma. Si me aproximo yo, él bajará la guardia. --Demasiado arriesgado -objetó Eric.

Daria sonrió y pasó junto a ellos a tal velocidad que no tuvieron más remedio que seguirla a toda prisa.

La muchacha avanzó tranquilamente hacia la cueva y cuando vio a Allen a la entrada lo llamó:

-¡Señor, por favor, ¿podría ayudarme?! Me he extraviado en el bosque y estoy muy asustada.

Continuó hablando y acercándose a Allen. Ellos ya no pudieron oír qué le decía. Allen se incorporó y se quedó mirándola fascinado, tal vez hipnotizado por su belleza. La joven le hablaba y lo hechizaba con su movimiento.
-Ahora -murmuró Eric-. Jon, ocúpate de que nada le ocurra a mi hermana. Edward, te lo suplico, encárgate de mi hijo.
Apenas había comenzado Eric a enfilar el sendero que conducía a la cueva cuando Allen pareció comprender que algo iba mal.
-¡William! -exclamó-. ¡Tenemos compañía! Eric se enderezó y avanzó con la espada desenvainada. Allen lo vio y abrió los ojos, alarmado. Cogió a Daria y se escudó tras ella.
-¡La mataré, vikingo! Te lo advierto, ¡la mataré! Daria le propinó una furiosa patada, y él la soltó, retrocediendo hacia la cueva.
-¡Daria, sal de ahí! -ordenó Eric.
Jon agarró a Daria del brazo y la puso detrás de ellos. Después entraron en la cueva.
Algo había sucedido, algo que la salvaría, pensó Rhiannon.Justo en el mómento en que William se abalanzaba sobre ella, justo en el momento en que ella gritaba aterrorizada al sentir los dedos del hombre en su piel desnuda, algo ocurrió. Todo continuaba girando alrededor de ella, y no supo de qué se trataba. Sólo se dio cuenta de que William se incorporaba y echaba a correr.
Aturdida, apretó contra sí la ropa desgarrada y pensó en ponerse en pie para ir a buscar a Garth. En el momento en que se arrodillaba para levantarse, vio que William había tenido la misma idea. Sus miradas se encontraron cuando él se agachaba para coger al niño.
-Ponte detrás de mí, señora. Estamos preparados para recibir a tu marido.
-¡Está aquí! -exclamó Allen entrando precipitadamente con la espada en la mano-. ¡El vikingo está aquí!
-¡Deja de chillar, imbécil! -ordenó con brusquedad William-. Que entre.
Eric se encontraba ya en la entrada de la cueva, imponente, gigantesco, empuñando su espada Venganza; sus ojos, de un escalofriante fuego azul, brillaban en la oscuridad.
-Eres hombre muerto, William -dijo con voz muy tranquila.
-Vamos, vikingo, ¿acaso no ves lo evidente? Yo tengo a tu hijo en mis brazos, y también una daga. Y tengo a tu esposa. Déjame salir si quieres que no sufran ningún daño.
Para asombro de Rhiannon, Eric retrocedió ligeramente y se frotó la barbilla, como sopesando la oferta. -Entrégame al niño. Puedes quedarte con la mujer. Rhiannon no pudo contener una exclamación, a que nadie pareció prestar atención.
-¿Me permitirás llevarme a Rhiannon si te entrego al niño?
-Es más fácil encontrar mujeres que conseguir herederos. Dame al niño.
William guardó silencio. En ese momento Daria pasó como una exhalación por entre los hombres y como un remolino le arrebató limpiamente a Garth. Sorprendido por haber permitido que la chica acabara con tanta rapidez el regateo, William retrocedió hacia Rhiannon, la cogió y le puso la daga en la garganta.
-Ahora déjame pasar, o la mataré.
Obediente, Eric se apartó a un lado, y Allen fue a buscar los caballos. Daria había desaparecido con el bebé. A Rhiannon le flaquearon las piernas de la emo ción por saber que el niño estaba a salvo. Pero no era posible que Eric hablara en serio, no podía abandonarla en esos momentos...

De pronto creyó comprender la estratagema de su esposo.
-¡Vikingo bastardo! -espetó-. ¿De modo que te quedas con mi tierra y mi hijo? -Se desembarazó de William con un violento tirón-. ¡Mi señor, estoy libre!
Pero no lo estaba; no podía pasar, sólo podía correr hacia atrás e internarse en las profundidades de la cueva. Oyó un fuerte entrechocar de aceros y se volvió a tiempo de ver cómo Allen atacaba a su marido y después caía muerto al suelo. William lanzó un ronco grito de guerra y desafió a Eric.
-¿Es que el lobo va a dejar que otros combatan por él? Vamos, milord vikingo, la pelea es entre nosotros.
Eric avanzó hacia el interior de la cueva. La espada de William chocó contra la de Eric, y el ruido y el eco fueron terribles. Eric blandió su enorme hoja de acero una y otra vez, obligando a William a adentrarse más en la cueva y caer al suelo. William le arrojó tierra a los ojos, cegándolo, y Rhiannon gritó para advertir a su esposo del ataque de William. Eric rodó a tiempo de evitar el golpe de su contrincante. Rhiannon se internó aún más, hasta que notó una ráfaga de aire frío y comprendió que había llegado a la entrada norte de la cueva. Permaneció allí, apoyada contra una de las paredes, y miró hacia atrás en la semipenumbra. La pelea continuaba. Oyó otro choque de aceros y un golpe, y de pronto se produjo un sobrecogedor silencio.
Apretó los puños y los dientes, aguzando el oído. Cerró los ojos y al abrirlos vio que William yacía en el suelo y que Eric, de pie junto a él, tenía la punta de la espada en su cuello.
-Levántate, William. No voy a asesinarte aquí. Debes presentarte ante el rey.
-¡No! -exclamó violentamente William-. ¡Mátame, vikingo!

Recordaba muy poco de la larga cabalgada que los llevó desde la oscuridad de la noche a la luz del día y después de nuevo a la oscuridad de otra noche.
Garth realizó el trayecto en los brazos de Daria, quien movía a uno y otro lado su melena mientras aseguraba a Jon que era una mujer independiente, dueña
de su destino, y que había sido tan útil como cualquier hombre.
Rhiannon escuchó a Daria y después echó a reír cuando Eric dijo que no dudaba de que su padre estaría más que dispuesto a considerar las propuestas de matri monio que hicieran a la más pequeña y voluntariosa de sus hijas. Jon aconsejó a Daria que tuviera cuidado, pues tal vez le haría la oferta para enseñarle cuál era el lugar de una mujer.
Luego Rhiannon y Eric no oyeron más, porque él urgió al caballo blanco a adelantarse. Rhiannon consiguió abrir los ojos para mirarlo y preguntar:
-¿De modo que resulta fácil encontrar mujeres, milord?
-Sí, mi amor, pero yo no me refería a las mujeres como tú. Las mujeres valientes y bellas son excepcionales. Y la que tengo entre mis brazos es mi vida. -Se es tremeció y la estrechó-.Amor mío, si te hubiera obligado a caer con él por ese acantilado, mi único deseo habría sido seguirte.
Rhiannon se estremeció y sintió que él la apretaba aún más.
-Mergwin dijo que habría paz si lográbamos capear la tempestad. ¡Dios mío, Eric! ¡Dio su vida para salvarme!
-Lo encontré. Lo llevaron a casa.
-Afirmó que no volvería a ver Irlanda -susurró Rhiannon con los ojos llenos de lágrimas.
-Chist, cariño, tranquilízate. Nos prometió paz, de modo que paz tendremos.

Hablaron poco durante el resto del viaje. Cuando por fin llegaron a casa, Rhiannon se había quedado dormida. Su agotamiento era tan grande que no despertó cuando Eric la Llevó a su habitación, y continuó durmiendo hasta la mañana. Adela se hallaba en el dormitorio para anunciarle que la aguardaba un buen baño caliente y que después le entregaría a Garth.
Rhiannon se levantó y se sumergió en el agua. Se preguntó si alguna vez lograría eliminar el asco que le produjeron las manos de William al tocarla. Después cerró los ojos, pensando en Mergwin y lamentando su muerte. El anciano había llegado a significar mucho para ella. Por fortuna, por fin estaba en casa, viva, y su hijo también estaba vivo. Y Eric...
Habían sobrevivido a la tempestad...
Se incorporó para salir de la bañera. Estaba envolviéndose en una topa de lienzo cuando Eric entró en la habitación. También su esposo ofrecía un aspecto infi nitamente mejor que el de la noche anterior. Se había bañado y lavado la suciedad y la sangre y estaba tan majestuoso y magnífico tamo lo había visto siempre.
Enseguida se acercó para estrecharla entre sus brazos. Rhiannon se apretó contra él. Eric la levantó y la llevó hasta la cama. Ella correspondió a su beso con pa sión y deseo, pero cuando le quitó la toalla y sus ardientes labios le acariciaron los senos, cogió su dorada cabeza entre sus manos para apartarlo.
-¡Eric, no debemos! -protestó-. ¡Hay muchas cosas que hacer esta mañana!
-¿Como qué?
-Garth, milord. Seguro que me necesitará pronto. -Sí, sí, sin duda. Daria está con él, y al pequeño le gusta beber leche de cabra de un odre de cuero.
. Rhiannon continuó negando con la cabeza, con los ojos empañados de lágrimas.
-¡Eric, no debemos! ¡Acuérdate de Mergwin! Tenemos que rezar oraciones por él, hay que organizar los preparativos para...
-Ah, sí, Mergwin. -Eric se tendió a su lado. La miró con un pícaro destello azul en los ojos, desafiante-. No hay ningún preparativo que hacer. -Pero...
-Mergwin está vivo y muy bien. En estos momentos descansa abajo. El único problema que tiene ahora es que no predijo correctamente su propia muerte. Ha pedido que nos visiten mis padres porque ha decidido que no puede volver a pisar suelo irlandés. Así pues, dado que espero la llegada del rey de Dubhlain y su hermosa reina, mi madre, sí tendremos que hacer preparativós, pero no en este momento, mi amor.
-¿Está vivo Mergwin? -preguntó ella con la voz ahogada por la emoción.
Eric asintió. Su sonrisa se ensanchó mientras le pasaba un dedo por el vientre desnudo.
-Sí, está vivo -murmuró Eric-, y me ha enseñado muchas cosas de la vida, así como tú me has enseñado todo sobre el amor. Nuestro futuro estuvo
en grave peligro anteanoche. En realidad nuestra vida en común ha estado plagada de tormentas. Hemos estado separados con mucha frecuencia y entre nosotros han chocado espadas y volado flechas. Por fortuna ahora disfrutamos de este tiempo apacible para estar juntos, y nuestra relación es maravillosa, como ha de ser desde ahora toda nuestra vida.
-¡Sí, amor mío!
Rhiannon se estremeció, le cogió la mano y le besó los dedos con ternura.
Eric se incorporó, le rozó suavemente los labios con los suyos, mirándola con ojos pícaros.
-Al poco de nacer yo, el viejo Mergwin aseguró que yo era todo un vikingo, todo un lobo, igual que mi padre. Y anunció a Olaf que participaría en correrías vikingas por

el mundo, pero que después una zorra domaría al lobo. Y cuando llegara ese momento, ya no volvería a buscar aventuras, sino que encontraría la paz en los brazos de mi salvaje y valiente zorrita.
Rhiannon asintió, abrió los brazos y lo rodeó con ellos.
-¿Y yo soy esa zorra, milord?
-Pues sí. Voluntariosa, impetuosa, fascinante y muy valiente; exactamente la compañera que yo habría deseado. Para toda la vida, cariño, y más allá.
-Ven entonces, mi vikingo, mi lobo. Pon tu dulce deseo en mis labios y yo procuraré domarte si puedo. -Con todo mi corazón -accedió él con una ronca risa. La hizo rodar sobre él para contemplar la plateada belleza de sus ojos-. Verás, amor, ha habido otra profecía.
-¿Sí? -preguntó ella recelosa.
-Mergwin me ha informado de que si aprovechamos el momento pronto seré padre de una hija que rivalizará en belleza con los mismos dioses y con su madre, por supuesto.
Rhiannon echó a reír, pero pronto su risa se desvaneció cuando los labios de él descendieron sobre los suyos y se sumergió en la fiera y tierna pasión de su beso. Enseguida se sintió arrebatada por las ardientes llamas del deseo y se entregó con ansia a las infinitas profundidades de su amor.
Más tarde, mucho más tarde, tendida a su lado, susurró:
-¿Una hija, mi amor? -Una hija.
Rhiannon suspiró satisfecha y se acurrucó en la gran curva de su brazo.
Mergwin no se equivocaba jamás.

FIN